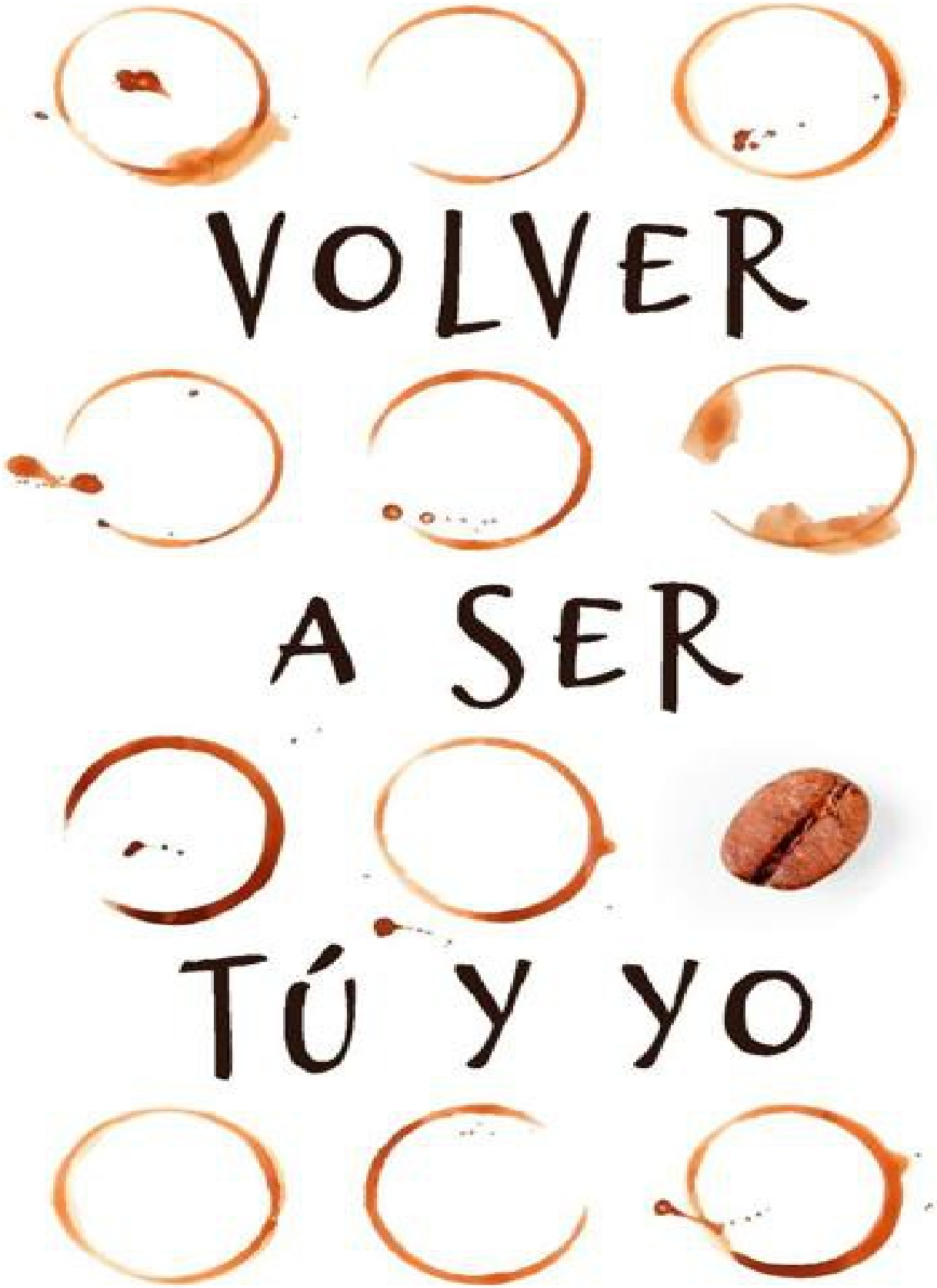
LORENA MURIÉN



© 2024 Lorena Murién
SafeCreative © 2410139788867
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Lorena Murién

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

“Que el corazón dicte lo que queremos ser.”

1

LAURA

Marzo, 2024. Bilbao.

No sé cuántos conjuntos y vestidos he dejado sobre la cama, indecisa sobre qué llevar en el día más importante de mi carrera, al menos desde que tengo memoria. Al mirar hacia atrás me doy cuenta de la cantidad de logros y oportunidades que he tenido en mis manos, en una trayectoria que nunca ha sido fácil, pero que me ha permitido disfrutar de viajar por toda España y Europa, siempre con una sonrisa. Hasta hoy. Parece que hace una eternidad cuando decidí que quería algo distinto: establecerme en una ciudad sin la necesidad de estar constantemente pensando en mi próximo destino. Quería trabajar en una empresa que tuviera claros sus objetivos y que no se dedicara únicamente a organizar las fiestas patronales de los pueblos o las festividades navideñas.

Hoy es el día.

Me observo en el espejo del armario que sigue prácticamente vacío, todo por el temor irracional de que este empleo se convierta en agua de borrajas después de mi primera reunión. No puedo decir que sea una experta en la presentación de campañas publicitarias y eventos, pero cuando Marta me habló del puesto, no lo dudé ni por un instante.

Aún no me creo que después de tanto tiempo, vayamos a trabajar juntas otra vez y, además, que vaya a vivir tan cerca de ella.

Los nervios se me enredan en el estómago cuando suena el timbre.

—¡Mierda, qué tarde es! —grito al mirar el reloj y darme cuenta de que ya debería estar lista. Corro hacia la entrada y descuelgo el telefonillo. Al otro lado, la veo sonreír y cargar una pequeña bolsa que ya sé lo que contiene—. Sube, aún no estoy arreglada.

—¿¡Cómo qué…?! —La escucho protestar, pero cuelgo antes de que pueda decir más.

Dejo la puerta entreabierta y regreso a la habitación. El desastre sobre la cama me provoca un nuevo pinchazo de ansiedad. «Cualquiera diría que no soporto el desorden», ironizo y hago una mueca esperando que mi mejor amiga venga a echarme una mano. En cuanto escucho la puerta cerrarse, siento un alivio que me reconforta.

—No puedo creer que aún estés así —protesta Marta, nada más entrar—. ¡Queda media hora para la reunión!

—Es que no tengo idea de qué ponerme, ni cómo impresionarla —respondo y dejo caer los brazos.

Marta me observa con atención y, al girarme, percibe lo preocupada que estoy.

—Ni que fueras a enfrentarte a un ogro —bromea y niega con la cabeza mientras se acerca a mí—. Mira, Cruz es como nosotras. Empezó muy joven y, aunque ahora sea la directora de Astra, sabe perfectamente cómo tratar a su equipo porque ha pasado por lo mismo. Tienes experiencia de sobra para impresionarla, así que mueve el culo y date prisa. No quiero que le des una mala impresión —añade con una sonrisa divertida por la contradicción. Se ríe y coloca sus manos sobre mis hombros—. Ya verás cómo le caes bien, pero te lo advierto, no soporta a las personas impuntuales. Así que venga, date prisa.

—Tú sí que sabes calmar a cualquiera —digo con ironía, mientras bufo y coloco las manos en la cintura. Echo un vistazo a toda la ropa desparramada—. Creo que apostaré por lo sencillo.

Elijo uno de mis trajes de dos piezas y lo combino con una de las blusas nuevas que me compré antes de viajar. Marta se sienta en el borde de la cama y me mira emocionada. A pesar de que los nervios opacan un poco lo que siento, compartimos la misma ilusión. Estar aquí y tener la posibilidad de trabajar juntas otra vez es un premio que jamás pensé que podríamos conseguir, y no dudo en darle un abrazo en cuanto termino de vestirme.

Me aparto y miro la bolsa de papel que aún sostiene en su mano mientras finjo que no sé lo que es.

—Sabía que estarías nerviosa, así que pasé por mi panadería favorita y te traje lo que más te gusta. —Me sorprende y se encoge de hombros—. Rollos de azúcar... No sé si habré hecho bien, igual te alteran un poco más.

—Dámelos. —Le arrebato la bolsa y corro hacia la cómoda que está al lado de la puerta.

Al abrirla, aspiro el aroma dulce con los ojos cerrados. El olor me transporta a uno de los muchos recuerdos que compartimos en casa de sus padres, cuando, siendo adolescentes, nos atiborrábamos de rollitos de azúcar mientras bebíamos leche con Nesquik y tratábamos de sacar adelante el trabajo en nuestra primera empresa en Madrid.

Le doy un buen mordisco a uno y le ofrezco la bolsa.

—Es todo tuyo —niega con la cabeza—. Hoy tengo el estómago revuelto, la regla me está matando —suspira mientras busca en su bolso un analgésico que se toma al instante—. ¿Ahora sí estás lista para firmar tu contrato?

—Creo que sí, pero hasta que no lo tenga delante, no me lo voy a creer. Llámame desconfiada.

—Tú nunca cambias —dice, abrazándome de nuevo, algo que agradezco con un suspiro—. Pero así es como te quiero. Y que sepas que me encanta que estés en Astra conmigo.

. . .

El taxi tarda poco más de diez minutos en llegar. Al salir, observo el edificio y no puedo evitar sentir que algo va a salir mal. Sin embargo, me esfuerzo por apartar ese pensamiento, distraída por el contraste entre un lado de la calle y el otro. A mi izquierda, una fachada antigua, con hermosos balcones y ventanas de madera; a mi derecha, la modernidad de los cristales donde la agencia tiene su sede. El logotipo me llama la atención primero, seguido por la multitud de trabajadores que entran y salen apresuradamente, con maletines en mano, inmersos en la competitividad de este mundo tan exigente como gratificante.

Trago saliva y asiento cuando Marta me mira preguntando con la mirada si estoy preparada. Su caricia en mi brazo me tranquiliza, y juntas caminamos hacia la puerta que me conduce a un lugar muy diferente a todos en los que he trabajado durante estos años. La recepcionista nos saluda con cortesía y nos dirigimos al ascensor. Dentro, el silencio reina mientras intento organizar mis ideas, temerosa de quedarme sin palabras o, peor aún, decir algo inapropiado.

El pasillo de mármol se me hace eterno. Puedo escuchar los latidos de mi corazón en los oídos y me siento como aquella recién graduada que comenzó en esto hace tanto tiempo. Marta tampoco dice nada, solo me guía hasta la puerta donde se lee el nombre de Cruz Cervera en la placa. Respiro hondo varias veces y, al escuchar el «Adelante», esbozo mi mejor sonrisa.

Al abrir, veo a una mujer que en nada se asemeja a un ogro.

—¡Laura, qué alegría tenerte aquí por fin! —dice con una sonrisa que me hace sentir más tranquila.

Miro a Marta, quien me devuelve una mirada cómplice y un «Te lo dije» silencioso. Mi futura jefa —o eso espero— deja su café sobre la mesa y me tiende la mano.

—Encantada de conocerla —titubeo.

—Nada de formalidades, llámame Cruz —me responde, estrechando mi mano con entusiasmo—. No sabes la alegría que me dio Marta cuando me dijo que habías aceptado unirte a nosotros.

—No podía desaprovechar la oportunidad.

—Sé que tenías otras ofertas, y muy buenas, por cierto —comenta, sorprendiéndome por lo

bien informada que está—. Lo de Berlín, por ejemplo, era irrechazable.

—Un poco... —admito y siento un leve nerviosismo—. Aunque al final, las cosas no habrían cambiado mucho. Estaría de viaje todo el tiempo y lo que realmente quiero ahora es algo más estable, más enfocado al mundo de la publicidad. Como ya sabes, esos fueron mis inicios, y Astra es un sueño.

—Tu frescura es lo que necesitamos en esta empresa. Estoy harta de la gente que solo busca llenar sus bolsillos. He seguido tu trayectoria y nunca había visto a alguien tan involucrado, incluso en las ciudades pequeñas donde organizaste festivales y otros eventos.

—Me gusta hacer las cosas bien, y destacar el talento de las personas. —Cruz nos ofrece sentarnos en las butacas que hay frente a su escritorio.

—Devolviste a los escenarios a una cantante que llevaba años sin querer tocar una canción, eso pocas personas lo consiguen —recuerda Marta y, luego, se dirige a mi futura jefa—. Si quieres, os dejo y charláis un poco de los intereses comunes.

—No hace falta, Marta. En realidad, creo que podemos empezar a trabajar ya. —Nos miramos entre nosotras, y nos imagino dando saltos de alegría. Cruz nos sirve un par de tazas de café, se sienta y busca en el cajón una carpeta, que abre delante de mí—. Este es tu contrato. Por ahora, empezaremos con una vinculación de dos años. Nos regimos por no tener expectativas a largo plazo; a veces, la gente se cansa muy pronto.

—Créeme, no va a ser mi caso —comento con ilusión, tal vez demasiado entusiasta, pero me da igual—. Nada más entrar, sabía que esto es lo que he buscado desde hace mucho.

—Se te ve en la cara —aclara, mientras me cede una pluma—. E imagino que estás deseando empezar, ¿verdad? Porque ya tenemos nueva contratación, y las dos vais a empezar con ello en cuanto salgáis por esa puerta.

—¿De la cadena de cafés? —pregunta Marta. Nuestra jefa asiente, y ella levanta los brazos a modo de victoria—. Sabía que íbamos a conseguirlo. Tuvieron mucha controversia con su última campaña, su director general es de los que pone la confianza en viejas leyendas. Pero en cuanto vimos la oportunidad, le hicimos una propuesta.

—Que no han podido rechazar, y por eso han decidido volver a nosotros —añade Cruz—. El dosier ya está preparado con las ideas que tenemos para la campaña publicitaria. Y, en base a eso, quiero que organices un evento que sea inolvidable y capte la atención de los compradores más fieles, y también de los que se fueron tras su... pasado fallido.

—Me pondré con ello esta misma tarde. Entonces… estoy en tu equipo, ¿no? —le pregunto a Marta, que asiente.

—Fue mi condición cuando les hablé de ti —reconoce encantada—. Jorge es muy bueno, pero siempre acabamos discutiendo. Yo también tengo edad para querer estar más tranquila —bromea y me hace reír—, y la verdad es que creo que va a dejar la empresa pronto.

—¿Le presentas tú a Álvaro? —Miro a Cruz a la expectativa—. Tu asistente personal. Aquí nos regimos por aliviar la carga de trabajo a nuestros empleados, no quiero que acabes agotada en tu primera semana.

—Creo que me acabo de enamorar. Nunca había disfrutado de tantas atenciones —bromeo, y busco la pluma. Firmo el contrato y se lo entrego enseguida—. Voy a dar lo mejor de mí, no pienso defraudarte.

—Sé que no lo harás. Primero ponte al día con toda la información, y después organiza las citas con los colaboradores del evento. Marta ya sabe con quién solemos trabajar. Tenemos tres meses para prepararlo y es un contrato muy importante. Quiero que las cosas salgan bien.

Por primera vez en toda la reunión, se pone más seria, y me hace tragar saliva. Esta responsabilidad la tomo muy en serio, porque, aunque no lo dice, sé que el trabajo es una prueba para ver si encajo en la empresa y si he jugado bien mis cartas. Las tres disfrutamos del café, y nos contamos algunas anécdotas sobre cómo hemos llegado hasta aquí.

El ambiente se vuelve tan increíble que estoy completamente segura de que he tomado la mejor decisión de mi vida.

2

VEGA

Dicen que las tormentas más fuertes son las que te llevan a mares en calma, y yo soy la prueba viviente de que eso es cierto. Ser la primogénita en una familia como la mía ha puesto el foco sobre mí a la mínima oportunidad, y a veces, la presión ha sido insoportable. Recuerdo todas esas veces en las que me encerré en un armario para que no me vieran llorar cuando sentía que no podía más. Todo comenzó con las competiciones de natación desde que era niña, y desde entonces, no ha habido detalle en mi vida sobre el que no hayan querido opinar, sin importar si yo tenía algo que decir o no.

El divorcio fue la gota que colmó el vaso para unos padres que no han dejado de juzgarme, y hasta el día de hoy, siguen haciéndolo. «Sentidos» es la palabra perfecta para describir el negocio de cáterin que dirijo desde hace ocho años, y que alcanzó su punto más alto tras conseguir un contrato de colaboración con la empresa de publicidad Astra. Aunque solo tenemos un pequeño local en la calle Simón Bolívar, estamos en boca de medio Bilbao gracias a nuestro trabajo, y me siento más orgullosa que nunca.

—Entonces, ¿cuándo tenemos la reunión? ¿Vega?

—Perdona, ¿qué decías? —Marcos cruza los brazos y me lanza esa mirada inquisitiva con la que no necesita decir nada más—. No me hagas caso, a veces mis padres son insoportables.

—¿Qué han hecho esta vez?

—Quieren que me encargue de la celebración por la salida a bolsa de uno de esos amigos ricos que tienen, como si no supieran que ese tipo de cosas no es lo mío.

—No dejes que te intimiden. Deberías hablar con ellos y dejar las cosas claras de una vez —dice mientras se seca las manos con un trapo y se acerca a mí con uno de los *arancini* con los que ha estado trabajando toda la mañana—. Dime, por favor, que está mejor que los anteriores.

Le doy un mordisco y noto la cremosidad del arroz mezclado con el queso, el beicon y los guisantes. Echo la cabeza hacia atrás y le suplico con la mirada que me dé otro. Lo veo tan nervioso que estoy a punto de soltar una carcajada, con esa postura tensa que adopta al apoyar las manos sobre la mesa, esperando el veredicto.

—Te juro que nunca había probado algo tan bueno. Está increíble… ¡me ha dado un orgasmo!

—Tampoco exageres —protesta levantando una ceja.

—Te lo digo en serio. Si no los quitas de mi vista, me los como todos de una sentada y adiós a la prueba irrefutable de que eres el mejor cocinero que he conocido.

Las bolitas empanadas me miran desde la encimera y me obligo a apartar la vista. Son apenas las once y media de la mañana, pero ya estoy deseando que llegue la hora de comer para ver si Marcos tiene alguna sorpresa más para mí. Sin embargo, recuerdo que hoy he quedado con mi exmarido.

—Voy a decir que son las segundas mejores, porque creo que aún puedo mejorar la receta —Marcos se ajusta el gorro de cocina, y sus ojos oscuros brillan de emoción—. ¿Te han confirmado lo de la reunión?

—Sí, mañana tengo que ir a las oficinas. Me dijeron que trabajaré con algunas personas nuevas, así que ya veremos cómo va todo.

—No pareces muy entusiasmada. —Sin apartar la atención de los ingredientes, siento la preocupación en su tono, lo que me basta para darme cuenta de que está atento a lo que digo.

—No sé, tengo una sensación extraña en el estómago, pero debe ser por lo de mis padres, no voy a darle más importancia. Si finalmente han aprobado el contrato con la cadena de cafés, vamos a tener que ponernos las pilas con el menú. He oído que son clientes muy exigentes.

—Nosotros también lo somos, así que eso no me preocupa. Pero sí que no te atrevas a cocinar solo por lo que dijeran tus padres el otro día, así que ven aquí, estoy seguro de que lo que necesito para mejorar los *arancini* es tu toque especial.

—Confías demasiado en mí, y no te das cuenta de que soy una bomba incendiaria.

Marcos chasquea la lengua, y reímos antes de ponernos manos a la obra. Debo admitir que la cocina me ha llamado la atención desde que era pequeña, muy lejos de las competiciones en las que me obligaban a destacar. Lo único que yo quería era estar sola, entre fogones, descubriendo los secretos de la gastronomía. Al final, la presión me llevó a estudiar administración de empresas, pero conocer a Carlos fue un punto a mi favor, que me ayudó a reconectar con el mundo que más me apasionaba.

Sentidos es lo mejor que tengo en la vida; además de mi hijo Javier, quien irrumpe en el local como un torbellino y atraviesa la puerta de la cocina atraído por el aroma. Por suerte, a estas horas no tenemos ningún cliente que venga a comprar nuestras especialidades gourmet.

—¡Mami! ¿A que no sabes lo que hemos hecho hoy? —No me da tiempo a secarme las manos antes de que se lance sobre mí, justo cuando me agacho para estar a su altura—. ¡He cocinado galletas, mejores que las del tío Marcos!

—No me digas, ¿nos las comeremos de postre?

—¡Sí!

Le lleno de besos y levanto la vista cuando su padre entra, con las mejillas sonrojadas. Seguro que han corrido hasta aquí.

—¿Cómo ha ido el día? —Agarro a Javier en brazos, y él se aferra a mi cuello como un pequeño koala.

Las semanas que pasa con su padre se me hacen eternas, así que siempre agradezco que venga a comer conmigo al menos un par de veces.

—Muy bien, el contrato está casi cerrado, pero no quiero ser demasiado optimista; últimamente, no hemos tenido mucha suerte.

—No digas eso, das todo por tu empresa, seguro que lo consigues.

—Ojalá. ¿Qué tenéis entre manos? Huele de maravilla, ya me dan ganas de cancelar la reserva y quedarnos a comer aquí.

—¡Sí, tito! ¿Podemos? —Javier pone esa cara de gato con botas con la que casi siempre consigue lo que quiere.

Él, por su parte, titubea. Veo cómo aprieta los labios y, antes de que ceda, dejo a Javier en el suelo y me quito el delantal. Tomo su mano y niego con una sonrisa.

—El tito tiene mucho que hacer, a lo mejor mamá tiene un encargo importante y tenemos que ensayar, pero otro día comemos aquí juntos, ¿vale?

Marcos vocaliza un silencioso «gracias», que lo tranquiliza. Le devuelvo un guiño mientras busco las llaves del local. Javier parece algo decepcionado, pero su ánimo mejora en cuanto le doy una de sus chocolatinas favoritas.

—Lo consientes demasiado —protesta Carlos, aunque sé que no lo dice del todo en serio.

—No puedo evitarlo. Cuando crezca, se olvidará de nosotros, así que tengo que aprovechar el tiempo que nos queda para disfrutar de esa hermosa sonrisa que ha heredado de ti.

Mi exmarido asiente, aunque noto cierta incomodidad en su gesto. «Normal, después de tantas mentiras», pienso.

Terminamos en nuestro restaurante italiano favorito, y mientras Javier come tranquilo, aprovecho para levantar mi copa de vino.

—¿Qué pasa? —pregunta Carlos, extrañado.

—Que estoy segura de que vas a ser el arquitecto principal, y quiero celebrarlo. —Le dedico una sonrisa, y él inclina la cabeza hacia atrás, relajado. Al mirarme de nuevo, se toma

unos segundos para contemplar a nuestro hijo—. Estoy muy orgullosa de ti, de los pasos que has dado y del increíble padre que eres. De hecho, de no ser por ti, ni siquiera tendría Sentidos, así que espero que algún día, reconozcas todo lo bueno que has hecho.

—Yo solo te di alas, tú hiciste el resto, Vega —comenta, con un toque de melancolía en su voz—. Cuando te conocí, supe que eras valiente y que algún día harías aquello que más te apasiona, sin importar lo que dijeran los demás. Tienes que darte crédito por eso también.

«Lo haría, si no hubiera ocultado tanto tiempo lo que realmente quería», pienso. Pero al ver a Javier con la boca manchada de tomate, me arrepiento de inmediato y choco mi copa con la de su padre. Porque, aunque él no ha sido el amor de mi vida, me ha dado lo más importante que tengo, y eso nunca cambiará.

—¿Qué haréis mañana? —pregunto, rompiendo el silencio incómodo.

—Mmm… vamos al cine —responde Javier con la boca llena, haciéndome reír.

—Primero se traga, campeón —aclaro mientras le revuelvo el cabello—. ¿Vais a ver Kung Fu Panda 4? —Asiente emocionado, y yo me compadezco de Carlos, porque nuestro hijo es incapaz de ver una película de más de una hora sin pedir salir a dar una vuelta. Niego con la cabeza al imaginarlo y me concentro en mi plato—. Mamá tiene una reunión muy importante mañana. La verdad es que estoy un poco nerviosa, no sé por qué. Pero si va bien, lo celebraremos la próxima vez que comamos juntos, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —exclama Javier y levanta los brazos con una enorme sonrisa cubierta de tomate.

—Todo saldrá de maravilla, como siempre —añade mi exmarido.

Brindamos de nuevo y, mientras observo a mi alrededor, no puedo evitar sentirme afortunada por todo lo que tengo y lo que he logrado en estos años. Aunque, en el fondo, sigue habiendo una parte de mí que anhela revivir esa felicidad que experimenté en el pasado.

3

LAURA

—Te prometo que en cuanto salga de la reunión, serás la primera en conocer todos los detalles.

—No puedo creer que por fin estés cumpliendo tu sueño de trabajar en una agencia de publicidad. —Mi madre sonríe a la cámara, y puedo ver lo emocionada que está—. Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

—Vas a hacerme llorar... —contengo las lágrimas para no arruinar el maquillaje, y levanto el teléfono enseñándole cómo es mi nuevo despacho—. Lo que más me importa es que estés bien, y que me visites de vez en cuando. Hace una semana que no nos vemos, y ya te echo de menos.

—Yo también te extraño, cariño. La decoración es preciosa, y estar tan cerca del mercado de La Ribera es maravilloso. Me acuerdo de las veces que fuimos cuando visitamos Bilbao, es increíble que hayas acabado allí.

—Tendrás que darle las gracias a Marta, ella movió los hilos. Me siento muy cerca de él aquí... y del abuelo, aunque no tuviera la suerte de conocerlo.

—Lo haces todos los días, cariño. Tienes mucho de él. Y bueno, ya sabes que no me veo saliendo de León. —Se encoge de hombros mientras toma una de las pastas que siempre acompaña con su café—. Pero iré a verte a menudo. Ahora deja de hablar y ve a esa reunión, seguro que estás de los nervios.

—Un poco, pero nada que una charla contigo no solucione. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. ¡Mucha suerte!

La videollamada se corta, y dejo el teléfono sobre el escritorio. Hace rato que me terminé el segundo café de la mañana, a pesar de que apenas son las nueve. Los nervios me han quitado el apetito y noto esa sensación recorrerme como una culebrilla inquieta que no se detiene. No sé por qué estoy tan nerviosa, cuando sé que todo va a salir bien. Las cosas han comenzado a moverse desde el primer minuto. Alguien da unos suaves golpes en la puerta, y Álvaro entra con una carpeta entre las manos y esa sonrisa que parece conservar, por más estresado que esté.

—Aquí tienes la información de las empresas con las que solemos trabajar: cáterin, seguridad, iluminación... Las he organizado por orden de importancia y presupuesto.

—Cruz tenía razón cuando dijo que ibas a aligerarme el trabajo. No deberías haberte

tomado tantas molestias, también debo ocuparme de las cosas importantes o seré solo una figura decorativa —bromeo. Él niega con la cabeza y deja la carpeta sobre la mesa.

—Cuando empecemos a organizar el evento, no pensarás lo mismo —añade con seguridad mientras se pasa una mano por el cabello.

Deslizo los dedos sobre la carpeta por unos segundos; la curiosidad por saber con quiénes vamos a reunirnos me llama, pero decido llevármela para revisarla después. No me gusta formarme impresiones a través de informes. Termino mi café y me dirijo a la puerta.

—¿Vienes? Si vamos a trabajar codo con codo, quiero que estés presente.

Álvaro parece sorprendido y tarda en reaccionar, como si no hubiera escuchado bien. Algo me dice que es la primera vez que le ofrecen algo así. Alzo una ceja y le meto prisa con la mirada. Dejo el despacho, y juntos recorremos un largo pasillo hasta meternos en el ascensor que nos lleva dos pisos más arriba, donde está el despacho de Cruz y las salas de reuniones en la que los equipos se coordinan para comenzar el trabajo.

Llevo conmigo una pequeña agenda en la que anoté algunas ideas preliminares que quiero afinar si todo sale bien: desde la ubicación del evento de presentación hasta el posible menú. He investigado sobre la cadena de cafés, y estoy convencida de que resaltar el origen de la materia prima será clave para atraer tanto a un público exclusivo como al más general. Estoy tan entusiasmada que los nervios desaparecen por completo... hasta que abro la puerta de la sala y Cruz nos recibe con su encantadora sonrisa.

—Por fin, estaba deseando presentaros —dice mientras se acerca a una mujer que me da la espalda. Un escalofrío me recorre al ver cómo se lleva la mano al cuello y acaricia ligeramente antes de girarse—. Vega Jiménez, ella es Laura Molina, la nueva estrella de Astra. A partir de ahora, se encargará de organizar los eventos más importantes de la agencia.

No logro escuchar con claridad las últimas palabras de Cruz. Un frío recorre mi columna dejándome inmóvil. Vega se acerca con una sonrisa enigmática y sus ojos ámbar brillan con sorpresa. Extiende su mano, y yo, en automático, respondo al saludo. El leve contacto de sus dedos me transporta de inmediato al salón de mi apartamento en León, donde nos besamos por última vez, meses antes de que yo dejara la ciudad.

—Encantada. Será un placer trabajar contigo, tu reputación te precede —comenta con dulzura. Su voz se introduce en mis pensamientos, y solo escucho aquella risa melodiosa que tanto recuerdo.

La puerta de la sala se abre de repente, y despierto de mi ensoñación. Marta entra acalorada, seguida por su equipo de diseño y aprovecho el momento para soltar la mano de Vega como si me hubiera dado una descarga eléctrica.

Álvaro frunce el ceño, y yo trago saliva. Me aferro a la carpeta y avanzo hacia una de las sillas de oficina, donde me siento mientras espero que los demás hagan lo mismo. Vega se coloca frente a mí, y no puedo evitar fijarme en cuánto ha cambiado. Mis ojos se deslizan hasta sus manos; no hay rastro de ningún anillo, y mi estómago se revuelve. Los ecos de aquella noche en la que supe que se había comprometido con un hombre retumban en mi mente trayendo de vuelta un dolor que creía haber superado.

—Laura, ¿estás aquí? —La voz de Marta me saca de mis pensamientos, y aparto la mirada de Vega.

—Sí, perdona, ¿qué decías?

—Que ya tenemos los diseños definitivos de la campaña. He traído los primeros borradores por si te sirven como complemento a las ideas que mencionaste.

—Claro, dame un momento —respondo, carraspeando, mientras reviso mis propias anotaciones.

Las manos me tiemblan sobre las páginas, y el silencio que se forma a mi alrededor me parece cada vez más pesado, algo que no puedo permitirme en este momento. Respiro hondo y trato de olvidar que frente a mí está la mujer que me rompió el corazón hace más de once años. Me obligo a sonreír y enderezo la espalda. Leo mis apuntes y comienzo a hablar sobre el viaje sensorial del café: de sus raíces, de cómo en otros tiempos nuestros abuelos se reunían en las mesas de sus casas o en los mejores bares para descansar después de largas jornadas de trabajo. Les explico cómo un aroma puede transportarte a un hogar, a una persona, y cómo los orígenes pueden quedar grabados en un sabor.

Mis labios tiemblan en un par de ocasiones al recordar las tazas de café que compartí con mi padre, pero eso mismo me da fuerzas para continuar. Cruz sonríe varias veces, y el mensaje que quiero transmitir con el evento parece llegarles con la misma claridad con la que lo he imaginado durante las últimas horas.

Por un momento, Vega queda relegada a un segundo plano, al menos mientras hablo y Marta muestra todo lo que ha preparado. Sin embargo, el hechizo se rompe cuando se levanta y toma la palabra.

—Como ya sabéis, Marcos y yo llevamos semanas trabajando en platos que puedan sorprender a los invitados, aunque aún no teníamos nada oficial —dice con una naturalidad que no recordaba en ella. Pulsa un botón y proyecta imágenes en la pantalla—. Teníamos muy claro que queríamos ofrecer un viaje sensorial inolvidable, algo que les evocara ese café que se disfruta con un buen bocado.

—¿No deberíais haberlo consultado conmigo antes? —pregunto e intento no sonar molesta

—. Lo habitual es que sea el organizador del evento quien contrate el menú una vez que todo esté decidido. No tiene mucho sentido que se avance sin conocer mi visión.

—Llevamos años trabajando con Vega —aclara Cruz, y aunque no lo dice en tono de reproche, así lo siento—. Siempre le pedimos que prepare unas ideas preliminares antes de tener el concepto final del evento y el lugar de la presentación. Pero ahora que ya os conocéis, estoy segura de que crearéis una combinación explosiva.

—Claro, soy la nueva aquí —comento sin entusiasmo, y noto que Marta frunce el ceño.

Me concentro en escribir algunas notas más en la agenda, mientras trato de ignorar la voz de Vega y las imágenes de los platos que ha comenzado a desarrollar. Garabateo sin sentido y tacho otras ideas. La reunión se prolonga veinte largos minutos más, y cuando por fin termina, recojo mis cosas en silencio. Lo peor es que no puedo evitar el tener que despedirme de Vega antes de salir de la sala, deseando encerrarme en mi despacho para estar a solas.

Le pido a Álvaro que me acompañe, y él sigue mis pasos sin cuestionarme. Sé que ahora mismo no parezco la profesional que contrataron hace apenas unas horas, pero esto es lo último que esperaba que sucediera. Ahora, me siento en mitad de un torbellino de emociones. Quizás sea el miedo a enfrentar lo que una vez fui o lo que sentí, pero al mismo tiempo, hay algo en este reencuentro que despierta en mí una nostalgia cálida, aunque confusa a la vez. Este inesperado choque entre el pasado y el presente me descoloca, y aunque trato de mantener la compostura, de seguir siendo la profesional que soy, el esfuerzo por contener mis sentimientos se ha sentido como una batalla colosal.

El teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta cuando llego a mi despacho. Es un mensaje de mi madre que abro rápidamente:

Mamá: Espero que la reunión haya ido de maravilla, ya me contarás qué tal.

Bloqueo la pantalla y lo guardo. Tengo el impulso de contarle lo que ha pasado, pero me contengo. Al cerrar la puerta, lo único en lo que puedo pensar es en la sonrisa de Vega y en que, tal vez, esta no ha sido la mejor decisión de mi vida.

4

VEGA

Estoy segura de que si me pinchan no sangro. Cruz acaba de salir con el resto del equipo a excepción de Marta, que sigue aquí de brazos cruzados, con un millón de preguntas grabadas en su cara. Trago saliva mientras intento poner en orden mis pensamientos. Todavía no puedo creer que esto esté pasando, que Laura esté trabajando en Astra y que, de todas las ciudades de España, lo haga precisamente aquí, donde me mudé poco después de casarme con Carlos, tras romper cada una de las promesas que le hice a la mujer de mi vida. «Dios, esto es…»

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? ¿Qué me he perdido?

—Es una larga historia —respondo. Ella alza una ceja y tamborilea los dedos sin cambiar su postura. Necesito ser más convincente—. Somos viejas conocidas. Las cosas no terminaron bien que digamos, supongo que aún no se le ha pasado el enfado.

—Y tanto. Desde que conozco a Laura, nunca la había visto así, y mira que somos casi como hermanas, hemos visto lo peor de la otra.

«¿Es su mejor amiga y no le ha dicho nada de… mí?». No sé por qué me hago conjeturas, ni por qué me duele tanto pensar que me odia lo suficiente como para haberme borrado por completo de su vida.

—Ya ves, nunca terminamos de conocer a alguien. Y pensar que esperaba una semana tranquila... Estamos a martes y ya quiero que llegue el fin de semana.

—Laura es una gran profesional. Aunque no lo haya dejado claro antes te aseguro que cuando os reunáis de nuevo, todo cambiará. Yo me encargaré de revisar con ella los bocetos, y cuando esté listo, te lo dejo todo a ti. —Mientras habla, me acaricio la clavícula y recuerdo cómo ella solía besarme justo ahí—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, no te preocupes.

—Ni que os hubierais declarado la guerra en el pasado —bromea.

«Si supiera lo que pasó...».

—En fin, creo que vamos bien con las ideas, y Marcos tiene unas manos de oro. Así que sigue adelante con eso, que cuando Laura vaya a Sentidos, se quede encantada.

—Ojalá —comento con una sonrisa mientras termino de recoger los papeles de la mesa. Me acerco a Marta y le doy un abrazo de despedida—. Tú intenta que no te vuelva loca, es muy

exigente.

—Ufff, no hace falta que lo digas —responde entre risas, para luego negar con la cabeza —. Esa es la única razón por la que pensé que no sería buena idea que trabajáramos juntas. Temía que afectara nuestra amistad. Pero desde que se mudó aquí, no he dejado de pensar que debí proponerle esto antes.

—Aprovéchalo entonces —le digo mientras le acaricio el brazo y salgo de la sala de reuniones.

Una punzada de ansiedad me invade y no quiero escuchar esa vocecilla en mi cabeza que insiste en analizar lo que Marta ha dicho. Hace tiempo que me convencí de que había olvidado nuestra historia, todo lo que sucedió, todo lo que le hice. Pero al verla hoy, cada muro que había levantado se ha derrumbado, trayendo consigo los recuerdos de lágrimas, gritos y las horribles palabras que nos dijimos.

Me aferro al bolso y camino deprisa, con el miedo irracional de cruzarme con ella en el pasillo, aunque sé que no podré evitar lo inevitable. Durante los próximos tres meses tendremos que trabajar juntas en este proyecto, probar los platos, mezclar nuestras ideas y comportarnos como las profesionales que todo el mundo cree que somos. Sin embargo, yo solo puedo pensar en la Laura que una vez me enamoró, la que dio sentido a mi vida. Una mujer que luchó con todas sus fuerzas para que eligiera la felicidad, a la que le negué todo hasta el punto de destrozarle la vida.

Entro en el ascensor y apoyo la cabeza en la pared dejándome llevar por mis pensamientos. Me arrepiento de no haber hecho las cosas de otra manera, aunque sé que, de haberlo hecho, Javier no estaría en mi vida. Aun así, no puedo evitar el deseo de retroceder en el tiempo, abrazarla y decirle «Te amo» en lugar de aquel adiós tan amargo.

—Esto va a ser una locura… —susurro. El ascensor llega a la planta baja y, al abrirse me encuentro de frente con una realidad que no quiero enfrentar. Laura se queda pasmada por un momento y luego da un paso atrás dispuesta a irse por otro lado—. No lo hagas, por favor. Ya me iba.

Salgo y dejo que sea ella la que ocupe mi lugar en el interior. No sé por qué me quedo quieta donde estoy, sé que debería irme y dejar las cosas como están, pero no puedo.

—Álvaro me espera, solo necesitaba un poco de aire.

No tiene que justificarse, lo sé muy bien. Sin embargo, meto la mano entre las puertas antes de que se cierren y vuelvo a entrar en el ascensor. Los segundos que pasan hasta que nos quedamos a solas son interminables, y por su expresión sé que no le gusta nada.

—Necesito explicártelo.

—¿Qué me vas a explicar exactamente? ¿Que fuiste una cobarde que eligió el camino fácil? —Su mirada refleja dolor y yo me siento la peor persona del mundo por ser la que lo causó.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero no logro decirlas y eso me frustra.

—Laura, yo…

—He venido a trabajar —me interrumpe. Su tono es tan frío que casi no la reconozco—. No voy a arruinar un contrato excelente por una historia que ya he dejado atrás. Seamos profesionales. Pasado mañana iré a tu local, quiero que tengas las ideas que mencionaste preparadas.

Se abraza a sí misma como solía hacer cuando sabía que algo no iba a salir bien. Su indiferencia es evidente, y me queda claro que no tengo nada más que hacer aquí. Pulso el botón y espero a que las puertas se abran para escapar de esta burbuja tan amarga. Salgo del ascensor y me vuelvo para mirarla, pero ella no lo hace en ningún momento.

Ni siquiera sé cómo pude saludarla con tanta alegría y facilidad antes, como si no hubiera sido yo quien le rompió y destrozó el corazón.

. . .

—Entonces, ¿tenemos el visto bueno?

—No del todo —respondo. Marcos levanta las cejas esperando una respuesta más concreta —. Pasado mañana vendrá Laura a ver lo que tenemos, y a partir de ahí empezaremos a definir el menú.

—Vaya, sí que es exigente la nueva —protesta y se cruza de brazos—. Te das cuenta de que esto es un paso atrás, ¿no? Lo normal es que nosotros propongamos el menú y ellos elijan a partir de lo que ya tenemos. Me parece una tontería que nos hagan empezar de cero.

—No es culpa mía que Cruz haya contratado a una nueva organizadora de eventos que trabaje de esta manera. No compliques más las cosas, por favor. —Marcos levanta las manos frunciendo el ceño. Entiendo que esté molesto, pero no quiero que se lo tome tan a la tremenda —. Mira, vamos a hacer lo de siempre. Estoy segura de que cuando venga se va a quedar encantada, ya lo verás.

—Eso espero, porque no me gustaría haber pasado tantas noches en vela en vano.

—Es muy exigente con su trabajo. No le gustan las cosas a medias, así que es lógico que quiera ver cómo lo hacemos antes de decidir.

Camino por la cocina industrial y busco un poco de agua fresca en un frigorífico lleno de elaboraciones a medio preparar. La mezcla de aromas me abre el apetito, aunque todavía tengo el estómago revuelto por lo que ha sucedido. No consigo sacar de mi cabeza la mirada de Laura ni el odio que destiló en el ascensor. Me sirvo un vaso grande y lo bebo de un trago, bajo la atenta mirada de un hombre que ya conoce bien mis cambios de humor.

—Algo te pasa, te lo he notado desde que has entrado en la cocina. ¿Tan mal fue la primera impresión con esa mujer? —Marcos apoya las manos en la mesa de trabajo, mirándome con esa curiosidad que tanto me irrita.

—No es eso, mejor déjalo. No tengo ganas de pensar en ello, solo quiero que este encargo salga bien y nada más.

—Ya… y yo me chupo el dedo. —Se quita el gorro de cocinero, lo tira sobre la mesa y busca dos taburetes para que nos sentemos más cómodos—. Llevamos ocho años trabajando juntos, y a mí no se me escapa nada. Si no lo sueltas, se te va a enquistar y luego vienen los problemas.

—Qué pesado eres… —respondo con fastidio, mientras me siento y apoyo los codos en la mesa. Dejo caer el rostro entre las manos y, tras unos segundos, me arreglo el cabello como si eso fuera a devolverme la seguridad que dejé en la sala de reuniones de Astra—. Laura es mi ex. *Esa* ex.

—¡Hostia! Pero… ¿Y cómo es que ha acabado en Bilbao?

—Eso me gustaría saber a mí. De todas las agencias de publicidad importantes que hay en España, tenía que ser en Astra donde le ofrecieran un contrato. Y para colmo, fue Marta quien le habló de la oportunidad. Al parecer, son mejores amigas o algo así... —Echo la cabeza hacia atrás, soltando un bufido desesperado—. No te imaginas cuánto me odia.

—A lo mejor fue solo la impresión de verte. No saques conclusiones tan rápido.

—Créeme, la conozco bien, y esto no va a ser nada fácil. No tengo idea de cómo vamos a trabajar juntas a partir de ahora —digo y hago un mohín antes de levantarme de golpe.

Marcos me observa sorprendido, seguramente sigue mis movimientos mientras me acerco a la pared donde cuelga mi delantal. Me lo anudo a la espalda y busco en el frigorífico los ingredientes preparados para los *arancini*.

—¿Por qué no dejas eso un momento y terminas de hablar conmigo? —me regaña, mientras endereza la postura—. Siempre tienes la mala costumbre de ponerte a trabajar para no

pensar, pero le sigues dando vueltas a lo que pasó.

—Prefiero ocuparme de esto, no es que pueda cambiar lo que ha ocurrido. Además, voy a tener que aguantarla sí o sí, así que vamos a concentrarnos en que quede impresionada con los canapés que hemos planeado.

Alza las manos en señal de rendición y, al levantarse, se coloca de nuevo el gorro. Tal vez ignorar la situación no sea lo mejor, pero ahora mismo lo único que quiero es hacer bien mi trabajo y evitar que esto se convierta en un verdadero infierno.

5

LAURA

Octubre, 2011. León.

Estábamos a punto de cerrar el mes con unas cifras inmejorables, tal vez las más altas desde que empecé a trabajar en la empresa que me ofreció mis primeras experiencias fuera del país. Encargarme de eventos importantes en el extranjero me brindó una visión completamente distinta, esa hambre de la que tanto hablaban los profesores en la universidad, el gran impulso por el que levantarse todas las mañanas para ir a trabajar.

Alzamos nuestras copas y brindamos por el equipo y por otra campaña exitosa que me otorgó una semana de vacaciones, aunque todavía no sabía cómo aprovecharla.

—Tengo que admitirlo, tu visión tiene ese *punch* que hacía años no veía. Me alegra mucho que Claudio apostara por ti. Creo que no vamos a encontrar una organizadora de eventos mejor que tú; las cadenas se te van a rifar si sigues así.

—No tengo planes de irme a ningún lado. He vivido en León toda mi vida y ya he conocido otros lugares gracias al trabajo. ¿Por qué buscaría hacerlo en otra empresa?

—Cuando nos conocimos, me dijiste que te gustaba mucho más el mundo de la publicidad, ¿verdad? —Carmen trajo a la conversación un recuerdo que había logrado olvidar con el paso del tiempo.

—Eso era antes de ver tantos ceros en mi cuenta —bromeé, provocando risas en todo el grupo. A pesar de haber brindado ya, levanté mi copa de nuevo y sonreí a mis compañeros—. Espero que pasemos muchos años más trabajando juntos.

—¡Por Laura! ¡Por el equipo! —gritaron todos al unísono.

Las risas no faltaron en toda la noche, pero algo dentro de mí seguía enviándome un mensaje contradictorio, como si la felicidad continuara escapándose entre mis dedos.

En el punto álgido de la celebración, me disculpé con mis compañeros y salí a tomar un poco de aire. El restaurante estaba rodeado de árboles y bancos en los que uno podía sentarse a descansar un rato, contemplar el cielo con otros ojos o simplemente disfrutar del fresco de una ciudad que sentía parte de mi alma. Apoyé las manos sobre la fría piedra donde me había sentado, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, con la única intención de escuchar lo que mi corazón intentaba decirme, esos deseos que revoloteaban en mi interior sin darme una pista clara

provocando que me asaltaran preguntas que aún no sabía cómo responder.

—¿Cansada del jaleo?

Una voz femenina me hizo abrirlos. Al ponerme recta, conecté con una preciosa mirada ámbar, algo oscurecida por la noche, pero con destellos que brillaban gracias a la luz de las farolas. De repente sentí que estaba en mitad de un bosque, rodeada de luciérnagas que titilaban a mi alrededor. Me encogí de hombros y esbocé una tímida sonrisa, como si quisiera guardar para mí ese pequeño secreto.

—Me gustan las noches en León...

—Tienen esa paz que no encuentras en muchas partes —continuó mi frase con las palabras exactas que yo habría elegido. Me quedé mirándola sorprendida por la conexión—. Yo también necesitaba un poco de aire, siento que la cabeza me va a explotar.

Sin pedir permiso, se sentó a mi lado, cruzó las piernas sobre el banco e imitó mi postura; apoyó las manos atrás y cerró los ojos. La brisa le acarició suavemente el rostro haciendo que algunos mechones de su cabello se movieran con gracia, erizándole la piel del cuello por el contraste de temperatura. En ese momento pensé que era el silencio más curioso que había vivido jamás. ¿Cómo iba a imaginar que aquello fue lo que llaman amor a primera vista?

—Nunca te había visto por aquí, ¿trabajas en el restaurante? —me animé a preguntar, tratando de no romper la magia del silencio.

Tardó unos instantes en volver en sí, abrió los ojos y me miró con un gesto que me hizo tragar saliva, acelerando el latido de mi corazón.

—Llevo un par de meses encargándome del organigrama del restaurante. Supongo que habrás oído que va a haber una pequeña reestructuración tras la llegada del nuevo dueño —explicó mientras apartaba los mechones sueltos tras la oreja. Parecía tan cansada que me dieron ganas de poder sacarla de allí—. Quieren hacer un recorte de plantilla, pero eso va a ser...

—Imposible —interrumpí, negando con tal vehemencia que la hice reír—. Siempre han ido justos de personal, sobre todo los fines de semana. Si despiden a gente, perderán la esencia del lugar.

—Eso mismo les digo yo, pero cuando a los dueños les importa más el dinero... Dios, qué ganas tengo de poder dirigir mi propio negocio, sin que estos dolores de cabeza me persigan.

—¿ Y por qué no lo haces? —le pregunté y la expresión de su rostro me indicó que aquella posibilidad nunca se le había planteado en serio.

—No tengo el respaldo económico suficiente. Es... complicado.

Su semblante se ensombreció y me sentí culpable por haber causado ese malestar. Sin

pensarlo, sujeté una de sus manos y al acariciar su piel, algo me obligó a buscar su mirada y quedarme ahí, paralizada y maravillada a la vez. Aparté la vista y solté su mano en cuanto fui consciente de lo que había hecho. Mi corazón dio un vuelco y los nervios me obligaron a abrazarme a mí misma, fingiendo tener frío.

—Seguro que lo consigues. No pareces de las que dejan que las cosas buenas se escapen fácilmente.

—Soy Vega —dijo, tendiéndome una mano que miré con algo de duda, haciéndola sonreír mientras negaba con la cabeza—. Al menos deberías conocer el nombre de la mujer a la que acabas de ayudar.

—Pero si no he hecho nada importante —respondí nerviosa—. Solo digo lo que pienso, aunque a veces eso me meta en problemas —bromeé, y al ver que su sonrisa no desaparecía, le estreché la mano—. Laura, supongo que nos veremos por aquí.

El contacto duró unos segundos, hasta que me levanté y me sacudí el vestido, quitándole las pocas arrugas que se habían formado.

—Como has dicho, no soy de las que dejan escapar las cosas buenas.

. . .

Marzo, 2024. Bilbao.

Tengo tres llamadas perdidas de Marta y varios mensajes de WhatsApp que no tengo ánimos de contestar. Dejo caer el bolso sobre la cama y me paso una mano por la frente, masajeándome mientras doy vueltas por la habitación. Todo esto me parece una broma de mal gusto, una jugarreta del destino tan inesperada como injusta. Las náuseas se agitan en mi estómago y corro al baño, donde abro el grifo y me mojo la nuca. Al apoyar las manos en el lavabo, me miro en el espejo y noto cuánto me ha afectado verla, con esa sonrisa tranquila y la seguridad con la que se presentó.

Supongo que yo habría hecho lo mismo en su lugar: fingir que no nos conocíamos de nada, mantener la compostura profesional de la que tanto presumo. Pero... «¿Por qué me está pasando esto?», me pregunto, cortando el agua de un manotazo. Me coloco las manos en la cintura y miro hacia la habitación, donde todavía hay varias cajas llenas de libros y ropa sin desembalar.

«¡Va a ser la experiencia de tu vida! Te lo prometo», las palabras de Marta resuenan en mi cabeza. La ilusión que sentí en su momento se ha hecho añicos en cuestión de segundos, y ahora

solo me pregunto si no habré cometido un error del que me arrepentiré muy pronto.

—Como si no llevaras toda la vida esperando esto —me recrimino en voz alta—. Esta es la oportunidad que siempre has querido, y ella no puede...

«No, no soy así. No voy a permitir que alguien como Vega arruine la oportunidad más grande que me han dado». El teléfono vuelve a sonar, y estoy a punto de tirarlo por la ventana. Si no contesto, Marta será capaz de venir a casa, y no tengo ganas de dar explicaciones. Me siento en la cama, respiro hondo un par de veces y descuelgo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Hoy te has ido de la oficina hecha una furia. Álvaro me ha dicho que no estabas de humor.

—Solo me dolía la cabeza. Todavía tengo que acostumbrarme a la nueva rutina.

—¿Y no será porque conoces a Vega de antes y no la soportas? —lanza sin rodeos. «Dios, qué rápido se ha ido de la lengua».

—Eso es...

—Me imagino que habréis tenido alguna pelea profesional que no quieres mencionar, pero no puedes dejar que eso te afecte —dice. Me quedo paralizada al darme cuenta de que nunca le conté quién fue la persona que me destrozó tanto y lo que ocurrió realmente—. ¿Laura?

—Sí, bueno, las cosas no terminaron bien entre las dos —suelto sin más.

—Eso es lo que me ha dicho, pero sois grandes profesionales y Astra os necesita. Espero que eso no sea un problema.

—¿No debería ser Cruz quien me diera esta charla? —Levanto una ceja mientras me llevo una mano al pecho, pellizcándome la blusa—. Está bien, me comportaré. Pasado mañana iré a su local para ver lo que han preparado del menú, pero que conste que no me ha gustado que se hayan adelantado. Me hubiera gustado decidirlo yo primero.

—Llevan muchos años colaborando con la agencia, no te lo tomes como algo personal. A Cruz le encanta cómo trabajan, y estoy segura de que te enamorarás de lo que hacen. El equipo que forma con Marcos es increíble.

—¿Marcos? —Una punzada de celos me atraviesa el pecho, pero la desecho moviendo la cabeza.

—Es su chef ejecutivo, pero créeme, a veces parece que Vega también cocine porla manera en la que habla de los platos que preparan.

Mordisqueo mi labio inferior, esbozando una media sonrisa que apenas me dura unos segundos, hasta que el recuerdo de cómo terminaron las cosas entre nosotras regresa a mi mente.

—Tendré que verlo por mí misma. Esta noche revisaré el presupuesto y descartaré locales que no encajen. Mañana a primera hora nos reunimos, ¿te parece?

—Perfecto, cuanto antes empecemos, mejor. Tenemos tiempo pero Cruz quiere que todo salga impecable. Astra tiene que volver a ser la número uno —suspiro al escucharla—. Si no aprovechamos esta oportunidad, se va a enfadar, y mucho. Hace tiempo que los competidores nos llevan la delantera.

—Por poco tiempo más. No me contrataron para que todo siga igual. Vamos a causar impacto, te lo prometo.

—Esa es la Laura que quería oír. No te quedes despierta hasta tarde, descansa. Te quiero.

—Te quiero. Descansa tú también.

Cuelgo y me dejo caer sobre la cama. Me acaricio la frente y luego extiendo los brazos permitiendo que mi respiración se relaje poco a poco. El huracán que sentía en el pecho empieza a disiparse, y mientras miro el techo, me doy cuenta de lo afortunada que soy por haber acabado en una ciudad tan maravillosa, con el trabajo de mis sueños. Y no pienso permitir que nada ni nadie lo arruine.

6

VEGA

Con la tienda de degustación cerrada, la cocina de Sentidos es un auténtico festival de ingredientes y aromas que difícilmente pasarían desapercibidos para alguien. La boca se me hace agua al observar las brochetas de tortellini y caprese, pero cuando estoy a punto de robarme una, Marcos me da un manotazo que me hace soltar un gritito.

—¡Ay, qué me haces daño! —me quejo, haciendo un puchero.

—Aún les falta el toque final. Ya sabes que no soporto que pruebes las cosas si no están terminadas.

Me cruzo de brazos y empiezo a golpetear el suelo con el pie mientras mi estómago ruge sin ayudar para nada. Además, ver cómo se toma su tiempo —casi un milenio— para pintar las brochetas con un glaseado balsámico aromatizado con trufa y espolvorear un poco de sal marina, no hace más que desesperarme. Marcos aspira con deleite, se limpia las manos, y cuando se yergue, presenta su obra de arte con una reverencia exagerada.

—A veces no te soporto —digo divertida.

No pierdo el tiempo. Tomo una brocheta y la acerco a mi nariz, disfrutando de cada uno de los ingredientes antes de saborearlos. El frescor del tomate con el basilisco me hace gemir de placer, pero lo mejor es la cremosidad del relleno del tortellini, donde la trufa y el queso se mezclan de forma sublime. Emito un gemido y me llevo una mano al pecho como si me acabara de enamorar.

—A veces me pregunto por qué no elegiste ser cocinera, si disfrutas de la comida más que nadie.

—No tengo tu talento, y no... —Levanto una mano para detenerle antes de que me contradiga—, no pienso cambiar de opinión. Con ayudarte ya estoy más que satisfecha, a mí me gusta más la parte organizativa.

—Sí, claro..., por eso prefiero trabajar contigo antes que contratar a otra persona, ¿no? —Se encoge de hombros y prueba una brocheta. De inmediato suelta un gemido, igual que yo, y abre la boca maravillado, consciente de que ha creado una obra maestra—. Espero que Laura tenga tan buen gusto como tú, porque si rechaza nuestras ideas, voy a matar a alguien.

—Tranquilo, siempre ha tenido buen criterio —comento, aunque siento una punzada de

tristeza. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla—. Vamos a recoger todo y nos vamos. Mañana será otro día.

—Me gustaría terminar de... —Lo fulmino con la mirada, y él levanta las manos en señal de rendición. Sabe que tengo suficiente autoridad como para obligarlo a marcharse—. Está bien, a tus órdenes, mi capitana.

—Qué tonto eres.

—Ya lo sé, pero así me quieres.

Los nervios que han estado revoloteando en mi interior desde que vi a Laura comienzan a desvanecerse con las risas que compartimos mientras limpiamos la cocina. Finalmente, cerramos el local tras otro día de trabajo. El cansancio se me acumula en los pies, y solo quiero llegar a casa, meter una pizza al horno y tirarme en el sofá a ver mi serie favorita del momento, *Cómo defender a un asesino*. Las prisas no me permiten disfrutar del encanto nocturno del Notting Hill de Bilbao, donde las casas de colores forman una fila perfecta que los turistas no dejan de fotografiar en sus vacaciones.

Rebusco las llaves en el bolso, pero al llegar a casa y levantar la mirada, veo que mis planes acaban de irse al traste. Mi hermana me espera con un par de bolsas en la mano y una sonrisa de oreja a oreja, a pesar de que parece tan cansada como yo. No recuerdo si habíamos quedado, pero espero que haya traído algo delicioso. De lo contrario, voy a odiarla por no dejarme descubrir qué sucede con Wess en la serie.

—Dime que no he estado a punto de dejarte plantada —digo, suspirando mientras subo las escaleras.

—Para nada. Fui yo quien lo hizo la última vez, ¿ya no te acuerdas? —Levanta las cejas y se aparta, dándome algo de espacio—. ¿Tan ocupada tienes la cabeza?

—Si yo te contara... Sabes que estamos a punto de firmar un nuevo contrato con Astra, ¿verdad?

Asiente y entra conmigo a casa. Lo primero que nos recibe es el aroma floral de los ambientadores. Enciendo las luces, dejo el bolso y la chaqueta en el perchero y le arrebato las bolsas para que haga lo mismo. Al olfatear su contenido, estoy a punto de sonreír al reconocer las especias de nuestro restaurante mexicano favorito.

—¿Te ha ido mal? —pregunta, al ver que no le doy respuesta.

Niego con la cabeza y me dirijo al salón. No tengo intención de entretenerme, así que dejo la comida en la mesa de centro y corro a la cocina para coger un par de copas y nuestro vino favorito. La cara de Gema cuando regreso no tiene precio; nunca ha soportado quedarse con la

intriga, pero necesito un sorbo de vino antes de contarle lo que ha pasado.

Recibe su copa con entusiasmo y la rodea con ambas manos, aunque ni siquiera la prueba. Si sigue así, me va a mandar a la mierda.

Me enderezo, levanto mi copa y finjo la mejor de mis sonrisas.

—Han contratado a Laura en Astra. Se ha mudado aquí.

—¡¿Qué?! —La impresión es tal que se tira un poco de vino encima y salta del sofá como si algo le hubiera picado—. ¡Mierda…!

—Tranquila, que no es el fin del mundo. Yo lo limpio.

Voy por un rollo de papel y juntas limpiamos la mancha del suelo. Aunque no estoy segura de que su pantalón sobreviva, lo que veo en su expresión es mucho más que preocupación por eso. Gema se sienta de nuevo, esta vez con el ceño fruncido, y se bebe la copa de un trago. Luego busca mis manos, obligándome a sentarme.

—¿Cómo ha sido eso...? —pregunta, curiosa.

—Pues... me odia, como ya me esperaba. Intenté hablar con ella, darle alguna explicación, pero me dijo que solo le importa el trabajo. Si hubieras visto cómo me miró... Me revuelve el estómago recordar lo que le hice. Ojalá pudiera cambiarlo.

—Si hubieras hecho las cosas de otra manera, seguramente no tendrías a Javier. Así que, al menos, puedes pensar que de todo eso salió algo bueno. —Busca mis manos de nuevo y las aprieta con fuerza. Me mira con una pena que detesto, pero prefiero eso antes que la decepción que pudo sentir en el pasado, cuando no entendía nada de lo que ocurrió—. Nos fuimos de León por ella, Vega. ¿Se lo has dicho a alguien?

—¿A papá y mamá? ¿Qué crees que dirían? Su hija “impura” volviendo a las andadas, después de haber tenido que dejar su ciudad para evitar las habladurías. Me siento como si hubiera retrocedido a los años cincuenta.

—Yo tampoco te lo puse fácil. Estuve mucho tiempo enfadada contigo —susurra, bajando la mirada, pero enseguida la obligo a levantarla.

Le acaricio la barbilla con el pulgar y niego con suavidad.

—Te obligaron a despedirte de todo lo que conocías, de tus amigos. Es normal que en ese momento me odiaras. Y yo tampoco fui sincera, pero volver a verla ha sido…

—Sabiendo lo enamorada que estuviste de ella, seguro que no ha sido plato de buen gusto —afirma, mientras apoya una mano en mi pecho y luego me abraza con fuerza.

—Sobre todo porque fui una cobarde que prefirió quedarse en el armario y romperle el

corazón, en lugar de ser feliz.

—Todos cometemos errores. Tienes que dejar de castigarte por eso —intento sonreír, pero cada vez que pienso en lo tonta que fui, me resulta imposible—. Lo hecho, hecho está. Ya está superado. Ahora tienes que encontrar la manera de llevarte bien con ella y hacer tu trabajo, porque seguro que este contrato es increíble.

—La verdad es que sí... —suspiro. Me gustaría soltar todos los sentimientos que tengo dentro, pero en lugar de eso, lleno las copas de vino y desvío el tema, abriendo las bolsas y deleitándome con el olor—. Me acabas de salvar la vida con esto.

—Al menos lo he conseguido con alguien —bromea, aunque su expresión se ensombrece. Entonces entiendo por qué ha venido—. Ser enfermera es mi vocación, pero cuando perdemos a gente tan joven, se me rompe el corazón.

—Lo siento mucho, cariño. Pero tienes que quedarte con que siempre haces todo lo posible por ayudar. Sujétate a eso —le digo, acariciándole el cuello con ternura—. Estoy muy orgullosa de ti, lo sabes, ¿verdad?

—Y yo también de ti —responde, con una sonrisa melancólica. Desenvuelve los burritos y me pasa el mío. Desde luego, esto ha mejorado la noche considerablemente. Comer con ella siempre sabe mejor—. No quiero que vuelvas a ser la Vega de entonces, atrapada en una burbuja de mentiras. Hace mucho que rompiste con Carlos, y desde entonces no te he visto con nadie más allá de una aventura de una noche, a excepción de esa historia con Clara… —De solo pensarlo, se me enfría el cuerpo—. Creo que ya es hora de que empieces a pensar en lo que te hace feliz. Nuestros padres no estarán aquí para siempre, y si sigues actuando por miedo a lo que puedan pensar, te vas a arrepentir del vacío que eso te dejará.

—¿Desde cuándo eres tú la adulta de las dos?

—He visto morir a mucha gente, personas que aún tenían sueños por cumplir, una vida que construir —dice con tristeza—, y no quiero eso para ti.

Un par de lágrimas resbalan por sus mejillas. Dejo la comida a un lado y las limpio con cuidado. Todo parece insignificante cuando estoy con ella y me da una lección de realidad, abriéndome los ojos como pocos lo hacen. Es verdad que mucha gente me dio la espalda cuando supo de mis verdaderos sentimientos por Laura, pero al final fui yo quien permitió que todo se fuera al traste. Y es algo de lo que me voy a arrepentir toda la vida.

El silencio que sigue a sus palabras me provoca un nudo en la garganta. Lo que he mantenido oculto durante tanto tiempo parece flotar hacia la superficie, empujado por la cruda sinceridad de mi hermana. Gema no me mira con reproche, sino con esa mezcla de preocupación y cariño que solo ella sabe expresar tan bien, a pesar de que en el pasado no nos entendíamos

tanto.

—No quiero que me pase lo mismo otra vez —susurro más para mí que para ella. Mi voz apenas es un hilo, pero el mensaje es claro. La idea de repetir los mismos errores, de seguir viviendo con la culpa de no haber sido valiente, me aterra—. Laura me recordó lo que fui, lo que le hice y lo que perdí... y no puedo volver a caer en ese ciclo. Ya no quiero ser esa persona.

Gema me observa con esos ojos cálidos que siempre logran calmarme, aunque esta vez hay algo más en su mirada. Es comprensión, pero también una especie de urgencia. Sabe que no basta con consolarme, que tiene que decir algo que me empuje a tomar una decisión.

—Vega, nadie puede cambiar el pasado… —añade con una suavidad que cala hondo—, pero sí puedes elegir qué hacer a partir de ahora. Si sigues evitando lo que sientes, lo que realmente quieres, vas a terminar atrapada otra vez en una vida que no es la tuya. Y te conozco, sé que no es lo que deseas. Acepta lo que eres de una vez por todas.

Su voz se siente como un abrazo suave que atraviesa las barreras que he levantado en mi corazón. Las lágrimas, que había intentado contener, empiezan a salir poco a poco.

—Me asusta la idea de no conseguirlo, de tropezar con la misma piedra...

No es solo el miedo a enfrentar a Laura, a revivir lo que tuvimos. Es también el temor a lo que yo misma he dejado de ser, a no estar a la altura, a no merecer una nueva oportunidad.

—Es normal tener miedo —comenta mientras aprieta mis manos con firmeza—. Pero no puedes dejar que ese miedo te paralice. Si algo he aprendido en estos años, es que la vida sigue adelante, incluso cuando creemos que no podemos con ella. Y vale la pena vivirla sin arrepentimientos.

La escucho en silencio con los ojos cerrados, dejando que sus palabras se filtren hasta lo más profundo de mí. Todo lo que dice resuena en mi interior tocando las partes más frágiles de mi ser. Sé que tiene razón, pero cambiar no es algo que pueda hacer de un día para otro.

—No sé si podré —admito mientras miro mis manos temblorosas—. No tengo idea de cómo voy a enfrentar todo esto: a Laura, lo que está por venir... Ni siquiera sé si puedo perdonarme por lo que pasó.

Gema sonríe con dulzura y seca una lágrima que se desliza por mi mejilla.

—No tienes que hacerlo sola. Yo estoy aquí contigo, siempre me tendrás —me asegura—. Y el primer paso es perdonarte a ti misma. Solo entonces podrás avanzar. Sin importar lo que ocurra con Laura, con Astra o con cualquier otra cosa, lo más importante es que te encuentres a ti misma en todo esto, que recuperes a la Vega que quieres ser.

Nos quedamos en silencio, pero es un silencio cómodo, lleno de entendimiento. Siento que

algo dentro de mí empieza a moverse, a cambiar. Gema tiene razón: no puedo seguir huyendo de mis errores, ni seguir castigándome por lo que ya no puedo cambiar. Si quiero construir una vida que merezca la pena, tengo que empezar por enfrentarme a mí misma, dejar atrás el miedo y abrirme a nuevas oportunidades, sin importar lo que eso implique.

Aprieto sus manos con fuerza en un gesto que es tanto de agradecimiento como de resolución. Algo dentro de mí sabe que, a partir de esta noche, las cosas deben ser diferentes. Es hora de romper con el pasado y permitir que mi vida tome otro rumbo.

—Gracias, hermanita —susurro con un hilo de voz.

Ella sonríe y, sin decir nada más, nos abrazamos, con la certeza de que, pase lo que pase en el futuro, siempre nos tendremos la una a la otra.

7

LAURA

Traer a Marta y Álvaro conmigo ha sido la única solución que he encontrado para hacer menos incómoda la reunión con Vega en su cáterin. Puede que me vea como una cobarde, pero no tengo ganas de pasar por el mal trago de intentar mantener una conversación con ella cuando lo último que quiero es relacionarme. De no ser porque esta es la oportunidad de mi vida, le habría pedido a Cruz que me asignara otro evento. Al menos, eso es lo que no ha dejado de rondar por mi cabeza durante toda la noche, aunque sé que rechazar esta oportunidad sería un error garrafal.

La zona en la que se encuentra Sentidos es tranquila, y los edificios le otorgan a las calles una elegancia que encaja a la perfección con Vega. Recuerdo la primera vez que fuimos a casa de sus padres; en aquella comida de domingo en la que me presentó como una "buena amiga", y no puedo evitar conectar lo que veo con la ilusión que vi en su rostro al mostrarme cada rincón. En ese momento, pensé que en algún momento se armaría de valor para decirles la verdad, pero estaba claro que yo nunca fui tan importante para ella como para hacerlo.

—¿Estás bien? —Marta me acaricia el brazo. Asiento y me estiro para relajar la tensión.

El cartel sobre la puerta invita a entrar, y cuando doy un paso dentro del local, me quedo maravillada con las estanterías llenas de productos locales y artesanales, delicias gourmet que claramente preparan en la cocina del cáterin. Vega atiende a un par de clientes tras el mostrador, con un delantal marrón que resalta sus ojos ámbar y las mechas miel en su pelo castaño. Mete en bolsas de papel las conservas y vinos que han comprado, y se despide de ellos con una sonrisa encantadora.

Nuestras miradas se encuentran y un escalofrío me recorre la espalda. Siento cómo se me ponen los pelos de punta y me obligo a carraspear para romper esa incomodidad que me invade.

—No os esperaba hasta dentro de quince minutos —comenta, sale del mostrador y se acerca a nosotros.

Me aparto, dejando que salude primero a Álvaro y Marta, mientras finjo interés en dar un pequeño recorrido por el local. Hay una pequeña zona de degustación, con una barra adosada a la pared y un par de taburetes que invitan a sentarse, incluso aunque no sea la hora adecuada. Tengo la sensación de que ha reunido entre estas cuatro paredes cada uno de los sueños de los que me habló una vez. No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Agacho la cabeza y niego mientras que el sonido de su voz, que una vez me hacía sonreír, ahora me resulta extraño. Los

recuerdos se agolpan en mi mente y traen consigo el dolor que sentí cuando me dejó, y más tarde, la sorpresa al enterarme de que se había prometido con un hombre.

—¿Empezamos ya? Quiero volver a la oficina lo antes posible —suelto con desgana. Marta alza una ceja, pero no le hago ni caso.

—Claro, Marcos ya tiene preparados algunos de los platos —responde Vega, guiándonos hacia la cocina, donde lo veo pintar unas brochetas con delicadeza.

Cuando levanta la vista de los ingredientes, su expresión se ilumina al verme.

—Tú debes ser Laura. Vega me ha hablado muy bien de ti —dice, extendiendo su mano hacia mí. Se la estrecho algo incómoda—. Soy Marcos, el chef ejecutivo de Sentidos. Espero impresionarte con lo que tenemos preparado.

—Me han dicho que haces maravillas, seguro que es así —contesto con sequedad. Sé que no debería comportarme así, pero todavía no soy capaz de disfrutar de este encuentro como debería, y Álvaro parece darse cuenta por la manera en que me observa—. ¿Me das las ideas que redactamos ayer? —digo hacia él.

—Por supuesto. —Abre el maletín con cierta torpeza y me entrega la carpeta que hay en su interior.

Me da miedo estropear las elaboraciones que hay sobre la mesa de acero, así que busco un lugar apartado para abrir la carpeta y mostrarles lo que había pensado.

—Creo que esta línea de café evoca los orígenes, esas tazas que nuestros abuelos disfrutaban con la familia o los amigos en los días festivos, incluso en sus descansos del trabajo. No solo era una forma de despertar los sentidos, sino que también promovía la camaradería, creando los mejores recuerdos. Por eso…

—Necesitamos platos que cuenten esa historia —interrumpe Vega con entusiasmo—, con ingredientes que han estado ahí siempre, que son la cuna de la cocina italiana o las leyendas de Nueva Orleans. Tenemos que conseguir que las personas viajen al pasado, pero sin olvidar cómo ha evolucionado la gastronomía y el café a lo largo de los años.

La miro sorprendida por lo acertado de su intervención. Ha descrito exactamente lo que yo había pensado sin haber leído ni una sola línea de mi presentación.

—Por eso habíamos pensado en un menú que refleje las tradiciones culinarias y cafeteras de los países protagonistas en la línea de cafés —añade Marcos mientras me ofrece una brocheta.

Marta y Álvaro observan en silencio disfrutando del espectáculo. Quiero negarme, pero al final cedo y pruebo la brocheta.

Me gustaría fingir que no es para tanto, pero cuando saboreo el tortellini, me quedo

asombrada. El placer es tan intenso que gimo y me llevo los dedos a la boca para evitar que la salsa chorree. La mezcla de sabores sacude mis sentidos y enciende algo en mí que creía apagado. Vega me mira con una sonrisa encantadora y la imagen de nosotras en un momento parecido me nubla por completo.

—Te dije que eran buenos —comenta Marta, y no puedo evitar odiarla un poco por tener razón.

—Normalmente estos eventos suelen tener un menú de degustación más... pijo, pero creo que podríamos sorprender a los invitados si exploramos el mundo de los canapés —comenta y alzo una ceja al escuchar a Vega hablar con cierto rechazo ese mundo sofisticado del que proviene.

Me abrazo a mí misma y acaricio mi cuello mientras echo un vistazo al resto de elaboraciones sobre la mesa. Me animo a probar una de las bolitas empanadas, y aunque intento resistirme, no puedo evitar pensar en lo impresionados que estarán los asistentes al evento. Finalmente, asiento y, pensativa, cambio de gesto. La mirada de Marta es suficiente para hacerme entrar en razón.

—Me habéis ganado con esto, pero no lo tenemos todo hecho. Quiero que nos reunamos de nuevo para elaborar un menú completo, con cócteles donde el café sea también protagonista. Si hace falta, contrataremos a un experto.

—¿Ya tienes una idea de dónde se celebrará? —pregunta Vega.

—Todavía no, me debato entre tres opciones.

—Podríais ir a ver los lugares en persona, así tendréis una idea clara de cómo introducir el menú a los invitados —propone Marta, y su sugerencia me molesta tanto que quiero sacarla de la cocina para decirle un par de cosas—. El último evento casi fue un desastre porque Jorge se dejó llevar por las prisas y organizó todo a pocos días de la presentación.

—Y tiramos mucha comida porque no cabía en las mesas —aclara Marcos.

—Y a mí me volvieron loco —interviene Álvaro, que tampoco parece estar de mi lado.

Siento que los tres se han puesto de acuerdo para forzarme a hacer algo que debería decidir sola. Apoyo una mano en la cintura y me acaricio la frente con la otra. Camino por la cocina bajo la atenta mirada de todos, que parecen esperar a que tome la decisión más importante de mi vida. Finalmente, dejo caer los brazos y suspiro.

—Iremos mañana mismo, pero la última palabra la tengo yo, ¿está claro?

—Por fin alguien entra en razón —bromea Marta y pongo los ojos en blanco.

Prefiero concentrarme en otra cosa, así que pruebo otro *arancini*. La explosión de sabores

consigue distraerme unos segundos, hasta que Álvaro llama mi atención, y hace que regrese a la realidad.

—Acaba de llegar un e-mail, el señor Gutiérrez quiere revisar algunos detalles de la campaña de publicidad. Nos esperan en la oficina.

—Pues ya está todo por hoy. Tenéis mi visto bueno, pero no quiero que hagáis más elaboraciones hasta que defina el menú —aclaro y esta vez miro directamente a Vega, esperando que no me dé más problemas—. ¿Nos vemos mañana a las nueve? No tienes que encargarte de la tienda, ¿verdad?

—Cuando no estoy, lo hace Marcos. Todavía me replanteo si debería contratar a alguien o no.

—Eso ya no es asunto mío —replico con frialdad. Me acerco al chef y le estrecho la mano —. Tienes un don para la cocina. Estoy segura de que nos llevaremos bien. —Le sonrío, y él asiente encantado—. Nos vemos mañana.

Vega también saluda, y salgo de la cocina con una mezcla de sensaciones agitándose en mi interior. Paso del placer que me han producido las delicias del chef, a los nervios por lo que nos espera mañana, y no puedo evitar sentir el malestar que me invade al recordar un pasado que creía enterrado.

De camino a las oficinas, miro por la ventana mientras Marta conduce. De vez en cuando, echo un vistazo por el espejo retrovisor y veo a Álvaro tomando notas en su iPad. Anoche no pude dejar de pensar que estaba cometiendo un error, pero ahora sé que tengo la oportunidad de hacer que este evento sea inolvidable, algo que los invitados recordarán durante mucho tiempo y que siempre relacionen con la nueva línea de café y su campaña publicitaria.

Apoyo el codo en la ventanilla y dejo caer la cabeza. Me quedo en silencio e intento ordenar las ideas que he ido escribiendo en mi libreta estos días, pero pronto las imágenes cambian por la sonrisa de Vega y su hábito de acariciarse el cuello cuando está nerviosa, algo que ha hecho repetidamente esta mañana. Solo con mirarla me doy cuenta de cuánto ha cambiado, de la profesional tan increíble en la que se ha convertido y el amor que pone en Sentidos. Sin embargo, el dolor se profundiza en mi interior al recordar que esto es lo que siempre esperé de ella, y no que se dejara llevar por los deseos de unos padres que aún no sé si tienen idea de lo que sintió por mí en realidad.

«Eso ya no importa», me repito a mí misma. He dedicado demasiados años a intentar seguir adelante, y por mucho que lo piense, nada cambiará lo que pasó.

8

VEGA

Odio la frialdad con la que Laura me miró durante la reunión, como si yo fuera un cero a la izquierda o una completa desconocida. Pensar en cómo han cambiado las cosas entre nosotras me causa dolor de cabeza, como si estuviera en una lucha a contracorriente por ganarme una sonrisa o, al menos, una palabra amable. Marta me dejó claro que Laura es una gran profesional, y eso nunca lo pondría en duda, pero ahora no estoy segura de que esto vaya a funcionar si sigue aferrada a esa actitud arrogante y al desprecio que destilan sus palabras.

Desde que nos vimos en las oficinas de Astra, he estado tan tensa que mi cuerpo ya grita de agotamiento. Esperaba acabar la noche en calma, revisar un poco el papeleo, poner Netflix y ver la serie hasta quedarme dormida, pero, al parecer, el universo siempre tiene otros planes para mí. Antes de terminar la jornada, mis padres me enviaron un mensaje para invitarme a cenar a su casa, y de negarme, seguro que se habrían plantado en la mía como si no tuviera algo mejor que hacer. Menos mal que Gema también va a estar allí, lo que siempre alivia un poco el ambiente. Porque, cada vez que estoy con ellos, parece que tenga que prepararme para la guerra.

Tamborileo los dedos sobre el volante mientras espero a que el semáforo cambie a verde. Me quedan unos diez minutos de trayecto, así que pongo algo de música. *Jaded*, de Miley Cyrus, suena en mi lista de *Spotify* y su voz me relaja de inmediato. Disfruto de las pocas canciones que me permite el recorrido hasta que llego al chalet adosado que mis padres compraron hace unos años en Artatzu-Larraskitu, un barrio que está lejos del bullicio y que te evade completamente del mundo.

Aparco en la entrada, y antes de apagar el motor, ya han abierto la puerta para darme la bienvenida con una sonrisa.

—Joder, son incorregibles —murmuro, mientras me quito el cinturón y salgo del coche—. No hace falta que me recibáis así cada vez que vengo, que no soy la Reina de España —ironizo en voz alta. Me guardo un mechón tras la oreja y los abrazo nada más subir las escaleras—. ¿Gema ya ha llegado? No he visto su coche.

«Que haya venido en taxi, por favor», pienso.

—Todavía no. Ha dicho que salía un poco tarde, parece que ha tenido complicaciones en el turno —responde mi madre. Finjo una sonrisa, lista para lo peor.

—Bueno, entonces nos tomamos unas cervezas mientras la esperamos —propongo, pero

mamá alza una ceja, y entramos en la casa.

El aroma a lavanda que impregna las paredes me encanta. Aunque esta casa es muy diferente a la que me crie, mis padres siempre se esfuerzan por mantener viva esa sensación de felicidad que recuerdo haber sentido durante gran parte de mi niñez y adolescencia. Claro, hasta que cumplí dieciséis años, cuando todo cambió. Jamás podré olvidar cómo mi padre nos miró a mí y a la primera chica de la que me enamoré cuando nos sorprendió besándonos en mi dormitorio. Desde ese día, nuestra relación se volvió fría durante meses, hasta que les prometí —y mentí— que no volvería a pasar.

¿Cómo se puede cambiar lo que eres? Es una pregunta que todavía me hago cuando miro a los ojos de mi hijo y recuerdo que estuve casada con su padre durante más de seis años.

—¿Qué tal el nuevo proyecto? Gema nos ha dicho que te harás cargo del cáterin de la nueva línea de Lungo. ¿Nos invitarás? —curiosea mi madre, con un tono que me deja sin palabras. Al ver mi reacción, se encoge de hombros—. ¿Qué? Sabes que nos sentimos orgullosos de lo que haces.

—Ya, claro, y también queréis atiborraros de comida y ver si os cae alguna muestra gratis, que os conozco —bromeo, y los dos se echan a reír—. Sabéis que siempre os invito a estas cosas, no tenéis que preocuparos. Solo que… hay algo que necesito contaros.

Carraspeo, me quito la chaqueta y la cuelgo en una de las sillas del comedor, a pesar de que sé que a mamá le molesta. Ella frunce el ceño mientras nos sentamos en los sofás que rodean una preciosa mesa de centro de madera de roble y cristal. Me acaricio el cuello y froto mis manos varias veces, nerviosa. No sé qué palabras usar para soltarles una bomba que, estoy segura, no les va a hacer ninguna gracia. Respiro hondo y me preparo para hablar.

—Vega, por Dios, ¿qué pasa? —presiona mi madre, justo cuando llaman al timbre.

—Debe de ser Gema —añade papá.

—Voy yo. —Me levanto del sofá de un salto y voy hacia la entrada.

Siento cómo el sudor me recorre la nuca, y al abrir la puerta, mi hermana nota al instante que algo va mal. Me toma del brazo y me atrae hacia ella.

—¿Se lo has dicho ya? —susurra. Aprieto los labios y niego. Ella estira el cuello para echar un vistazo dentro de la casa antes de devolvérmela—. Pues ni se te ocurra, ¿quieres ver el mundo arder?

—¿Se puede saber qué cuchicheáis? —La voz de nuestro padre llega a mi espalda, y siento un escalofrío.

—Nada, nada. He traído tiramisú —dice Gema, levanta la bolsa y mueve las cejas con

picardía. Siempre ha tenido ese don para salvarme el cuello en estas situaciones.

Se la quito de las manos y la llevo a la cocina, mientras ella va a saludar a nuestros padres, dándoles un par de besos antes de dejarse caer en el sofá, agotada. Escucho a mamá regañándola por poner los pies en la tapicería, y a Gema quejándose como una niña pequeña, lo que provoca las risas de todos. Aprovecho esos segundos de tregua para aclarar mis ideas, cojo cuatro cervezas y regreso al salón con una sonrisa forzada en los labios.

Dejo los botellines en la mesa y me siento junto a mi hermana, que no duda en tumbarse sobre mi regazo. Tiene las ojeras marcadas, y por su aspecto, sé que ha tenido otro día agotador en el hospital.

—¿Qué era eso que querías decirnos antes, cariño? —pregunta mi madre, con su característico tono inquisitivo.

«Joder, nunca se le olvida nada», pienso. Estoy a punto de hablar cuando mi hermana se me adelanta.

—Es que han cambiado al equipo de publicidad en Astra, y tiene miedo de que las cosas no vayan tan bien como antes. Pero ya le dejé claro que se equivoca —comenta, con la sonrisa más inocente del mundo. Al mirar a mis padres, me doy cuenta de que no se han tragado del todo la historia, pero al menos papá suspira y asiente, aceptando la explicación.

—Cariño, siempre dices lo mismo, que sientes que este encargo va a ser el definitivo, y al final nunca es así. Deja de tener tanto miedo y confía más en ti misma.

Frunzo el ceño sorprendida por sus palabras. A veces me pregunto qué tipo de brujería les hicieron para que ya no suelten esos comentarios hirientes que antes me dedicaban cuando les conté que quería dedicarme a la gastronomía. Mamá no pierde el tiempo y abre los botellines. Levanta el suyo y nos mira con felicidad.

—Estoy muy orgullosa de las dos. Sé que a veces he sido un dolor de cabeza, pero valoro mucho lo que habéis conseguido.

Que lo admita delante de nosotras me parece casi un milagro, sobre todo porque mis padres siempre han idolatrado a Gonzalo y Joaquín, nuestros hermanos. De hecho, no creo que haya cambiado mucho el hecho de que sean sus ojitos derechos, pero por una vez, prefiero disfrutar de este momento y brindar con ellos. Gema me lanza un guiño y se acomoda para disfrutar de la cerveza, como si fuera un manjar celestial.

Pocos minutos después, el salón se llena del delicioso aroma del pollo asado con patatas que mamá hace de maravilla. Soy la primera en levantarme para poner la mesa, y papá niega con la cabeza, riéndose de mi impaciencia. Sabe que, cuando se trata de mi comida favorita, no tengo

amigos y tendrá que soportarlo por el resto de sus días. Preparamos una ensalada generosa y seguimos disfrutando de la bebida mientras conversamos y recordamos los chistes que papá solía contarme cuando era niña.

—Ojalá vuestros hermanos no estuvieran tan lejos —suelta mamá de repente. Gema y yo intercambiamos una mirada. Estaba claro que no tardaría en salir el tema—. A veces me pregunto por qué se quedaron en León, las oportunidades aquí son tan buenas o incluso mejores que las que tienen allí.

—¿De verdad esperabas que dejaran todo atrás como si nada, con sus mujeres e hijos? No digas tonterías —respondo, notando el enfado en mi voz. Gema me lanza una mirada de advertencia, pero hay cosas que, aún hoy, no puedo soportar—. Sabes perfectamente que nos vinimos aquí por mi culpa, y que presionasteis a Carlos para que aceptara la propuesta de trabajo. Ya no tenéis que aguantar los cotilleos del club, deberíais daros por contentos. Déjalo estar, por favor.

—¿Se puede saber qué te pasa, hija? —pregunta mi padre endureciendo el gesto, y siento cómo se me seca la boca.

Los nervios por lo de Laura acaban de traicionarme, y soy consciente de ello cuando noto el sudor frío que me recorre la espalda. Me aparto el pelo de la cara y apoyo las manos en la mesa. Debería soltarles la verdad ahora mismo, pero no encuentro las palabras correctas, así que niego con la cabeza y pongo gesto de arrepentimiento.

—Perdonadme, no tendría que haber pagado con vosotros lo que me ocurre en el trabajo. Sabéis que cuando me siento insegura, soy insoportable.

Gema deja caer la cabeza y suspira. Sé que si vuelvo a meter la pata, no se arriesgará a protegerme de nuevo. Mamá se levanta y rodea la mesa para abrazarme por la espalda. Siento una mezcla de amargura y frustración por no ser capaz de decirles la verdad, por mucho que tema su reacción. Pero, al mismo tiempo, sus brazos me reconfortan y el beso que deja en mi mejilla me transmite un perdón silencioso.

—Sabes que siempre hemos estado orgullosos de ti, aunque algunas cosas no hayan salido como nos hubiera gustado —admite refiriéndose claramente a mi divorcio con Carlos. Espero que añada algún comentario mordaz, pero no llega—. Ya verás como el evento va a salir de maravilla.

—Eso no es lo que me preocupa. Últimamente, Marcos y yo acabamos tan agotados que ni siquiera tengo fuerzas para pestañear cuando llego a casa, y me inquieta que Javier lo note.

—¿Y por qué no contratas a alguien más? —sugiere mi padre—. Al menos para que se encargue de la tienda. Sabemos que lo que más te gusta es estar en la cocina, aunque nunca

quisieras estudiar para ser chef.

—No soy tan buena como creéis. La verdadera magia la hace Marcos, pero puede que me lo piense —respondo con una sonrisa débil—. Ahora lo único que quiero es comerme este pollo.

Aprieto los brazos de mi madre y le doy un beso en la mejilla antes de que vuelva a su silla. Ella corta otro trozo de pechuga y lo pone en mi plato sin dudarlo.

—¡Eh, y yo qué! Llego muerta de hambre del hospital y le ponéis más a ella —protesta Gema y hace un puchero infantil, como cuando éramos pequeñas.

Las carcajadas llenan la habitación mientras mamá le sirve una buena porción. Volvemos a brindar con las cervezas y comemos. Puede que mis padres no sean perfectos y que me cueste llevarme con ellos a veces, pero al final sé reconocer cuanto me quieren y se preocupan por nosotras. Quizás nos animaron a mudarnos a Bilbao pensando en mi bienestar. Al menos, es lo único que puedo pensar cuando miro a Javier, a sabiendas de que mi vida no sería la misma sin él, aunque sienta que perder a Laura fue el mayor error que cometí en mi vida.

No tengo idea de cuánto tiempo podré seguir guardando este secreto, pero ahora mismo, lo único que quiero es centrarme en nuestra cita de mañana y ver si consigo que las cosas mejoren entre nosotras.

9

LAURA

—Tranquila, que no pienso comportarme como una bruja. Ya te dije ayer que dejaré las rencillas atrás y me centraré en lo importante, que es este trabajo.

—Si no te conociera, diría que pareces tranquila y segura. Pero sé que por dentro te llevan los demonios y, cuando no duermes, las cosas pueden ponerse peor —replica Marta. Miro la hora en mi reloj de muñeca y doy golpes con el pie contra el suelo. Si no deja de darme la vara ahora mismo, voy a gritar—. En fin, espero que todo vaya bien. Nosotros nos pondremos con los cambios que el señor Gutiérrez propuso.

—Vale, te mantendré al tanto.

—Ah, y Laura, intenta no matarla.

—Que te den —cuelgo la llamada y guardo el teléfono en el bolso.

Por un momento me tienta apagarlo para evitar más tonterías como esta, pero decido centrarme. Me arreglo la chaqueta, echo un vistazo a la hora y respiro hondo.

—¿A quién le van a dar? —La voz de Vega me sobresalta y me giro bruscamente.

Hoy se ve especialmente... bien. Lleva una blusa azul metida en unos vaqueros grises y se ha recogido el pelo de forma sencilla, con algunos mechones rozando su rostro. Se aparta uno de la cara y agarra el asa del bolso sin quitarme los ojos de encima. Trago saliva y niego.

—A nadie. ¿Llevas ahí mucho tiempo? No me gusta que espíen mis conversaciones.

—Tampoco es que seas muy discreta cuando alguien te pone de los nervios. Eso ya lo sabíamos —comenta y dibuja una sonrisa que lleva más atrevimiento del que me gustaría que tuviera ahora mismo.

—Ya... bueno, algunas cosas no cambian —respondo con frialdad señalando con la cabeza al edificio a nuestras espaldas.

Me ha costado más tiempo de lo previsto encontrar Etxekobe. Por suerte, salí de casa una hora antes, anticipándome a cualquier traición del GPS en mi camino hacia Monte Cobetas, a las afueras de la ciudad. Vega aprieta los labios y comienza a caminar a mi lado. Echo un vistazo a los coches en el parking y recuerdo lo que me dijo Marta antes de salir: «No te habría costado nada quedar con ella e ir juntas, así es como solía trabajar con Jorge, pero tú sabrás cómo llevar las cosas».

—¿Te ha costado mucho llegar? —pregunta Vega.

Estoy a punto de negarlo, pero recuerdo la promesa que me hice anoche. La miro a y asiento, cruzando los brazos mientras acaricio mi chaqueta, trazando pequeños círculos con los dedos.

—No sé cómo se me ocurrió venir sola sin conocer bien la ciudad. Ha sido toda una aventura, como aquella vez que nos perdimos yendo a Quintana del Castillo.

—Madre mía, tardamos como tres horas en volver a la carretera correcta y casi…

—Nos quedamos sin gasolina, tiradas en medio de la nada —termino la frase sin poder contener la risa—. Solo a nosotras se nos ocurre salir sin cargar los móviles.

—La cara que pusiste cuando el tuyo te avisó de que tenía la batería baja fue un poema. Jamás te había visto entrar en pánico tan rápido.

—Oye, que tú tampoco te quedaste atrás.

—Es verdad —se ríe y niega con la cabeza—. Éramos un desastre.

—Un desastre, pero de los buenos —añado, sintiendo un cosquilleo en el pecho. Carraspeo al darme cuenta de lo que acabo de decir—. Fueron buenos tiempos, la verdad.

—Laura, yo...

—¡Vega! ¡Qué alegría verte de nuevo por aquí! —Nos interrumpe una mujer que se acerca con los brazos abiertos—. Y tú debes ser Laura Molina, ¿verdad? —Me tiende la mano y la estrecho con torpeza—. Cruz ya me ha puesto al día de los cambios en Astra. Me ha hablado maravillas de ti.

—Gra-Gracias. —«Vamos, que tú puedes con esto y más», me digo y regreso a la realidad —. La ubicación es perfecta.

—¿Verdad? Cuando le propuse a mi marido comprar estos terrenos, me dijo que estaba loca. Ahora somos uno de los espacios más solicitados por empresas para sus eventos.

—Desde luego, las vistas son inmejorables —comento, mientras veo que Vega pone una mueca de incomodidad.

La dueña nos enseña primero la terraza, donde se celebran muchas cenas. Tengo que reconocer que es un sitio impresionante, al igual que los salones y los diferentes espacios que ofrecen. En mi mente ya se dibuja la disposición de las mesas, la zona de DJ y la degustación de cócteles. Vega y yo logramos imaginar juntas el escenario, y la dueña ya se frota las manos, sabiendo que está cerca de cerrar otro contrato. Sin embargo, hay algo en este lugar que no me termina de convencer y no tardo en agarrar del brazo a mi compañera para llevármela lejos y

poder hablar en privado.

Nos alejamos hacia un espacio más tranquilo, rodeadas de naturaleza. El aroma a hierba fresca llena mis pulmones, pero no puedo evitar sentir que esto es demasiado.

—Por tu cara, diría que no te termina de convencer —insinúa Vega, y otra vez da en el clavo.

—¿No crees que es un lugar demasiado... pomposo? Tenía en mente algo con más gancho. Vamos a presentar una nueva línea de cafés y, sí, sé que la elegancia es importante, pero... —Levanto las manos y me froto la frente—. Creo que no debería ser nuestra primera opción.

—Mmm... —Vega se golpea los labios con el dedo mientras observa el edificio—. Puede que tengas razón. He trabajado aquí en varios cáterin y, aunque es bonito, pega más para comuniones y bodas, aunque muchas empresas lo usan.

—Sabía que estarías de acuerdo.

Sus palabras me alivian y me dedica una sonrisa tan preciosa que me eriza la piel. Nos quedamos en silencio unos segundos, sus ojos me hipnotizan como aquella primera vez en el restaurante, y cuando me toca el brazo, siento una descarga que me recorre el cuerpo.

Estar así de cerca es como volver a entrar en una tormenta que creí haber dejado atrás. De repente, me siento como si, a pesar del tiempo y la distancia, hubiera un hilo invisible que aún nos une, que me atrae hacia ella como un imán imposible de resistir. Su simple presencia altera todo dentro de mí; mi corazón late desbocado, y la realidad que me rodea se desvanece cuando la miro. Esa chispa que una vez nos envolvió sigue ahí, viva y palpitante. Lo noto con más intensidad de la que puedo soportar, y me hace tragar saliva.

No puedo evitar pensar en sus labios, en cómo se sentiría probarlos de nuevo, como si con un beso pudiera detener el tiempo y borrar lo que nos separa y lo que también… me destruyó.

—¿Estás bien? —pregunta de repente, inclinando la cabeza con una sonrisa que me desarma. Su voz es suave, pero siento como si me leyera por completo, y eso no me gusta.

—Sí… claro, solo… —Trato de mantener la compostura, pero noto que mis manos tiemblan—. Esto es más difícil de lo que había imaginado esta mañana.

—¿Te refieres al trabajo? —bromea.

Niego con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras exactas. Siento una presión en el pecho y silencio mi lucha al sacudir ligeramente la cabeza.

—No. Me refiero a... a ti. —Veo cómo sus ojos se agrandan por la sorpresa.

Ella me mira durante unos segundos que parecen eternos, luego aparta la vista y se muerde

el labio, incómoda.

—Laura... —comienza, pero no termina la frase. El silencio entre nosotras se vuelve más denso, cargado de sentimientos que no quiero afrontar.

—Tenemos que concentrarnos en el evento —añado al final e intento sonreír, aunque la incomodidad se refleja en mis palabras.

—Sí, claro... —responde, pero ambas sabemos que hay mucho más en juego y, en algún momento. Esto nos explotará en la cara—. Iré a hablar con la dueña. Le diré que le daremos una respuesta en unos días —comenta, apretando los labios antes de marcharse—. ¡Por cierto! —llama mi atención de nuevo, haciéndome girar y de nuevo, veo esa maldita sonrisa—. Sígueme de vuelta a la ciudad, no quiero que nos perdamos.

—Qué mala leche —susurro, observándola mientras se aleja.

. . .

El sonido de la radio ha sido una distracción durante el trayecto de vuelta. No he dejado de imaginarme a Vega al volante, con el ceño fruncido, concentrada en la carretera y sin permitirse ninguna distracción. Siempre ha tenido mucho respeto por la conducción, y mi actitud más temeraria nos costó alguna que otra discusión en el pasado. Lo curioso es que, cuando me reprendía, lo hacía con un tono dulce y con caricias en el cuello que aún soy capaz de sentir.

Llevo los dedos ahí, cerrando los ojos por un segundo. Quiero mostrarme fría, estar molesta, poner una barrera entre nosotras y ser solo Laura Molina, la organizadora de eventos. Pero me basta con escuchar su voz para querer estar cerca de ella, saber cómo ha sido su vida durante estos años. Aún no entiendo cómo, en cuestión de horas, he pasado del odio a este interés, pero en el fondo, reconozco la razón.

Vega da un par de toques en la ventanilla y le pido que espere un segundo.

—Concéntrate en el trabajo, vamos —me digo a mí misma, mientras finjo una sonrisa y abro la puerta—. Tendría que haber desayunado antes de salir de casa. Encima me dejé las barritas —improviso para evitar que note cualquier cosa rara.

—Si quieres, podemos tomar algo después de ver el salón de eventos. Así me pones al día —dice. Su oferta me sorprende y me hace bajar la mirada—. Tampoco pasa nada si te niegas.

—No, no. Me parece una buena idea —respondo nerviosa, mientras me cuelgo el bolso y señalo hacia el edificio en el Muelle de Olabeaga—. Este sitio me gusta más.

—Pues mira, yo vivo por la zona, en la calle Baiona, a nada del San Mamés.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida. Ella se encoge de hombros.

—Y seguro que vienes a ver los partidos del Atleti.

—No te imaginas cómo celebro los goles. Intento contenerme por los leones, pero...

—Es imposible —rio—. Aunque hace años que no voy a ver un partido en directo.

—¿Después de haber vivido en Madrid? ¡No me lo creo! —bromea, dándome un leve golpe en el brazo—. Eso va a cambiar. En cuanto salga el calendario de la próxima temporada, le digo a Carlos que nos saque entradas.

El ambiente se enfría de golpe al mencionar su nombre. Endurezco el gesto. Ahí está la razón por la que debería enfocarme solo en el trabajo. Vega se da cuenta del cambio de actitud y me sigue en silencio hasta el salón de eventos SILO.

El edificio, pegado al restaurante La Lonja y frente al río Nervión, no es el más lujoso, pero tiene algo especial. La cristalera que da al interior del salón, con vistas al estadio de fútbol, es un gran punto a favor.

—Será mejor que entremos —digo con frialdad, y ella asiente.

Puede que me cueste convencer al señor Gutiérrez de que su clientela acepte este lugar, pero algo me dice que voy por el buen camino. La elegancia del interior, con la cocina ya instalada en un rincón, me da la confianza que necesitaba.

—¿Dónde encontraste este sitio?

—¿No lo conocías? —niega asombrada, y sonrío con satisfacción—. Tengo mucha experiencia en esto. La cabra siempre tira al monte y eligen los mismos sitios. Pero a mí me gusta que las cosas causen impacto.

—Ya veo. La verdad es que está genial.

Observa el salón con atención, ese brillo en su mirada me indica que le gusta lo que ve. Las lámparas modernas, las columnas y la decoración en tonos marrones y negros coinciden con lo que tenía en mente. Siento que este es el lugar adecuado para el evento, lo que ya tenía en mente nada más firmar el contrato en Astra y saber del trabajo.

Una mujer aparece por nuestra izquierda, va vestida con un traje de dos piezas que le marca las curvas de su cuerpo y el pintauñas rojo hace juego con sus labios.

—Soy Amanda —nos dice, estrechando nuestras manos—. ¿Qué os parece la primera impresión?

—Me encanta —admito con sinceridad, y ella sonríe encantada—. Las fotos ya me impresionaron, pero en persona, esto es otra cosa.

—Os haré un tour por las instalaciones. Tengo entendido que el evento será para Lungo, ¿verdad?

—Así es —interviene Vega—. La nueva línea busca evocar los orígenes del café.

Vega se acaricia el cuello, de repente está visiblemente nerviosa.

—Pues a ver si estamos a la altura —añade Amanda, invitándonos a seguirla.

—No creo que necesites mucho para convencernos, ¿verdad? —murmuro y miro a Vega, que asiente en silencio.

Frunzo el ceño, aparto la atención de ella y sigo los pasos de Amanda. La vibración que siento con este lugar me da la confianza de que es el ideal para el evento. Mientras la dueña nos cuenta más sobre SILO y los eventos que han realizado, me convenzo de que he tomado la decisión correcta. Ahora solo queda presentar la propuesta a Cruz y al señor Gutiérrez, pero algo me dice que no será difícil lograr su aprobación.

10

VEGA

Javier tararea dando pequeños saltos de camino al colegio. Esta mañana nos hemos levantado un poco antes para que nos diera tiempo de dar un paseo juntos bordeando el parque cercano. Sin embargo, me cuesta concentrarme en un momento tan maravilloso como este. La idea del café quedó en nada cuando salimos de SILO y Laura decidió que quería volver a las oficinas con la excusa de preparar el dosier que tiene que presentar ante el señor Gutiérrez la próxima semana. Algo dentro de mí insiste una y otra vez en que, en realidad, no quería pasar ni un segundo más conmigo.

No sé por qué me sorprende, ni por qué espero que vayamos a llevarnos bien o a ser amigas, cuando le hice tanto daño, a pesar de que intento fingir que todo va a estar bien.

—¡Mamá, mira! —exclama Javier, sacándome de mis pensamientos.

Su dedo índice señala a una bandada de pájaros que sobrevuelan los árboles, trinando alegremente, dando la bienvenida a un nuevo día.

—Qué bonito, ¿quieres que les hagamos algunas fotos? —Asiente con entusiasmo y corre hacia mí para buscar en mi bolso la cámara digital que su padre le regaló por su cumpleaños.

No puedo evitar quedarme embelesada mirándolo mientras intenta capturar una imagen hermosa, sencilla, pero que refleja la esencia misma de la vida.

—Vuelan muy rápido —se queja, frunciendo el ceño con un puchero adorable—. ¿Por qué no se quedan quietos para que les haga la foto?

—Cariño, ellos no son como las personas. —Me acerco y me agacho para quedar a su altura. Su mirada vidriosa me desarma por completo—. Estoy segura de que la foto ha salido muy chula. Cuando volvamos del cole, la pasamos al ordenador y la imprimimos, ¿te parece?

—¡Sí! —Su tristeza desaparece en un segundo, me abraza con fuerza y me planta un beso en la mejilla antes de salir corriendo hacia la entrada del parque.

Javier va hacia los columpios y sube rápidamente al tobogán, deslizándose una y otra vez sin parar.

Guardo su cámara en el bolso y me abrazo a mí misma, sin dejar de observar cada detalle de la escena. No puedo evitar fijarme en una pareja que pasea tranquilamente por el sendero. La sonrisa de la mujer irradia felicidad, y mi corazón se encoge al darme cuenta de cómo destruí la

mejor relación que he tenido en mi vida. El recuerdo de un día en particular invade mis pensamientos, y el anhelo borra de un plumazo cualquier signo de alegría.

. . .

Noviembre, 2011. León.

—¡No digas tonterías! Sabes que no tienes razón.

Laura se detuvo en seco y me besó. Era nuestra cuarta cita en tres semanas, y cada vez que me miraba de esa manera, conseguía que me temblaran las rodillas. La picardía en sus ojos provocó una sonrisa tonta en mi rostro, incapaz de mantener la atención en ese bonito color que tanto me atraía.

—¿Quieres que admita que soy buena en algo que no se me da bien? —cuestioné, apenada —. Puede que me guste mucho la cocina, pero ya has visto que no consigo cortar un ingrediente sin riesgo de cortarme un dedo o de tardar tres horas. Ningún restaurante me contrataría.

—El oficio no se aprende en un día, pero la pasión... con eso se nace, Vega, y tú vas más que sobrada. —La miré a los ojos, y mis inseguridades comenzaron a desvanecerse—. Date tiempo para decidir qué camino quieres seguir, pero yo tengo muy claro que lo tuyo no es tanto organizar al personal como ser parte del proceso culinario.

—Quizás, pero ahora mismo no quiero hablar de eso, sino disfrutar de la merienda con mi chica.

—¿Así que tu chica? —Rozó su nariz con la mía—. Me encanta cómo lo dices.

—Y a mí me encantas tú.

La empujé suavemente y le robé la bolsa de la mano. La electricidad entre nosotras era tan evidente que en ese momento deseé volver a su casa y desnudarla. Laura soltó una risita encantadora y entrelazó sus dedos con los míos mientras caminábamos hacia una zona tranquila del parque, donde comimos unos bocadillos y bebimos un par de refrescos. El atardecer tiñó el cielo, y la transición de colores quedó grabada en mi memoria. Pero no fue lo único; el brillo en sus ojos y la felicidad en cada sonrisa me llenaron el corazón de una forma que jamás había sentido.

Bastó poco para enamorarme de ella, y solo unos cuantos días para saber que sería el amor de mi vida, y que nunca podría olvidar cómo fruncía el ceño, se mordía el labio inferior o acariciaba su frente cuando estaba nerviosa o a punto de enfadarse. Algo dentro de mí despertó, y

durante semanas me convencí de que podríamos cumplir todos nuestros sueños. Hasta que el miedo cruzó la línea, superando al amor, alejándome de una felicidad única.

. . .

Marzo, 2024. Bilbao.

Mis dedos tiemblan y no soy capaz de mezclar dos ingredientes sin hacer un desastre. Es la segunda vez que se me rompe una yema en las claras que tengo que montar, y mi torpeza me exaspera. Resoplo y, al dar un golpe en la mesa, asusto a Marcos, que suelta el cuchillo, casi cortándose.

—¡Mierda, perdona! —Corro hacia él y le sujeto la mano para asegurarme de que no se ha hecho daño—. No sé dónde tengo la cabeza.

—¿Pensando en Laura? —arremete sin rodeos, pero luego me sonríe con dulzura—. Te conozco muy bien. —Se seca las manos con el paño que lleva en la cintura y las coloca sobre mis hombros—. ¿Por qué no te encargas de la tienda y me dejas esto a mí? Revisa las notas que nos mandaron al correo, seguro que así te despejas.

—No creo que eso me relaje —protesto mientras desato el delantal—. Pensé que podría actuar como si nada, pero cada vez que la miro recuerdo cómo acabó todo. Ayer, por un segundo, sentí que volvíamos a ser las de antes. Está claro que no hago más que pensar tonterías.

—Tonterías las tuyas —suelta, y me cruzo de brazos, ofendida. Marcos levanta las manos y se ríe—. Creo que le das demasiadas vueltas. El pasado no lo vas a cambiar, por mucho que quieras.

—Ya…

—Pues haz lo posible por concentrarte en el presente, en lo que tenéis que hacer. Intenta tratarla como si la acabaras de conocer y verás que todo fluye mejor.

—No sé yo… —suspiro, mirando a mi alrededor—. Quizás tengas razón. Mejor voy afuera y me pongo a trabajar. Aquí no soy más que un estorbo.

—Si dices eso otra vez, te quedas sin probar la *jambalaya*.

Abro la boca y él se encoge de hombros. No puedo creer que me amenace con algo así. ¡Será traidor! Lo fulmino con la mirada y lo dejo solo en la cocina.

La tienda está bastante tranquila, es media mañana y solemos tener más trabajo por las tardes, cuando la mayoría de nuestros clientes están libres de obligaciones. Me siento en el

taburete tras el mostrador y abro el portátil para buscar el documento que Laura nos envió anoche. Al final, sí era cierto que volvió a las oficinas a trabajar.

Me masajeo las sienes e intento concentrarme en lo que tengo que hacer. No sé por qué sigo pensando en cosas que están fuera de lugar y que no deberían importarme, como si yo significara algo para ella.

Duele. Duele darse cuenta de cómo están las cosas y saberme la culpable. He pasado los últimos once años creyendo que había pasado página. Pero joder, qué equivocada estaba.

—Las cosas no pueden ir peor… —susurro, y en ese momento suena el timbre de la puerta.

Levanto la mirada de la pantalla y me quedo boquiabierta al ver quién entra en el local. Clara, mi ex, sonríe mientras se acerca al mostrador, y no puedo evitar sentirme desconcertada. Si la vida está tratando de decirme algo, que lo haga de una vez por todas.

—Te hacía en la cocina, como siempre —dice con ese tono encantador que nunca me ha traído nada bueno, en el mejor sentido de la palabra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin ocultar la sorpresa. Ella se acaricia los dedos, nerviosa, y veo cómo traga saliva. Su gesto se endurece y la alegría en su rostro desaparece, dejándome ver una mirada que me cala hondo—. ¿Clara?

—Sabes que no vendría si no estuviera en una situación complicada —empieza a decir, pero se calla unos segundos, buscando las palabras adecuadas—. Han hecho una reducción de plantilla en la tienda… vamos, que me han despedido.

Me incorporo y abro la boca sorprendida. Mi primer impulso es dejar el mostrador y abrazarla porque ese trabajo le encantaba. Sin embargo, antes de hacerlo, puedo ver que hay algo más escondido en su mirada.

—Lo siento mucho, pero no sé cómo podría ayudarte…

—Marcos me comentó que estabais pensando en contratar a alguien para que se encargue de la tienda, y pensé que tal vez…

—¿Pretendes que te dé trabajo? —Dicho así suena fatal, y me doy cuenta enseguida—. Perdona, soy una bruta, es que me has tomado por sorpresa.

—Llevo casi dos semanas enviando currículums sin descanso, y aún no he tenido ni una sola entrevista. El casero quiere subirle el alquiler a mi madre, y yo soy la única que… —Las palabras se le atascan en la garganta, y ahora sí me levanto y voy hacia ella.

—Tranquila, respira —le pido, colocando mis manos en su cuello y obligándola a mirarme.

—¿Qué pasa? —Marcos aparece por la puerta igual de sorprendido que yo—. Clara…

—Hola, canalla —dice ella e intenta sonreír sin lograrlo. Luego me mira y lucha contra las lágrimas—. Juro que sois mi último recurso, pero es que ya no sé qué más hacer, y no podré aguantar mucho tiempo con los ahorros.

La situación es tan rara que aún no sé qué pensar, pero tengo claro que Clara no me pediría algo así si no estuviera desesperada. Sonrío con calma, busco sus manos y miro a Marcos; no necesito que él diga nada para saber qué opina. Asiento y la abrazo.

—Estás contratada.

Las sorpresas de los últimos días me tienen algo desbordada, y mientras comparto una mirada con Marcos, siento que todo va a ser más difícil de lo que pensé. Desde el reencuentro con Laura, su frialdad y esa barrera que parece imposible de romper, hasta esto. Todo parece estar conspirando para desestabilizarme.

Lo único que me ancla es lo que hablé con mi hermana. Me repito sus palabras, que debo centrarme en el presente, en lo que tengo delante, y en lo que quiero. Sé que si logro concentrarme en el trabajo y hacer lo que me apasiona, las cosas encontrarán su cauce. Sin embargo, no puedo negar que cada vez que pienso en Laura, algo dentro de mí se tambalea y la historia que compartimos me persigue, como una sombra que me persigue con cada decisión que tomo.

Va a ser duro, pero si me aferro a lo importante —Javier, mi trabajo, y este nuevo camino que se abre delante de mí— sé que podré sobrellevarlo. Solo tengo que mantener mi mirada hacia adelante, aunque no pueda evitar un pasado que me atrae como un imán.

11

LAURA

Abril, 2024. Bilbao.

Los nervios iniciales comienzan a disiparse mientras repito mentalmente la presentación que tengo preparada para el evento. He repasado una y otra vez lo que quiero decir con Álvaro, y Marta también me ha ayudado con ideas explosivas para una campaña que estoy segura será un éxito total. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien en el trabajo; las ideas fluyen rápidamente y parece como si llevara años en Astra en vez de un par de semanas.

Aprieto la carpeta contra mi pecho y cierro los ojos unos segundos para concentrarme. El señor Gutiérrez está a punto de llegar y el equipo que inició con las primeras ideas ya se encuentra reunido en la sala, a excepción de Cruz.

—Lo vas a bordar —comenta Álvaro ofreciéndome una botella de agua que rechazo con amabilidad—. Y no es por menospreciar a Jorge, pero tú juegas en otra liga.

—Soy algo perfeccionista, qué le vamos a hacer.

—¿Algo? Qué modesta —bromea Vega y alzo una ceja en desacuerdo, pero al instante rompemos a reír—. Siempre he sabido que harías cosas grandes, no solo por tu presencia, sino porque allá donde ibas, arrasabas.

Marta y Álvaro se miran entre sí. Carraspeo, dejo la carpeta sobre la mesa y me quito la chaqueta colocándola en el respaldo de mi silla.

—Será mejor que nos enfoquemos en esto, el trabajo es de todos. No pienso llevarme el mérito yo sola —comento algo incómoda mientras reviso por última vez las ideas que hemos recopilado estos días.

El equipo de diseño ha hecho un trabajo magnífico con los carteles y las fases previas del anuncio, que comenzará a aparecer en las pantallas en las próximas semanas, coincidiendo con el evento de presentación. Aunque tenemos bastante claro el menú, todavía quedan algunas pruebas por hacer. Por mucho tiempo que tengamos, sé que encontrar la simbiosis perfecta para que todo salga bien nos costará. Pero ahora, prefiero concentrarme en lo que tenemos entre manos, y ver cómo se abre la puerta trae de vuelta los nervios que creía ya controlados.

—Señorita Molina, un placer conocerla —dice el señor Gutiérrez. El hombre se acerca a mí con simpatía abriendo los brazos. Le ofrezco mi mano y él la estrecha con firmeza—. Cruz te

tiene en muy buena estima —elogia—. Ya me ha puesto al tanto de tu trayectoria en el mundillo.

—Es muy amable por su parte —agradezco, mirando a mi jefa—, pero las cosas se demuestran con hechos, y eso es lo que pretendo hacer hoy.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Vega me lanza una mirada. Sus ojos brillan de orgullo y felicidad, y me cuesta apartar los míos de los suyos para concentrarme en la presentación. Bajo la vista y coloco las manos sobre la mesa al regresar a mi lugar. La primera en exponer su trabajo es Marta, así que la dejo explicar las ideas que ya tienen desarrolladas, con los cambios que el señor Gutiérrez pidió hace unos días. Él entrelaza los dedos a la altura de su barbilla, con los codos apoyados en la mesa, y observa con atención cada detalle que aparece en pantalla.

La calidez con la que me ha saludado se transforma en un gesto de concentración acompañado de algunas arrugas en su ceño. Me encantaría saber qué está pensando y si le gusta lo que ve, pero es de esos profesionales que no revelan su opinión hasta que lo considera oportuno.

Cuando llega mi turno tomo una bocanada de aire y asiento un par de veces, animándome a arrebatarle el protagonismo a los nervios. No entiendo por qué me cuesta tanto centrarme y hablar con naturalidad, algo a lo que estoy acostumbrada. Nunca antes había sentido un nudo como el que ahora me oprime el pecho.

La sala queda en un silencio sepulcral, y Cruz me anima con una sonrisa.

—Todos estaremos de acuerdo en que el café es capaz de reunir a generaciones alrededor de una mesa, convirtiéndose en un vínculo incluso en los días más difíciles —comienzo sin apartar la mirada de los papeles que tengo sobre la mesa. Sostengo el mando del proyector y presiono el botón, haciendo que un pequeño video de introducción aparezca en pantalla—. Siempre ha estado presente en reuniones, encuentros con amigos, celebraciones de los mejores momentos…

Me encuentro con la mirada de Vega que está fija en mí. Ver cómo se guarda un mechón de cabello tras la oreja me trae el recuerdo de las veces que disfrutamos de un rato juntas en nuestra cafetería favorita, sobre todo en los días de tormenta. La nitidez de esas imágenes me saca una sonrisa y da alas a mis palabras. Hablo del significado que tiene para mí el café, de cómo ha unido a los amigos de nuestros abuelos y padres durante décadas, y de los orígenes de los granos que convierten una sobremesa en un momento inolvidable. A pesar de que el señor Gutiérrez mantiene una expresión seria cuando le presento la idea de celebrar el lanzamiento en SILO, logro convencerlo con los detalles iniciales de un evento que prometo hacer memorable.

El lugar parece chocar con la esencia rústica y ancestral de los granos de café que han

pasado de generación en generación. Sin embargo, al hacer hincapié en que esa contradicción es en realidad, el equilibrio perfecto que buscaba, él esboza una sonrisa. Le explico que el café tiene una historia profunda, arraigada en la tierra y en las tradiciones, pero también es un producto que ha sabido evolucionar, adaptándose a los tiempos y a las nuevas tendencias. Eso es lo que quiero transmitir con este evento: el respeto por los orígenes y la historia, mientras lo proyectamos hacia el futuro, hacia un público moderno y exigente. Y SILO encarna esa dualidad. Su estética contemporánea no elimina la calidez que puede aportar una buena taza entre las manos; al contrario, es el escenario ideal para demostrar cómo algo tan simple y tradicional puede reinventarse y ser tan relevante hoy como lo fue hace siglos.

Cruz es la primera en felicitarme cuando él accede a que el evento se celebre allí y el señor Gutiérrez se despide con un firme apretón de manos.

—Sabía que podía confiar en tu criterio —elogia y, ajustando su corbata azul, nos mira—. Tienes un equipo envidiable, ha sido un acierto hacer este contrato. Espero noticias pronto.

—Las tendrá en breve —respondo sin perder la compostura, aunque por dentro estoy saltando de alegría.

El señor Gutiérrez se pasa la mano por su pelo canoso y se marcha con la misma elegancia con la que había llegado. Álvaro levanta los brazos y corre hacia mí para darme un abrazo que casi me deja sin respiración.

—¡*Zorionak*! Eres la hostia, ahora mismo vamos a celebrarlo, ¡invito yo! —Alzo una ceja, sorprendida.

—Es costumbre en la empresa, Laura, debes hacerles caso —aclara Cruz y abraza la carpeta contra su pecho—. Os merecéis un descanso, habéis trabajado muy duro estas semanas. Tenéis la tarde libre.

Mi asistente cierra los puños como si le hubieran dado la mejor noticia del mundo, y todos rompemos a reír. En nuestra primera reunión tenía muchas dudas, pero, conforme han pasado los días, me doy cuenta de que estar aquí es mucho más que una oportunidad increíble: es un lugar donde puedo ser completamente yo en el ámbito profesional. Ser capaz de proponer ideas sin ser juzgada y demostrar tu talento sin que alguien intente pisotearte es algo que valoro mucho, y me alegra haber llegado a Astra.

No obstante, lo que llama mi atención es la mujer que está concentrada en su teléfono móvil casi todo el tiempo que estamos en la cafetería. La veo morderse el labio inferior algo nerviosa, y de vez en cuando suspira como si algo la preocupara. Marta se da cuenta de mi distracción, fija su mirada en mí y me pregunta qué pasa con un gesto. Niego con la cabeza y le doy un buen bocado a la *felipada* bilbaína, un sándwich de anchoas, lechuga y mayonesa, típico

del bar donde estamos. Mi expresión de satisfacción debe ser evidente, porque los chicos sonríen y niegan con la cabeza; se nota que soy nueva aquí.

—No me puedo creer que Gutiérrez haya aceptado celebrar el evento en SILO. Tienes un don para convencer a la gente.

—¿A qué te refieres?

Me limpio los labios con una servilleta y bebo un sorbo de agua, enfocando mi atención en mi asistente.

—Es un hombre bastante tradicional. Tendrá cincuenta años, pero está un poco chapado a la antigua. A Jorge no le dejaba pasar ni una, siempre encontraba alguna pega o proponía cambios de última hora… o eso decía él.

—Yo creo que muchas veces se quejaba por quejarse. El equipo de diseño nunca tuvo tantos problemas —interviene Marta.

—¿Y adónde se va ahora? —pregunto, curiosa—. Jorge.

—A Madrid. Según él ha recibido una oferta millonaria. La verdad es que tiene un caché impresionante, por muy arrogante que sea —comenta Álvaro, tomando un sorbo de cerveza antes de continuar—. Y a personas así las mueve el dinero. Menos mal, porque si hubiera tenido que soportarlo un solo día más, me habría tirado por la ventana.

—¿No buscaba Cruz darle un nuevo giro a los eventos? Por eso buscaban a otra persona.

—Ni idea. Con Jorge ha ganado mucho dinero, pero tú nos has venido de maravilla. Menos mal que Marta te recomendó antes de firmar con la empresa externa.

—Creo que deberíamos disfrutar de la tarde libre y no pensar tanto en el trabajo —interrumpe mi mejor amiga fingiendo una sonrisa. Coloca las manos sobre la mesa antes de levantarse—. Y ya que lo digo, tengo muchas cosas que hacer en casa, ¿me llevas?

Álvaro levanta una ceja, y ella está a punto de fulminarlo con la mirada. Él capta el mensaje y se levanta de un salto, busca su chaqueta y ambos se dirigen a la barra para pagar su parte del almuerzo. La satisfacción que sentí al salir de la reunión con el señor Gutiérrez se convierte en una sensación de fracaso que recorre todo mi cuerpo, trayendo a mi mente el recuerdo de las tantas veces en las que no me valoraron.

Por fuera puedo aparentar que soy una tía dura, alguien segura de sí misma que sabe muy bien lo que hace, pero la realidad es una muy distinta. Y cuando los veo salir por la puerta, ni siquiera la sonrisa de apoyo de Vega logra disipar lo que se ha removido dentro de mí.

12

VEGA

Conozco lo suficiente a Laura como para saber que las palabras de Álvaro no solo la desconcertaron, sino que también la hicieron pensar que no es tan buena como parece. Lleva un par de días más callada de lo habitual —aunque tampoco es que hayamos hablado con total confianza—, y apenas me ha comentado nada sobre las ideas de la decoración para la sala, la cocina y el resto del espacio donde se celebrará el evento. Tengo claro que quiere algo especial, quizá no tan grande como podría haber sido en Etxekobe, pero sí que destaque el valor de la marca por encima de todo.

Percibir su malestar ha afectado mi concentración, ya alterada por el simple hecho de volvernos a encontrar y saber que trabajaríamos juntas.

Marcos está centrado en los canapés que probaremos hoy, lo cual agradezco, porque no tengo ganas de que note lo preocupada que estoy.

—Tienes que dejar de pensar que Laura está hundida —comenta sin levantar la mirada de lo que hace—. Se la ve curtida en esto y seguro que no es la primera vez que se enfrenta a una decepción cara a cara.

«Pues qué poco me ha durado», pienso.

—No me gusta que esté así, solo eso. Si lo llego a saber, no te habría dicho nada. Le sacas punta a todo.

—¿Sacarle punta? —Deja las pinzas con las que está decorando las *bruschettas* y se cruza de brazos—. ¿Me vas a negar que desde que ha vuelto a tu vida no estás alterada? Hasta Javier se dio cuenta el otro día de que te pasa algo.

—El niño es muy intuitivo. Lo único que quiero es que hagamos el trabajo bien, y si ella no está en su mejor momento, puede afectar el evento.

—Ya… —niega y se encoge de hombros—. Tú misma, pero no te costaría admitir que te preocupas por ella y te interesa saber cómo está.

—Marcos, deja ya de...

—Bienvenida, ¿en qué puedo ayudarla?

Escucho la voz de Clara y miro el reloj de muñeca.

—Ya está aquí. Deja de hacer conjeturas tontas, por favor —le pido a mi compañero y

mejor amigo.

Levanta las manos en señal de rendición, y salgo a recibir a Laura. Su expresión cansada delata que ha pasado una mala noche; la conozco demasiado bien como para ignorarlo. Sin embargo, me obligo a hacerlo y esbozo una sonrisa.

—Tan puntual como siempre.

—El tiempo no nos sobra, tengo mucho trabajo en la oficina. ¿Cómo lo lleváis Marcos y tú?

—Si vienes a la cocina, te lo enseñamos.

—De acuerdo…

Clara nos observa con curiosidad. Se huele que nos conocemos de algo más que del trabajo, así que carraspeo y me pongo junto a Laura para hacer las presentaciones.

—Ella es Laura Molina, la nueva organizadora de eventos, te hablé el otro día de que Astra la había contratado —explico, intentando que no se note nada más en mi tono.

—Espera, ¿*esa* Laura Molina? —Clara frunce el ceño y luego se acerca con una sonrisa—. Vega me habló maravillas de ti cuando salíamos juntas, aunque de eso hace ya casi tres años.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tiene que ser tan bocazas?».

—¿Salisteis juntas? —La voz de Laura se quiebra y traga saliva. Veo una chispa de enfado en sus ojos que rápidamente disimula con una sonrisa forzada—. Encantada de conocerte, no sabía que trabajaras aquí.

—Vega me contrató hace unos días. Hubo una reducción de plantilla en mi antigua empresa y, bueno, me ha salvado la vida.

—Sí, es una maravilla. —Laura mantiene el gesto serio y dirige la mirada hacia la puerta de la cocina—. Voy a ver cómo va Marcos. Enhorabuena por la oportunidad.

Sus nudillos se ponen blancos al apretar el asa de su maletín y nos deja a solas. Clara me mira, sin entender nada, y la llevo del brazo hacia una esquina de la zona gourmet.

—¿Por qué lo has soltado así? ¿Es que no tienes dos dedos de frente?

—¿Qué te pasa? No veo qué tiene de malo presentarme. Está claro que todavía te afecta.

Su tono destila celos, y mi cabeza empieza a dolerme.

—Dejad de sacar conclusiones sobre lo que siento o dejo de sentir. No puedes ir anunciando las cosas a la ligera, ya deberías saberlo, Clara. Estás en tu lugar de trabajo y como tú has dicho, lo nuestro pasó hace mucho.

—Perdona, creí que había confianza y que no era solo una dependienta más. Pero si tanto

te ha molestado, tranquila, no volverá a pasar.

—Te equivocas en algo, porque sí que lo eres, y si estás aquí es porque...

—¿Porque qué? —Se me enfrenta y suelta una risita amarga—. ¿Te daba pena? ¿Es eso? Si no quieres que siga aquí me largo ahora mismo. Pensaba que podía pedirte un favor sin que luego me lo echaras en cara.

El dolor en su expresión me hace detenerla. La paro en seco y le pido silencio con un gesto.

—Perdona, no quise que sonara así. Sabes que no es lo que pienso —me disculpo, dándole un abrazo—. Haría cualquier cosa para ayudarte, pero preferiría que no te tomaras tantas confianzas con personas que ni conoces, ¿vale?

—Está bien…

Clara asiente y echo la cabeza hacia atrás. Debo ir con Laura y Marcos si no quiero que la situación se complique. Dejo a mi ex en la tienda, cierro los puños para darme fuerzas y me quedo un momento en el umbral. Al observarlos, noto que el gesto de Laura ha cambiado por completo, se nota que ha hecho buenas migas con Marcos. La forma en que sigue los movimientos de mi chef ejecutivo me deja ver una sonrisa encantadora en su rostro, e incluso parece que ya se le ha abierto el apetito, por la manera en que se humedece los labios.

—Tienen buena pinta, ¿verdad? —digo—. Este es otro de los platos típicos del centro y sur de Italia. Creemos que combinará perfectamente con los cócteles y el café del evento.

—Eso lo juzgarán los invitados —comenta Marcos sin dejar de trabajar.

Un poco del mejor aceite que tenemos da el toque final a las *bruschettas,* e invita a Laura a probar una.

—A este paso, me vas a engordar como a un pavo en Navidad.

—Anda ya. Además, ni eso te quitaría un ápice de encanto —bromea Marcos, haciéndome alzar una ceja.

¿Cómo han conseguido esta confianza tan rápido? Prefiero no hacerme preguntas y niego con la cabeza. Me cruzo de brazos, dejando que mis manos rocen mis brazos. Aquí hace más calor de lo normal, y por eso siempre uso manga corta. El silencio nos rodea mientras Laura mastica con cuidado y cierra los ojos. La expresión de su rostro me tranquiliza, permitiéndome ver de nuevo a la mujer que conocí hace tanto tiempo.

—Está… buenísima, ¿qué queso lleva?

—Pecorino —responde Marcos—, pero el secreto está en la mezcla de ajo con aceite y un

toque de anchoas trituradas. Aún estoy probando algunas variaciones.

—Pues si las demás están igual de buenas que esta, vamos a conquistar a los invitados. No hay ningún plato que no me haya gustado —admite Laura, y sé que lo dice de corazón—. Me estás facilitando mucho el trabajo.

—Si no lo hiciéramos sería un verdadero fracaso. Además, las mejores ideas vienen de Vega, es quien hace toda la investigación previa. Parece que tiene una enciclopedia en la cabeza para saber qué platos combinan mejor o peor en un evento.

—Tampoco es para tanto, solo hago lo que puedo. —No soy capaz de concederme esa victoria, porque mi atención sigue en la conversación que Clara y Laura han tenido afuera—. Me alegra que te haya gustado. Creo que deberíamos apostar por resaltar el colorido de los canapés en las mesas, que sea lo primero que llame la atención.

—Eso lo estudiaré yo —interviene Laura, cortante—. Todavía no sé cómo voy a distribuir las zonas del salón. Quiero que vosotros os concentréis en el proceso culinario.

Marcos me mira sin entender qué está pasando, y niego con la cabeza. Lo último que quiero es que sea testigo de una tontería como esta. Aunque, por la actitud fría de Laura, parece que para ella no lo ha sido en absoluto.

—Y eso haremos, pero recuerda que los aromas no deben opacar el ambiente, sino crear una simbiosis que invite a disfrutar de la comida con un buen café —señalo con firmeza, controlando las palabras para no convertir esto en un drama—. Cuando sepamos cuáles serán todos los platos, hablaremos.

—¿Qué más tenías que enseñarme? —Laura se dirige a Marcos, quien traga saliva, viéndose entre la espada y la pared.

No pienso ser el blanco de su indiferencia. Salgo de la cocina y, con la mirada, le pido a Clara que no se meta. Lo mejor que se me ocurre es revisar parte del inventario, y me pongo a ello sin pensar en nada más. Desde la cocina, escucho los murmullos y las risas que Laura comparte con nuestro chef. Contengo varios bufidos. Golpeteo el suelo con el pie y trato de concentrarme en la pantalla frente a mí, pero la irritación me consume. Cuando veo que ella sale, dispuesta a marcharse, me levanto de un salto.

Clara me observa, intuyendo que algo va a pasar, pero la ignoro por completo y me enfrento a Laura.

—¿Podemos hablar un momento? —Ella se encoge de hombros y se despide de Clara con un gesto de cabeza. Salimos fuera y no pierdo ni un segundo—. ¿Me quieres explicar por qué me tratas como si fuera una mierda?

—Que yo sepa, solo te he dicho algo lógico. No podemos adelantarnos al proceso solo porque tú lo tengas claro en la cabeza.

—Me estás castigando, ¿verdad? —Cruzo los brazos—. ¿Es por lo que te ha dicho Clara?

La miro fijamente. Observo cómo aprieta la mandíbula. Laura siempre ha sido orgullosa, incapaz de admitir sus debilidades cuando se siente acorralada y no creo que eso haya cambiado. Es más, me lo confirma al negar y darse la vuelta sin responder.

«Esto no va a quedar así», me digo.

Antes de que pueda dar un paso, la sujeto del brazo y la obligo a girar.

—¿Puedes dejarme en paz?

—No hasta que me aclares qué coño te pasa.

—Esto es… —Suspira con hastío, soltándose de mi agarre—. ¿Sabes qué me molesta de ti? Que vas por la vida sonriendo como si nunca hubieras hecho daño a nadie. Estoy harta de que lo que yo siento no importe en absoluto.

—Así que es por lo de Clara —murmuro y niego sorprendida—. Pensaba que ya éramos adultas, Laura.

—Y yo pensé que podría olvidar lo que me hiciste, pero está claro que no. Al menos a ella no la quisiste meter en el armario. Enhorabuena.

Abro la boca pero no soy capaz de responderle. Laura sonríe con una decepción que me desarma. Levanta las manos, agarra con fuerza su maletín y se da media vuelta, dejándome allí, congelada. Por más que quiero moverme, no lo consigo y mientras la veo marchar, me doy cuenta que lo peor no ha sido la discusión, lo peor es haber visto de nuevo la tristeza y el daño que le provoqué en su día.

13

LAURA

Dejo el maletín sobre la mesa con un golpe justo cuando se abre la puerta de mi despacho y veo a Marta entrar. Me quito la chaqueta como puedo y la lanzo sobre una de las sillas, mientras los dedos me tiemblan por el enfado y la horrible sensación que me recorre por dentro. Debería haber dado una vuelta para despejarme, pero, como siempre, he preferido regresar a la oficina e intentar centrarme en el trabajo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi mejor amiga. Es evidente que no va a ignorar la cara que traigo—. ¿Laura?

—Creí que podría mirarla a la cara y trabajar con ella como si nada, pero… va a ser imposible.

—¿Te refieres a Vega?

Me dejo caer de golpe en mi butaca, apoyo los codos en el escritorio y noto cómo las lágrimas empiezan a aparecer. Hago un esfuerzo por cubrirme la cara en un intento por controlar el llanto y las emociones que golpean mi pecho. Marta se sienta frente a mí, me aparta una mano y me toma de la muñeca con ese gesto cariñoso que siempre ha tenido cuando algo iba mal.

Al mirarla, sé que no puedo seguir ocultándolo y que es hora de que sepa la verdad. Toda la verdad.

—El otro día te mentí —admito con un temblor triste en los labios. No puedo hablar, así que respiro hondo unos segundos y bajo la vista—. No la conozco por el trabajo, Vega es la mujer que me destrozó el corazón.

—¿Qué...? ¡¿Qué?! —Marta se lleva las manos a la boca, se queda helada, y luego niega como si creyera que es una broma de mal gusto—. Tienes que estar de coña…, ahora entiendo… esa tensión, la manera en que… ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no quería que ocurriera esto, sentirme otra vez como… —Resoplo y me llevo las manos a la cara—. He hecho un esfuerzo sobrehumano por dejar el tema atrás, por no pensar en lo que pasó entre nosotras. Quería que nos lleváramos bien, pero no puedo.

—Ni quiero imaginar lo que sentiste al verla. —Marta sujeta mis manos y las pone sobre el escritorio—. ¿Por eso has estado dudando sobre si has hecho lo correcto al aceptar el puesto?

Niego. Me gustaría pensar que sí, pero la verdad es que mis inseguridades y miedos se han

confabulado para hacerme sentir que no valgo en mi trabajo.

—Creo que ha sido más por lo que comentó Álvaro. No sabía que Cruz tenía otros planes hasta que tú le hablaste de mí.

—¿Y qué más da? ¿Crees que te contrató solo porque yo lo sugerí? —Marta sonríe, incrédula—. Mira, quizá pienses que exagero un poco, pero aquí eres una leyenda. Todos conocen tu trayectoria, y no es la primera vez que alguien quiere ficharte para incluirte entre sus filas. —Sus palabras deberían tranquilizarme, pero me cuesta cambiar cómo me siento—. Es cierto que la agencia planeaba contratar a alguien externo, pero en cuanto le dije a Cruz que dejarías tu trabajo en la tele, no lo dudó ni un segundo. Sabe cuánto vales.

—Supongo que no debería estar así, parezco una cría recién salida de la universidad —respondo y niego echándome hacia atrás. Me aprieto la frente con las manos y miro por la ventana, observando las vistas desde el despacho—. ¿Te puedo pedir un favor?

—Por supuesto, lo que quieras.

—¿Podrías reunirte tú con Vega en los próximos días? —Me acaricio la frente y luego busco una de sus manos—. No te lo pediría si no fuera importante, necesito tiempo lejos de ella. Si no me aclaro, podría afectar al trabajo, y no quiero darle motivos a Cruz para que las palabras de Álvaro se vuelvan realidad.

—Olvídate de lo que dijo ese bocazas. Tienes que concentrarte en hacer las cosas bien, poner en práctica las ideas que tienes en mente y dejar al señor Gutiérrez tan impresionado que no quiera desvincularse de nosotros nunca. —Marta sonríe y se levanta para darme un abrazo por la espalda—. Tienes que creer en ti. Te aseguro que eres la mejor organizadora de eventos que he conocido en todos estos años.

—Hablas desde el amor —bromeo, y ella me da un suave golpe en el pecho.

—Hablo desde la admiración, así que déjate ya de tonterías y concéntrate. ¿Crees que Cruz ha notado lo que pasó entre vosotras?

Niego, aunque una pequeña duda aparece, sobre todo por cómo me he comportado estos días.

—Pondría la mano en el fuego a que por Vega no se va a enterar. No es tan bocazas como su ex.

—¿Su ex?

Marta se apoya en el escritorio, y yo giro un poco en la butaca, encogiéndome de hombros. Es obvio que lo de Clara me ha pillado por sorpresa y que también me ha sentado como un tiro.

—Le ha dado trabajo en Sentidos, necesitaba ayuda o algo así. Lo que más me jode es que

lo soltó con total naturalidad. Seguro que tuvieron un romance idílico mientras que nosotras... —Me paso las manos por la cara—. En fin, no quiero pensarlo más. Ya estoy harta de esto. Han pasado once años desde que rompimos y odio que todavía tenga este efecto en mí. ¿Te acuerdas de cómo me encontraste cuando nos conocimos? —le recuerdo, tragando saliva y ella vuelve a sujetar mis manos entre las mías—. Estaba rota. No te dije quien fue en su momento porque me sentía vacía, tan… destrozada, que no pensaba que pudiera volver a ser la misma. Apenas podía levantarme de la cama sin sentir que el mundo me aplastaba por más que me esforzara por ir a trabajar. —Hago una pausa en un intento por contener el temblor en mi pecho—. Y ahora, al tenerla aquí de nuevo, siento que todo ese dolor vuelve a mí. Como si nunca hubiera desaparecido del todo, como si estuviera esperando, oculto, para arrastrarme otra vez.

Marta me observa con sus ojos llenos de esa comprensión que siempre ha tenido, pero esta vez hay algo más en su mirada. Un dolor compartido que no es suyo, pero sí reflejo del mío y todo por lo que pasamos por aquel entonces.

—Laura… —susurra—. Si llego a saber que ella fue esa mujer… ¿Tan destrozada te sientes?

—Peor, Marta. —El nudo en mi garganta se aprieta con más fuerza. Siento que una vez abierta la puerta a mis sentimientos, no la voy a poder volver a cerrar—. Cada vez que la miro no puedo evitar recordar cómo me sentía con ella, lo feliz que llegué a ser, lo mucho que me costó perderlo todo. —Me llevo las manos a la cara e intento tapar las lágrimas que ya no puedo controlar—. Tú me viste en mi peor momento, y no sé qué hacer con lo que siento, porque la odio y a la vez…

Marta me abraza con más fuerza, como si quisiera transmitirme todo el apoyo del mundo a través de ese simple contacto.

—Te vi luchar, Laura. Te vi levantarte de algo que parecía imposible de superar. Fuiste fuerte entonces y lo serás ahora, aunque no lo creas. —Su voz es suave, pero firme, y siento que quiere hacerme entender lo que yo no puedo ver por mí misma—. Sabes, siempre he pensado que eres más fuerte de lo que admites, igual que te infravaloras en el trabajo.

—¿Fuerte? —Me río amargamente, secándome las lágrimas—. ¿Cómo puedo serlo si después de tanto tiempo, de tantos años, continúo sintiendo esto por ella? Es como si una parte de mí no la hubiera dejado ir nunca, y eso me… confunde. Porque no quiero seguir atada a ella.

Marta se inclina hacia mí, mirándome con intensidad.

—No es que sigas atada, Laura. Es que lo que viviste con ella te marcó, y eso no desaparece de la noche a la mañana, ni en años. Pero no significa que no puedas superarlo. ¿Sabes lo que pienso? —Hace una pausa, buscando mis ojos—. Que verla ahora, después de

tanto tiempo, no es solo una prueba, es una oportunidad. Para cerrar de verdad ese capítulo, para enfrentarte a ese dolor que te arrastra cada vez que la ves y demostrarte a ti misma que puedes seguir adelante sin ella. España es muy grande como para que esto haya pasado por casualidad.

—¿Qué insinúas? —Alzo una ceja.

—El destino. Tal vez lanzó las cartas para que por fin puedas olvidar lo que te hizo y seguir adelante. —Me guiña un ojo y da un par de palmadas en mi mano—. Tómatelo como una oportunidad.

—Pues ya podría haberme puesto otras cartas en el camino, porque lo último que quería era estar con este estrés diario —bromeo, y Marta sonríe. Viéndolo desde ese ángulo, incluso me parece algo divertido. Quizá sea una prueba de fuego que deba superar—. ¿Vas a hacerme el favor?

—Por supuesto —asegura sin vacilar—, pero me debes una cena en el restaurante que yo elija. No aceptaré un no por respuesta.

—¿Cómo podría negarte algo así?

—No lo sé, tal vez te atrevas solo para molestarme. —Rompe a reír, poniéndose de pie—. Conozco un lugar cerca del Mercado de la Ribera que te va a encantar. Si quieres, vamos el viernes.

—Hecho. Me vendrá bien airearme y conocer más Bilbao. Desde que llegué, solo voy de la oficina a casa, de casa al supermercado y así todo el rato.

—Pues menos mal que tenías a Álvaro —aclara, arqueando una ceja con gesto de regaño antes de negar—. Intenta delegar más, que esto no es una carrera de fondo. Ah, y he venido a decirte que los arreglos para la campaña le han gustado al señor Gutiérrez. Ya tenemos los colores definitivos, por si quieres incluirlos en la celebración del evento.

—Claro, ¿me paso luego por el área de marketing para verlos?

—Por supuesto.

Marta me da un beso en la mejilla y sale del despacho, dejándome a solas con mis pensamientos, que giran en torno a Clara, Vega y nuestra historia de amor. Dejar a Vega fue lo más difícil que hice en mi vida, algo que cambió el rumbo de todas mis relaciones posteriores. A pesar de haberlo intentado, nunca logré tener algo estable con nadie. Está claro que mis miedos siempre han tenido el control.

Cuando me enamoré de ella, supe rápidamente que sería el amor de mi vida, y al verla en la sala de reuniones, sentí que mi corazón reaccionaba igual que la primera vez que la vi.

Intento no pensar en ello, pero incluso Álvaro me pregunta varias veces si me encuentro

bien, notando que estoy más distraída que de costumbre. Las horas pasan tan lentas que al llegar las siete, tengo los músculos de la espalda completamente agarrotados. Necesito despejarme, y en lugar de ir a casa, decido hacer una parada en el bar Marzana. La belleza de los azulejos turquesas de la barra me enamora por completo. Las molduras de las lámparas le dan un toque especial y, aunque tengo ganas de tomarme una cerveza observando cada rincón del local, prefiero sentarme en su terraza improvisada a orillas de la ría.

La brisa fresca combina a la perfección con la cerveza espumosa, que sabe aún mejor de lo que esperaba, incluso más rica que en cualquier otra ciudad que haya visitado. Lo único que deseo es un momento de paz, disfrutar de mi silencio y de las vistas al mercado, un lugar que espero visitar a conciencia pronto. A pesar de la pequeña crisis, estoy segura de que este lugar está hecho para mí, y no voy a permitir que nada ni nadie empañe lo bueno que aún tengo por vivir.

Como si me leyera la mente, suena el teléfono. Veo que es mamá, lo que me hace sonreír de inmediato.

—¡*Aupa*! ¿Cómo está mi maravillosa hija? —Me tapo la boca para no soltar una carcajada por su acento al decirlo.

—Aquí estoy, disfrutando de una cerveza frente a la ría. Hoy quería darme un pequeño respiro.

—Ay, ay, eso no suena bien. ¿Qué te pasa?

Maldigo por dentro y aprieto los labios. Debería saber que mi madre siempre es capaz de notar cuando algo me ocurre, incluso sin tenerme cerca.

—Nada grave, solo algunos imprevistos en el trabajo. Me ha costado un poco adaptarme, pero creo que ya lo estoy logrando. —Acaricio el borde del vaso con un dedo y luego llevo la mano al cuello, quedándome en silencio. Por más que intento ocultárselo, sé que no servirá de nada, así que cedo a mis impulsos—. En realidad, sí ha pasado algo.

—Ya sabía yo que tu falta de entusiasmo no era por nada. ¿Quieres que vaya contigo? Puedo dejarlo todo ahora mismo.

—Hace unos días me dijiste que no podías abandonar León por más que quisieras, no digas tonterías, mamá. —Chasqueo la lengua y carraspeo—. No es por el trabajo, bueno, sí, pero no exactamente.

—¿Entonces? Vamos, chiquilla, no me dejes en ascuas.

—Es Vega. Está aquí… en Bilbao. —Mi madre se queda en silencio por un buen rato. «Le ha dado un derrame, seguro», pienso—. ¿Mamá?

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque, casualmente, es la gerente del cáterin que trabaja con Astra —respondo rápidamente.

Decirlo me alivia un poco, pero aún me cuesta creer que esto haya pasado.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

—Marta dice que es el destino —bromeo, aunque ni yo misma me creo la mala suerte que tengo—. No te imaginas cómo me sentí al verla en la sala de reuniones el primer día. Entré con toda la ilusión del mundo y ahora…

—Ni se te ocurra, Laura Molina. Esa mujer no va a quitarte también el mayor logro profesional que has tenido. Así que más vale que cada día vayas a esas oficinas con la cabeza bien alta y que le dejes claro que lo que pasó quedó enterrado y bien sepultado.

«¿Y si no es así?», me pregunto, aunque no soy capaz de decirlo en voz alta. Echo la cabeza hacia atrás, intentando ver las cosas con perspectiva. Nadie tiene más razón que mi madre.

—Has llamado en el momento justo. Necesitaba escuchar uno de tus consejos.

—Más bien me has escuchado cabreadísima, pero lo tomamos como consejo —dice, riendo—. Lo que no quiero es que te distraigas con alguien que ya no merece la pena. Esa mujer perdió la oportunidad de ser feliz contigo, y ya va siendo hora de que tú hagas lo mismo.

Entiendo lo que quiere decirme. No necesito tenerla enfrente para saber a dónde va su discurso. Suspiro y le doy un pequeño sorbo a la cerveza.

—Tienes razón. Desde que llegué no he hecho más que preocuparme. Voy a centrarme en mí y hacer mi trabajo como mejor sé.

—Así me gusta cariño, jamás se te ocurra verte de una manera diferente a cómo te veo yo.

—Gracias, mamá. Tengo mucha suerte de tenerte —comento, con la emoción en la voz.

—Y yo también. Recuerda, tu padre también está muy orgulloso de ti.

Las lágrimas amenazan con salir, pero desaparecen cuando suelta uno de sus chistes, haciéndome reír, convirtiendo esa risa en la música que necesitaba para seguir adelante.

Veo el anochecer a orillas de la ría. Los colores se funden con el agua y me siento la mujer más afortunada del mundo, alguien dispuesta a aprovechar al máximo esta oportunidad. Aunque en el proceso tenga que evitar cruzarme con Vega.

14

VEGA

Refugiarme en el trabajo es lo único que sé hacer cuando me siento al borde del abismo. Recuerdo con claridad las veces que me encerré en esta cocina, temerosa de enfrentar mis problemas, con los miedos oprimiendo mi corazón y no quiero volver a esos días en los que Javier se ponía triste porque no estaba con él para leerle un cuento por la noche. De los dos, fue el más maduro al afrontar el divorcio con Carlos, y eso que apenas tenía poco más de un año. Sin embargo, era capaz de darme un abrazo cuando yo ni siquiera podía hablar con alguien más de mis sentimientos.

Y hoy, me siento igual.

He pensado en llamar a Laura varias veces, porque no soporto la idea de que me odie, ni quiero que saque conclusiones precipitadas por lo que le dijo Clara. No puedo dejar de revivir el gesto que puso cuando se lo contó, y creo que ahora me detesta incluso más que antes. Es algo que me cuesta soportar, y que me obliga a poner los brazos en jarra y girar sobre mí misma.

—Me estás poniendo nervioso, Vega. ¿Vas a parar de dar vueltas?

—Perdona, ahora resulta que no puedo ni darme un paseíto en mi trabajo —suelto.

—Ya te has recorrido doscientos metros en la cocina. Creo que es suficiente. —Me señala con un cuchillo y luego niega con la cabeza—. Entiendo que sea duro para ti, pero seguro que también lo es para ella.

—Tú y Laura habéis hecho buenas migas, ¿no? —mascullo. Al ver su expresión, me arrepiento de inmediato—. Perdón, no es que te prohíba llevarte bien con ella, en realidad es un encanto.

—Pues sí, me parece una mujer increíble. De hecho, tenemos pendiente ir al cine cuando todo esté más tranquilo.

Abro la boca sorprendida, y siento una punzada de celos en el pecho. Mi corazón quiere que diga algo, pero al final hago caso a la razón. Lo último que necesito es enemistarme con la única persona con la que puedo desahogarme, además de mi hermana.

—Qué maravilla —ironizo.

«Tengo al enemigo en casa», pienso, notando un dolor en las sienes.

—Vega, por favor, tampoco es para tanto.

—Eres libre de hacer lo que quieras y con quien quieras, no te he dicho nada.

—Pues para no decir nada...

—Será mejor que me vaya fuera, Laura está a punto de llegar.

Lo miro a los ojos e intento hacer una mueca amigable. Sé que no le ha sentado bien mi actitud, pero hoy no es mi mejor día. Y para colmo, este empeora cuando veo entrar a Marta con una sonrisa incómoda y una carpeta apretada contra su pecho.

No necesito preguntar por qué es ella y no Laura quien ha venido a traer las primeras ideas sobre la disposición de los canapés para el evento. En el fondo, prefiero no hacerlo. Clara está ocupada reponiendo las estanterías y revisando el almacén, lo que nos da tiempo para hablar a solas y centrarnos en combinar los conceptos. Cada fotografía y documento que ojeo me demuestra lo bien que trabaja el equipo de Astra, y también puedo reconocer dónde están las pinceladas de la mujer que más me odia en el mundo. Intento concentrarme en el trabajo: hablamos de la distribución, de cómo quiero que salga la comida de las cocinas y del resto del proceso, pero me cuesta mucho mantener el foco. A veces incluso dudo si debería seguir con esto, aunque la respuesta la tengo justo delante.

Marta se comporta conmigo como siempre, y al rato incluso me pide entrar en la cocina para probar lo que Marcos está preparando y se relame con placer cuando lo hace.

—Si ya sabe así, no me quiero ni imaginar cómo será la prueba final.

—Todavía tenemos margen de mejora, pero quería dejarlo casi listo cuanto antes. El cáterin tiene varios encargos en las próximas semanas y necesito adelantar todo el trabajo que pueda.

—Vamos a estar hasta arriba —protesto.

—Por algo será, casi toda Bilbao confía en vosotros para cualquier celebración. Eso habla muy bien de lo que hacéis, incluso siendo pocas manos.

—Nos basta con el personal que contratamos para cada servicio. Aquí en la cocina somos muy celosos de lo que hacemos. Es difícil que dejemos entrar a otro chef —comento, cruzándome de brazos, y le dedico un guiño a Marcos.

—Ni lo sueñes. Sabes que soy muy meticuloso con mi cocina. Tú eres la única que puede ayudarme —responde él, y su mirada me indica que ha dejado atrás el malentendido de antes.

—Pues espero que siga así. El señor Gutiérrez quedará muy satisfecho, estoy segura —promete Marta—. Estas bolitas están de rechupete. Qué lástima no poder llevarme unas cuantas a la oficina.

—¿Cómo que no? Te preparo un táper ahora mismo.

La felicidad que brilla en su mirada de ella no tiene precio. Niego y agacho la mía sin poder evitar sonreír. Me encanta que la comida de Marcos despierte estas sensaciones en las personas que más quiero.

Los dejo a solas un momento y voy a ver cómo va Clara. Quiero asegurarme de que todo esté en orden con los productos de la tienda, aunque sé que ya se ha hecho con el control en pocos días. Necesito un rato para aclarar mis ideas, pero no me da mucho tiempo, porque Marta sale de la cocina con una bolsa, tan feliz como una niña a la que acaban de comprarle su dulce favorito.

—Te vas más contenta que nadie.

—Voy a ser la envidia de la oficina. Eso sí, los compartiré con Laura, no te preocupes.

—Para nada… —murmuro, mordisqueándome el labio inferior antes de carraspear.

Clara nos observa con atención, por lo que acompaño a Marta hasta la calle. No sé cómo abordar la conversación. Me acaricio la nuca, insegura, con la sensación de que no seré capaz de decir una palabra.

—No te sientas mal porque haya venido yo —empieza ella, ofreciéndome una caricia en el brazo mientras intenta sonreír—. Laura no me había contado que tú fuiste quien…

—¿Le rompió el corazón y la traicionó? —completo, odiando la punzada que siento en el pecho—. Eso la honra. Además de tener que soportarme, se comporta como la mujer maravillosa que sé que es.

—Laura lo pasó muy mal. La conocí poco después de llegar a Madrid y estaba... destrozada. Le costó mucho seguir adelante y tardó varios meses en sonreír. Usó la excusa del trabajo, no me dijo en ningún momento que le habían roto el corazón, pero... —Aprieta los labios y se encoge de hombros—. Es difícil para ella, tienes que darle tiempo para acostumbrarse.

—No creo que pueda actuar como si nada. Está claro que me odia.

—Odiar es una palabra muy fuerte, y Laura no es de las que guarda rencor, créeme. Pero tienes que entender que esté dolida. La he visto en situaciones más complicadas.

—Pero seguro que ninguna de esas personas quiso meterla en el armario ni jugar con sus sentimientos hasta agotarla —digo, arrepintiéndome al instante. Cada vez que lo recuerdo desearía que la tierra me tragara. Me encantaría echar el tiempo atrás para intentar cambiar lo que hice—. Supongo que es lo que merezco, pero no te preocupes. —Levanto una mano antes de que Marta pueda decir algo—. Haré lo que esté en mi mano para que todo sea más fácil. Puedes decirle que esté tranquila. Esta misma tarde os enviaré un correo con las ideas para los últimos

platos que tiene en mente Marcos, y a partir de ahí pensaremos cómo distribuir la comida en el evento.

—Genial, estaré al tanto. —Ella se acerca y me da un beso en la mejilla. Después, me deja una caricia en el brazo como despedida—. No te castigues. Seguro que es cuestión de días.

—Supongo que sí…

Me encojo de hombros y la veo alejarse. Me paso las manos por el pecho, intentando encontrar algo más que decir, pero ¿hay algo que realmente pueda cambiar las cosas? Laura necesita tiempo, y yo tengo que respetarlo.

Al volver al interior, me topo con la mirada inquisitiva de Clara. No tengo ganas de enfrentarme a sus preguntas, así que voy directa a la cocina. Termino la jornada con Marcos y me marcho de Sentidos, de regreso al lugar que más feliz me hace: un hogar donde encuentro la alegría en la mirada de mi hijo y en su emoción cuando me ve entrar por la puerta.

—¡Mami! —Da un salto del sofá y corre hacia mí con los brazos abiertos—. No riñas a Begoña, por favor. Quería ver la tele.

Su mirada suplicante me hace sonreír. Lo abrazo y niego con la cabeza.

—Tranquilo, pero quince minutos más y a la cama, ¿vale?

—¡Sí!

Me da un sonoro beso en la mejilla y corre de vuelta al sofá, donde se tira con su pijama de Superman para seguir viendo *Toy Story 2*. Dejo el bolso en el mueble de la entrada y me quito la chaqueta. Begoña le revuelve el pelo y lo deja tranquilo. Nuestras miradas se encuentran, y aunque intento disimular que el día ha sido un desastre, sé que con ella es imposible.

Toma mis manos y las acaricia suavemente. Las arrugas alrededor de sus ojos son señales de sabiduría, y su sonrisa, el alivio que necesitaba en este momento.

—¿Estás bien, mi niña? —pregunta con la misma dulzura con la que me recibió cuando nos mudamos a Bilbao.

Begoña ha sido un apoyo constante. Me ha sostenido en los momentos más difíciles: desde mi decisión de seguir adelante con Sentidos hasta el divorcio con Carlos. Todavía recuerdo sus lágrimas cuando volvimos del hospital con Javier en brazos, y desde entonces, este renacuajo ha tenido en ella a una abuela más.

Ya van a dar las nueve, pero le concedo unos minutos extra para que termine la película, aunque sea miércoles. A veces siento que debo recompensarlo por hacerle pasar por un proceso tan duro siendo un niño de apenas seis años. Ver su tristeza porque Carlos y yo no estemos juntos me rompe el corazón, aunque sé que fue la mejor decisión que pude haber tomado. Y su

madurez al respecto es digna de admirar.

—Perdón por no haberlo acostado antes. Aunque lo veas plantado frente a la tele, lo que quería era ver su mami llegar.

—Ya… hay semanas en las que no lleva bien las cosas —suspiro mientras me sirvo un vaso de agua—. ¿Ha cenado bien?

—Como un campeón —bromea, y no puedo evitar reír—. Quería las albóndigas de Marcos, pero le dije que mejor te las pidiera a ti. Supongo que sabes de qué habla.

—Este niño… Es una receta que estamos preparando para el evento. El otro día se las dio a probar y ahora no quiere otra cosa. —Bebo un poco de agua y me seco los labios con el dorso de la mano—. ¿Te quedas a cenar?

No quiero que la pregunta suene como una súplica, aunque está claro que necesito compañía para distraerme un poco. Begoña lo nota y me acaricia la barbilla con su pulgar.

—Sabes que nunca podría rechazar una cena contigo. —Me guiña un ojo y, al girarse, ve los créditos de la película en la pantalla—. ¡Hora de dormir, señorito!

—¡No, un ratito más!

Dejo el vaso sobre la mesa.

—Nada de eso, colega. Es entre semana y hay cole, así que a dormir. —Lo levanto en brazos y le doy varios besos en la mejilla—. Mañana nos levantamos un poquito antes y vamos al parque como el otro día, ¿te parece?

—Vaaaaaleee.

Sus brazos me rodean el cuello, pegándose a mí como un koala. No me cuesta tanto acostarlo como pensaba. Después de darle un beso y apagar la luz, dejo la puerta entreabierta y me dirijo a mi habitación para ponerme ropa más cómoda.

Al regresar a la cocina, no me sorprende ver que Begoña ha puesto la mesa y ya tiene un guiso de carne con patatas servido en dos platos. No suelo darme grandes cenas, pero con ella olvido por completo las rutinas. Cuando sonrío, da una palmadita en la mesa.

—*Etorri hona* —me dice en vasco, invitándome a sentarme, y lo hago sin rechistar. Suelto un suspiro y le doy un sorbo al agua mientras me mira con curiosidad—. Ahora, cuéntame qué ha pasado y lo que te tiene con esa cara de preocupación.

15

LAURA

Álvaro empieza a hacer preguntas incómodas sobre por qué no soy yo quien va a Sentidos o por qué no dirijo un proceso que podría arruinar el evento si algo sale mal. La verdad es que ya no sé qué excusa darle sin tener que indagar en mi vida personal y despertar dudas en un chico que se ha esforzado muchísimo por hacer mi trabajo más fácil. Esta noche voy a cenar con Marta, y lo único que quiero es relajarme y olvidarme de esta maldita pesadilla.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con que la cocina se utilice como barra de degustación? —Escucho a mi asistente personal, pero apenas presto atención.

—Laura, ¿estás aquí?

—Sí, sí, perdona...

—No puedo hacer bien mi trabajo si estás en la luna y tengo que hacer de intermediario. —En otro momento, su reproche me habría sorprendido, pero está claro que no le facilito las cosas —. Creo que este enfoque no va a funcionar, solo retrasa el trabajo. Sé de lo que hablo.

—Tengo que pensar en más cosas además de la comida, Álvaro. No puedo dividirme.

—Ya... y por eso quieres encargarte tú sola de algo que debería hacer yo. Cruz no me dio el trabajo para que las cosas fueran más complicadas. —En sus ojos se ve la resignación, y no puedo reprochárselo. Soy más que consciente de que estoy complicando las cosas—. Mira, que SILO nos dé la oportunidad de dirigir la cocina con nuestro equipo ya es un logro. No todos lo hacen, y por eso deberías ser tú quien esté mano a mano con Vega, no llevarnos a nosotros de un lado a otro.

—¡Te he dicho que no puedo dividirme! —Apoyo las manos en el escritorio y lanzo un suspiro. Álvaro asiente varias veces y cierra la carpeta donde tiene los informes—. Lo siento, sé que solo quieres ayudar, pero ahora mismo necesito ocuparme de otras cosas. Si no te parece bien que Marta se encargue, puedes ir tú a Sentidos. Ya conoces mis ideas.

—Pero tú deberías aprobar los canapés y decir si te gustan o no... —Al ver que no pienso cambiar de opinión, levanta las manos—. Vale, iré. Espero que termines pronto con lo demás, porque creo que te equivocas, y no te lo tomes a mal.

—Soy la nueva aquí —admito—, pero también tengo mi forma de trabajar, y quiero que la respetes.

Álvaro entorna los ojos y se muerde la lengua para no decir nada más. Se le nota en la mirada. Sin embargo, no abre la boca. Recoge sus cosas y se dirige a su escritorio, en el despacho contiguo, separado por una pared de cristal. Está claro que no le ha gustado lo que le he dicho; lo demuestra la forma en que se deja caer en su silla y se aprieta el puente de la nariz. Ojalá pudiera actuar de otra manera, pero ahora mismo no creo estar preparada para enfrentar lo que siento respecto a Vega.

Noto una punzada en el pecho, consciente de cómo estoy dejando que todo esto me afecte y del espacio que ella ocupa en mi mente, cuando debería ser al revés. Nos vamos a ver en cada evento del que me ocupe en Astra, y tengo que hacerme a la idea pronto, o al final, mis inseguridades ganarán.

La mañana se alarga más de lo que esperaba, y el dolor de cabeza empieza a pulsar en mis sienes.Llevo el cuarto café del día, y aún tengo que terminar de agendar reuniones con las empresas de sonido, iluminación y decoración. Jorge no supo mantener a la mayoría de nuestros colaboradores antes de irse, y ahora soy yo quien debe dar la cara. Necesito que este evento salga perfecto, pero tengo un miedo terrible de no conseguirlo.

—¿Se puede? —Cruz asoma la cabeza después de dar un par de toques en la puerta.

Lleva su abrigo puesto y un bolso colgando de su hombro derecho. Miro el reloj y casi sonrío al ver que solo me queda media hora de trabajo.

—Siéntate, ¿qué te trae por aquí?

—Solo quería saber cómo lo llevas, si ya te has acostumbrado a la rutina y a la ciudad.

—Estoy en ello. —Carraspeo y apenas esbozo una sonrisa—. Ha sido un cambio enorme. En la tele no pasaba más de dos semanas en casa, y extraño esos viajes, pero estoy muy contenta con la ciudad. Vivir cerca del mercado ayuda.

—Marta tuvo buen ojo al encontrarte un piso cerca de ella, aunque me ha dicho un pajarito que todavía no has salido como es debido.

—No deberías preocuparte tanto por eso, solo quiero que las cosas salgan bien.

—¿A costa de tu descanso? —Levanta una ceja, y miro de reojo el despacho vacío de Álvaro. Seguro que le ha dicho algo—. Te lo advertí desde el primer día: no quiero que te desgastes. Tienes que confiar un poco más en tu equipo.

—Confío en él, es en mí en quien... —Cierro la boca de inmediato, pero ya es tarde para rectificar—. Solo necesito más tiempo, darme cuenta de que lo tengo bajo control.

—Si es por lo que Álvaro te contó, tienes que olvidarlo. —Abro la boca sorprendida, y cierro los puños bajo el escritorio. «Mataré a Marta por bocazas», pienso, mientras Cruz sonríe

con esa amabilidad que me ha mostrado desde que nos conocimos. Se recoge un mechón rubio tras la oreja y continúa—. Lo único que ahora tengo claro es que, si hubiera contratado a una empresa externa, habría cometido un grave error. La última reunión con el señor Gutiérrez fue increíble, y a las dos horas me envió un correo diciendo que hablaría con otros empresarios, así que tendrás bastante trabajo en los próximos meses.

Sin darme tiempo a reaccionar, Cruz se levanta de la silla y se guarda las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Eso es... maravilloso —comento con dificultad.

La garganta se me seca y siento un cosquilleo en las manos, que me sube por todo el cuerpo, hasta que se forma una pequeña sonrisa que no puedo ocultar.

—Tienes que confiar más en los consejos de tus compañeros y no creer que debes cargar con todo. Aquí somos un equipo, y cada miembro es importante.

Lo que parece un reproche se convierte en un consejo que me guardo, y asiento.

Cierro la carpeta que estaba revisando en el escritorio y me levanto en busca de mi abrigo. Cruz sonríe ampliamente y asiente sin decir nada. Al salir de mi despacho, nos despedimos, y me dirijo a la entrada de las oficinas, donde Marta me espera, con el cansancio a cuestas y las ganas de olvidarse del trabajo durante el fin de semana. El tráfico delata la necesidad que tiene la gente de llegar a casa, y tardamos casi el doble en dar con mi barrio, además de otros cinco minutos para encontrar aparcamiento.

Me he aguantado la risa cada vez que se ha quejado de cómo conduce la gente. No sé por qué, ha hecho que recuerde por qué nos llevamos tan bien desde el momento en que nos conocimos. Marta fue mi gran apoyo cuando llegué a Madrid, y que, después de estos años —incluso habiendo vivido separadas—, siga siendo así, me dice que, pese a todo lo malo que he pasado, también ha valido la pena.

—Tengo un hambre que me muero —confieso al quitarme el cinturón de seguridad, y mi estómago me da la razón con un rugido.

—Si me hicieras caso y comieras algo más en la oficina en vez de estar pegada al papeleo... —me reprende mientras rebusca algo en su bolso—. Toma, calma a ese león mientras llegamos al restaurante.

Abre su mano y veo varias de nuestras gominolas favoritas, las mismas que solíamos comer cuando trabajábamos juntas en su casa. Un rayo de nostalgia y alegría me atraviesa, y no puedo contenerme; las agarro todas y me meto un par en la boca.

El ácido me estalla en la lengua, y me sujeto de su brazo, encantada. Después de los días

que he tenido, Marta ha logrado ponerme en orden. Soy consciente de la maravillosa oportunidad que nos ha ofrecido la vida. Porque, después de mucho, por fin siento que estoy donde debo, con un trabajo que no pienso dejar escapar.

Nuestra parada está en el restaurante Aura, un local minimalista en el casco viejo de la ciudad. Una de las cosas que más me gustan de Bilbao es caminar por sus callejuelas empedradas, con ese aire de otra época que te envuelve en tranquilidad, alejándote del estrés del día a día. Saludamos al entrar, y nos llevan a la mesa reservada donde me siento sin perder de vista cada detalle del entorno.

—Tienes que probar los dumplings de cordero, son una locura para el paladar. —Marta echa la cabeza hacia atrás con una expresión de puro placer que casi me hace reír.

Juraría que la comida es algo que también nos unió en su momento, como me pasó con Vega. Suspiro al recordarla y me siento fatal al pensar que quizás estoy actuando como una adolescente, aunque sé que, en el fondo, tratarla así y poner distancia es lo mejor por ahora.

Al ver la carta, noto la fusión de culturas en la cocina, y pongo una mueca indecisa con los diferentes platos que ofrecen. El camarero llega, y Marta se encarga de pedir un Ribera del Duero, además de dos copas de agua que nos sirven poco después. Al final, me decido por el entrante que me ha recomendado y el pulpo a la brasa. Ella pide la presa de cerdo acompañada de arroz cremoso con setas, y ya tengo claro que no vamos a poder resistirnos a compartir nuestros platos.

—No has debido decirle nada a Cruz. Antes de salir, vino a hablar conmigo al despacho. —Me desabrocho un botón de la camisa y, finalmente, me quito también la chaqueta—. Aunque he de admitir que me ha servido de mucho.

—Por eso lo hice, quería que dejaras de pensar que te eligió solo porque yo lo sugerí.

—Pero tuviste mucho que ver —aclaro, y ella suspira. Le tomo la mano y la acaricio—. No es un reproche. Quiero agradecértelo y brindar por ello. Sé que ahora estoy en el lugar que siempre quise, y es gracias a ti.

—Anda ya, no será para tanto. Solo hice lo que creí justo.

—Hiciste algo que solo las amigas de verdad llegarían a considerar —le recuerdo, levantando la copa.

Las chocamos, y el primer sorbo de vino me arranca un suspiro. No sé si es el lugar o si simplemente estoy a gusto aquí, con ella, pero el malestar que he sentido durante todo el día desaparece por completo. Los platos no tardan en llegar, y confirmo que los dumplings son lo mejor que he probado en mucho tiempo. Como era de esperar, compartimos la comida, mientras

recordamos anécdotas de nuestra vida en Madrid y lo bien que nos ha ido profesionalmente desde que el trabajo nos separó. Al menos en lo laboral, porque en el amor, las dos hemos sido un desastre total.

—Y el tío tuvo la cara de decirme que lo hizo por mí.

—Típico de película —comento, negando con la cabeza mientras bebo un poco más de vino—. Desde que me lo presentaste me pareció algo arrogante, pero tenía la esperanza de que no fuera un completo idiota.

—Pues ya ves, parece que solo atraigo malas víboras —bromea, levantando su copa—. ¡Por que les vaya bien a pesar de haberse perdido a dos mujeronas!

No lo dice en voz alta, pero está claro que la indirecta también va por Vega. Sé que tienen una bonita amistad, y no pienso romperla por nada del mundo, así que solo bebo y echo un vistazo incómodo a mi alrededor, hasta que mis ojos se cruzan con una mirada conocida, y en cuanto ella me ve, levanta una mano y se acerca a la mesa.

—Laura, qué coincidencia. ¿Cómo estás? ¿Más adaptada?

—La verdad es que sí. Bilbao es una ciudad maravillosa, y estoy convencida de que me enamoraré de ella.

—No esperaba menos, cala hondo, y no lo digo solo porque llevo la ciudad en la sangre.

Marta nos mira extrañada, y recuerdo que no se conocen.

—Ella es Amanda, la gerente del salón de eventos. —Las presento y se estrechan la mano —. ¿Disfrutando del descanso?

—En realidad, no mucho. Mi cita me ha dejado plantada —se queja—, así que he pensado en cenar en un lugar más tranquilo. Este es uno de mis restaurantes favoritos.

—Qué casualidad —comenta Marta, ofreciéndole una silla—. Si te apetece, siéntate aquí. Todavía estamos a medias con la cena, y te aseguro que no te faltarán risas.

—No me cabe duda. Si no os molesta…

Amanda me sonríe, y niego con la cabeza. Aparto la silla y ella se sienta encantada. Se quita la chaqueta, dejando ver un vestido precioso que resalta el negro de su mirada. El camarero le sirve un poco de vino, y, tal como ha predicho mi mejor amiga, la conversación fluye de manera natural.

—La verdad es que no puedo pedir más, una noche de puro placer después de tanto trabajo —comenta Marta con una sonrisa satisfecha, mientras bebe—. El evento está yendo mucho mejor de lo que pensaba, y en parte es gracias a ti —añade señalándome con su copa.

—No exageres —respondo, intentando restarle importancia, aunque una pequeña sonrisa se asoma en mis labios—. Tú has hecho tanto como yo, y el equipo ha respondido de maravilla, es el esfuerzo de todos lo que da sus frutos.

Amanda, sentada a mi lado, asiente encantada.

—Eso es verdad —interviene—. En todos mis años en esto, pocas veces he visto un equipo tan bien coordinado como el vuestro. La energía es diferente, como si cada uno supiera exactamente qué hacer y cuándo hacerlo, y eso es reflejo de buena dirección. —Me dedica un guiño y se queda en silencio.

Hay algo en la forma en que me mira; en cómo sus ojos se detienen un segundo más de lo habitual cuando nuestras miradas se encuentran, que me hace sentir nerviosa, pero a la vez conectada a ella. También me pasó cuando pisé por primera vez SILO. Intento apartar la atención y esa sensación, y concentrarme en la conversación, aunque no pueda evitar pensarlo.

—Lo importante es que los asistentes lo disfruten, ¿no? —comenta Marta, ajena a la tensión que flota entre Amanda y yo—. Porque al final, eso es lo que cuenta: que el evento sea un éxito.

—Exacto —coincido, esforzándome por no mirar de nuevo a nuestra acompañante.

Siento un hilo que me atrae a ella sin remedio, y aunque trato de ocultarlo, cada vez que la miro es como si una corriente invisible nos empujara hacia la otra.

Amanda sonríe, y por un instante pienso que quizá también se ha dado cuenta. El calor de su proximidad, su risa suave... carraspeo y niego para mí sin remedio antes de volver a la comida y la conversación. Por primera vez en muchos días me siento bien de verdad y en este momento me doy cuenta de que, enfrentar mis miedos, me ha hecho ganar una oportunidad para disfrutar de este nuevo capítulo en mi vida.

16

VEGA

La risa de Javier es como la buena música, tiene la capacidad de reconfortar incluso al corazón más triste, y soy afortunada de poder ser su madre y vivir eso casi a diario. Vamos de camino a casa de su padre para dejarlo allí los próximos siete días —no le tocaba a él, pero un viaje de trabajo le impedirá verlo en dos semanas y no podía permitirlo—, y sus preciosos ojos no dejan de curiosear a su alrededor. Nos hemos cruzado con varios perros que daban su paseo matutino, y él no ha perdido la oportunidad de saludarlos a todos. El broche final ha sido un cachorrito de tres meses y medio, con el que ha jugado hasta que casi he tenido que obligarlo a dejarlo marchar.

—¿Podemos tener un perrito, mami?

Ya sabía que no iba a tardar en pedírmelo.

—Cariño, sabes que ahora mismo no podemos. El trabajo exige mucho de mamá, y no quiero tener una mascota si no puedo cuidarla como merece.

—¡Pero yo sí puedo, por faaaaa! —Me rodea más fuerte con los brazos y estampa un beso en mi mejilla.

La mirada de súplica que me lanza está a punto de derribar mis defensas y hacer que ceda; es casi un milagro que logre decirle que no. Sus ojos se llenan de lágrimas, y me detengo en seco. Lo bajo al suelo y me agacho para ponerme a su altura.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos sobre ser un niño mayor? —comento, y él asiente—. No hay que hacer berrinches por estas cosas. Te prometo que, cuando seas un poco más grande y yo no esté tan ocupada, tendremos un perrito. Y tú podrás elegir el nombre que quieras para él, ¿vale?

—¡Rodolfo! —grita, levanta los brazos y tarda un segundo en limpiarse las lágrimas.

La capacidad que tiene para pasar de la tristeza a la alegría en cuestión de segundos es algo que envidio y que yo misma desearía tener. Después, se coloca a mi lado y me da la mano.

—Te quiero mucho, siento que no podamos ir al parque de bolas esta semana.

—Da igual, estar con papá también es divertido. —Se encoge de hombros y camina como si nada—. ¿Podemos ir los tres otro día?

Siento un nudo en el estómago porque sé que echa de menos ver que somos como el resto

de las familias. Así que asiento, aunque no puedo hacerle una promesa firme. Carlos y yo nos llevamos bien, pero hay que admitir que nos resulta un poco incómodo estar juntos y actuar como si nada.

Cinco minutos después llegamos a la casa de mi exmarido, y el pequeño se encarga de abrir la puerta con las llaves que nos dejó para casos de emergencia. La calle Artekale es estrecha, pero lo que más me gusta son los balcones repletos de flores que iluminan las fachadas pintadas de diferentes colores. Aunque el edificio parece algo antiguo por fuera, la decoración en casa de Carlos es minimalista y moderna, llena de muebles oscuros y fotos en blanco y negro que cuelgan de las paredes. Me encanta entrar y encontrarme con una en particular, donde se nos ve a los tres el día que Javier cumplió cuatro años.

Nuestro hijo corre hacia él en cuanto sale de la cocina, con el delantal puesto y una paleta en la mano. Niego con la cabeza y le dedico una sonrisa mientras me quito el abrigo y lo dejo en el colgador antes de entrar al salón. Acaricio también la maqueta que hay en el mueble al lado, uno de sus trabajos más condecorados, y recuerdo el día en que vino a casa con una botella cara de vino y la sonrisa más satisfecha que jamás había visto. Pensándolo bien, soy consciente de la cantidad de momentos maravillosos que hemos vivido juntos, caminando hacia unos sueños que también se avivaron con la llegada de Javier.

—¡Comemos lasaña! —grita él, con su abrigo en la mano—. Toma, que se me había olvidado.

Prácticamente me lo tira a los pies y regresa corriendo con su padre.

—Será posible... este niño...

En otro momento lo habría regañado, pero al escuchar cómo arrastra una banqueta por el suelo para ayudar a su padre, cualquier signo de enfado desaparece. El aroma que sale de la cocina me abre el apetito, y no puedo evitar ir con ellos después de dejar la mochila de Javier en su dormitorio.

—Sírvete —me dice Carlos, señalando con la mirada una lata de cerveza en la encimera.

—¿Ya tenéis todo planeado? —pregunto mientras voy al frigorífico y me abro una—. No me puedo creer que al final sí vayas al simposio, va a ser una gran oportunidad.

—Estoy nervioso, ¿sabes? Los proyectos que se van a presentar allí... no sé si estaré a la altura.

—No seas tonto, sabes que eres de los mejores. —Le dedico un guiño.

Me doy cuenta de que Javier nos mira y le revuelvo el pelo. Los siguientes minutos transcurren entre las preocupaciones de Carlos por lo importante que será el simposio y las risas

que provoca nuestro hijo con sus ocurrencias. Servimos la lasaña a eso de las tres y la disfruto tanto como él, aunque verlo con la cara pringada de tomate es otro de esos privilegios que estoy encantada de vivir.

Hay momentos en los que reina el silencio y no puedo evitar pensar en el trabajo y en todo lo que ha pasado con Laura. Que continúe negándose a verme, cuando deberíamos estar trabajando codo a codo para que el evento salga bien, me deja claro que, si alguna vez hubo un mínimo de respeto entre nosotras, ya no queda ni rastro de eso.

—¿Y a ti qué es lo que te preocupa?

Hemos dejado a Javier en el sofá con una película de dibujos y un par de galletas caseras que come a trocitos. Carlos cierra el grifo y se seca las manos. Me pide que nos sentemos en la pequeña mesa de la cocina, y aunque preferiría negarme, sé que no me va a dejar salir sin que hablemos.

No tengo idea de cómo comentarle esto sin hacerle daño, pero lo suelto de una vez.

—Laura ha decidido que no quiere saber nada de mí y ya no viene a las reuniones del cáterin. Ha delegado el trabajo en sus compañeros. —Dibujo círculos con el índice sobre la mesa, incapaz de mirarlo a la cara—. Sabía que las cosas serían difíciles, pero no pensé que me odiara tanto. El otro día se enteró de lo que tuve con Clara y... bueno, digamos que no se lo tomó demasiado bien.

—Ya te dije que no me parecía buena idea contratarla. Sé que tu corazón habla más por ti que la razón, pero a veces hay que poner límites.

No veo ni un ápice de tristeza en su mirada; de hecho, me dedica una pequeña sonrisa y busca mi mano, regalándome una suave caricia. A veces no soy consciente de la suerte que tengo de que no nos odiemos como muchas parejas divorciadas que tienen un hijo en común. Poder contar con él es algo maravilloso, y que sea tan comprensivo me encoge el corazón, sobre todo después de cómo me alejé. El día que le conté que Laura se había mudado a Bilbao, hablamos por teléfono más de dos horas, y no se fue a dormir hasta que me notó más tranquila.

—Supongo que no quería decepcionarla. Trabaja muy bien, pero que se tomara esas libertades con Laura y se lo soltara así, me ha traído un buen problema. Estoy considerando separarme de Astra cuando termine el evento.

—No lo dirás en serio, llevas años con ellos y son una parte importante de tus ingresos.

—Puedo encontrar otros clientes, eso no es lo que me preocupa. Lo que me da miedo es que pase algo más grave y que a Laura también se le compliquen las cosas. —Aparto la mano, me cruzo de brazos y echo la espalda hacia atrás.

La cabeza empieza a dolerme. Tengo tal confusión mental que no sé cómo voy a salir de esta.

—¿Y por qué no hablas con ella? Sé que no quiere oír ni una palabra, pero también debería darte la oportunidad de contarle cómo fueron las cosas para ti.

—¿Y tú cómo crees que fueron? —pregunto, frunzo el ceño y niego con la cabeza—. No quiero abrir esa herida. Le di esperanzas cuando estaba claro que lo nuestro no iba a ninguna parte y luego... a veces siento que también te tomé el pelo a ti.

—Vega... —Carlos se levanta un poco de la silla y la arrastra para ponerse más cerca de mí. Busca mis manos y las aprieta sin borrar el cariño con el que siempre me ha mirado—. Jamás sentí que lo nuestro fuera una mentira, y Javier es la prueba de ello. Es verdad que en aquel momento te dejaste llevar por el miedo, por tus padres y esa vida idílica que querían para ti, pero también sé que me querías.

—¿A pesar de que nuestros caminos se cruzaran... así? Porque tú mismo me has dicho más de una vez que está muy claro lo que sentía.

—En aquel momento nos encontramos de esa manera y, aunque lo nuestro tuviera fecha de caducidad desde el principio, creo que ambos necesitábamos estar juntos para crecer y darnos cuenta de lo que queríamos de verdad. Por más que te castigues, nunca me sentí como una salida fácil para ti, ni como un trapo usado.

—Sin embargo, aquí estoy, divorciada de ti y siendo incapaz de estar con alguien sin terminar estropeando las cosas. —Lanzo un suspiro y acaricio su mejilla—. Gracias por estar ahí a pesar de todo.

—He sido un puente que te ha servido para descubrir tu verdadero yo y también me diste el mejor tesoro del mundo —aclara, besando el dorso de mi mano—. Y creo que ya va siendo hora de que dejes de juzgarte y des un paso adelante. Sé que Laura está dolida, pero tampoco puede comportarse como una cría. No puedes permitir que lo que pasó entre vosotras arruine un contrato de trabajo tan importante para ti.

—Lo sé, me odiaría si pierdo a Cruz como cliente. Son de las pocas personas que facilitan las cosas hoy en día.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Nada más salir de aquí, ve a hablar con Laura y aclara las cosas. —Carlos se levanta y va directo al fregadero para terminar de lavar los platos.

—Pero si ni siquiera sé dónde vive...

—Llama a Marta y que te lo diga —sugiere.

—Laura la mata si lo hace —niego con la cabeza y voy con él para ayudarle—. Creo que

mejor paso mañana por la oficina y ya está.

—También puedes enviarle un mensaje y pedirle que os veáis. —Suspiro otra vez ante su insistencia, y cuando se gira, me da un toque en la punta de la nariz—. Cuanto antes arregles las cosas, mejor.

—Es que no sé si tengo ganas de discutir...

—¿Vais a pelearos? —Javier aparece de repente, y su gesto cambia por completo. Se acaricia nervioso los dedos y muerde su labio inferior.

—Para nada, y no deberías meterte en la conversación de los mayores —le regaño. Sin embargo, no tardo en acercarme a él y abrazarlo—. ¿Cómo va la peli? ¿La terminamos de ver juntos antes de que mamá se vaya?

Javier asiente, pero no dice nada. Al mirar a su padre, este también afirma y deja lo que está haciendo para acompañarnos al salón.

Me cuesta un mundo despedirme de mi hijo. En realidad, me habría quedado en casa de Carlos hasta mañana con tal de no tener que enfrentar la otra realidad que me lleva de cabeza desde hace días. Me abrocho el abrigo y busco el teléfono en el bolso. Al ver el nombre de Laura en la pantalla, siento un nudo en el pecho, y tardo una eternidad en empezar a escribir un mensaje que borro varias veces, hasta que solo tengo un par de palabras en pantalla.

—¡Vega! —La voz de Clara resuena en mi cabeza y, por un segundo, creo que es producto de mi imaginación. Sin embargo, al girarme, la veo corriendo hacia mí—. ¿Has dejado a Javier con su padre?

—Sí... —respondo desconcertada, hasta que me doy cuenta de que aún estoy a dos pasos de su portal—. ¿Y tú qué haces por aquí?

Termino de borrar el mensaje y guardo el teléfono en el bolso antes de que haga más preguntas.

—Vengo de tomar unas cañas con unas amigas, tenía pensado ir a casa, pero... ¿tienes algo que hacer? —No estoy convencida de que esto vaya a salir bien. Se acerca y busca mis manos con una confianza que no debería concederse—. Anda, te debo una por lo que hice el otro día y también por la oportunidad que me has dado.

—Sabes que no tienes nada que agradecerme —comento, con algo de hastío.

Nunca me ha gustado que me pongan entre la espada y la pared.

—Va, ¿no me concedes ni un café? —insiste y pone esa cara de súplica a la que no debería ceder.

Pero ya hay demasiadas cosas que no debería haber hecho, y aquí estoy.

—Vale, pero no me líes, que te conozco. Estoy muy cansada y mañana tengo que ponerme con los dos nuevos encargos.

—Me doy por satisfecha con eso —agradece, se sujeta de mi brazo y tira de mí.

Caminamos calle abajo y, aunque me siento algo insegura con esto, prefiero hacerlo a enfrentar una nueva discusión con Laura.

17

LAURA

Mayo, 2012. León.

—Cariño, he tenido una idea. ¿Por qué no voy por la mañana a comprar su botella de vino favorita y nos vemos quince minutos antes? Así no estarás tan nerviosa. —Asomé la cabeza por la puerta del aseo en la habitación de Vega.

Ella estaba de espaldas a mí, buscando ropa en el armario sin éxito, al parecer. Esa mañana tenía una reunión que podría cambiar el curso de su carrera, y los nervios se le notaban incluso sin mirarla a la cara.

Al no recibir más que silencio, dejé de lavarme los dientes, me enjuagué la boca y me acerqué a ella.

—No tengo idea de qué ponerme, quiero causarles una buena impresión, pero… —Su cuerpo se relajó al abrazarla por la espalda y besarle suavemente el cuello.

Noté cómo se le erizaba la piel y eso me sacó una sonrisa. Disfruté al observar nuestra imagen reflejada en el espejo del interior de la puerta, Vega se mordió el labio inferior y sujetó mis manos con las suyas, intentando calmar su acelerado corazón.

—Tienes que estar tranquila. No necesitas un traje especial para impresionar a nadie, te basta con tu mirada y la manera en que haces las cosas —le dije, besándola en el hombro—. Estoy segura de que les vas a encantar.

—No sé... ya cuentan con muchos empleados que tienen una experiencia impecable.

—Eh, si vas con esa actitud tan negativa, entonces sí que no vas a conseguir nada. Mírame. —La hice girar y coloqué las manos en su cuello—. Se nota cuánto amas esto, y las ideas que fluyen en tu cabeza son increíbles. Yo misma te habría contratado para llevar el cáterin de esa empresa, y no te lo digo solo porque esté locamente enamorada de ti.

—¿Seguro? Porque esa sonrisa tuya dice lo contrario. —Por primera vez en toda la mañana, vi cómo sus nervios se disipaban y mostraba a la mujer que me había cautivado desde el primer momento en que abrió la boca delante de mí—. Pero me encanta que estés aquí, y también que me animes.

—¿Qué me dices de lo que te he comentado? —Vega puso cara de póker, y yo negué con la cabeza al darme cuenta de que no me había escuchado—. Sobre tus padres, te decía que podría

comprar la botella de vino favorita de tu madre y llegar un poco antes a su casa.

—Es que… —Volví a ver en sus ojos la misma inseguridad que aparecía cada vez que hablábamos del tema. Bajó la mirada, y supe al instante que no tenía intención de presentarme a sus padres. Otra vez—. Mi amor, de verdad quiero que os conozcáis, pero…

—¿Pero...? —la respuesta fue evidente al mirarla a los ojos—. ¿Aún no se lo has dicho? Vega, llevamos juntas más de seis meses, ¿qué estás esperando? Mis padres ya conocen hasta tus manías, y en cambio yo...

—No es por ti, de verdad. Son ellos, que enseguida intentan organizar toda mi vida. No quiero que nos agobien justo cuando estamos en el mejor momento de nuestra relación.

—¿Estás segura de que no es porque soy mujer? —Alcé una ceja sin poder evitar que la pregunta se escapara de mis labios.

Vega negó y me sonrió con esa dulzura que me había enamorado desde el primer día. Luego apoyó sus manos en mi cuello y me besó, dejándome sin escapatoria.

—Vas a conocerlos, y mi hermana se muere por hacerlo después de todo lo que le he hablado de ti. Pero ahora están enloquecidos con los problemas de mis hermanos, y no quiero que nos estresen por su culpa.

—Vale, no insisto más. Tú decides cuándo. —Levanté las manos en señal de rendición y me acerqué a la cama, donde cogí una camisa azul claro que combiné con un elegante traje gris —. Si quieres que te vean como yo lo hago, ponte esto. Te marca unas caderas de infarto. —Le pasé la ropa y le dediqué un guiño.

—¿Seguro que no te enfadas? —Se acarició el cuello y puso una mueca, pero cuando negué con la cabeza, cambió el gesto por su bonita sonrisa.

—No podría enfadarme contigo. Te amo. —Al decirlo no pude dejarle ver la decepción que sentía por dentro.

Era un día muy importante para ella, y lo último que quería era arruinárselo o ponerla más nerviosa. Compartí una caricia en su mejilla y fui a darme una ducha con la esperanza de que la tristeza se arrastrara con el agua. Seguro que eran solo imaginaciones mías, que Vega no estaba ocultando lo nuestro por otras razones. Estaba convencida de que pronto podríamos ir de la mano como una pareja normal, porque en sus ojos veía cuánto me quería y lo mucho que deseaba estar conmigo, pasara lo que pasara.

Pero qué equivocada estaba.

…

Abril, 2024. Bilbao.

No tengo idea de qué hago aquí, ni por qué seguí las sugerencias de Álvaro y Marta, cuando lo que tengo claro es que, cuanto más lejos esté de ella, mejor. El trabajo ha fluido de manera diferente desde que decidí apartar a Vega de mi mente, aunque debo reconocer que ha sido un lío para ellos tener que ir y venir a las oficinas de Astra con las novedades sobre el cáterin.

Casi he terminado de plasmar las ideas sobre la distribución, y me aferro al asa del maletín como si eso pudiera darme las fuerzas que necesito.

¿A quién quiero engañar? Me paro en seco a un par de metros de la puerta, a punto de darme la vuelta, hasta que la vocecilla de Marta se cuela en mi cabeza y me empuja hacia adelante.

—Qué mentirosa eres, ¿cómo puedes echarme la culpa a mí? —Clara le da un manotazo a Vega, y ambas se ríen antes de reparar en mi atención—. Laura, buenos días…

Clara carraspea y se aparta de ella como si hubiera tocado lava. La incomodidad tensa el ambiente, y estoy a punto de irme por donde he venido. Sin embargo, sé que soy una buena profesional y que puedo con esto por más que me moleste verla tan cómoda con esa mujer cuando yo ni siquiera... «Ni unos cuantos besos en la calle», me recuerdo.

—¿Podemos hablar? —pido sin rodeos.

—Claro, ¿vamos a la cocina? —Vega se frota las manos y camina incómoda hacia la puerta.

Niego y cruzo una mirada con Clara, que baja la vista y finge concentrarse en los papeles que tiene sobre el mostrador.

—No es sobre los platos, mejor en el almacén.

Entro en la cocina, y Marcos está a punto de dejar lo que hace para venir a abrazarme, pero al ver mi expresión, se queda paralizado. Odio descargar mi frustración con él, pero necesito terminar con esto ya.

—Ayuda a Clara con el pedido para el trabajo del fin de semana. —Escucho decir a Vega.

—Vale…

El cabreo me sube por el cuerpo, y necesito serenarme. Me acaricio la frente y desabrocho un botón de la camisa antes de dejar el maletín en el suelo. En realidad, me sobra toda la ropa y ya noto el sudor empapar mi espalda.

—¿Por qué eres tan borde con él? Marcos no tiene la culpa de…

—No he venido aquí para que me reproches nada —la corto—. He venido para que me

escuches. —Aprieto los labios y asiento un par de veces—. Esta será la última vez que trabajemos juntas. No voy a pedirle a Cruz que cambie de cáterin, pero capacitaré a mi asistente personal para delegar el trabajo en él.

—Eso no es…

—Confío en Marcos para saber que los platos siempre estarán perfectos. Nos veremos en las reuniones de equipo, pero nada más. —Levanto las manos, impidiéndole hablar—. Esto me ha hecho replantearme si debería volver a mi antiguo trabajo, y no voy a permitir que la mejor oportunidad de mi carrera se vaya a la mierda por tu culpa.

—¿Por mi culpa? Eres tú quien se cierra a intentar que nos llevemos bien y a hacer lo que mejor sabemos: trabajar. —Se cruza de brazos y niega, ofendida—. Ya somos lo bastante adultas como para hacer las cosas bien de una vez y no permitir que los demás paguen por nuestros errores.

—¿Nuestros errores? Te recuerdo que fuiste tú la que me engañó, la que me mintió a la cara cada día que estuvimos juntas —puntualizo, señalándola con el dedo—. No te atrevas a decir que yo me equivoqué.

—¡Tú tampoco me lo pusiste fácil, Laura! —Se lleva las manos a la cara y suspira, desesperada.

—No tengo nada más que decir. O lo aceptas o tú verás cómo lo solucionas, pero no volveré a trabajar contigo —mascullo—. Seguro que ella te dará el consuelo que tanto necesitas —destilo con celos evidentes en mi voz.

Camino hacia la puerta, pero al pasar por su lado, me sujeta del brazo.

—Escúchame, por favor —susurra entre dientes. Me suelto, con la intención de salir, pero se interpone en mi camino, extendiendo los brazos. Esto es lo último que me faltaba, que me tratara como a una cría—. No vas a salir de aquí hasta que me oigas.

—¿De verdad te vas a comportar así?

—Si no me dejas otra opción… —Me cruzo de brazos, hastiada, y echo la cabeza hacia atrás. Al levantar las manos, casi sonríe—. Sé que no hice las cosas bien, que traicioné tu confianza y… nuestro amor. —El arrepentimiento cruza su mirada, y la conozco lo suficiente para saber que no finge—. Te juro que nunca quise hacerte daño, ni mucho menos que las cosas terminaran así. Concédeme una charla más tranquila, y te lo explicaré. Por favor.

—¿De verdad te crees que soy tan tonta como para quedar contigo y escuchar las mismas excusas?

—No, quiero que cenes conmigo para contarte la verdad. Al menos permíteme dejar de

odiarme tanto.

Siento un cosquilleo en el pecho. Quiero decirle que no, pero basta con verme en sus ojos para que mis intenciones se desvanezcan. Suspiro, dejo caer los brazos y asiento. Vega cierra los ojos aliviada, y se aparta de la puerta para dejarme salir. Al pasar por su lado, digo:

—Dime lugar y hora, estaré allí.

18

VEGA

Los dedos todavía me tiemblan tras enviarle el mensaje a Laura. Me quedo parada, apoyada en la pared, mirando la pantalla como si esperara que me mandara a la mierda. Sin embargo, lo que hace es responder con un «Vale» que hasta a mí me sorprende. Marcos levanta la vista y vuelve a concentrarse en los ingredientes que tiene sobre la mesa. No sabe disimular muy bien cuando quiere meter las narices en algo.

—Me ha dicho que sí.

—¿Y te sorprende? Aceptó cenar contigo antes de irse, y no la veo como alguien que se echa para atrás.

—¿Por qué tienes que ponerte siempre de su parte? Parece que la conoces mejor a ella que a mí —protesto, consciente de que me he puesto celosa en cuanto me echa una mirada desaprobatoria —. ¿Qué? Sabes que esto me afecta de verdad.

—No he dicho lo contrario, ni me he puesto de su parte. Solo te doy mi opinión. —Se encoge de hombros y lleva los cuchillos al fregadero—. En lo demás no puedo meterme. No viví esa historia de amor, y aunque os hubiera conocido desde entonces, no podría opinar; solo vosotras sabéis lo que realmente ocurrió.

—Lo que pasó es que fui una cobarde que le destrozó la vida a la persona que más he querido nunca —suelto, sintiendo cómo el corazón me da un vuelco.

Marcos alza las cejas y está a punto de sonreír. Seguro que lo hace al girarse, porque le encanta verme así, nerviosa e insegura.

—Así es como se lo tienes que decir y cerrar esa herida de una vez. Creo que nunca había trabajado tan a gusto con nadie, y os merecéis la oportunidad de colaborar más tiempo.

—No sé si conseguiré que cambie de idea, pero lo intentaré. —Me quito el delantal y lo dejo sobre la mesa de acero—. Creo que tú tendrías más suerte. Ahora mismo confía más en ti que en mí.

—Ya veremos llegado el momento. ¿Tienes pensado qué vas a cocinar?

—Iba a pedir algo a domicilio.

Marcos suelta un gritito escandalizado y niega varias veces como si estuviera loca. Adoro a este hombre.

—De eso nada, prefiero que te lleves algo de esto.

—¿Pero no se lo ibas a dar a tu hermano? Me mata si se entera de que le he robado la cena —digo, conteniendo una risa al imaginar la situación.

Mi mejor amigo no me hace ni caso. Empieza a empaquetar sushi de salmón y aguacate, además de la *jambalaya* mejorada con camarones. Luego lo mete todo en una bolsa y me la entrega con una sonrisa tonta en los labios.

—Combínalo con la mejor botella de vino que conozcas, algo que os haga recordar viejos tiempos.

—Me parece que Laura preferiría lo contrario.

—Tú haz lo que te digo y deja de quejarte por todo. Confío en ti, pequeña Padawan. —Me pone las manos en el cuello y me da un beso en la frente. A veces creo que se le seca el cerebro de tanto cocinar—. Mañana quiero que me cuentes todo con pelos y señales.

—Con razón te has puesto tan generoso… —Me da un manotazo en el hombro y me echo a reír—. Te quiero muchísimo, gracias por apoyarme en todo.

—Somos un equipo, lo sabes. —Se aparta un par de mechones rizados que ya le caen en la frente. Como es costumbre en él, se asegura de que el fuego esté apagado y las neveras cerradas —. Por cierto, mis padres me dijeron que quieren hacer una barbacoa uno de estos días. ¿Te apuntas a venir con el enano?

—Claro, va a estar conmigo quince días. Seguro que cuando se lo diga se vuelve loco de ganas. Incluso apuntará la fecha en el calendario —bromeo.

—No esperaba menos de mi ahijado —sonríe y me dedica un guiño—. Anda, ve a casa y prepara una velada inolvidable. Esta noche tenéis que enterrar el hacha de guerra.

—Bueno, eso ya lo veremos.

…

Faltan diez minutos para que Laura llegue, todavía no estoy segura de si haber preparado todo esto ha sido buena idea. En el frigorífico tengo una botella de vino blanco, y la comida que debía calentar ya está lista. Además, he preparado una bandeja de quesos y embutidos con productos que vendemos en Sentidos, un auténtico espectáculo para el paladar. Quiero que la cena esté a la altura de las circunstancias —aunque no tengo claro cuáles son exactamente—. Se supone que esta es una cena para darle explicaciones, no una de reconciliación, ni mucho menos. Menuda tontería.

Niego y me acaricio el cuello. Mi cabeza está llena de dudas, y no me viene nada bien ponerme así a pocos minutos de que llegue. Doy vueltas por el salón y estoy a punto de cambiarme de ropa, pero el timbre suena y me rompe los esquemas.

—Vale, vale, estás lista, y todo va a salir bien —me digo a mí misma. Aprieto los puños un par de veces y voy directa al telefonillo.

Pulso el botón sin preguntar quién es y dejo la puerta abierta. No sé qué espero de este momento, pero hasta he encendido velas aromáticas con el mismo olor que solíamos usar en León. El latido de mi corazón se acompasa con los segundos que pasan lentamente. Al escuchar el ascensor, me paso las manos por la blusa y el pantalón que he escogido.

Los tacones de Laura resuenan, y conforme se acerca, siento un golpeteo en el pecho que se transforma en nervios apenas la veo entrar.

—Este barrio es un espectáculo, y el San Mamés se ve de lujo —comenta nada más aparecer por la puerta. Nuestras miradas se encuentran, y yo esbozo una sonrisa tranquila. Al menos no ha soltado ningún comentario irónico—. ¿Llevas aquí desde que llegaste a la ciudad?

Niego. Se me forma un nudo en la garganta. Laura se quita el abrigo y echa un vistazo, buscando dónde dejarlo. Despierto de mi ensoñación, se lo quito de las manos y lo cuelgo al final del pasillo, casi en la puerta del salón. Al volver a mirarla, caigo en la cuenta de que no le he contestado y carraspeo por lo torpe que me siento.

—Me mudé después de divorciarme de Carlos. Los dos vimos conveniente vender la casa donde habíamos vivido juntos y buscar otro lugar. —Siento una punzada de dolor al decirlo, temiendo que mis palabras le hagan daño, pero Laura no reacciona mal. Asiente como si nada y levanta la bolsa que lleva en la mano derecha—. ¿No se te habrá ocurrido…?

—¿Traer algo para cenar? Parece mentira que me conozcas y aún no sepas que no me gusta ir con las manos vacías a casa de nadie.

—Madre mía, pues tenemos comida para un regimiento —bromeo y hago un gesto con la cabeza hacia la mesa.

Laura estira el cuello y se queda pasmada al ver lo que hay sobre ella. Luego mira la bolsa y sonríe divertida, hasta que saca algo de ahí dentro.

—Queso de Valdeón —informa, y al ver la cuña, me llevo una mano al pecho.

—Dios mío, tú sí que sabes cómo hacerme feliz. —El comentario se me escapa, y al mirarla noto cómo su sonrisa desaparece. Tengo el don de estropearlo todo, está visto—. Hay vino enfriándose, siéntate mientras yo lo sirvo.

—Como quieras —responde con frialdad.

Me giro y murmuro un «mierda» mientras camino hacia la cocina. Apoyo las manos en la encimera y me quedo ahí unos segundos, dándole la espalda. No puedo creer que haya sido tan torpe. ¿A quién se le ocurre soltar semejante burrada? Niego y saco todo el aire de mis pulmones tratando de calmarme. Necesito reconducir la situación antes de que decida marcharse.

Compruebo que la comida sigue caliente, la sirvo en los platos —excepto el sushi que ya está en la mesa— y regreso con ella.

Laura está seria, como las últimas veces que nos hemos visto. Se aprieta la coleta y aparta un par de mechones de su frente, dejando el roce de sus dedos, en un gesto que solo se percibe si estás muy atento. Luego se remanga el jersey y asiente agradecida por la comida.

—*Jambalaya* —reconoce en cuanto aspira el aroma—. ¿La receta mejorada de Marcos?

—A ti no se te escapa una —aclaro y me siento. Ella está a mi derecha, lo suficientemente cerca para ver sus ojos con claridad, pero no tanto como para rozarnos—. Iba a pedir comida a domicilio, y no sabes cómo se ha puesto. Parecía que quisiera impedir el peor crimen de la humanidad.

—Por lo poco que le conozco, sé que no es de los que piden cena a cualquier sitio. Hasta lo consideraría un sacrilegio —bromea y vuelve a sonreír como siempre me ha gustado.

—De hecho, nos llamaría pecadoras o algo peor —sigo la broma, y las dos nos echamos a reír.

Poder hablar así con ella me relaja y me confirma que no hemos perdido esa conexión que nos unió tan rápido en su momento. Me doy cuenta de que me he olvidado del vino y corro a la cocina para traerlo y servirle antes que a mí.

—¿Esta será la versión definitiva del evento? —pregunta mientras mezcla los ingredientes con el tenedor antes de llevarse un poco a la boca. Al probarlo, suelta un gemido y echa la cabeza hacia atrás como si fuera lo más delicioso que ha comido nunca—. No sé cómo lo presentará en forma de tapa, pero tiene que hacerlo —aclara, señalando con el tenedor—, que no se te olvide decírselo.

—No te preocupes. En cuanto sepamos cómo distribuir las mesas, nos pondremos con ello. Este será el plato principal de la velada —aclaro y pruebo un poco.

A veces se me olvida que Marcos hace magia en la cocina. Gimo por el placer, como si fuera la primera vez que pruebo este plato. Cuando los abro, Laura me mira con una sonrisa preciosa, y el tiempo se detiene. La peca en su mejilla derecha luce tan bonita como siempre, igual que la que tiene al lado de su nariz, justo debajo del ojo. Repaso sus facciones, sus cejas ligeramente pobladas, y el tono de pintalabios que ha elegido para la ocasión y que destaca más

gracias a la camiseta blanca que lleva. El corazón me da un vuelco, y regreso a la realidad. Sé que es el momento de hablar.

—Tenías razón —confieso, incapaz de mirarla—. Fui una cobarde que no supo cómo actuar ni medir las consecuencias. —Me muerdo el labio y niego, todavía sin levantar la vista—. Pero no lo hice por Carlos, ni porque no estuviera enamorada de ti de verdad. Entré en pánico. Mis padres me dejaron claro que nunca aceptarían a una mujer en casa, que no verían bien ese tipo de relación, no lo dijeron nunca directamente, pero ya sabes… Hubo señales durante toda mi vida. Y pensar en ese futuro me hizo… ser una idiota. No quería ser la vergüenza de la familia y destrozarles la vida.

Laura se queda callada. Aparta el tenedor y apoya las manos en la mesa. Me atrevo a mirarla, pero no logro descifrar lo que piensa. Ni siquiera sé si me cree o si todavía me odia. Intento disolver el nudo en mi garganta con un sorbo de vino, pero casi me atraganto. Me siento torpe, y la vergüenza me invade, las lágrimas empiezan a brotar al recordar el daño que le hice y estoy a punto de dejarlas caer.

—Yo ya sabía cómo eran tus padres —aclara—. Me di cuenta con lo que me contabas de ellos, pero pensé que lo nuestro… era más fuerte que todo eso. Tú me hiciste creer que amarnos era suficiente, Vega. Sabes que te habría apoyado en cualquier circunstancia, que jamás te habría dejado.

—Claro que lo sé. —La miro y estoy a punto de buscar su mano sobre la mesa, pero al final me contengo. Entrelazo mis dedos y esbozo una sonrisa más cargada de tristeza que de alegría—. El problema es que no tuve el valor de elegir lo que me hacía feliz. Pensé más en lo que mis padres consideraban una vida perfecta: formar una familia normativa, estar con un hombre… Y entonces conocí a Carlos —suspiro, sintiendo cómo la emoción me embarga, a punto de llorar otra vez. Sé que no merezco el perdón de nadie, pero al menos quiero intentarlo —. Me aferré a esa idea de estar bien con él, durante un tiempo me sentí a gusto y me ofreció un futuro cómodo, incluso una salida profesional, por eso acabé aquí, en Bilbao. Me odio por haberle mentido tanto tiempo, por no haberme aceptado a mí misma antes y por haberte hecho daño. No sabes cuánto.

—Lo hecho, hecho está, ¿no? —se encoge de hombros. Me gustaría saber qué pasa por su cabeza, pero no consigo descifrar nada en su mirada—. No podemos cambiar el pasado, pero sí cómo nos trataremos de ahora en adelante, y yo ya estoy cansada de esquivar balas, de no poder actuar con naturalidad. Además, de todo aquello surgió algo maravilloso ¿no?

Ilumina el salón con su sonrisa mientras señala la fotografía de Javier en la estantería. Noto un cosquilleo en el estómago.

—Él es lo más importante de mi vida. Por eso no puedo arrepentirme de lo que pasó, aunque eso signifique que tú y yo…

—No pasa nada.

No es cierto que no pase nada, porque ha pasado todo. Un torbellino de decisiones mal tomadas, de miedos que nos separaron, de sentimientos que enterré para cumplir con lo que otros esperaban de mí. Pero también sé que, a pesar de todo, estoy dispuesta a seguir adelante. Me doy cuenta de que verla aquí, en mi casa, removiendo su plato como si fuera una cena cualquiera, me devuelve sensaciones que creía haber olvidado. Esa complicidad entre nosotras que sigue presente, intacta bajo el polvo del tiempo y las heridas. Pero ahora es diferente. Hemos cambiado. Laura también, y ya no hay nada que pueda remediarlo.

—Está bien… —musito.

—¿De verdad tú lo estás? —Deja el tenedor en el plato y me mira con seriedad, aunque sus ojos brillan con algo que no sé definir del todo.

—Siento que he… cambiado —confieso y suelto el aire que no sabía que retenía—. No ha sido fácil, pero creo que ya he aprendido a aceptar las cosas como son. Ahora solo tengo que evitar querer complacer siempre a los demás. —Bajo la mirada unos segundos—. Pero sí, estoy bien, al menos ahora.

Laura asiente despacio, como si procesara mis palabras. Toma un sorbo de vino y deja la copa a un lado antes de hablar de nuevo.

—Yo también he cambiado. Ya no soy la misma que te conoció en León. —Su voz es suave, pero con un toque diferente. Quizá de madurez—. Seguí adelante a pesar del dolor, aunque a veces quisiera que las cosas fueran distintas… —Hace una pausa y me observa con esa intensidad que siempre me ha desarmado—. Supongo que ya no me pesa tanto lo que pasó, es algo que queda en otra época distinta —sentencia.

Siento un nudo en la garganta, pero no es el mismo nudo que antes. Es distinto. Es como si, de alguna manera, el hecho de que ambas hayamos aceptado lo que pasó nos permitiera, por fin, respirar. Decido ser honesta.

—Nunca dejé de pensar en lo que hice —admito, incapaz de sostenerle la mirada por más de un segundo—. A veces, cuando estaba en casa o salía con amigos, el recuerdo volvía. Pero siempre me decía que era inútil pensar en lo que no podía cambiar.

Laura sonríe levemente con una mezcla de tristeza y alivio, porque por fin, sabe que a mí también me dolió de verdad.

—Como hemos dicho… ya no podemos cambiar el pasado. Solo podemos decidir cómo

seguir adelante.

—Y espero que lo hagamos —añado.

Me esfuerzo por sonreír, por dejar ir esa historia aunque duela. Porque lo único que puedo hacer ahora es tomar cada paso hacia el futuro con la certeza de que ya no quiero vivir anclada en lo que hice mal. Nos miramos y veo algo que me recuerda quién fui cuando estábamos juntas. Tal vez es una mezcla de nostalgia y resignación. Tal vez es simplemente el reconocimiento de que lo que tuvimos fue real. Y aunque ya no podamos volver a eso, aún queda un vínculo entre nosotras, algo que no se rompe tan fácilmente.

Laura arrastra su mano por la mesa y busca la mía. Nuestros dedos se rozan en una caricia delicada que me cosquillea en la piel. Por un instante, la tristeza asoma en su mirada, pero desaparece cuando me dedica un guiño. Luego pone atención en la comida y carraspea.

—Será mejor que comamos antes de que esto se enfríe. Marcos nos mataría si se echara a perder.

—Y que lo digas.

Las dos reímos. Desvío la mirada hacia la imagen de Javier un momento y luego la regreso a Laura, que disfruta de cada bocado. Y de repente, el nudo en mi pecho se disuelve, y siento una liberación que no creía posible.

19

LAURA

Marta ha venido a mi despacho dos veces con la intención de sacarme lo que pasó la otra noche en casa de Vega, pero no le he dicho ni una palabra; en mi vida había conocido a una mujer tan cotilla como ella. Sé que solo se preocupa por mí, igual que Álvaro, que me mira a través del cristal del despacho. Al encontrarse con mi mirada, aparta la suya rápidamente, y niego con la cabeza. Llevo poco tiempo en la empresa, pero ya puedo decir que es una de las personas que más aprecio, y no solo por lo buen profesional que es y los dolores de cabeza que me quita de encima, sino porque de verdad demuestra ser un buen amigo.

Me gustaría poder dejar el trabajo a un lado por un rato e invitarle a un café, y lo haría de no ser porque en unos cuarenta minutos el señor Gutiérrez volverá para que le presentemos las ideas que ya tenemos cerradas sobre la distribución y decoración de SILO para el evento.

Anoche recibí un mensaje de Amanda en el que me comentó que veía todo con buenos ojos y que estaba deseando ver cómo iría la celebración. Lo cierto es que no hablamos solo de eso, ni ayer ni durante los últimos días desde que nos vimos en el restaurante con Marta. Adaptarme a esta nueva etapa no ha sido tan fácil como pensaba, y poder desahogarme con ella, fuera del círculo de Astra, ha sido un alivio que no sabía que necesitaba. Sonrío al escuchar una notificación y ver que es ella, como si acabara de leerme la mente. Abro el mensaje y leo:

Amanda: ¿Qué te parece si salimos esta tarde y luego vamos al cine? Sé de una película que te va a encantar.

La idea me produce un cosquilleo que intento ignorar, pero que se extiende hasta mis dedos sobre las teclas. Sin embargo, no sé bien qué escribir. Levanto la mirada y echo un vistazo a mi alrededor, como si alguien me estuviera vigilando. Álvaro tiene la atención puesta en la pantalla de su ordenador, y eso me anima a contestar.

Laura: Me parece la mejor idea que podrías haber tenido. Así celebramos que la reunión va a salir de maravilla. (No es que me crea la mejor en lo mío). Te aviso una hora antes de salir y quedamos.

Pulso «Enviar» y dejo el teléfono bocabajo, como si eso fuera a evitar distracciones. Alguien llama a la puerta, y Marta se asoma por tercera vez en la mañana. Esta vez trae una bandeja de plástico con dos vasos y una bolsa de papel.

—¿No sabes que es de mal gusto invitarme a un café y dejar a Álvaro con las ganas?

—Ya le compensaré luego —aclara encogiéndose de hombros—. Pensé que querrías coger fuerzas antes de la reunión. Un poco de azúcar no te vendría mal.

Se me debe haber iluminado la cara, porque Marta sonríe. Me froto las manos, aspirando el aroma de los rollos de azúcar que sé que lleva en esa bolsa. Ella chista con la lengua y se sienta frente a mí, pero justo cuando estoy a punto de atacar, me da un manotazo y frunce el ceño.

—No empieces...

—Vas a contármelo todo ahora mismo, porque Vega está a punto de llegar y no tengo ganas de sorpresas. Todavía no me he repuesto de vuestra historia —exagera, y pongo los ojos en blanco; a veces parece una adolescente—. Tú misma, o cantas o no ves ni un rollo.

—Debería darte vergüenza. A tu edad, chantajeando a tu mejor amiga, la que siempre ha estado contigo y jamás te ha presionado para que le cuentes cómo te va con tus ligues.

—Eso es porque yo no tengo un ex al que vuelvo a ver después de once años. Venga, no te andes con remilgos y empieza a hablar.

Me da mi café con un toque de canela y leche de avellana, y luego se atreve a morder un rollo, saboreándolo frente a mí con descaro.

—La cena fue bien, me contó lo que pasó y ya está. Luego hablamos de su hijo y de cómo fueron los primeros años en Sentidos.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? —Marta cierra la bolsa y la arrastra por el escritorio con gesto amenazante. La mato si no me da un rollo ya mismo—. ¿Y ya os habéis perdonado, así sin más?

—¿No es lo que queríais?

Giro la cara y veo a Álvaro mirándonos como si esto fuera un espectáculo. En un descuido, le arranco la bolsa de las manos, la coloco delante de mí y agarro uno de los rollos. Le doy un buen bocado y me echo hacia atrás, envuelta en placer. ¿Cómo algo tan poco sano puede estar tan delicioso?

—Solo digo que pareces una veleta. Hace unos días no querías saber nada de ella, y ahora vas y cambias de opinión.

Omito que hablé del tema con Amanda y que me aconsejó dar el paso. Me encojo de hombros y doy un sorbo al café.

—Sé que Vega se arrepiente, y han pasado once años. No tiene sentido seguir así por algo que ocurrió hace tanto. Quise odiarla porque me convencí de que nunca me quiso, cuando en realidad no era capaz de hacerlo consigo misma, aceptarse, ni ver lo que deseaba de verdad —hablo con calma, deleitándome con el toque de ralladura de limón de los rollos fritos.

—La verdad es que desde que la conozco no ha hablado mucho de ese tema, ni de sus padres. De hecho, nos hemos encontrado con ellos algunas veces y no recuerdo que hablara

abiertamente de lo que quería con Clara, y cuando lo hacía, ellos intentaban cambiar de tema. —La miro, y Marta hace un gesto de indiferencia con la mano—. Tampoco he querido meterme mucho. Al final no es asunto mío, y sé de buena tinta que prefiere dedicarse en cuerpo y alma a Javier.

—¿Pero nunca presentó a esa chica como una relación formal?

—Sí, en uno de los cumpleaños de Vega. Clara fue, pero no fue la mejor celebración del mundo, créeme. Se empañó por un logro profesional de uno de sus hermanos. La pobre siempre ha tenido que luchar por destacar un poco. A veces me da pena.

—Ya...

Pienso en la situación, y se me quitan las ganas de seguir comiendo. Termino el café y prefiero recogerlo todo e irme a la sala de reuniones. Mientras camino, Álvaro me pone al día con los costes y las opciones que tenemos para no pasarnos del presupuesto, pero no logro concentrarme. Mi mente viaja a momentos en los que Vega mostró lo incomprendida que se sentía por su familia, y me doy cuenta de que, quizás, no le di el apoyo que realmente merecía de verdad. Sobre todo, después de que habláramos la otra noche.

Niego y me guardo el pelo tras las orejas. Al abrir la puerta, veo que ella ya ha llegado y me recibe con una sonrisa más relajada y feliz de lo habitual. Siento una sensación agradable en el pecho y nos saludamos con un beso en las mejillas. Luego busca su teléfono en el bolsillo de su pantalón oscuro y me lo enseña.

—Mira a Marcos... —susurra.

Marcos: Más vale que os hayáis comido la jambalaya, o no os dejo aparecer por cocinas.

—No se puede decir que no sea intenso —bromeo, y las dos negamos con la cabeza—. Deberíamos invitarle a comer para compensarle el esfuerzo.

—De hecho, tengo una idea mejor. Sus padres van a celebrar una barbacoa a fin de mes, y si te vienes, le darás una alegría. Te prometo que vas a querer repetir nada más salir de allí. Además, las vistas son espectaculares; tienen una finca rústica preciosa.

—Si me lo pintas así, no voy a poder negarme. —Le acaricio el brazo y le dedico un guiño —. Tú dime cuándo, y ahí estaré.

Recibo un mensaje y el teléfono me vibra en el bolsillo, pero no le presto atención porque la puerta se abre y Cruz entra acompañada del señor Gutiérrez.

Como era de esperar, la reunión va de maravilla, y acordamos algunas ideas que Gutiérrez quiere destacar por encima de cualquier cosa. Tomo notas y les muestro a todos cómo será la distribución del salón. Con su aprobación, Marcos ya podrá pensar en la manera de servir la

comida, lo cual es un gran avance. Solo falta la decoración y que el equipo de iluminación e informática haga su trabajo con los paneles, televisores y luces que colocaremos. Al terminar, me despido de los chicos y salgo disparada de la sala de reuniones.

El cansancio me pesa en las piernas, pero no lo suficiente como para rechazar el plan de salir con Amanda, quien me espera afuera de Astra cuando están a punto de dar las ocho. Su mirada destaca con el rímel, haciéndola tan atractiva como la primera vez que nos conocimos en el salón de eventos. Se acerca a mí y roza sus labios con la comisura de los míos. Hoy no los lleva rojos, pero siguen pareciéndome un manjar que podría saborear toda la noche y parece que ha leído mis pensamientos, por la manera en que me mira.

—He estado pensando en algo... —Acaricia la solapa de mi chaqueta con una de sus manos y se acerca de nuevo a mí—. ¿Qué te parece si vienes a casa y nos olvidamos del cine?

Trago saliva al sentir su respiración en mi cuello. Se me pone la piel de gallina, y no soy capaz de decir nada hasta que se aparta y me lanza una mirada que habla más que sus palabras.

—¿Tienes algo pensado para convencerme? Porque ya me había hecho a la idea de ir al cine, y no me gustan mucho los cambios de planes —bromeo, disfrutando al ver su reacción.

En el poco tiempo que nos conocemos —y con los muchos mensajes que nos hemos enviado—, ya sé que Amanda es una mujer que sabe lo que quiere y no se anda con rodeos, sin importar cuál sea su objetivo. O, en este caso, quién.

—Yo no soy de palabras, sino de acciones —susurra en mi oído y roza el lóbulo de mi oreja con su lengua.

Y a partir de aquí, me olvido del cine, incluso de la cena, porque sacio mi hambre en su boca en cuanto entramos por la puerta de su casa. La ropa cae prenda por prenda, y me dejo llevar por sus labios, por sus manos, y por lo que despierta en mi cuerpo con unas cuantas caricias. Amanda lo sabe y sonríe más de una vez, dispuesta a hacerme disfrutar de su cuerpo como no lo había hecho con nadie en mucho tiempo.

Me propongo conseguirlo, como también, agarrarme a la sensación de libertad que me ofrece el dejar atrás los dolores de cabeza y las complicaciones; al menos por unas horas, donde, con cada caricia, me dedico a vivir el presente, sin presiones, sin nada más que sus labios, y el deseo de encerrarnos en un mundo aparte, en el que no tenga que pensar en Vega.

20

VEGA

El fin de semana apenas pude descansar. Marcos y yo estuvimos al pie del cañón con el cáterin, en una celebración de socios que tuvo lugar en uno de los edificios más espectaculares que haya visto en Bilbao —y en cualquier otro lugar—. Hace unos años, no habría imaginado que este trabajo me traería tantas alegrías y, ahora, aquí estamos, con la agenda casi llena para los próximos meses. Por primera vez en un par de años, este verano cerraremos por vacaciones, y aunque estoy deseando tomarme un descanso, quiero disfrutar de cada encargo como si mañana nos fueran a quitar todo esto de las manos.

Desde que arreglé las cosas con Laura, el trabajo ha fluido de otra manera, y he podido dormir sin que nada me quite el sueño. Estoy en la puerta del colegio y faltan cinco minutos para que Javier salga y volvamos juntos al local. Allí le espera una merienda de churros caseros con chocolate, que seguro hará que me arrepienta cuando lleguemos a casa y no pueda pegar ojo por el exceso de azúcar. Sin embargo, no me importa, porque oírle reír y contar anécdotas es una de mis cosas favoritas del mundo. Además, tengo ganas de hablarle de la mujer que ha vuelto a mi vida y que marcó un antes y un después desde aquella noche de octubre.

Pensar en que van a conocerse me pone un poco nerviosa, y al imaginarlos juntos, me llevo una mano al pecho, solo para sentir cómo late mi corazón.

—¡Mamí! —Lo veo aparecer a unos metros y corre hacia mis brazos con las mejillas encendidas y el pelo pegado a la frente por el sudor —. La clase de gimnasia ha sido súper guay.

—Madre mía, pero si estás empapado, vas a pescar un resfriado. ¿Se puede saber qué habéis hecho?

—Pues un montón de carreras con Esteban y también he subido las espalderas. Le he ganado dos veces, ¡y también hice el pino!

—Vaya, vaya, si estás hecho todo un Spider-Man. —Le doy dos sonoros besos, uno en cada mejilla, y le revuelvo el pelo—. Menos mal que siempre tenemos ropa en Sentidos, si no, tendríamos que haber vuelto a casa. Anda, abrígate bien.

Lo dejo en el suelo y le arreglo la chaqueta, asegurándome de que está bien abrigado. Le cuelgo la mochila al hombro y lo agarro de la mano.

—¿Qué hay de merendar?

Suelto una risa ante la pregunta. No debería sorprenderme que salga muerto de hambre, después de haber estado toda la hora de gimnasia de un lado a otro.

—Marcos te ha preparado una sorpresa, así que no te lo puedo decir.

—¡Pero yo quiero saberlo! —protesta, hinchando las mejillas, después suelta una pedorreta que me saca otra sonrisa—. No es justo...

—Señorito, las sorpresas no se revelan. Hay que tener un poquito de paciencia, porque si no, mamá se va a comer tu chocolate caliente —exclamo llevándome la mano a la boca en un gesto exagerado—. ¡Anda!

—¡Chocolate, chocolate, chocolate! —grita mientras levanta el brazo y empieza a dar saltos sin parar.

Me encanta que Javier pase tiempo con su padre, es una rutina que tiene desde pequeño y a la que estamos acostumbrados, pero reconozco que echo mucho de menos estos momentos cuando no lo tengo conmigo cada día.

Las risas nos acompañan de camino al local, y cuando abrimos la puerta, Javier se suelta de mi mano y corre hacia la cocina sin pensarlo dos veces.

—¡Acuérdate de cambiarte la camiseta! —grito, mientras suelto un suspiro y niego con la cabeza—. A veces puede conmigo.

—Tiene energía para rato —comenta Clara con una sonrisa—. Ya he organizado el pedido y calculado las ganancias del fin de semana. Podemos decir que ha sido un éxito total.

—¿Has pagado a la empresa de montaje y a los camareros?

—A todos. Las copias de los recibos y las facturas están en tu correo electrónico y también en el archivador del almacén. Si me lo permites, nos merecemos un par de días libres.

—Ojalá, pero el evento del café requiere tiempo, y tengo que estar pendiente de las decisiones que se tomen, por si hay que ajustar algo. —Me quito el abrigo y lo cuelgo cerca de la barra.

—¿No se supone que de eso se ocupa Laura? Nosotros solo tenemos que encargarnos de la comida.

—Una presentación no es lo mismo que una comida o cena formal, necesita otras cosas. Y así es como trabajamos en Astra —comento mientras el silencio me indica que Javier ya debe tener las manos entre los churros y el chocolate—. Voy a ver cómo va Marcos.

—Hasta donde sé, está bien. Quería disfrutar de un rato de descanso con el niño y ha adelantado trabajo. —Clara frunce el ceño y se acerca, mordiéndose el labio inferior—. Vega...

—¿Qué pasa?

No me gusta nada su expresión, y me sorprende cuando busca mi mano y la acaricia como solía hacerlo antes. Miro a mi alrededor por si algún cliente entrara en la tienda, aunque no solemos tener gente hasta dentro de una media hora.

—Quería volver a darte las gracias por lo que has hecho por mí. No sabes la tranquilidad que me has dado, y también a mi madre.

—Ya te dije que no tenías que agradecérmelo. Seguro que habrías hecho lo mismo por mí si estuvieras en mi lugar —respondo, aunque la forma en que me mira no me inspira nada bueno.

Estoy a punto de dar un paso atrás, pero ella me lo impide colocando sus manos en mi cuello.

—Me gustaría que volviéramos a salir, a cenar juntas o a nuestro bar favorito, como la otra noche. No me digas que no lo pasamos bien.

—Sí... —respondo, mientras ella da un paso hacia mí. Pongo las manos en su pecho y la detengo—. Pero no te equivoques. No te contraté por lo que pasó entre nosotras, lo hice porque quería ayudarte. Lo del otro día fue... casualidad.

—¿Y dos compañeras no pueden salir a tomar una copa?

No me mira como si solo quisiera ser mi compañera de trabajo, eso lo tengo claro. El ambiente se vuelve tenso, y Javier me salva con sus gritos.

—Será mejor que vaya a ver qué pasa. No quiero que entre nadie y piense que estamos de fiesta. —Clara asiente, y me dirijo a la cocina. Nada más entrar, me llevo las manos a la boca. Mi hijo tiene la barbilla llena de chocolate y se ha ensuciado la camiseta que se acaba de poner. Por no hablar del desastre que ha hecho en la mesa de acero—. ¿Qué ha pasado aquí?

Marcos, que me daba la espalda, se gira, y lo veo con la boca manchada y la ropa hecha un desastre también.

—Hemos hecho una carrera a ver quién se comía antes el churro... Creo que no ha sido buena idea —comenta, bajando la vista, y de repente rompo a reír sin poder evitarlo.

—¿Quieres un churro, mami? Te lo he guardado. —Me ofrece Javier, y con esa carita que pone, no puedo resistirme.

—Pero ni se te ocurra mancharme. Mamá todavía tiene que trabajar y no he traído ropa de cambio.

Fulmino a mi mejor amigo con la mirada, pero él levanta las manos, fingiendo inocencia. Por un rato, me olvido del trabajo y de la actitud que Clara ha tenido conmigo. Disfruto del

chocolate, de mi hijo y de la compañía de Marcos, que ha dado todo por este cáterin.Su vida es la cocina, y lo demuestra más allá de la dedicación que le pone. Siempre creí que acabaría en un restaurante o abriendo el suyo propio, pero cuando empezamos a trabajar juntos, noté que estar aquí le da mucha paz. Le gusta inventar platos, darle un toque especial a otros sin la presión de destacar o de luchar por una estrella Michelin. Solo quiere regalar felicidad, y lo hace cada vez que organizamos un evento o preparamos una comida para clientes habituales, dejando su huella en cada plato. También en los momentos que comparte con Javier o cuando comemos en casa de sus padres.

—Perdón si esta noche no logras que se duerma —susurra cerca de mí.

Ambos limpiamos lo que hemos ensuciado, y él se encarga de la mesa. El ambiente es tranquilo mientras Javier hace sus deberes.

—No pasa nada. Seguro que le pongo una película y cae rendido. Por cierto... —Alzo la voz y llamo la atención de mi hijo, que me mira curioso—. ¿Te ha contado Marcos que vamos a ir a casa de sus padres para una barbacoa?

Los ojos de Javier brillan de emoción, y abre la boca con sorpresa.

—Esta vez va a venir una invitada especial.

—¿Quién? —Deja el lápiz sobre la mesa y apoya la barbilla en las manos.

—Una vieja amiga de mamá. Se ha mudado a la ciudad, y trabajamos juntas. Se llama Laura.

—¿Puedo regalarle una chuche? —Su inocencia me derrite. Me acerco, me agacho para ponerme a su altura y le doy un beso en la frente.

—Puedes hacer lo que quieras. Seguro que le caes muy simpático. ¿Te importa que vaya a ocuparme de la tienda mientras terminas? —Javier niega, y le revuelvo el pelo con una sonrisa —. Después cenaremos con Begoña, una peli y a dormir. ¿Vale?

Asiente, y lo dejo con Marcos, a quien le dedico un guiño. Es una suerte poder contar con él, y que haya hecho tan buenas migas con mi hijo.

Cuando salgo a la tienda, me encuentro con la mirada de Clara, pero no le digo nada. Prefiero concentrarme en los clientes que empiezan a llegar y que se llevan embutidos y vinos. La incomodidad se siente en el ambiente, pero decido ignorarla y me enfoco en algo que me hace mucha más ilusión. Aprovecho un momento para enviarle un mensaje a Laura.

Vega: Le acabo de decir a Javier que os vais a conocer en la barbacoa, y me ha dicho que te va a regalar unas chuches. Es su manera de hacer amigos. Gracias por haber aceptado venir y por todo lo que haces cada día.

No pasa ni un minuto cuando el teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón.

Laura: Voy a tener que llevarle mi especialidad para ganármelo. Me alegra que las cosas vayan así. Es una maravilla trabajar contigo y volver a sentirme como antes.

Sonrío como una tonta por sus palabras y carraspeo cuando un cliente llama mi atención. Pensar en cómo han cambiado las cosas en las últimas semanas me deja una sonrisa en los labios y una ilusión especial. Si al principio tuve ganas de rendirme y cortar toda colaboración con Astra, ahora solo puedo pensar en la cantidad de eventos en los que trabajaremos en el futuro.

El brillo que se le pone en la mirada a Laura cuando hace algo que le encanta me viene a la mente. Recuerdo una de las últimas veces que cenamos en el piso donde vivimos durante unos meses en León. Puedo sentir sus caricias en mi cuello y el sonido de su risa con mis tonterías. Las imágenes forman un enjambre en mi pecho, y llevo una mano al corazón en un intento de contener ese sentimiento que reconozco bien y que trato de alejar.

No quiero que todo se arruine otra vez por mi culpa, así que niego con la cabeza y me concentro en el trabajo el resto del día, evitando a Clara, quien intenta llamar mi atención cada vez que puede. Las dudas me asaltan de nuevo, y por un momento, vuelvo a sentirme como esa mujer que está a punto de equivocarse con cualquier decisión que tome.

Sin embargo, lo único que tengo claro es que debo hacer todo lo posible por no arruinar mi relación con Laura y seguir adelante.

21

LAURA

Abril ha pasado en un suspiro y estamos a punto de despedirlo. Falta un mes para el evento de lanzamiento, el trabajo está muy avanzado. Siento que podríamos celebrarlo mañana mismo, pero dentro de mí surgen esos nervios previos que me hacen dudar de si habré acertado con mis ideas. Por eso, quiero ir a SILO mañana para comprobarlo por mí misma, eso y porque Amanda me ha prometido una comida inolvidable en las cocinas del salón. Marta busca un sitio donde aparcar, y aprovecho su distracción para enviarle un mensaje, dejándole claro que tengo ganas de comer con ella, aunque lo nuestro no pase de ser dos mujeres que disfrutan de pasar tiempo juntas.

—Pues aquí es —comenta mi mejor amiga, y al levantar la vista, me encuentro con un paisaje que me deja sin palabras.

Hay varios coches en el interior de la finca, y al fondo, una casa enorme construida en piedra, desde la cual ya se ve humo, seguramente de la barbacoa. Aunque intento mantenerme tranquila, no puedo evitar sentirme nerviosa, no solo por conocer a los padres de Marcos, sino por estar con ellos en un ambiente fuera del trabajo, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Espero no caerles de pena... —murmuro, y Marta abre la boca, sorprendida.

—Serás boba, no digas tonterías. Se nota que te falta azúcar. —Se quita el cinturón de seguridad y sale del coche.

Hago lo mismo y me paso las manos por los vaqueros y el jersey. Hoy el sol está en lo más alto, pero corre una brisa fresca que se mete en los huesos, y sé que he acertado al no venir tan desabrigada. Me acaricio las manos mientras camino, saboreando cada detalle de la naturaleza que nos rodea. Por un instante, siento que hemos cruzado una puerta a otro mundo, lejos del estrés diario, donde solo hay lugar para la calma y las sonrisas, como la que pone Marcos en cuanto nos ve desde el porche.

—¡Aquí está mi chica favorita! —exclama y abre los brazos exageradamente antes de abrazarme con fuerza.

—¡Que me ahogas, bruto! —me quejo, y él se echa a reír.

—Anda ya, si a ti te encanta. ¡Aita, ama, Laura ha llegado! —Lo aparto antes de que me deje sorda y niego con la cabeza. Nunca había visto a alguien tan emocionado por tener un

invitado en casa de sus padres.

Ellos aparecen por la puerta y nos saludan con una sonrisa en los labios. Marcos es idéntico a su padre, salvo por el cabello blanco de su progenitor. No parecen tan mayores como imaginaba, lo que me hace pensar que lo tuvieron jóvenes. Su madre me da dos besos y luego me sujeta una mano entre las suyas.

—Así que tú eres la mujer de la que tanto nos ha hablado estos días. Hacía tiempo que no lo veíamos tan contento con una colaboración.

—El placer es mío. Su hijo tiene mucho talento en la cocina, hace maravillas con los ingredientes y ya me ha ganado por completo —digo mientras su padre me saluda con un par de besos en las mejillas—. Tienen una villa preciosa.

—Trabajar desde aquí es más un privilegio que una obligación —comenta él, y solo de pensarlo siento un poco de envidia—. Vamos dentro, he dejado la barbacoa a cargo de Vega.

—¡¿Qué?! Ay, Dios, que ella churrasca la carne.

Su hijo sale disparado hacia adentro dejándonos con la boca abierta. Rompemos a reír, y los padres de Marcos niegan con la cabeza. Es todo un personaje, alguien que se hace un hueco en tu corazón en cuestión de horas y he podido comprobarlo por mí misma. Sigo el camino que me indican, mientras Marta me dedica un guiño, encantada con la situación, pero sin decir mucho para que mis nervios se disipen más rápido.

Me conoce tan bien que a veces me pregunto qué haría sin ella.

Los pasillos y habitaciones que atravesamos son una maravilla, casi más impresionantes que el paisaje exterior. Paso junto a una biblioteca llena de estanterías repletas de libros y lo que parece ser el despacho del señor Santillán, que para nada resulta estirado. Se nota que son personas trabajadoras que han conseguido todo lo que tienen con esfuerzo. Marcos me contó en varias ocasiones que son muy habladores, transparentes y que sus chistes —aunque un poco malos— siempre te sacan una risa. Estoy deseando comprobarlo.

El olor a carbón llega hasta mí, mezclado con el aroma del embutido que ya está en la parrilla, bajo el control de un buen amigo que me señala hacia la derecha con la cabeza.

Dirijo la mirada y veo a Vega con un bote de pompas de jabón. Sopla con fuerza, y un montón de burbujas surcan el aire antes de explotar en pequeñas partículas que provocan la risa de un niño que salta como si ese fuera el mejor regalo del mundo. Sus manos intentan atrapar las burbujas que su madre crea con cada soplido, y la escena me deja un cosquilleo en el pecho y una sonrisa en los labios.

—Ve a saludar —susurra Marta en mi oído.

Un escalofrío me recorre la espalda, y sé que no es por el frío. Abro y cierro las manos varias veces, luego las muevo para relajarme y, finalmente, me cruzo de brazos mientras me acerco.

A medida que lo hago, escucho con más claridad la risa de Javier, y a unos pocos metros veo la felicidad en sus ojos. Esa misma alegría me recuerda a la mujer que, hace años, revolucionó mi vida.

—Parece divertido —comento, llamando su atención.

Vega se gira al oírme, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Me observa con una mezcla de sorpresa y alegría, la misma que reflejan las risas de su hijo. El pequeño se detiene de golpe y aprieta los labios, algo avergonzado, mientras se aferra a la mano de su madre.

—¿Te acuerdas de la amiga de la que te hablé el otro día? —le dice ella, agachándose a su altura y guiñándole un ojo—. Es a la que ibas a regalarle tus chuches.

—¿Laura? —pregunta él. Yo asiento, y entonces Javier se acerca. Busca en el bolsillo de su pantalón y saca una bolsita de grajeas de colores, como las de las películas de Harry Potter—. Son mis preferidas.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál debería probar primero? Quiero la más rica.

El pequeño frunce el ceño, pensativo, y rebusca en la bolsa. Niega un par de veces para sí mismo, como si no estuviera convencido de cuál ofrecerme, hasta que da con una de color amarillo y me la muestra.

—Esta, ya verás lo que pasa en la boca —comenta con picardía.

Entrecierro los ojos y llevo la grajea a mis labios. Solo me basta morderla una vez para notar el ácido en mis mejillas, y un leve dolor me recorre la mandíbula. Javier pone una expresión de sorpresa y se echa a reír, como si hubiera cometido una travesura. Luego me entrega la bolsa sin poner pegas.

—¡Vaya, qué ricas! Vas a tener que decirme dónde las compras, porque a partir de ahora serán mis favoritas. —Le guiño un ojo, y él se vuelve hacia su madre para decirle algo al oído.

No alcanzo a escuchar lo que le susurra, pero ella asiente, y su hijo sale corriendo hacia donde están Marcos y la barbacoa. Lo observo alejarse mientras saco otra grajea, esta vez de fresa, y no olvido ofrecerle a Vega, quien me sonríe como si fuese la persona más feliz del mundo.

—Sabía que le caerías bien. Me ha dicho que eres muy simpática y que te va a invitar a un perrito caliente —comenta con una sonrisa. No sé cómo aguanta la risa con las ocurrencias de su hijo, aunque lo más bonito es ver cómo lo mira, con ese amor que, en mi caso, no puedo entender

del todo, pero que se asemeja mucho a lo que sentí hace tiempo—. Me alegra mucho que hayas venido.

—No pensaba perdérmelo por nada del mundo. Eso sí, he de admitir que estaba de los nervios. No sabía si le iba a caer bien a él, ni a los padres de Marcos.

—Imposible que no le gustes a nadie, eres una mujer increíble —responde poniéndose a mi lado y después se acaricia los brazos.

—Deberías haberte traído una chaqueta —comento al verla con un jersey tan fino—. Con lo friolera que eres, no sé cómo no se te ha ocurrido.

—Te diría que no es culpa de Javier, pero la verdad es que me entretuvo esta mañana, y ya no me acordé —aclara con una sonrisa.

«Tan despistada como siempre», pienso. Niego con la cabeza y, sin dudarlo, me quito el mío.

—Toma, cuando entres en calor, me lo devuelves.

—Pero... vas a resfriarte —protesta con un gesto de preocupación que me hace palpitar el corazón.

—Valdrá la pena si evito que tú lo hagas —insisto.

Me acerco y le pongo el jersey, sin darle tiempo a negarse. Saca los brazos por las mangas, y su pelo se revuelve sin piedad. Mi mano derecha, casi por instinto, se mueve para apartarle unos mechones de la cara. Puedo ver mi propio reflejo en su mirada, y el tiempo se detiene. No escucho nada más que el latido de mi corazón. Al tocar su piel despiertan viejas sensaciones, algunas olvidadas con el tiempo y otras guardadas en lo más profundo de mi pecho, y que estaban a la espera de la llave que abriera la puerta.

Trago saliva, embelesada por el bonito color de sus ojos, donde pequeñas motas brillan bajo la luz del sol que incide sobre Vega. Bajo la mano por su cuello y siento la electricidad en mis dedos.

—¡Chicas, ya han llegado los demás!

La voz de Marcos rompe la burbuja, y al girarme, me encuentro con Álvaro y otra persona que no esperaba ver hoy. Clara sonríe a Vega, y yo me aparto mientras las mariposas que nos envolvían se disipan, y algo dentro de mí se rompe una vez más. Me recuerda cómo terminaron las cosas y que, al final, no fui yo a quien eligió.

—Será mejor que vuelva —dice ella.

La incomodidad gobierna el ambiente y me quedo aquí plantada.

Estoy atrapada en esta encrucijada emocional que no me deja en paz. Cada vez que pienso que he dado un paso adelante, un simple gesto de Vega, una mirada suya, me arrastra de nuevo a ese lugar donde todo se vuelve confuso. Es como si, por más que lo intente, por más que me convenza de que debo seguir adelante, una parte de mí se negara a dejarla ir. Y duele. Duele reconocer que, aunque la razón me diga que lo nuestro se perdió hace mucho tiempo, mi corazón se altera cuando estamos cerca.

Hay algo en ella que me atrae de una forma tan visceral, tan profunda, que me cuesta pensar con claridad, es un lazo que nunca ha terminado de romperse, y que me hace dudar de si realmente quiero que eso pase.

Lo más irónico de todo es que he intentado convencerme de que he cambiado, de que soy más fuerte, que el pasado no tiene poder sobre mí. Pero, ¿cómo puede ser cierto cuando cada sonrisa suya, cada palabra casual y gesto cercano, me remueve hasta lo más hondo?

Y luego está el miedo, el miedo a abrirme de nuevo, a disfrutar de la vida que ahora estoy construyendo, con nuevos retos, un trabajo que me apasiona, y esos encuentros casuales con Amanda, que me hacen ver que aún hay mucho por descubrir. «No te eligió a ti», me repito y regreso a la realidad.

—¿No vienes? —pregunta Marta, ni siquiera sabía que estaba delante de mí.

—Claro…

Finjo una sonrisa y avanzo. ¿Por qué no puedo soltarla? ¿Por qué, después de todo este tiempo sigo presa en esta espiral de lo que fue y lo que ya no volverá a ser? La respuesta sigue eludiéndome, y mientras tanto, el dolor que a veces persiste me recuerda todo lo que sufrí. Al final, lo que más me atormenta no es solo lo que siento, sino el miedo a quedarme atrapada para siempre en este limbo, incapaz de avanzar hacia algo nuevo.

22

VEGA

Agosto, 2012. León.

Llevábamos dos semanas instaladas en nuestra nueva casa, y cada vez que abría la puerta, lo sentía como si fuera la primera vez. Incluso el silencio que me rodeaba me parecía perfecto, porque, en cualquier momento, se llenaba con la voz y la risa de Laura. Nada ni nadie en el mundo podía arrebatarme la sensación que se encendía en mi pecho cada vez que oía sus llaves al entrar. Después de varios días de horas extra en la empresa, por fin había conseguido llegar a casa antes para preparar una cena en condiciones; algo que le demostrara cuánto la amaba y lo feliz que me hacía compartir con ella esas cuatro paredes que decoramos juntas —aunque con más de un dolor de cabeza—. Era el plan perfecto para un viernes por la noche.

A pesar de las circunstancias y de una familia a la que todavía no me atrevía a presentar, nos teníamos la una a la otra, y eso, para mí, era más que suficiente. Con esa determinación, me puse el delantal, encendí el reproductor de música y me recogí el pelo en una coleta, lista para preparar el mejor plato de pasta que Laura hubiera probado jamás.

Sabía que tenía trabajo en la cadena, por lo que no llegaría a casa hasta dentro de un par de horas, tiempo suficiente para dejar la mesa perfecta, con nuestros aperitivos favoritos, algunos frutos secos y una decoración sencilla pero especial, usando la vajilla más modesta que teníamos.

—Tenemos que sacar un día libre para ir de compras —murmuré mientras colocaba los cubiertos sobre las servilletas.

La cocina olía a tomillo, albahaca y orégano, y mi estómago rugía, tentándome a robar unos cuantos cacahuetes tostados para aplacar el hambre que superaba incluso el volumen de la música. Daban las nueve, y revisé el reloj varias veces, nerviosa por ver su cara cuando cruzara la puerta. Sin embargo, los minutos siguieron pasando, y al final terminé tumbada en el sofá, con las piernas colgando por el brazo y un tazón de frutos secos sobre el vientre. Comí en silencio hasta que la oscuridad me envolvió, y supe que la pasta ya se había echado a perder por no haber pensado en prepararla más tarde, cuando ella llegara.

Las cosquillas en el estómago aparecieron alrededor de las diez y cuarto, cuando oí las llaves al otro lado de la puerta. Laura entró, y escuché sus tacones acompañados de un suspiro de cansancio que no necesitaba de la luz para verse reflejado en su gesto.

—¿Por qué estás aquí casi a oscuras? —cuestionó al verme en el sofá.

—Hola a ti también, cariño —respondí, algo seca, aunque no era mi intención sonar así—. Había preparado algo para cenar. No sabía que llegarías tan tarde.

—Ya sabes que estamos con el tema de las fiestas, y me están volviendo loca. Ahora quieren que organice una especie de cena en un local muy conocido, con solo dos semanas de antelación. Me prometieron que las cosas iban a cambiar, pero yo no veo cambios por ninguna parte. —Arrojó el maletín sobre una silla y se quitó la chaqueta sin prestar atención a la mesa—. Creo que me iré a la cama; solo quiero estirar las piernas.

—Te he dicho que he preparado la cena. Lo que deberías hacer es ponerte cómoda y disfrutar un poco. Hasta el lunes no tienes que trabajar, así que puedes olvidarte del mundo.

—Mañana tengo que volver a la cadena.

—Pero íbamos a ver a tus padres y luego a comer juntos. ¿Qué pasa con nuestros planes?

—Tampoco creo que te importe mucho, Vega. Si ni siquiera me dejas ir de la mano contigo como una pareja normal, por si nos encontrarnos con los tuyos —replicó con hastío. Sus palabras me dolieron, no solo porque tenían razón, sino por la tristeza que transmitían—. Guarda la comida para mañana, intentaré llegar antes a casa.

Me dio un beso en la mejilla y se fue al dormitorio, dejándome ahí sin saber cómo rebatir sus palabras.

Un par de lágrimas rodaron por mis mejillas, pero las limpié rápido y me puse a recoger la mesa. Las palabras de Laura resonaron en mis oídos un rato, y tuve que apretar los labios varias veces para no volver a llorar.

La felicidad que habíamos empezado a construir al alquilar el piso se esfumó con solo unas pocas palabras que en ese momento alimentaban mis miedos. Esa batalla constante por no decepcionar a mis padres, por encajar en la imagen que tenían de mí como hija, sin romperles el corazón ni perderlos, estaba haciendo mella. Y lo peor de todo continuaba siendo ver la tristeza en los ojos de Laura, como si ya se hubiera resignado a que las cosas no iban a cambiar, por mucho que nos esforzáramos en fingir que todo iría bien. Si hasta les había dicho que me mudaba con una buena amiga. «Menuda tontería», pensé.

Quise llamar a mi hermana, la única que podría escucharme en ese instante, aunque ni siquiera ella entendía del todo mis decisiones. En lugar de eso, seguí limpiando la cocina y guardé la comida en recipientes herméticos que metí en el frigorífico. Por primera vez en mucho tiempo me sentí vacía e incomprendida, atrapada en un mar revuelto que me arrastraba a su antojo, alejándome de la felicidad que sentía cada vez que miraba a Laura.

Y fue ahí que supe que, tarde o temprano, tendría que elegir entre ella y mi familia.

. . .

Abril, 2024. Bilbao.

—Me habías dicho que la finca era increíble, pero no imaginé que superaría tanto mis expectativas.

Clara se acerca mientras yo observo a Laura, que se ha unido a Marta y Marcos junto a la barbacoa. Su perfume, con notas de salvia y ciruela, impregna mi piel y atraviesa cada capa hasta instalarse dentro de mí, despertando recuerdos de la primera vez que le acaricié el cuello y lo recorrí con mis labios. Una mezcla de delicadeza y pasión que he visto en sus ojos y que no puedo ignorar.

«No puede ser un error», me repito.

Despierto de mis pensamientos al ver a Clara mover una mano frente a mi cara, estropeando el momento con su presencia.

—Es una casa increíble, sí. Javier se lo pasa de maravilla aquí, no hay más que verle —respondo y miro a mi hijo, que está entretenido haciendo pompas de jabón mientras deleita a los invitados con su simpatía—. Tengo que ir con él.

—¿No te apetece pasar un rato a solas conmigo? Pensaba que podríamos aprovechar el día libre para eso —dice Clara y busca una de mis manos.

—Deja de hacer eso, por favor. —Me suelto y me abrazo a mí misma. La cabeza empieza a dolerme, y cada vez que respiro, Laura vuelve a invadir mis pensamientos—. El otro día te dije que lo nuestro fue una coincidencia, nada más.

—Vamos, no me digas que no sientes esa conexión increíble que hay entre nosotras. Podríamos intentar ser... lo que fuimos antes —insinúa, mordiéndose el labio y acercándose lo suficiente como para intentar besarme—. Sé que me echas de menos.

—No, lo que notas es a una persona que solo quiso ayudarte, y que no va a permitir que te pases ni un pelo —mascullo al poner una mano en su pecho—. No quiero volver a tener nada contigo. Métetelo en la cabeza.

No puedo evitar mirar hacia donde está Laura. La situación se vuelve más incómoda a cada segundo que pasa, y lo único que espero es que no decida irse.

—Sigues coladita por ella, ¿verdad? —se burla con desdén y suelta una risa sarcástica mientras echa un vistazo hacia donde está—. ¿Crees que después de lo que le hiciste, te va a dar otra oportunidad? ¿O que alguien más lo hará? Solo sabes hacer daño, intentar meter a las

personas en el armario por tu propio bienestar. Eres un ser muy egoísta.

—Si soy tan egoísta, ¿por qué has intentado besarme hace un momento?

—Eso no quita que estés buena —responde, encogiéndose de hombros con arrogancia.

—No sé por qué fui tan ingenua al pensar que esto podría funcionar. —Dejo caer los brazos y aprieto los puños—. Tienes una semana para encontrar otro trabajo. No quiero verte un solo día más en la tienda.

Clara intenta detenerme, pero me aparto con desprecio. Sinceramente, ahora dudo de que alguna vez buscara mi ayuda con sinceridad. Javier llega corriendo hacia mí con el bote de pompas en la mano y expresión de desaliento.

—Se han terminado, mami. Y Marcos tarda mucho en hacerme el perrito que me prometió —dice con un puchero.

—Bueno, cariño, es que Roma no se construyó en un día. —Al no entenderme, lo alzo en brazos y le planto un beso sonoro en la mejilla—. Vamos a preparar más pompas, seguro que la comida estará lista en un momento. Piensa que hay mucha gente y tu tío tiene mucho trabajo.

—Supongo... —responde, abrazándose a mi cuello con una mueca—. ¿Laura está enfadada conmigo?

—¿Por qué dices eso?

—Tiene cara triste, y eso que le di mis chuches.

Se me forma un nudo en el pecho y la busco con la mirada. Está abrazada a sí misma, y no parece muy cómoda. Necesito hablar con ella en algún momento, pero primero debo asegurarme de que Javier tiene sus pompas y que no pille un berrinche. Dejamos las conversaciones y risas en el jardín, el silencio nos rodea durante un rato y mientras le preparo un poco de agua con jabón, rememoro el gesto de Laura al ver llegar a Clara. Sin embargo, pronto desaparece y traigo a mi cabeza la forma en la que apartó mi pelo de la cara, junto al roce de sus dedos en mi mejilla. Cada vez que el jersey acaricia mi cuello, siento como si fueran sus labios.

Apoyo las manos en el borde del fregadero y cierro los ojos. Necesito calmarme antes de volverme loca.

Si no es que ya es demasiado tarde.

—Aquí tienes, cariño, a ver si funciona. —Le entrego el tarro a Javier, y me da un beso en la mejilla a modo de agradecimiento.

La felicidad vuelve a iluminar su rostro, y sale corriendo hacia el jardín. Ojalá todo fuera tan fácil como esto: llenar un tarro con un poco de agua y jabón. Ojalá pudiera apretar un botón y

borrar los errores que cometí. Me cuesta regresar al jardín sin sentir vergüenza o ese dolor que me atraviesa con cada latido, pero más aún me cuesta mirarla sin desear que me toque de nuevo, que me mire como lo hizo antes o que vuelva a reír como en los últimos días.

Al salir, Marcos se acerca con una cerveza y gesto de preocupación.

—¿Qué ha pasado con Clara? Me ha dicho que no podía quedarse y que buscaría otro trabajo.

—Digamos que no solo quería trabajar, o tal vez fui yo quien le dio esperanzas, ya no lo sé. —Me llevo las manos a la cara, intentando despejarme. Lo mejor que puedo hacer es concentrarme en Javier y en la comida, así que abro la cerveza y le doy un trago largo—. Justo ahora que las cosas empezaban a volver a ser como antes...

Mi mejor amigo esboza una sonrisa cómplice. Me conoce lo suficiente para saber por dónde voy. Pone una mano en mi hombro y me guiña un ojo, la barbacoa ya está casi lista, y sus padres preparan los platos en la mesa de madera, que ha sido testigo de muchas celebraciones. Mi hijo lo aplaude feliz, desatando las risas de todos, incluso las de Laura, que de vez en cuando me lanza alguna mirada. Marta también se percata de la situación y me asiente en señal de apoyo.

Tengo claro que en el pasado cometí muchos errores y que no puedo cambiar las consecuencias de mis actos, pero lo que sí sé es que, a partir de ahora, no quiero perder la oportunidad de ser yo misma y encontrar la felicidad.

23

LAURA

Mayo, 2024. Bilbao.

Los papeles siguen acumulándose sobre mi escritorio. Hemos entrado de lleno en las últimas semanas de la preparación del evento y aún quedan demasiadas cosas por hacer. Nunca pensé que contar con un asistente personal pudiera aliviarme tanto trabajo; Álvaro ha sido como un verdadero ángel caído del cielo, dispuesto a trabajar con dedicación y sin una sola queja. Hacía mucho que no veía a alguien disfrutar tanto de su trabajo como él, y ya tengo ganas de ver cómo nos irá en el futuro.

Hoy se ha traído las gafas y no deja de fruncir el ceño mientras revisa los números y me ayuda a ajustar la distribución. Era previsible que el señor Gutiérrez pusiera algún inconveniente, y en la última reunión nos pidió que revisáramos el presupuesto sin sacrificar el espectáculo que queremos ofrecer.

—No lo sé, creo que, si en vez de tres zonas de degustación nos centramos en dos, no solo nos ahorraremos trabajo, sino también una buena cantidad de dinero.

—La idea era resaltar los tres orígenes con los que trabaja la empresa —murmuro mientras muerdo mi labio inferior, prestando atención al plano que Álvaro desliza sobre la mesa.

—Podemos hacerlo, pero jugando con la disposición de las mesas y la barra de la cocina. En lugar de asignar cada espacio a un país específico, podemos dividirlo en tres, creando una transición.

—Pero esta vez… con los sabores. —La idea surge rápidamente en mi mente, y me levanto de golpe para tomar su cara entre mis manos y darle un sonoro beso en la mejilla—. ¡Qué mente tienes! Y yo, empecinada en modificar el presupuesto de iluminación.

—Así evitaremos estar tan apelotonados. Lo importante es que perciban el mensaje, un viaje sensorial, tanto con la comida como con el café, que puede disfrutarse con un canapé o en una ocasión especial como esta.

—Lo vamos a conseguir —afirmo con una sonrisa entusiasta. El momento se interrumpe con un par de golpes en la puerta—. Adelante.

Por la rendija aparece la cabeza de Amanda, y miro el reloj, sorprendida. «¡Qué despiste, había olvidado que venía a comer!»

—Voy a buscar a Marta, me dijo que el equipo estaba a punto de terminar el correo para los clientes de la newsletter.

Álvaro recoge todo con la rapidez de un rayo y nos deja solas en mi oficina. Sonrío sin querer e intento poner orden en el caos de mi escritorio.

—Menos mal que lo tengo, si no, me volvería loca.

—Diría que aquí todos formáis un gran equipo —comenta ella, y no puedo quitarle ni un poco la razón—. He traído un par de raciones del plato del restaurante de ahí delante, hoy tienen pollo en salsa.

—Lo que sea me viene bien, solo llevo café en el estómago —confieso, y este me ruge confirmando mis palabras—. Gracias por venir, si no fuera por esto, apenas nos veríamos.

—Tampoco es que lo hagamos por obligación, ¿verdad? —Amanda se encoge de hombros mientras saca servilletas, cubiertos de plástico y unos recipientes que huelen de maravilla—. Aunque eso podría cambiar...

Estoy a punto de volcar la comida al abrir mi recipiente. Levanto la vista y veo cómo sonríe, con una expresión sugerente, incluso encantada con la situación.

Trago saliva y siento cómo mi corazón se acelera, no por tenerla delante, sino al imaginarme en algo formal con ella. Se me forma un nudo en el pecho que no sé descifrar y me quedo en un silencio tenso. Apoyo las manos sobre la mesa, queriendo elegir bien mis palabras antes de decir algo imprudente.

—Amanda, yo no...

—Ya, no quieres nada serio, me lo dijiste cuando salimos del restaurante aquella noche, después de despedirnos de Marta —asiente comprensiva y centra un momento su atención en la comida, pero pronto vuelve a mirarme—. En otras circunstancias pensaría que el problema soy yo, pero creo que lo tuyo es otra cosa.

—¿Otra cosa? No entiendo.

—Todavía la quieres —suelta, directa y sin rodeos. Mi cara refleja sorpresa, pero ella sonríe, tranquila—. Quizá no seas consciente, pero yo lo noto, y creo que el resto de vuestros amigos también.

—Eso no es... Lo nuestro quedó atrás hace tiempo. Solo intentamos llevarnos bien... por el trabajo.

—Laura, me duele admitirlo, pero sé reconocer cuando la mujer que me gusta está enamorada de otra —aclara. Sujeta mis manos y las aprieta con fuerza—. No has olvidado lo que sientes. Por eso no has podido comprometerte con nadie más, porque todavía sigue en tu

corazón. En el fondo, siempre has querido una segunda oportunidad con Vega, y no deberías desaprovecharla.

Me guiña un ojo, se levanta y se inclina para besarme, un beso que sabe a despedida y a muchas cosas que no sé cómo descifrar. Amanda acaricia mi cuello y se va sin siquiera probar la comida, pero sin perder la sonrisa que esboza antes de cerrar la puerta de mi despacho.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto al aire, a la espera de una respuesta que no llega.

Me recuesto en la butaca y acaricio mis labios. El recuerdo de este beso se desvanece, sustituido por el cosquilleo de una respiración que me revuelve los sentidos. El de una mujer a la que me he esforzado por odiar durante estos años, pero que también he llevado muy dentro, con sentimientos que parecían dormidos, listos para despertar en cuanto volviéramos a cruzarnos.

. . .

No he conseguido apartar el pensamiento ni los nervios que me han hecho detenerme más de una vez, solo para verme en los escaparates o en los cristales de los coches y arreglarme el pelo o el abrigo que llevo sobre una de mis blusas favoritas.

Vega y yo hemos quedado en un restaurante tranquilo del casco antiguo. Me ha dicho que después me llevará a pasear por los alrededores, porque Javier está con su hermana y puede permitirse llegar tarde a casa. En uno de los tantos mensajes que nos hemos intercambiado, mencionó que quería hablar conmigo de algo importante, y desde entonces no he parado de imaginar distintos escenarios donde ella sonríe y se atreve a besar mis labios.

Niego con la cabeza, necesito sacarme eso de la mente y centrarme un poco. Esto es solo una cena para celebrar nuestros éxitos y nada más.

«Ni tú misma te lo crees».

Al cruzar la calle, el restaurante aparece ante mí. Meto las manos en los bolsillos, y trato de disimular los nervios con una sonrisa que mantengo al abrir la puerta y entrar. El ambiente es cálido, las paredes de ladrillo y las mesas oscuras adornadas con pequeños farolillos me relajan un poco y antes de dar mi nombre en la recepción, me encuentro con Vega, que me mira sin reservas, con la barbilla apoyada en las manos.

—Mi acompañante está allí, gracias —le digo al chico de la recepción.

Su mirada brilla mientras me acerco, y aprovecho la excusa de quitarme el abrigo para evitar quedarme atrapada en sus ojos. Cuando llego, se levanta y me da un beso en la mejilla, acelerando mi corazón. Dejo mi bolso y el abrigo en la silla de al lado y me siento.

—Es precioso, me encanta —comento en voz baja, mientras me recojo un mechón de pelo tras la oreja y paso las manos por mis muslos, nerviosa.

No sé cómo aplacar la revolución que llevo por dentro.

—Sabía que te gustaría, no creo que tus gustos hayan cambiado mucho. Y el pescado de aquí es excelente —aclara, apoya un codo sobre la mesa y descansa la mejilla en su mano—. ¿Cómo ha ido tu día?

Su pregunta me transporta al pasado, a esos momentos en los que, al cruzar la puerta, me recibía con una sonrisa antes de besarme. Noto un cosquilleo en los labios y me acaricio las manos bajo la mesa. No pensé que, a estas alturas, fuera a ponerme tan nerviosa como una adolescente frente a su primer amor.

Creo que las conjeturas de Amanda me han afectado más de lo que quería admitir.

—Álvaro tuvo una gran idea para ajustar el presupuesto sin perder la elegancia en la distribución del salón. Seguro que mañana tendrá listo el informe y podré enviártelo.

—O vienes a Sentidos y lo hablamos, así Marcos estará al día —propone, encantada.

—Claro —respondo, acariciándome el pelo tras la oreja—. ¿Y vosotros? ¿Ya tenéis claro todo lo que vais a cocinar? Porque tras las últimas reuniones creo que todo tiene una pinta buenísima.

—Más o menos, ya sabes cómo es Marcos. Nunca está conforme hasta haber probado todo mil veces, pero estoy segura de que el resultado será excelente.

—Me temo que los invitados prestarán más atención a la comida que al café —bromeo, imaginando la situación.

—Espero que no, o el señor Gutiérrez se llevará una buena decepción —aclara y niega como si también se lo hubiera imaginado.

Un camarero nos interrumpe, dándome unos segundos para respirar y calmarme. Mientras Vega le pide un par de copas de nuestro vino favorito además de agua, no puedo evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Que, después de tantos años, aún recuerde estos detalles me saca una sonrisa tonta que intento disimular agachando la cabeza y pasando las manos por mi pantalón, como si hubiera alguna arruga que arreglar.

—Tengo el presentimiento de que el evento será un éxito —comento con orgullo, incapaz de ocultar la felicidad que eso me produce—. Nunca imaginé que después de tanto tiempo encontraría el trabajo de mi vida, y también es un placer trabajar contigo, haces las cosas muy fáciles, Vega.

—Bueno, al principio no pensabas lo mismo —me recuerda con una sonrisa traviesa, pero

luego niega con la cabeza y levanta las manos, como si se disculpara—. No es un reproche, sé que ambas necesitábamos tiempo para ajustarnos a la situación. El destino nos ha vuelto a cruzar, y la verdad es que me alegro mucho.

Estira el brazo y acaricia una de mis manos. El cosquilleo que siento sube por mi brazo, llega hasta mi corazón y derrumba las barreras que había construido durante años, convirtiendo en polvo las inseguridades y el dolor que una vez sentí al recordarla. Las luces del lugar caen en sus ojos y hacen que brillen de una manera que me deja fascinada con la forma en la que el ámbar se transforma en un delicioso color miel.

—Yo…

—Sé que tienes miedo —admite, su boca se curva en una débil sonrisa—, y no te culpo. Pero quiero que sepas que ya no soy la misma mujer que ocultaba la parte más importante de sí por miedo a decepcionar a los demás. Ahora tengo claro lo que quiero y pienso aprovechar esta segunda oportunidad.

—No sé qué decir… —Me cubro la cara con las manos, avergonzada por lo asustada y vulnerable que me siento. Las piernas me tiemblan y noto el sudor en las manos. Una parte de mí quiere salir de aquí y no tener que enfrentarse a esto, pero sé que si lo hago cometería el error de no reconocer lo que hay en mi corazón—. Me costó mucho pasar página, abrir los ojos sin sentir que el mundo se me venía abajo. Y aunque quiero… —Intento sonreír, pero las lágrimas comienzan a llenar mis ojos—. Si vuelvo a pasar por lo mismo, acabaré destrozada.

—Laura… —susurra y entrelaza sus dedos con los míos. Su mirada refleja arrepentimiento, pero también el dolor que seguramente sintió, aunque yo no lo quisiera ver—. No te pido que confíes en mis palabras, solo que me dejes demostrarte que las cosas pueden ser diferentes.

Asiento en silencio, justo cuando el camarero regresa con el vino y nos toma nota de la comida. Estoy tan abrumada que apenas soy consciente de lo que ordeno; Vega se encarga de pedir por ambas.

Cuando el camarero se marcha, niego con la cabeza y bebo casi toda el agua de un trago. Me sirvo un poco más y mordisqueo mi labio inferior, tratando de encontrar un respiro que me permita relajarme del todo.

—Perdóname, estoy echando a perder la noche.

—De eso nada, solo estás nerviosa —me anima—, y también preciosa.

—Para, que así no lo mejoras. —Echo el aire de mis pulmones mientras me regaño internamente y al final, coloco ambas manos sobre la mesa, decidida a disfrutar de la noche. Al

final de cuentas, eso es lo mínimo que nos merecemos—. ¿Qué era eso tan importante que querías decirme?

Ahora es Vega quien da un sorbo de agua antes de asentir en silencio. Me mira con una sinceridad que nunca había visto en sus ojos.

—El viernes ceno con mis padres —comienza, hablando con calma—. Voy a contarles todo, lo que soy de verdad, cómo me siento y lo que quiero para mi vida. Es hora de que sepan que no voy a ser la hija ideal que siempre imaginaron.

Mis ojos se abren de par en par. Sé lo importante que es este paso para ella. Durante nuestra relación, Vega siempre tuvo miedo de hablar con su familia, de ser ella misma frente a ellos y la presión por cumplir con las expectativas que sus padres tenían siempre fue una barrera, una sombra que opacaba nuestra felicidad.

—Vega, no tienes que…

—Sí, claro que sí —me interrumpe, con firmeza—. Ya no puedo seguir viviendo una mentira, ni quiero seguir ocultándome. He tardado en entenderlo, pero si quiero una vida plena, necesito ser honesta conmigo misma y con los demás, no hacer las cosas a medias solo por hacerles sentir bien.

Una parte de mí se siente aliviada al escucharla, pero otra parte teme por lo que pueda pasar. Sé lo mucho que le importa su familia, y aunque no siempre ha sido fácil, he visto el amor que les tiene y que se quedaría destrozada si los pierde.

—¿Estás segura? —pregunto, sin poder ocultar mi preocupación—. Sabes que no será fácil para ellos...

—Lo tengo muy claro —responde y se encoge de hombros—. Y probablemente no será fácil para mí tampoco. Pero ya no puedo seguir postergando esto. No si quiero darme la oportunidad de ser feliz. Y no solo por mí... —Se fija en mí—, también por ti.

Sus palabras me tocan el corazón. El miedo que he sentido durante todos estos años empieza a desvanecerse lentamente, reemplazado por una mezcla de esperanza a pesar del miedo. Pero si algo he aprendido en todo este tiempo, es que el amor no tiene garantías y que a veces, solo se trata de saltar al vacío con los ojos cerrados y esperar que la caída valga la pena.

—No sé qué decir —confieso, todavía abrumada por sus palabras.

—No necesitas hacerlo ahora. —Me tranquiliza, apretando mi mano con cariño—. Solo piénsalo. Lo único que quiero es que sepas que estoy aquí, que quiero estar aquí, contigo. Si me dejas.

Mis labios esbozan una pequeña sonrisa, y me doy cuenta de que, por primera vez en

mucho tiempo, siento una chispa que revoluciona e ilumina cada rincón de mi alma y corazón. Quizás Amanda tenía razón. Puede que, después de todo, siempre haya querido una segunda oportunidad con Vega.

—Claro que sí —respondo en un susurro, sabiendo que estas tres palabras pueden cambiarlo todo.

La forma en la que se iluminan sus ojos me confirma que acabo de tomar la decisión correcta. El camarero llega con los platos, pero ya no importa lo que vayamos a comer. Porque lo importante es lo que pasa al mirarnos, ese momento en el que el pasado empieza a quedar atrás y un futuro incierto, pero prometedor, se abre ante nosotras.

24

VEGA

Sofía está en la cocina con nuestra madre, terminando de hacer la ensalada que acompañará a los canelones de salmón que Javier y yo hemos cocinado. Esta mañana, Clara me informó de que el martes empieza a trabajar en la empresa de un colega, y sentí un alivio que, de manera egoísta, todavía me reprocho. Nunca he sido de las personas que piensan mal de los demás, pero su indiferencia en estos días me ha demostrado que no me pidió trabajo en Sentidos solo porque estaba desesperada.

Aunque lo nuestro terminó hace mucho, en las últimas semanas ha estado pendiente de lo que hacíamos y de cómo nos iban las cosas, pero yo lo ignoré porque mi mente ha estado concentrada en los diferentes encargos y nada más.

«Hasta que ella cruzó la puerta de la sala de reuniones». Un escalofrío recorre mi espalda y siento un cosquilleo en el estómago que me hace sonreír justo cuando veo que Javier ya se ha quedado dormido. Esta noche nos quedaremos aquí para evitar el ajetreo de llevarlo a casa y despertarlo por el camino. Le doy un beso en la frente y entrecierro la puerta. Ya en el pasillo, pongo las manos sobre mi pecho y me quedo quieta unos segundos, aprovechando la oportunidad para respirar con calma. Todavía no sé cómo voy a enfrentar la conversación, sobre todo porque mis padres no tienen idea de que la mujer con la que he estado trabajando estas semanas es Laura.

—Qué manía con el vinagre. ¿Por qué no lo dejas en la mesa y que cada quien se eche el que quiera?

Escucho la protesta de Sofía al bajar y me apoyo en el muro que separa la sala de la cocina, cruzando los brazos. Mamá le da un manotazo cuando intenta quitarle la botella, y yo niego con la cabeza. Hay cosas que no cambian en esta familia, pequeños detalles que hablan del cariño que nos une. Aunque en muchos aspectos me he sentido incomprendida, sé que nuestros padres nos quieren y, en los últimos años, también han hecho un esfuerzo enorme por demostrarlo, intentando no parecer que solo admiran a nuestros hermanos mayores.

—Hazle caso a Sofía, mamá, ya sabes que a mí tampoco me gusta mucho.

—¿Ves? Ya no somos niñas para tener que aguantarnos —aclara ella sacándole la lengua.

—¿Y esta niñería qué es? ¡Manuel, dile algo a tu hija, por una vez!

—No grites, Javier ya se ha dormido —la regaño chistando con la lengua—. A veces parece que nosotras somos las adultas en esta casa.

—Tu padre está con el fútbol y ni caso que hace. Ya verás cómo pronto se le pasa la tontería.

Mamá sale de la cocina enfurruñada y va directa a la mesa de centro, donde coge el mando y apaga la televisión, lo que desata las quejas de papá, a quien hago callar.

—Al final lo vais a despertar —me quejo.

—¿Estás preparada? —susurra Sofía a mi lado. Por un momento había olvidado la verdadera razón por la que acepté venir a cenar hoy—. Yo aprovecharía el momento con los canelones. Están buenísimos, y si lo sueltas mientras comen, a lo mejor se atragantan y te ahorras reproches.

—Qué bruta eres. — Pongo los ojos en blanco y finjo una sonrisa cuando mi madre se gira.

—Solo te doy opciones —murmura mi hermana sin apenas mover los labios.

—Espero que la cena esté rica, porque el partido lo merecía.

—Si quieres, puedes seguir viéndolo y ya cenamos juntos en otro momento —comento, y mi hermana me da un codazo—. ¿Qué? —susurro, fulminándola con la mirada mientras tomo aire.

—Ya basta de excusas —me recrimina ella.

Papá nos ayuda a terminar de servir la mesa, y aprovecho para subir un momento a ver si Javier sigue dormido. Tengo claro que esto no es más que una excusa para darme tiempo e intentar reordenar el discurso que tengo en la cabeza.

Unos minutos después, estamos todos sentados a la mesa, y como predijo mi hermana, arrancamos unos cuantos suspiros de placer a nuestros padres con la comida. Por suerte, son de los que comen despacio, porque, por más que lo intento, no encuentro el momento de soltar la bomba. Sofía no deja de hacerme gestos, animándome a que hable, pero ojalá entendiera lo difícil que es para mí decir algo que debí haber confesado hace años. Casarme con Carlos nunca estuvo en mis planes, aunque al conocerlo me engañé creyendo que lo amaba y eso me llevó a destrozarle el corazón a la mujer de mi vida.

—Están buenísimos, con lo pequeño que es Javier, y ya tiene mano en la cocina —comento.

—Eso es porque está muy pegado a Marcos; ese hombre tiene un don —añade mamá.

—Vega también cocina en Sentidos, por si lo habíais olvidado —suelta Sofía.

—Pero no es la chef ejecutiva, de eso habla tu madre.

Papá carraspea. Estoy incómoda y apenas puedo comer a pesar de lo buena que está la cena. Suspiro lentamente y me sirvo algo de ensalada, intentando concentrarme en otra cosa que no sea lo que tengo que contar. Aunque, conociendo a Sofía, debería saber que siempre va un paso por delante.

—¿Qué tal va el evento, Vega? No nos has contado nada, y seguro que tienes mucho que decir, sobre todo con el cambio en el equipo.

—No es un cambio, simplemente contrataron a otra organizadora de eventos, pero el equipo sigue siendo el mismo —aclaro. Sofía abre los ojos exageradamente, y me doy cuenta de que o aprovecho la oportunidad, o no seré capaz de decir nada. No puedo fallar a mi promesa otra vez—. Laura es una profesional intachable, ha traído aire fresco a la empresa, y sus ideas son maravillosas.

—Qué bien, tienes que estar muy a gusto trabajando con ella —comenta mamá con una sonrisa antes de seguir comiendo.

Igual que papá, quien presta más atención al plato que a lo que digo.

—La verdad, sí, porque no es cualquier persona, mamá, es Laura. —Ella levanta la vista al percibir mi tono y veo en su expresión el temor de lo que viene—. Laura Molina.

—¿Cómo dices? —Papá regresa al presente y los cubiertos se le caen de las manos—. ¿Has estado trabajando con ella desde hace casi dos meses y no has tenido la decencia de decirnos nada?

—Sí, y precisamente por tu reacción es que no lo he hecho. —Me limpio los labios y dejo la servilleta sobre la mesa. Sus miradas se clavan en mí con desconcierto y también con ese aire de desprecio que les noté la primera vez que hablé de ella en casa. Sofía es la única que me sonríe y asiente, dándome fuerzas para continuar—. Por aquel entonces no tuve las fuerzas para contaros la verdad, y cometí un error del que me he arrepentido todos estos años. Javier es mi mayor tesoro, lo sé, pero yo la amaba, y nunca debí casarme con Carlos, o con otro hombre. Tampoco quiero hacerlo ahora. Solo os pido que lo aceptéis y que dejéis de buscarme ligues entre los hijos de vuestros amigos del club, porque no pienso repetir la misma historia.

Papá parece indignado y ya me preparo para una respuesta mordaz.

—¿No entiendes que todo lo que hicimos fue por ti? Dejamos León, te ayudamos a encontrar tu verdadera vocación y, por Dios, Carlos es la persona que más te ha querido en este mundo. No es justo que hables así de él —me reprocha.

—Te equivocas —replico. Guardo un mechón tras mi oreja y luego apoyo las manos sobre

la mesa—. Nunca he sentido un amor tan grande como el que tengo por Laura. Jamás en la vida me ha mirado ni me ha sonreído como ella lo hace. Carlos me apoyó mucho en todo y sigue haciéndolo, nos quisimos, pero lo nuestro nunca fue real, porque ni siquiera era yo misma, porque oculté mi verdadera esencia, mi forma de amar.

—¿Por qué hablas de ella en presente? —interviene mamá con cautela—. No estarás otra vez...

—No lo sé —interrumpo con sinceridad, apretando los labios y encogiéndome de hombros —. Lo único que tengo claro es que quiero intentarlo de nuevo. Quiero darme una oportunidad con ella, tener lo que siempre soñé. Y si no lo aceptáis, supongo que ya no volveré a pisar esta casa.

Sofía abre la boca, y puedo ver en sus ojos que tiene ganas de aplaudir por el discurso que acabo de dar. Nunca en mi vida me he sentido tan liberada como en este momento. El peso que cargaba se desmorona y se hace añicos, mis manos tiemblan, al igual que mis piernas, pero el corazón me vibra de felicidad. A pesar de que no es el momento perfecto, sonrío satisfecha de mí misma.

—Nunca nos dijiste esto —susurra mamá, tomando la muñeca de papá para pedirle que la deje continuar—. Jamás nos hablaste de lo que sentías realmente, de cómo eres.

—Porque nunca percibí el apoyo necesario de vuestra parte. Cada vez que intentaba hablar de ello, dejabais muy claro lo perfectos que eran Gonzalo y Joaquín, con sus trabajos y sus vidas tan... heteronormativas —respondo, sin dejar que la emoción me ahogue ante la expresión pasiva de mi padre—. Supongo que también fue mi error permitir que eso afectara mis decisiones.

—Lo siento mucho, cariño, de verdad. No teníamos idea de que lo estábamos haciendo tan mal —dice mamá, con un tono de arrepentimiento sincero.

—¿Tan mal? —interviene papá con una sonrisa irónica—. Tienes un negocio propio y un hijo maravilloso, ¡gracias a nosotros! Me parece que, en vez de darnos una charla, tendría que agradecernos por lo que tiene.

Abro la boca incrédula ante su comentario. No puedo creer que saque pecho con la historia de que dejamos atrás León para evitar las habladurías, usando la excusa de buscar un mejor futuro empresarial.

—Bueno, ya está dicho y todos contentos —interrumpe Sofía justo cuando estaba a punto de decir algo de lo que me habría arrepentido seguro—. Ahora más te vale no volver a cagarla con Laura, e ir a por todas. —Me guiña un ojo y se lanza a por los canelones.

—Haz lo que te haga más feliz —añade mamá, asintiendo mientras vuelve la atención a su

plato.

El ambiente vuelve a tensarse, y aunque el estómago se me cierra, hago lo posible por terminarme la comida sin decir una palabra más. Saber que, a pesar de que no todos están tan contentos como yo, cuento con el apoyo de las personas que más quiero me da la fuerza que necesito para seguir adelante. Ahora que he dicho todo lo que había guardado durante años, siento que puedo empezar de nuevo, sin el peso del pasado sobre mis hombros. Por más que mi padre me desprecie ahora más que nunca.

25

LAURA

Siento que le estoy siendo infiel a Vega al salir con Marcos a tomar algo y pasear por la ciudad sin ella. Marta también se ha unido, y los tres llevamos un par de cervezas que hemos disfrutado acompañadas de las mejores tapas que he probado. Y eso que tengo bastante experiencia comiendo en distintas ciudades. A pesar de no haber dejado de reír en toda la noche, no puedo evitar pensar en cómo le habrá ido la conversación con sus padres. Llevo un rato dándole vueltas a eso, mientras trato de poner en orden mis sentimientos y comprender lo que significa estar cerca de una mujer que sigue volviéndome loca en muchos sentidos.

Hace horas que no me envía ningún mensaje, y me cuesta prestar atención a otra cosa que no sea su sonrisa en mi cabeza y cómo me miró la otra noche durante la cena. Las caricias no faltaron, ni los gestos de cariño. Reconozco que más de una vez desee besarla, y lo único que me detuvo fue el miedo a que vuelva a hacerme daño.

—¿A ti qué te parece, Laura? —me interrumpe Marta. Levanto una ceja y la miro, algo perdida mientras ella niega con la cabeza—. ¿Estás aquí o en la luna?

—Yo creo que está con Vega —se burla Marcos, ocultando su sonrisa tras el vaso—. ¿Cuánto tiempo vas a tenernos en ascuas sin decir nada?

—No sé qué tendría que contar —disimulo encogiéndome de hombros. Conozco a estos dos y sé que no se darán por vencidos, por lo que como un poco de jamón, intentando ganar tiempo—. Todavía no tengo claro qué quiero. Cuando terminamos fue muy duro para mí, sobre todo por cómo ocurrió todo.

—Estaba asustada, pero supongo que eso ahora ya lo sabes —añade él con tono comprensivo—. Puede que nunca lo justifique, y no pretendo hacerlo, pero está claro que la conexión entre las dos sigue ahí, prácticamente intacta.

—¿Y qué pasa si sigo a mi corazón y ella lo vuelve a romper?

—¿Y si no lo haces? —interviene Marta, toma mi mano y la aprieta con ternura—. ¿Te arrepentirías? Porque creo que deberías dejar de pensar en lo que pasó y centrarte en lo que podéis descubrir ahora la una de la otra. Habéis cambiado mucho, ya no sois las mismas de entonces; sino una versión mejor: más maduras, más sensatas, y también sabéis muy bien lo que necesitáis y queréis.

—Yo sé lo que quiero para mí, pero no tengo claro qué es lo que quiere Vega.

—Porque no le has dado la oportunidad de demostrártelo —responde Marta con una sonrisa antes de mirar a Marcos—. Sabemos que estás aterrada, pero tienes que soltar ese lastre que llevas a cuestas y dejarte llevar.

—Estoy de acuerdo —apunta él—. Se nota a kilómetros que las dos deseáis intentarlo, con vosotras no hacen falta las palabras para ser consciente de la conexión que todavía tenéis —comenta, y al darme cuenta de la forma en que nos ven, siento un cosquilleo en el estómago—. Cada vez que entras en Sentidos, a Vega se le ilumina la cara. Conozco bien a tu ex como para saber por dónde cojea.

—Vamos, que sigue enamorada de ti —dice Marta, tan tranquila.

—Vale, vale, ya lo he entendido, pero no quiero seguir hablando de esto —les corto, guardando mi pelo detrás de las orejas en un intento por centrarme en otra cosa—. Es muy bonito que lo veáis así, pero somos nosotras quienes tenemos que vivirlo. Quiero estar segura de que no cometeré los mismos errores.

—Tú misma, pero nosotros ya te hemos dicho lo que pensamos —responde mi amiga y levanta las manos antes de buscar su vaso de cerveza—. Aun así, deberíamos brindar por los nuevos comienzos. ¿Quién te hubiera dicho que mudarte a Bilbao cambiaría tanto las cosas?

—Y yo me he ganado una amiga —añade Marcos, encantado—. Eres una mujer increíble, te mereces que te pasen cosas muy buenas.

—Igual que tú —respondo con una sonrisa, aprovechando para cambiar de tema—. Y ya que estamos, no deberías pasar tanto tiempo encerrado en esas cocinas. Sal un poco y disfruta de la vida, después lo lamentarás —aclaro, y él arquea una ceja incrédulo, lo que me hace reír—. No te digo que busques novia ni nada por el estilo, solo que te tomes un respiro. Nos podemos permitir que en algún evento no salga todo perfecto.

—¿Quién eres tú? Porque está claro que la Laura que conozco no —bromea Marta—. Si tú eres la perfección en persona. ¿Cuántas veces hemos revisado la distribución del evento antes y después de que hablaras con Álvaro?

—Pero una cosa es la organización, y otra lo que ocurra durante el evento. A eso me refiero.

—Vaya como vaya, creo que hemos hecho un buen trabajo —reconoce ella—. Todavía faltan días para ajustar los detalles que no terminan de convencernos.

—Y lo haremos con calma. Sé que Sentidos tiene más encargos estos días, así que espero que me hagas caso —le digo a Marcos, poniéndole un poco de presión.

—Vale, vale, ya me ha quedado claro —comenta, pasándose la mano por el pelo. Luego me mira fijamente—. Pero si yo cumplo, tú vas a tener que darle una oportunidad a lo vuestro.

—¿Otra vez con eso? —protesto, un poco harta—. ¡No pienso deciros nada más si seguís insistiendo!

Les hago una peineta, y ambos rompen a reír. Sin embargo, me dejan con esa cálida sensación en el estómago que habla más alto que mis miedos. Si les hiciera caso, los dejaría aquí mismo e iría a buscar a Vega. Pero no quiero precipitarme y perder lo importante de este proceso: reconectar y conocernos de nuevo. Sé que han cambiado muchas cosas entre nosotras, igual que yo no conocía a Javier, a quien le he cogido cariño en cuestión de días. Mi sonrisa se desvanece al pensar en lo complicado que podría ser para él verme con su madre y ocupar el lugar de un padre que tiene muy presente. Su madre me comentó que él ya está acostumbrado a no verlos juntos, pues cuando se divorciaron era demasiado pequeño para recordarlo. Y ahora, no solo debo pensar en ella, sino también en la persona más importante de su vida.

La cena termina tal y como empezó, con las bromas de Marcos y las tonterías de Marta. Nos despedimos cerca del Puente de la Merced. Las aguas de la ría están en calma, y me detengo un momento en la pasarela, disfrutando del aire puro. Cierro los ojos y respiro profundamente, el tráfico a lo lejos cubre el sonido, hasta que consigo concentrarme y disfruto de unos segundos de paz que no sabía que necesitaba.

De repente, el sonido de una notificación rompe el silencio.

—Parece que hay cosas que no cambian —susurro al ver que es un mensaje de Vega, justo cuando estaba pensando en ella.

Vega: ¿Qué tal ha ido la cena? Marcos me acaba de mandar esto. ¡El muy sinvergüenza! No sé de quién tengo más celos.

Abro la boca al recibir la fotografía un momento después. «Lo mato», pienso al vernos sonriendo a la cámara junto a Marta. Quiero preguntarle qué le ha dicho él, aunque ya me lo imagino, pero los nervios me detienen.

Laura: No te hemos criticado mucho, tranquila. Lo he pasado bien, aunque te eché de menos. Espero que Javier no te haya agotado. Estoy deseando verte.

Estoy a punto de borrar las últimas palabras, pero decido dejarlas tal cual y envío el mensaje. Acto seguido, le escribo algo más.

Laura: ¿Te vienes el martes al set de rodaje del anuncio? Así aprovechamos y almorzamos juntas.

El discurso de Marta vuelve a mi mente y una sonrisa me cosquillea los labios. Dejar atrás el miedo no es fácil, no cuando he pasado los últimos once años tratando de superar lo que pasó, alejándome del compromiso con cualquier mujer que intentara entrar en mi vida. Pero aquí estoy,

con Vega en cada uno de mis pensamientos, imaginándonos de paseo por Bilbao o trabajando juntas en los futuros proyectos de Astra.

Si al principio sentí que este no era mi lugar, ahora estoy segura de que la vida me lo tenía reservado. Entra otro mensaje y suspiro.

Vega: Me encantaría. Yo también estoy deseando verte.

Le deseo buenas noches y guardo el teléfono en el bolso. Me apoyo en la barandilla, contemplando la iglesia y el horizonte que tengo frente a mí. Las luces y sombras se reflejan en las aguas, creando una estampa que mantengo en la memoria hasta que llego a casa.

Con los sentimientos a flor de piel, me quito el abrigo, dejo el bolso y al entrar en el dormitorio, rebusco en el cajón de la cómoda. Bajo la ropa, hay una caja llena de recuerdos y fotos en las que Vega y yo somos las protagonistas. Acaricio una de ellas con los dedos y miro la pulsera que me regaló en nuestro primer aniversario, cuando teníamos tantos sueños por delante y aún no sabía que el amor de mi vida sería quien acabaría destrozándome el corazón.

La sostengo entre mis dedos, en completo silencio. Para muchos puede ser un objeto simple, pero para mí está cargado de significado, como todo lo que compartimos en esos años. Cada detalle, cada sonrisa, cada promesa... todo está aquí. Me quedo observándola un rato, mientras los recuerdos me inundan y siento una mezcla de nostalgia y miedo. Miedo de volver a vivir algo tan intenso y, al mismo tiempo, perderlo otra vez.

Me dejo caer sobre la cama, con la foto en una mano y la pulsera en la otra. Vuelvo a aquel día en el que me la entregó. Estábamos en la playa, rodeadas de gente desconocida, pero en ese instante solo existíamos nosotras dos —fue una de las pocas veces que me sentí su pareja de verdad—. Recuerdo cómo me miró, con esa mezcla de ternura y seguridad que siempre me hacía sentir en casa. «Nunca me iré, Laura», me dijo mientras colocaba la pulsera en mi muñeca. Y yo, ingenua, le creí.

—Nunca me iré... —repito en voz baja, y me doy cuenta de que el eco de sus palabras todavía duele un poco después de tanto tiempo.

Me incorporo lentamente y dejo la foto sobre la cama. ¿Debería seguir haciendo esto? ¿Debería recordar lo que nos unió y después nos destrozó, cuando lo que realmente importa es lo que venga ahora? Todos esos momentos siguen ahí, atrapados entre las páginas de nuestra historia y cuesta pasar página cuando no hay un final claro para nosotras.

Miro la pulsera por última vez y suspiro profundamente. «¿Y si todo lo que necesito es confiar en lo que siento ahora?», me pregunto entre pensamientos, como si al hacerlo pudiera encontrar una respuesta. No sé si estoy preparada para lo que viene. No sé si alguna vez lo estaré, pero lo que sí sé es que ya no quiero seguir huyendo de lo que fuimos ni de lo que podríamos

volver a ser.

26

VEGA

Faltan dos semanas para el evento, y el estrés ya empieza a pesarme, especialmente por las noches, cuando no consigo dormir bien. Es curioso cómo, a pesar de la experiencia que tengo, sigo exigiéndome más en cada encargo, un pequeño defecto que ya debería tener bajo control a estas alturas de mi vida. Marcos, para mi sorpresa, se ha mostrado encantado de dejarme ir, aunque todavía no tenemos a nadie que pueda ocuparse de la tienda en mi ausencia. Según él, le vendrá bien salir un poco y despejarse de la rutina de las cocinas. No sé qué le hicieron Marta y Laura la otra noche, pero desde que cenó con ellas está más raro de lo normal, y eso ya es mucho decir.

El autobús de camino al set de grabación está a reventar, y voy sujetándome de la barra con ambas manos. Definitivamente, ha sido mala idea no traer el coche pensando que llegaría más rápido cuando el tráfico está insoportable. Javier me notó algo rara esta mañana al despertar, y me preguntó un par de veces si me pasaba algo antes de ir al colegio. ¿Cómo podría explicarle que estoy deseando ver a Laura, almorzar con ella, tocarla, aspirar su perfume y perderme en su sonrisa? Solo pensarlo me arranca un suspiro mientras apoyo la mejilla en mi mano.

Cierro los ojos unos segundos, hasta que la voz del sistema de megafonía anuncia la próxima parada.

—Gracias —digo a un chico que se aparta para dejarme pasar.

Me arreglo la chaqueta y me acomodo un mechón tras la oreja. Hace mucho tiempo que no me invitan a la grabación de un anuncio, y tengo muchas ganas de ver las ideas que ha desarrollado el equipo de Lungo. Creo que el señor Gutiérrez también estará presente, así que aprovecharé la ocasión para ponerlo al tanto, pero lo que realmente me tiene nerviosa es la idea de verla a ella.

Al cruzar la avenida, el edificio aparece ante mí, sus cristales oscuros brillan bajo el sol. Me detengo un momento en la entrada y me acomodo el pelo otra vez. Dentro, el movimiento es frenético, se nota que todos están hasta arriba de trabajo. Un par de chicos me saludan, y la recepcionista me entrega el pase de invitación que Laura ha gestionado para mí. Siento el corazón acelerarse mientras subo en el ascensor, y noto el calor recorriéndome la espalda, lo que esa mujer provoca en mí con solo pensar en ella me deja sin aliento y con el cuerpo temblando.

Las puertas del ascensor se abren, y atravieso un largo pasillo desde el cual ya escucho

instrucciones y algunas voces apresuradas. La sala de grabación es enorme, llena de cámaras y personal que trabaja a toda máquina. Al fondo, hay un panel blanco y, frente a él, un mostrador con una máquina de café, todo preparado para la siguiente toma. Según tengo entendido, habrá algunas tomas en exteriores que se grabarán otro día, pero lo que veo me deja una buena impresión. Siento que este lanzamiento será un éxito, y Sentidos debe estar a la altura con el servicio de catering.

—¡Vega, qué alegría verte por aquí! —El señor Gutiérrez entra en escena y me da un saludo cálido.

Su entusiasmo me saca una sonrisa, y le devuelvo el apretón de manos y el par de besos más que encantada. Me encanta trabajar con clientes que son naturales y no presumen ante los demás. Se nota que este hombre ama lo que hace y cuida hasta el más mínimo detalle, incluido el bienestar de quienes trabajan con él. Lo confirmo al ver una zona de descanso equipada con fruta, agua, zumos, snacks y, por supuesto, café.

—Gracias a ti por invitarme, es un placer ver el proceso creativo. Seguro que me llevo algunas ideas para ultimar los detalles del menú.

—No lo dudo, pero trata de disfrutar. Laura me dijo que estabas deseando venir por aquí. —Me guiña un ojo, y asiento, nerviosa.

Parece que todo el mundo tiene un interés especial en que ella y yo nos encontremos.

Se despide con un apretón en mis hombros, y mientras me rozo el cuello, echo un vistazo a mi alrededor. No veo a Laura hasta que parte del equipo de iluminación se aparta. Su sonrisa brilla más que los focos que la rodean, y se ve tan tranquila que, por un segundo, creo estar mirando a otra persona. Cuando repara en mí, todo a mi alrededor se detiene, y camina hacia mí en cámara lenta. Solo escucho el latido de mi corazón. Mis pies se mueven por sí solos, y avanzo hacia ella. Cada metro que nos separa es una tortura que acorto con mis pasos, y al estar cerca, siento el impulso de besarla y olvidarme de dónde estamos. Ella se da cuenta, lo sé por cómo me mira, pero el encanto se rompe cuando un chico pasa corriendo entre nosotras, casi golpeándome con una caja y disculpándose rápidamente.

Laura rompe a reír, y no puedo evitar unirme a su risa. A veces, el destino también tiene sentido del humor y nos regala momentos que se quedan grabados para siempre.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunto, dando finalmente un paso hacia ella.

—No, o al menos no lo sentí así. Sabía que llegarías en cualquier momento.

La luz que irradia su mirada me deja sin palabras y, en cuestión de segundos, mi interior se revuelve, caótico, lleno de recuerdos en los que ambas somos protagonistas.

—Nunca imaginé que tendríamos una cita como esta —digo con una pizca de picardía, la misma que alguna vez conoció en mí. No quiero guardarme nada, no cuando sé lo que está en juego—. Aunque recuerdo una más extraña.

—En los almacenes de la cadena, cuando la lluvia arruinó años de papeleo y tuvimos que achicar el agua juntas.

—Así que... no te has olvidado —comento y sonrío ampliamente mientras muerdo mi labio inferior.

—Los momentos más divertidos de mi vida los he vivido contigo —confiesa, bajando la mirada un segundo. Su rostro se ensombrece, pero busco sus manos y las acaricio con ternura—. No quiero que esos recuerdos se empañen por algo que...

—Eso no va a pasar —interrumpo y siento que estoy haciendo una promesa que nace del fondo de mi corazón—. Las cosas han cambiado, yo he cambiado. He dejado atrás esos miedos.

Dios, deseo besarla en este mismo instante, hacer realidad mis palabras y echar a un lado cualquier inseguridad.

—Seguro piensas que soy tonta por no disfrutar de esto como debo hacerlo.

—Jamás pensaría eso. Nadie puede culparte. Sé lo que hice, sé que fue mi culpa, y también sé que te llevará tiempo volver a confiar, pero te prometo que, si te dejas llevar, vivirás un viaje inolvidable.

Alguien grita «¡Corten!», y las dos miramos hacia el set, donde el equipo de maquillaje ya corre para ajustar los detalles. El proceso creativo y el ritmo frenético que tiene todo el equipo me hace sentir insignificante, una pequeña parte de algo mucho más grande. Pero esa sensación desaparece cuando vuelvo a mirar a Laura, porque lo que antes era duda, ahora es certera. Y sé muy bien qué es lo que quiero.

—Ven... —Sujeta mi mano y me lleva a un rincón más tranquilo, donde nadie nos interrumpe—. Quiero decirte algo —susurra, mordiéndose el labio antes de mirarme directamente—. Creo que también te debo una disculpa por haberte presionado. No tenía idea de lo difícil que era para ti. Me centré tanto en lo que yo quería… que olvidé lo que tú necesitabas.

—Pero fui yo quien intentó ocultar lo nuestro. Tú no hiciste nada malo...

—Claro que sí —me interrumpe, acariciando mi mejilla antes de colocar un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Marta me abrió los ojos hace unos días. No sé por qué no quise darme cuenta de lo duro que era para ti enfrentar tus sentimientos frente a tus padres. No haberte apoyado... me pesa como una losa, y no tienes idea de cuánto me odio por eso.

—No vuelvas a decir eso —le aclaro, apoyo mi frente en la suya y niego—. Tampoco es

que les causara mucha alegría cuando finalmente se lo conté el otro día —suspiro, intentando sonreír—. Lo único que hice por aquel entonces fue perder la oportunidad de ser feliz contigo.

—La vida te ha traído cosas mucho mejores, como Javier.

—Y no me arrepiento de eso. Él es mi mayor tesoro, lo más importante en mi vida —respondo con una sonrisa que plasma la felicidad que siento. Esa misma que se refleja en sus preciosos ojos—. Pero a veces pienso en lo que pudo haber sido, y ya no quiero dejar que sea el destino quien decida. Aunque no lo creas, tú fuiste un apoyo muy importante para mí. Me diste las fuerzas necesarias para enfrentarme a la vida, gracias a ti comencé a perseguir mis sueños, y ahora...

—Ahora estamos aquí de nuevo —acierta a decir, con la emoción brillando en su mirada y un delicioso temblor en sus labios.

Bajo la vista un segundo para contemplar nuestras manos entrelazadas, y al volver a mirarla, me doy cuenta de lo que significa tenerla frente a mí de nuevo. Su sonrisa, nerviosa y juguetona, es la misma que me conquistó la primera vez y en este momento recupero los instantes del pasado que ya escribimos juntas, pero con un añadido que me sabe mucho mejor. Suelto el aire sin perderme ni un detalle de su expresión y entonces, sin pensarlo más, me besa. Sus dedos recorren mi cuello y se deslizan hasta mi nuca, atrayéndome hacia ella. El enjambre de emociones que siento me deja sin aliento, y revoluciona mi corazón.

No sé cuántas madrugadas en vela he luchado contra el irrefrenable deseo de volver al punto de partida, de confesar que nunca la he olvidado, de tenerla cerca y poder respirar su aire. Lo he imaginado tantas veces que, por un instante, creo que estoy en medio de una fantasía. Pero esta vez, sé que estoy despierta. Estoy viviendo lo que tanto anhelé, y verla sonreír es, sin duda, la mejor sensación que jamás he experimentado. Me quedo en silencio, con los labios casi pegados a los suyos y el cosquilleo se traslada a todo mi cuerpo. Laura se separa despacio, pero no suelta mi mano, y al mirarla, veo algo en sus ojos que me llena de calma, como si al fin todas las piezas que llevaban años flotando en el aire volvieran a encajar en su sitio.

—No sabes cuántas ganas tenía de esto… —murmura.

—Yo también —respondo y busco su mirada, temerosa de lo que pueda decir—. Laura, no quiero que las cosas sean como antes. Esta vez quiero hacerlo bien, sin escondernos ni dar rodeos.

Siempre supe que estar con ella era como sostener algo delicado pero poderoso al mismo tiempo, algo que podría desvanecerse si no se cuidaba bien. Y tengo muy claro que, esta vez, no pienso dejarlo caer.

—Las cosas han cambiado, Vega. Tú lo sabes, yo lo sé… y no te imaginas lo feliz que me

hace ver que estamos aquí, después de todo.

Sus palabras me reconfortan. Es como si en medio de la tormenta de los últimos años, de todos los miedos y las dudas, al final hubiéramos estado destinadas a reencontrarnos. A volver a intentarlo, pero con más madurez, con la certeza de que ya no somos las mismas.

—He pensado tanto en este momento... en qué dirías, en qué sentirías si volviéramos a vernos así, con tantas cosas pendientes entre nosotras —confieso, todavía temblando por la intensidad del momento. Acaricio su mejilla, su barbilla. Memorizo cada rasgo, cada línea que me trae el recuerdo de lo que crea en mi interior—. Y ahora que está ocurriendo, no quiero tener miedo.

La beso una vez más, pero esta vez es diferente. Es un beso lento, tranquilo, que no busca nada más que disfrutar. Siento cómo todo en mí encaja, como si hubiera estado esperando este instante durante años. Y tal vez lo haya hecho.

Ella me mira, y ahí encuentro la misma determinación que siento en mi interior. No somos las mismas de antes, pero quizá eso sea lo que hace que este momento se convierta en más valioso. Nos hemos roto y vuelto a armar, más fuertes, más seguras, y ahora tenemos la oportunidad de construir algo nuevo. De amarnos como quizá no supimos hacerlo por aquel entonces. Y ya no me importa lo que venga más adelante, porque por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo el control de mi propia historia. Y esta vez, quiero escribirla con ella.

27

LAURA

—Creo que esto ya está —murmuro mientras me llevo la espátula a la boca y pruebo la salsa que he preparado para la carne.

Suspiro satisfecha, y retiro la sartén del fuego. En el horno está el solomillo, y aún tengo que hacer la ensalada, nada que se escape de mi control. Marcos me dijo que él traería lo demás de Sentidos, aunque espero que no se le haya ocurrido cocinar algo extra, porque entonces tendrá que vérselas conmigo por trabajar de más.

Vega tenía que dejar a Javier con su padre y venir directamente a casa, y seguro que Marta y Álvaro están por llegar. Me quito el delantal y lo dejo en la encimera para disfrutar de la cerveza que me he abierto mientras cocinaba. Ahora, cada vez que miro hacia el salón, siento que esto ya es un hogar. Aún faltan algunos detalles, cosas que supongo compraré cuando termine el evento, pero me gusta cómo se ve todo. Me encanta despertarme cada mañana y sentir que estoy donde quiero, y que cada una de las cosas que me rodean las he conseguido yo con mi esfuerzo.

Bilbao se ha convertido en mi segundo hogar, el lugar donde he puesto cada uno de mis sueños y mi ilusión, tanto en lo profesional como en lo personal. Me acaricio los labios con los dedos y sonrío al recordar el cosquilleo que sentí al besar de nuevo a Vega. Fue como la primera vez, parece que el tiempo no haya pasado entre nosotras, a pesar de que sé que muchas cosas han cambiado, especialmente nuestros deseos.

A veces, el miedo aún me invade y me quita el sueño, pero solo necesito recordar sus palabras y cómo me miró para saber que nos merecemos esto: una segunda oportunidad que no todo el mundo tiene y que no pienso dejar escapar.

El timbre suena y voy a abrir. Espero a los chicos junto a la puerta, y en cuanto se abre el ascensor, veo a Álvaro respirar profundamente, completamente maravillado.

—Qué bien huele, me acabas de abrir el apetito.

—Pues tendrás que esperar, glotón, porque Marcos me ha dicho que termina una cosa y viene enseguida —comenta Marta, encogiéndose de hombros al ver mi expresión—. Ya lo conoces, no puede evitar cocinar algo.

—Mira que se lo advertí, va a oírme cuando aparezca por aquí. —Los dejo pasar y cierro la puerta—. ¿Queréis una cerveza mientras esperamos?

—Por supuesto.

Los dos se quitan las chaquetas, que cuelgo en el perchero. Al girarme, veo a Álvaro curioseando la estantería del salón.

—Todavía no es un hogar al cien por cien, pero estoy en ello.

—A mí ya me lo parece —aclara él—. Se nota mucho tu toque. Es casi una réplica de tu despacho en Astra, tiene mucho estilo.

—Será que ya estás acostumbrado a trabajar conmigo. —Le resto importancia y voy a la cocina por las cervezas—. Por cierto, ¿has pensado en lo que te dije?

—¿Qué tiene que pensarse? —pregunta Marta.

Les paso los botellines y me siento en el sofá. Su curiosidad no tiene límites.

—El otro día le hice una propuesta... —comento y alzo una ceja, notando cómo Álvaro se pone nervioso detrás de sus gafas de pasta—. Quiero que deje de ser mi asistente personal y se convierta en mi coordinador. —Marta lo celebra antes de tiempo, levantando los brazos—. Pero este cabezota aún no me ha dicho nada.

—Es que... no sé si... Con Jorge nunca tuve un rol tan importante.

—Porque no supo ver tu potencial, Álvaro. Los estudios no lo son todo —comento con una sonrisa tranquila—. He visto cómo trabajas y sé que puedes hacerlo. Te mereces esta oportunidad y no quiero que Cruz pierda el tiempo contratando a alguien más.

—¡¿Vas a aceptar o qué?! —exclama Marta, le da un codazo y está a punto de tirar la cerveza.

—Como me manches el sofá, te mato —amenazo, fulminándola con la mirada.

Las dos miramos a Álvaro, que se rasca la nuca, pensativo. Finalmente, tras unos segundos, asiente.

—Vale, acepto.

—¡Brindemos! —grita Marta, alzando su botellín y chocamos el cristal antes de beber—. Por fin alguien con sentido común te da una oportunidad. Llevo tres años viendo cómo Jorge te relegaba a traerle el café, y me daba mucha rabia.

—Bueno, eso puede seguir haciéndolo —bromeo, y todos rompemos a reír—. No, en serio, creo que eres un gran profesional y mereces ese puesto. —Le acaricio el brazo con una sonrisa.

El timbre vuelve a sonar y, poco después, Marcos aparece junto a Vega, cargando con una bolsa de aperitivos de Sentidos y un par de recipientes con los *arancini* que ha estado practicando. Estoy a punto de reñirle, pero se justifica al decir que quiere que los probemos para

obtener nuestra aprobación. Y vaya si es un acierto.

Todos me ayudan a preparar el resto de las cosas, pero ahora que ella está aquí, mi atención se centra en sus labios y en cómo Vega frunce el ceño cuando está concentrada. Aprovecho un momento en que estamos solas en la cocina, me acerco y le robo un beso. Enseguida me da un manotazo como respuesta.

—Que me distraes —se queja, chistando con la lengua.

—¿Y qué tiene de malo? —pregunto, insinuante—. ¿Vas a decirme que no tienes ganas de besarme?

—No empieces con tus juegos, que te conozco —responde, entrecierra los ojos y termina de cortar el queso—. Si sigues así, te quedas sin probarlo. Y ambas sabemos que no podrás resistir la tentación.

—A ti te voy a dejar yo claro qué es lo que me tienta y lo que no —susurro y me pego a su espalda mientras mis labios rozan su cuello.

Rodeo su cintura con los brazos y no me pierdo ningún detalle de lo que hace. Incluso se me escapa una risa al ver sus dedos moverse torpemente, y le dejo un beso en la mejilla.

—Vas a hacer que me corte... —protesta, hablando en susurros.

—Ya me encargaré de curarte —aclaro—. Estás preciosa cuando te concentras en la cocina, que lo sepas. Y me gustaría verlo más a menudo.

Me alejo, dedicándole un guiño y aprovecho el momento para robarle una rodaja de queso que me como de un bocado. Su manotazo no tarda en llegar, y me voy al salón entre risas. Los chicos están distraídos conversando, pero Marta me lanza una mirada cómplice, que enseguida me contagia de felicidad.

Dejo las cosas sobre la mesa y ella se acerca.

—Me alegra que hayas dejado atrás las dudas —susurra, a lo que yo asiento—. Ya verás cómo todo va a ir de maravilla.

—Eso espero.

Vega sale de la cocina con la bandeja de madera llena de embutidos y quesos. Aprovecho para abrir nuestra botella de vino favorita y sirvo las copas con ganas de hacer un brindis con los chicos. Todos sonreímos al levantar nuestras copas.

Cuando los miro, me doy cuenta de la pequeña familia que hemos formado. Al llegar a Bilbao, solo tenía a Marta, mi gran apoyo durante los últimos años. Alguien a quien hubiera querido tener conmigo toda la vida, no solo por sus consejos, sino por la amistad inquebrantable

que nos une desde que nos conocimos. No pierdo la oportunidad de agradecerle que me introdujera en Astra, ni el haber conocido a Álvaro y a Marcos, quienes también se han ganado un lugar en mi corazón. Pero esta noche, la gran protagonista de mi corazón es Vega, a quien no puedo dejar de mirar.

No sé cuántas veces me ha hecho suspirar durante la cena, ni las veces que ha acelerado mi corazón con su risa. Me encanta esta sensación, sentir cómo mi pecho late al ritmo de sus palabras, de sus gestos, de la forma en que curva los labios cuando está nerviosa o me dedica una mirada fugaz. Nuestras manos se encuentran de vez en cuando, con caricias discretas pero cargadas de significado, que electrizan mi piel al sentir su tacto cálido.

He disfrutado de la velada, pero no puedo evitar desear que termine para quedarnos a solas. Y cuando los chicos finalmente se van, siento que se me nota de más.

Marcos se habría quedado a ayudar a recoger si no lo hubiera amenazado por haber traído comida cuando le dije claramente que no lo hiciera. Nos despedimos entre risas, con la promesa de repetir la cena, esta vez en su casa. Acepto encantada, y cuando el ascensor se cierra, hago lo mismo y me quedo apoyada con alivio.

—Cualquiera diría que tenías ganas de echarles pronto —bromea Vega desde el salón. Se muerde es labio y alza una ceja—. ¿Es así, señorita Molina?

—Puede que sí... —musito, acercándome a ella hasta rozar su cuello con mi mano, para luego besarla—. Y es por tu culpa —añado con una sonrisa traviesa—, por estar toda la noche provocándome.

—¿Yo? ¿Y qué se supone que he hecho? —pregunta mientras rodea mi cintura con los brazos. Juguetea con los dedos bajo mi ropa y provoca que la piel se me erice—. Porque podría decir lo mismo de ti, que lo sepas.

—Es lo que pasa cuando tengo delante de mí a una mujer impresionante que me atrae sin remedio —confieso sobre sus labios, sin llegar a besarla—, y no tienes idea de cuanto. Me encantas. Me encanta cómo me miras, tu sonrisa, la forma en que te llevas la comida a la boca, o cómo te relames tras darle un sorbo al vino. Y ese brillo que tienes en los ojos cuando estás feliz, madre mía... —Echo la cabeza hacia atrás y sonrío—. Creo que es lo más bonito que he visto nunca. Eres magnética, Vega, y deseo que me atraigas así todos los días de nuestra vida.

Ella parece querer responder, pero no le doy la oportunidad. La beso, y siento ese cosquilleo en el estómago que me dice que ya no hay marcha atrás. He perdido la batalla contra la razón, dejándome llevar por sus caricias, por la forma en la que me embriaga de placer. El tiempo es todo nuestro, lo atrapo entre las manos cuando estas recorren su cuerpo, disfrutando de cada segundo, de cada roce, del latido de su corazón que siento vibrar en mis dedos.

Cuando nuestras miradas se encuentran, todo estalla en fuegos artificiales. Sus ojos brillan, y hace que me enamore un poquito más.

—No tienes idea de cuánto deseaba esto... —musita Vega, muy cerca de mi oído.

Me toma de la mano y me guía por el pasillo sin dejar de besarme. Sus dedos acarician mis brazos, mi espalda, hasta llegar a mi blusa y quitármela con rapidez. Me encanta el calor de sus manos sobre mi piel desnuda. Se me mete en las entrañas y provoca que caiga en un delicioso encanto del que quiero más. Mi cuerpo tiembla y ella sonríe con picardía justo cuando llegamos a mi dormitorio. Acaricia sus labios con la lengua y después lleva las manos a la cintura de mi pantalón. Su boca busca la mía y me dejo llevar por el reguero de besos con los que me saborea.

Cuando se pone de rodillas, las mías tiemblan. Sus dedos se anclan a mi cintura y después me baja los pantalones, poco a poco, sin despegar sus labios de mi piel. Noto el cosquilleo en mis muslos, el placer en mi sexo, una punzada deliciosa que se mueve por todo mi cuerpo. Agacho la vista y ella me mira, sin perder ese gesto que me atrapó desde el primer momento en que nos vimos. Me desnuda poco a poco, sin perder detalle de mis curvas, como si llevase años esperando esto, y es precisamente lo que veo en su gesto, en la manera en la que se muerde el labio inferior antes de perderse entre mis piernas. Suspiro por el roce de su lengua y apoyo la cabeza contra la pared, Vega se deleita con deseo, saboreando la humedad de mi sexo mientras sube una mano por todo mi cuerpo, lento, erizándome la piel de una forma que nadie ha conseguido en todo este tiempo.

Cierro los ojos y me dejo llevar mientras me penetra y hace suya sin darme opción a respirar en calma. Lo único que tengo claro es que la necesito, tanto como ella me necesita a mí. Sé que entregaría mi vida ahora mismo, si morir significara ser amada por ella.

—Te he deseado tanto... —murmuro, casi inaudible, mientras mis manos se aferran a la pared, temblando con un millón de sensaciones explotándome en el pecho.

Ella responde con un suave gemido que me confirma que este deseo es mutuo, que ambas hemos esperado demasiado. Muerdo mi labio inferior, mientras la siento, tanto que tengo la sensación de que nuestros cuerpos parecen fusionarse una vez más. Cada caricia con su lengua me recuerda lo que he anhelado, y trae a mi cabeza cada momento en el que nuestras miradas lo decían todo, sin necesidad de palabras. El aire entre nosotras es denso, cargado de una electricidad que me atraviesa y me hace estremecer.

Vega sabe perfectamente cómo tocarme, cómo hacerme suya con cada movimiento, lento y preciso, pero cargado de pasión. Mis pensamientos se desvanecen mientras su boca y sus dedos trazan un camino ardiente dentro de mí, dejándome sin aliento. Es como si el tiempo se detuviera, como si lo único que importara en este instante fuera la necesidad urgente de

pertenecerle, de dejar que me posea por completo, tal como lo hemos deseado durante tanto tiempo. Y mientras el placer me controla, solo puedo pensar que ojalá estos años no hubieran pasado entre nosotras, porque ella es lo único que quiero y he necesitado siempre.

28

VEGA

La intensidad con la que Laura me mira hace que el latido de mi corazón se acelere. Lo escucho en mis oídos y presiento que, en algún momento, va a salirse de mi pecho. Me sujeta por las muñecas y quedo atrapada en sus ojos, antes de que un gemido se escape de mis labios al morderme el inferior y tirar de él a su antojo. Sus manos mantienen presas mis muñecas, y caigo en su emboscada, en la deliciosa manera en que se mueve sobre mí, sin tomarse un respiro, solo para oírme y saborear cada una de mis curvas. Enreda sus piernas con las mías y las abre, deslizándose entre ellas con facilidad, lo que me provoca una sonrisa tonta, igual que en ella, a pesar de que no me devuelve la mirada.

No quiero que pare. No quiero que esta noche se termine, ni que el cansancio venza nuestros cuerpos. Su sabor aún permanece en mi boca, y me relamo antes de que vuelva a besarme. Nuestras lenguas se enredan, y me hundo en la cama, desesperada porque continúe, porque me haga suya, porque se adentre en mí como si no hubiera un mañana.

—Te deseo… —susurro, inquieta por el placer que me embarga.

Laura responde acariciando uno de mis pechos, atrapándolo con sus labios, despacio, tan lentamente que el cosquilleo recorre cada centímetro de mi piel. Esa deliciosa forma de desesperarme, tan suya, me lleva al borde del placer. Sus dedos juegan en el interior de mis muslos y dibujan círculos mientras avanzan lentamente hasta encontrarse con mi sexo. Un gemido escapa de mi garganta cuando me penetra, y mi interior atrapa sus dedos. Cada embestida me corta la respiración, y siento que renazco cuando sus labios buscan los míos en un beso que también le arranca un suspiro.

Nuestras caderas se sincronizan, y disfruto de cómo entra y sale de mí, a veces lentamente, otras tan rápido que no puedo evitar morderme el labio inferior con fuerza. Había olvidado cómo se siente el verdadero amor en cada caricia, el placer en cada embestida, el deseo que despierta una simple mirada. Incluso había olvidado cómo es experimentar que tu corazón lata de verdad, gracias a alguien, a la mujer que me mira durante un segundo antes de volverme loca, mientras su pulgar presiona mi clítoris y traza círculos sin dejar de adentrarse en mí. El éxtasis me inunda, pero le pido que no pare por más que ya no pueda más, y Laura me complace sin dudarlo.

Busco su cuerpo y araño su espalda con mis uñas. Mis dedos no se detienen, se enredan en su pelo mientras recorro sus curvas con mi tacto, hasta que una de mis manos se cuela entre

nuestros cuerpos. Está tan mojada que no puedo evitar gemir al sentir su humedad. Laura dibuja una sonrisa que mantiene incluso al buscar su interior y empieza a moverse como yo lo hago. Quiero escucharla gritar, que diga mi nombre y que no se detenga hasta que el sueño nos venza sin darnos cuenta. Siento el sudor perlando mi piel y el sabor salado de la suya al rozar su hombro con mis labios. Tiemblo bajo su cuerpo y aparto un mechón de su rostro solo para perderme en su mirada una vez más, pidiéndole al destino que nos permita besarnos toda la vida.

—No pares, no quiero que pares nunca —murmura sobre mis labios, arrancándome una mordida mientras suelto una risa cargada de deseo, dejándome llevar por lo que siento.

El orgasmo me invade, y sus dedos quedan atrapados en mi interior. Gimo, repito su nombre una y otra vez hasta que Laura se une a mis temblores y cae exhausta sobre mí. Sus labios rozan los míos, y me aferro a su cuerpo, sintiendo su corazón desbocado en mi pecho, uniéndose al mío. Revivo el tacto de sus manos sobre mis curvas, como si estuviera dibujándome de nuevo, y las mariposas en mi estómago me recuerdan que la amo más que antes y que, por nada del mundo, quiero que esto tenga escrito un final.

. . .

Han pasado varios días, y el trabajo nos ha robado más tiempo del que me hubiera gustado. A diez para que llegue el evento, deberíamos tener todo bajo control, pero los imprevistos de última hora siempre aparecen en el momento menos oportuno, obligándonos a alargar las jornadas. Agradezco que Carlos haya podido quedarse con Javier después del colegio, porque de lo contrario, no daría abasto. Hace unos días que vengo pensando en darle una sorpresa a Laura y organizar una cita como las que nunca tuvimos en León, debido a mis inseguridades, que ahora casi han desaparecido, aunque la comunicación con mis padres no haya sido fluida últimamente.

Sé que les llevará un tiempo acostumbrarse y aceptar que, al final, de poco sirvió irnos de allí, ya que el destino jugó sus cartas para unirnos a Laura y a mí de nuevo aquí. Aunque algo me dice que, en el fondo, estar en Bilbao también les ha cambiado la vida para bien. Mis hermanos suman éxitos profesionales cada año y sus visitas son esporádicas, y cuando Carlos me ofreció la oportunidad de mudarnos, creo que mi madre no soportó la idea de quedarse lejos de mí, aunque usaran como excusa la relación con Laura.

Mando un mensaje al grupo de WhatsApp familiar y, al levantar la vista, me encuentro con la mujer que revoluciona mis sentidos cada vez que me mira.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sorprendida, al verla en la puerta de mi casa.

—Pensé que podríamos cenar juntas, pedir que traigan algo. Con el lío que hemos tenido

con Astra estos días, apenas nos hemos visto.

—Lo sé, es una tortura constante... —Acorto la distancia y llevo mis manos a su pecho, donde le regalo unas suaves caricias—. ¿Y si damos una vuelta, nos tomamos algo y me acompañas a recoger a Javier? Está con su padre y tenía que ir a buscarlo en un par de horas, aún son las siete.

Intento no poner gesto de súplica, aunque parece que he logrado lo contrario, por la manera en que Laura me mira.

—¿Cómo iba a negarme a un plan tan tentador? —responde, pegada a mis labios, y luego me besa—. Más si es contigo.

—Seguro que le das una alegría al enano, ha preguntado varias veces por ti.

—¿En serio?

—Claro que sí —respondo y la mirada se le ilumina—. No se olvida de las personas que le caen bien, y dice que cuando hablo de ti sonrío más.

Entrelazo nuestros dedos, la idea era descansar un rato en casa antes de ir a buscarlo, pero el cansancio se esfuma mientras caminamos juntas, tal como siempre soñé hacer con ella.

—Me va a sacar los colores... —murmura, y noto que algo cambia en su expresión cuando se atreve a preguntar—. ¿Crees que lo tomará bien? Que su madre esté con...

—Ya sabe que eso va a pasar, y le encanta la idea —aclaro, su expresión es de asombro y me hace reír—. Tuvimos esa conversación cuando me preguntó si algún día tendría otro novio en lugar de su padre. Cuando le conté por qué eso no iba a pasar, me dijo que su amiga Marina tiene dos mamás y que debería conocerlas, porque sus fiestas de cumpleaños son increíbles. Tal cual.

Recuerdo la conversación, y Laura parece imaginarla al negar con la cabeza mientras sonríe.

—Tienes un hijo maravilloso, pero no me sorprende, porque su madre también lo es —me dice, acariciándome la mano—. Debe estar muy orgulloso de ti.

—Carlos también ha hecho mucho. El proceso no fue fácil para él, pero nunca me ha reprochado nada, ni siquiera cuando se dio cuenta de que seguía enamorada de ti, a pesar del tiempo que había pasado.

Lleva mi mano a sus labios y deja un beso suave en mi piel. Caminar con ella así hace que mi corazón vibre de emoción con cada latido. Es un sueño hecho realidad, y por fin me atrevo a vivirlo. Eso merece ser celebrado de la mejor manera.

Acabamos en mi cafetería favorita, donde venden unos rollos fritos de azúcar que le hacen

soltar un gritito de pura alegría. Se le hace agua la boca, y compro media docena para acompañarlos con un café bien caliente. Cerca de aquí hay un parque al que suelo llevar a Javier, y terminamos sentadas en un banco, con su cabeza apoyada en mi hombro, mientras la brisa de Bilbao mueve las copas de los árboles.

—Me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo —comenta sin moverse ni un milímetro.

Con esas palabras, me hace saber que algo tan sencillo como esto era lo único que necesitaba de mí en aquel entonces. Aunque la tristeza me invade por un instante, pronto se transforma en una felicidad única, que siempre ha estado presente cuando se trata de Laura. Busco su mano y la aprieto con fuerza, ahora soy yo quien la lleva a mis labios para besarla y disfrutar del café y los rollos de azúcar en una calma que también habla de lo que queremos y lo que significa estar juntas.

El tiempo pasa volando, y de camino a casa de Carlos la noto callada, algo nerviosa, como si tuviera miedo de lo que pudiera encontrar. Su gesto me hace sonreír un par de veces sin que ella lo note. Al llegar al portal de la calle Artekale, la detengo, me pongo frente a ella, acaricio su cuello y le dedico un guiño.

—Ya sabe que vienes, lo avisé cuando fuiste al baño en la cafetería, antes de salir.

—Estás en todo... —susurra y exhala lentamente.

—Vamos, Javier ya debe estar listo.

Asiente, y subimos al piso de mi exmarido. En cuanto las puertas del ascensor se abren, Javier sale corriendo y se lanza a mis brazos antes de que pueda decirle que no vengo sola. Al notarlo, abre la boca y nos mira alternativamente, primero a mí, luego a ella, y de nuevo a mí.

—¡Papá, ha venido con Laura!

Se desprende de mis brazos y corre de vuelta a la casa. Alzo una ceja, y Laura me mira encogiéndose de hombros.

—Me parece que su padre le ha dado azúcar esta tarde —bromea, a punto de reír.

Niego con la cabeza, y, dispuesta a averiguarlo, la llevo a la cocina, donde Carlos limpia un tazón de leche. El bote de Nesquik está sobre la encimera, y, al cruzarme de brazos frente a él, carraspea.

—Lo admito, he cedido a su chantaje —se disculpa con cara de póker.

—A ver quién lo manda a dormir ahora —protesto, aunque el enfado se disipa al ver a Javier recogiendo sus cuadernos de deberes que tiene sobre la mesa del salón—. Gracias por hacerme el favor, no sabes el lío que tenemos en el cáterin. A ver si pronto encuentro a alguien

para la tienda.

—Seguro que sí. —Carlos repara en la presencia de Laura, que está detrás de mí en silencio. Se seca las manos con un trapo y le extiende una mano—. Por fin nos conocemos. Hasta el niño me ha hablado de ti y yo, con ganas de ponerte cara.

—El placer es mío —responde ella, algo torpe, y la escena me parece tan tierna que no puedo evitar sonreír mientras bajo la mirada—. Tenéis un hijo maravilloso.

—Un poco rebelde como su madre, pero sí —bromea Carlos, y por un segundo siento que Laura se pone celosa por haberse perdido cosas que le hubiera gustado compartir conmigo—. Deberíamos hacer una comida juntos algún día, en una de las barbacoas de Marcos o aquí, en casa. Me gustaría conocer mejor a la mujer que...

—¿Vienes a cenar a casa? —nos interrumpe Javier, apareciendo en la puerta de la cocina con su mirada suplicante—. Por favor, mami, ¿puede quedarse?

Como si tuviera miedo de que le diga que no, se acerca a Laura y le toma la mano, dejándola con la boca abierta y una mirada emocionada que me alegra la noche y también la vida.

—Claro que sí, ya habíamos hecho ese plan.

—¡Bieeen!

Da un salto de alegría y corre hacia la puerta, metiéndonos prisa. Niego con la cabeza y estoy a punto de reír. A veces me pregunto qué hice en otra vida para merecer algo tan mágico como lo que tengo ahora. Carlos también sonríe, y se despide de Laura encantado. Los nervios que ella sentía al venir desaparecen en cuanto pisamos la calle, y entrelaza sus dedos con los míos mientras Javier nos mira, sujetándose de mi mano libre. Y al mirarnos, me doy cuenta de que caminar juntos, es algo con lo que había soñado desde hace mucho tiempo.

29

LAURA

Suelto el estrés moviendo brazos y manos mientras camino por la sala de reuniones. Marta ya me ha lanzado un par de miradas, pidiéndome que me calme, pero sé que hasta que no tengamos la aprobación del señor Gutiérrez, no podré relajarme. En este momento me vendría muy bien tener a Vega cerca, tranquilizando mis nervios con una de esas sonrisas suyas que solo ella sabe dar.

—Tienes que parar un poco, lo hemos hecho bien, seguro que quedará satisfecho —dice Álvaro.

Aunque tiene menos experiencia que yo en esto, sin duda sabe cómo mantener la templanza en este tipo de situaciones.

—Ese hombre es tan exigente, o más que yo. No estaré tranquila hasta que salga de aquí con una sonrisa. —Me abrazo a mí misma, y justo en ese instante la puerta se abre, dando paso a Vega.

—Menos mal que has llegado, a ver si calmas un poco a tu novia, porque si sigue así, va a acabar poniéndome nerviosa a mí también —suelta Marta, y la palabra «novia» me deja paralizada en mi lugar.

Mis nervios cambian de tono, y la mirada de Vega hace que olvide todas las dudas y disfrute de un logro profesional que lleva nuestro nombre, así como el de los compañeros con los que hemos trabajado. Sin perder la compostura, se acerca a mí y me da un beso mientras sujeta mis manos.

—¿De verdad piensas que algo puede salir mal? —pregunta, y al verme asentir, roza mi frente con sus labios—. Tenemos todo listo; la decoración, cómo saldrán los canapés, la disposición... no hay nada en este evento que no sea perfecto, y estoy segura de que al señor Gutiérrez le encantará.

—Eso espero, porque no nos queda mucho tiempo para empezar de nuevo, si algo no le gusta.

Falta poco más de una semana para el gran día, y aunque estoy deseando terminar el trabajo, también me emociona pensar en lo que vendrá después. Trabajar con este equipo ha supuesto un cambio espectacular en mi vida, al que todavía me estoy acostumbrando, porque es difícil despertar y no sentir que estoy en medio de un maravilloso sueño.

Cinco minutos después, Cruz entra acompañada del señor Gutiérrez, quien luce una sonrisa de absoluto orgullo mientras sostiene una memoria USB. Estoy segura de que contiene el anuncio que grabaron el otro día. No tarda en reproducirlo, confirmando mi teoría, y en ese momento me viene a la mente el instante en que mis ojos se encontraron con los de Vega, y cuánto desee besarla, como cada vez que pienso en ella, y la espera para volver a verla me vuelve loca.

Lo que siento acelera mis latidos, y no puedo evitar sonreír, aunque hago un esfuerzo por calmar mi respiración y concentrarme en la pantalla, en lugar de en lo preciosa que se ve esta mañana con esa camisa que no dudaría en quitarle ahora mismo.

—Tienes un equipo de producción impresionante —comenta Cruz, sacándome de mi ensoñación, mientras se dirige a nosotros—. ¿Qué os parece, está a la altura del nombre de la marca?

—Más que eso, creo que es moderno y, a la vez, sutil, con un mensaje que invita a tomar esa taza de café cuanto antes. ¿Tú qué piensas, Laura? —pregunta Marta y llama mi atención.

Trago saliva, consciente de que apenas he estado atenta al anuncio. Vega niega con una sonrisa pícara, y yo entrecierro los ojos al mirarla. «Ya me vengaré», pienso.

—¿Laura? —insiste Cruz, y hasta Álvaro parece ponerse nervioso por mi silencio.

—Siempre he pensado que Lungo tiene carisma, una elegancia que pocas marcas de café han logrado. Creo que el anuncio refleja eso, pero con un toque más atrevido... —sonrío y entrelazo los dedos sobre la mesa—. Está pensado para mujeres como yo, que van con prisa, pero que siempre encuentran un momento de pausa que disfrutar con un café.

—No podría haberlo descrito mejor —añade el señor Gutiérrez.

El sudor recorre mi espalda, pero mantengo una sonrisa que parece convencer a todos. Me he salvado por los pelos, y la forma en que Álvaro y Marta se miran entre sí lo confirma. Carraspeo y busco la ayuda de Vega con la mirada, suplicando que intervenga y me saque de este apuro.

—Ya que hemos entrado en ambiente... —Vocalizo un «Gracias» y me dedica un guiño sin que el resto se dé cuenta—. Este es el menú definitivo del evento: un conjunto de canapés que nos llevan de vuelta a los ingredientes más sabrosos de estas cocinas. —Reparte los folletos entre los asistentes y, al pasar detrás de mí, aprovecha para acariciar mi espalda—. Hemos dado a estos platos clásicos un toque moderno, en sintonía con el anuncio y con la esencia de la marca.

—Y veo que habéis aceptado las sugerencias que os di —comenta el señor Gutiérrez.

Se toma unos segundos para leer la carta y luego vuelve su atención a la pantalla del

proyector. Vega presenta imágenes y videos del proceso creativo en el que ella y Marcos han estado trabajando estos días. El orgullo que siento al verla tan involucrada en las cocinas me hace sonreír como una tonta. Sus ojos brillan mientras habla, mostrando cada detalle de unos platos que, estoy segura, permanecerán en la memoria de los invitados durante mucho tiempo.

Tras su intervención, Marta, Álvaro y yo nos ponemos manos a la obra. Hablamos del concepto «Un viaje sensorial a través del café», de la publicidad que ha preparado el equipo, y de cómo se desarrollará el evento. Cruz no deja de sonreír y participar en la conversación, al igual que el señor Gutiérrez, quien le susurra algo al oído de vez en cuando. Finalmente, terminamos, y nuestro cliente aplaude, encantado.

—Tienes un equipo envidiable, ojalá yo tuviera la misma suerte —afirma con una amplia sonrisa—. No hay nada que no me haya gustado, ni que me parezca fuera de lugar. De hecho, habéis acertado por completo con las ideas que teníamos en mente. —Se levanta y añade—: Mis hijos no han estado presentes en las reuniones, pero los he mantenido al tanto. Estoy seguro de que cuando vean todo esto en la oficina, estarán muy satisfechos.

—El placer ha sido nuestro, trabajar con un cliente como usted ha sido un honor.

—Mejor tutéame a partir de ahora —dice con sinceridad—, porque no tengo ninguna duda de que seguiremos colaborando en el futuro.

—Que así sea, Tobías.

Nuestra jefa le estrecha la mano, y después él se despide de todos, con la satisfacción reflejada en cada uno de sus gestos. Los nervios que sentía antes de la reunión se disuelven, y la alegría me inunda hasta casi hacerme llorar.

El resto del equipo también se abraza y recibe las felicitaciones de Cruz, quien luego se dirige a mí.

—Has hecho un trabajo increíble, como todos. Nunca pensé que encontraría a alguien que sumara tanto a la empresa como tú. —Me da la mano y luego me abraza—. Gracias por tu esfuerzo.

—Es trabajo de todos, sin ellos no lo habría hecho tan bien —respondo, mientras busco a Vega con la mirada—. No tienes idea de cuánto me ha cambiado la vida haber venido aquí.

—Creo que me hago una. —Esboza una sonrisa juguetona y nos mira encantada, está claro que ya sabe por dónde van los tiros—. Lo más importante es que estéis contentos con vuestro trabajo y que eso se refleje en todo lo que hacéis.

—Estoy deseando saber cuál será el próximo proyecto, especialmente ahora que tengo un coordinador a la altura.

—No pienso desaprovechar esta oportunidad —responde Álvaro cuando lo miro.

—Pues ya está todo dicho. Deberíais ir a celebrarlo juntos. Mañana será un día duro, al igual que los que faltan hasta el evento, y quiero que estéis concentrados. —Cruz vuelve a su tono serio, toma la carpeta que tenía sobre la mesa y se despide—. De nuevo, enhorabuena.

Al cerrar la puerta nos sentimos las personas más afortunadas del mundo, tan felices que nos abrazamos y damos la enhorabuena unos a otros. Las palabras de Cruz resuenan en mi cabeza, haciéndome sentir plena. No puedo evitar suspirar varias veces, sorprendida por cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo.

Antes de mudarme a Bilbao, me sentía perdida, sin rumbo y sin saber qué pasos dar para cambiar lo que no me llenaba, por mucho que me esforzara. Siempre me ha gustado viajar, conocer nuevas ciudades y culturas, y disfrutar de la alegría de la gente, pero la soledad empezó a afectarme hace tiempo. No solo en el aspecto amoroso, sino también en las amistades, que se desvanecían por la competitividad de mi trabajo en la televisión. Sin embargo, aquí todo es diferente; el equipo rema en la misma dirección, y el orgullo por los logros ajenos es genuino. Nos hemos convertido en la familia de la que hablé en la cena.

—Deberías verte la cara —dice Vega, colocando las manos en mi cuello y su mirada me vuelve a enamorar—. Nunca te había visto tan feliz con un trabajo, ni siquiera cuando te ofrecieron tu primer viaje a Inglaterra.

—Es que esto es... no sabría describirlo con palabras. Solo sé que me alegra haber aceptado la oferta de Marta.

—Con tu permiso, me voy a llevar la gloria por el resto de mis días —interviene ella, mirando a Vega.

—No te quitaré ese honor —le responde—, sobre todo porque fuiste tú quien volvió a poner esta oportunidad frente a mí, y te estoy muy agradecida.

—Al final lloraremos —bromea Álvaro, y rompemos a reír—. ¿Por qué no seguimos el consejo de la jefa y nos vamos a celebrarlo? Esto merece unos buenos pinchos de tortilla y unas cuantas rondas de cerveza.

—Tú solo piensas en comer —digo en tono divertido—, pero la verdad es que tampoco he probado bocado, los nervios me tenían a raya.

—No se notaba nada —ironiza Marta.

Le saco la lengua y recojo mis cosas, como hacen los demás. Al salir de la sala, siento cómo el peso del estrés desaparece, y camino más ligera. Álvaro enumera detrás de mí todo lo que se pedirá en la cafetería, mientras yo me dedico a observar el perfil de Vega. Comparto con

ella el orgullo y la felicidad de saber que somos un gran equipo.

Mientras caminamos hacia la cafetería, el aire fresco de la tarde me hace sentir más viva que nunca. El bullicio de la ciudad suena lejano comparado con la tranquilidad que me invade cuando la tengo a mi lado. Ella me toma de la mano, y esa simple acción me llena de calma. Aún siento los latidos acelerados del éxito de la presentación, pero su cercanía me recuerda que este logro no solo es profesional, sino también personal, y que trabajar juntas ha sido el mejor sueño que podríamos haber hecho realidad.

—¿Te has fijado en la cara de satisfacción de Tobías? —comenta Vega, sonriendo con orgullo.

—Sí —respondo—, creo que no lo había visto tan contento. Lo hemos conseguido.

—Yo nunca tuve dudas —replica con suavidad, mirándome de reojo—. Eres increíble, Laura. Lo sabes, ¿verdad? Todo lo que tocas lo conviertes en algo especial.

Sus palabras me golpean directo al corazón. La miro en silencio por unos segundos, dejándome llevar por la emoción del momento. A veces, me cuesta creer lo afortunada que soy de tenerla conmigo, no solo como pareja, sino como compañera en aspectos que van más allá de lo profesional. Ahora, todo parece tener más sentido, como si las piezas de mi vida encajaran de una forma que nunca imaginé.

—Tú haces que todo sea más fácil —comento y aprieto suavemente su mano—. Desde que volví a verte, siento que el destino ha estado de nuestro lado, trazando los pasos que debíamos seguir incluso cuando pensé que estábamos perdidas. Ahora me doy cuenta de que todo me llevó de vuelta a ti, incluso este trabajo.

Vega se detiene por un momento, girando hacia mí, sus ojos brillan con esa intensidad que siempre me desarma.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso —susurra, acercándose para besarme suavemente—. Siempre hemos sido un buen equipo, Laura y no quiero que eso cambie nunca.

Noto cómo el amor por ella crece, como si cada palabra suya fuera una confirmación de que, cada paso, me ha conducido hasta este instante, hasta ella. No es solo la mujer de la que me enamoré, es la persona con la que quiero compartir todos mis logros, todos mis fracasos, y cada pequeño detalle del día a día.

—Yo tampoco quiero que cambie —respondo, sintiendo un nudo en la garganta—. Y no va a hacerlo, porque cada día que pasa me enamoro más de ti. A veces pienso que siempre fue así, que siempre estuvimos unidas por ese lazo, como si nada en el mundo pudiera haber sido de otra manera.

Vega me mira, y ahí veo lo mismo que siento: certeza, amor, sinceridad, la seguridad de que lo que tenemos es tan fuerte, que ya nada podrá romperlo. Seguimos caminando, sin decir una palabra más, en un silencio lleno de complicidad, de promesas no dichas, y de la seguridad de que, pase lo que pase, siempre nos tendremos la una a la otra.

30

VEGA

El último cliente se marcha, y al cerrar la puerta, suelto el aire que llevaba retenido en mis pulmones. El cansancio empieza a hacer mella y lo noto en las contracturas que tengo en el cuello y la parte alta de la espalda. A pesar de que todo salió bien con el señor Gutiérrez, no hemos podido bajar el ritmo en ningún momento, y todavía me queda por organizar el pedido final de los productos que necesitaremos Marcos y yo.

La campanilla de la puerta suena y, casi sin pensar, grito un «¡Ya basta!» que retumba en mi cabeza. Pero al ver que es mi compañero, me dejo caer en el taburete detrás del mostrador.

—Si entra otro cliente más preguntando por el vino que no nos ha llegado, me da algo —protesto, exasperada.

—Traigo noticias frescas —dice, esbozando una sonrisa que me pone alerta—. Van a dejar libre el local de al lado. Es nuestra oportunidad.

—Estás de coña, ¿verdad? —pregunto incrédula. Marcos niega con la cabeza, y tardo un segundo en correr hacia él—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Antonio. Dice que a principios de septiembre se liberará del alquiler y que lo pondrá en venta. Está mayor para seguir usando ese sitio como almacén de coches. —Coloco mis manos sobre sus hombros, y nuestras miradas lo dicen todo—. Vega, es hora de dar el paso.

—¡Vamos a poder ampliar Sentidos! —Lo abrazo tan fuerte que casi lo dejo sin aire. Luego, emocionada, le doy un beso rápido en los labios por culpa de la emoción—. Me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo. ¿Te imaginas? Podremos ampliar las cocinas y yo…

—Te vas a convertir en mi segunda chef, como que me llamo Marcos Díez. Ya va siendo hora de que te animes y no entres solo a terminar platos.

—Creo que se me acaba de bajar la tensión —bromeo, llevándome una mano a la frente. Siento cómo las piernas me tiemblan de camino al taburete. Cuando me siento, respiro hondo un par de veces—. Nunca pensé que este momento llegaría.

—Así no tendremos que depender de otras cocinas. Si contratamos a un par de personas para que se encarguen de la tienda y del reparto, podrás dedicarte conmigo a lo que más te gusta. La inversión valdrá la pena.

Llevamos meses con esta idea rondando, guardada en un cajón porque no queríamos

cambiarnos de local y perder la clientela que, a pesar de no estar en una calle muy transitada, se ha acostumbrado a venir aquí. Sentidos es un punto de referencia, y por eso estoy tan emocionada al ver hasta dónde hemos llegado.

Veo la misma felicidad reflejada en Marcos. Él es un tipo sencillo, cuya cocina alegra el paladar de muchas personas, pero que nunca ha buscado la competición, y ahora entiendo por qué. Las paredes que nos rodean son un hogar que compartimos en ocasiones especiales.

—Voy a llamar al notario para que prepare el papeleo. Después, le presentamos una oferta a Antonio. Tenemos que darnos prisa y ser los primeros en hacerlo —aclaro, buscando el teléfono en mi bolso.

—No hace falta que te vuelvas loca —comenta, y me frena al sujetar mi muñeca—. Ya le he dicho que queremos ampliar el local, y me ha asegurado que rechazará cualquier otra oferta que le hagan.

—¡Eres… te adoro! —Lo abrazo otra vez, conteniendo un grito de felicidad.

—Ya verás qué contenta se va a poner Marta cuando se lo diga —suelta de repente, y al darse cuenta de lo que acaba de decir, cierra la boca de golpe.

—¿Cómo que Marta? ¿Por qué tiene ella que saberlo? —Frunzo el ceño y lo miro fijamente. Su expresión lo dice todo—. ¡No me digas que…!

—Deja de gritar, mujer, que si entra un cliente va a pensar que somos unos críos. —Se cruza de brazos, pero pronto pierde la seriedad—. Todavía estamos viendo cómo va, nada serio. Ya sabes.

—Lo único que sé es que quiero que me lo cuentes todo, y lo vas a hacer con un buen café, de las muestras que nos mandó ayer Lungo.

Lo agarro de la muñeca y lo arrastro hacia la cocina, como dos adolescentes a punto de compartir sus aventuras amorosas.

—Vega, en serio, no hay mucho que contar.

—¿Cómo que no? Ahora mismo me cuentas cuándo empezó todo esto.

—Pues… —Se muerde el labio, y yo insisto levantando una ceja—. Después de la cena en casa de Laura. —Me llevo las manos a la boca, sorprendida—. Como prácticamente nos echasteis para quedaros a solas, la acompañé a la suya, me invitó a tomar unas cervezas y bueno…

—No me lo puedo creer… ¿Y lleváis todo este tiempo sin decirnos nada?

—Ya te he dicho que estamos tanteando el terreno. No queríamos decir nada hasta que la

cosa fuera más seria. Es que contigo es imposible ocultar algo —protesta, haciéndose el enfadado.

—Eso te pasa por bocazas —bromeo, riendo—. No sabes cuánto me alegra. Sois maravillosos y, a decir verdad, hacéis buena pareja.

—¿Tú crees? A veces lo dudo. Ella es tan habladora, tan alegre, y yo… soy más bien un muermo.

—Y un tipo que sabe lo que quiere, sensato, cosa rara hoy en día. No te infravalores. Los polos opuestos se atraen, ¿no lo sabías? —Le guiño un ojo.

—Laura y tú no sois tan distintas.

—¿Cómo que no? —replico rápidamente—. Eso lo dices tú. —Mi mente viaja a nuestros primeros días de noviazgo en León, cuando la veía muy diferente a mí, tanto que quería empaparme de su esencia con cada beso—. Solo porque en el trabajo soy más decidida no significa que lo sea en mi vida personal. Todavía tengo muchos miedos que me quitan el sueño. Pero supongo que aprendí a convivir con ellos.

—¿Lo dices por tus padres?

—Y por mí misma. Con Laura siento una seguridad que nunca tuve con nadie, pero aún temo estropearlo todo, volver a ser la mujer insegura que retrocede en vez de avanzar.

—No creo que eso ocurra —aclara él, sujetándome las manos sin dejar de sonreír—. Has madurado, y tu divorcio con Carlos te dio la libertad que no sabías cómo abrazar.

—Y mira cómo acabaron las cosas con Clara —le recuerdo.

—Ella no era la persona indicada. Pero Laura… os he visto juntas, y sé que ningún miedo podrá acabar con lo que tenéis. Date la oportunidad de ser feliz sin preocuparte por lo que pueda pasar.

Me abrazo a él y apoyo la mejilla en su pecho. Marcos es como un hermano para mí, siempre está ahí para ofrecer su apoyo o sus palabras de aliento. Me encanta la idea de que nuestro negocio crezca estando juntos, con la misma ilusión con la que lo abrimos por primera vez. Me separo, y mientras pongo mis manos sobre su pecho, me doy cuenta de que ha llegado el momento de hacer algo que nunca había tenido el valor de enfrentar.

Sin decir nada, voy al mostrador, busco mi teléfono en el bolso y marco el número de mi madre. Tres pitidos suenan antes de que su voz me responda. Me muerdo un nudillo, nerviosa.

—Mamá, voy a ir a cenar a casa el jueves. Quiero que conozcáis a Laura.

Se forma un tenso silencio durante dos segundos, y acaricio mi cuello mientras espero su

respuesta.

—Muy bien, cariño, pero dime qué le gustaría cenar. Ya sabes que, con la comida, se hacen buenas migas.

—Claro, serás la primera en saberlo. ¿Puedes avisar tú a papá?

—Yo se lo digo. Y habla también con tu hermana, para que estemos todos.

La felicidad que percibo en su voz me arranca una sonrisa que no podré quitarme en toda la tarde.

—Le mando un mensaje. Te quiero, mamá.

—Te quiero, hija.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla un rato. Marcos se acerca, me da un beso en la frente y se va a la cocina, seguramente para aprovechar los últimos minutos antes de cerrar. Yo me siento en el taburete y dejo el teléfono sobre el mostrador, mientras hecho un vistazo a mi alrededor. Pienso en todas las cosas que podremos hacer cuando compremos el local de al lado, aunque eso signifique tomarnos unas vacaciones forzadas más largas.

La idea me provoca un cosquilleo en el estómago que disfruto en silencio. Al rato, vuelvo la atención al teléfono y escribo un mensaje con la felicidad temblándome en los dedos.

Vega: Tengo dos noticias (buenas) que darte. ¿Desayunamos juntas antes de ir al trabajo?

Pulso «Enviar» y sonrío, consciente de que, por fin, todos mis sueños se están haciendo realidad.

31

LAURA

Abril, 2013. León.

Estaba empapada por la lluvia, pero ni el frío que me calaba hasta los huesos dolía tanto como la verdad que se me clavó en el pecho con la fuerza de un puñal. La noticia no solo llegó al trabajo, sino que muchos de mis compañeros comentaban con entusiasmo la boda y lo bien que lucían como pareja. Dos familias importantes en sus respectivos negocios que se unían gracias a la mujer que me rompió el corazón. Hacía un esfuerzo sobrehumano para no llorar, pero mi alma temblaba de dolor. Quería correr, esconderme tras la primera puerta que encontrara y no volver a salir jamás.

No sé por qué le envié ese mensaje pidiéndole vernos, cuando dentro de mí solo había un fuego que arrasaba con todo sin darme opción a poder siquiera respirar. Y, aun así, reuní el poco valor que me quedaba, solo para cerrar esta historia de una vez por todas.

Habían pasado casi tres meses desde que decidí terminar con Vega, después de sus evasivas y constantes negativas a presentarme a su familia o a tratarme como su pareja fuera de las cuatro paredes de nuestro apartamento. Ni siquiera el fuerte amor que sentía por ella fue suficiente para salvarnos del huracán de sus miedos. O al menos, eso creía yo.

—Laura, ¿qué haces a la intemperie? Estás empapada. —Su voz me sacó de mis pensamientos, y al mirarla, vi en sus ojos una preocupación que me supo a poco.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —respondí con sarcasmo, sin apartar la vista de ella.

—Tienes los labios morados y estás temblando. Vamos adentro.

A mi espalda estaba una de las cafeterías donde habíamos compartido risas en algunos de nuestros mejores momentos juntas.

—No estoy temblando por el frío —repliqué con desprecio, me limpié la frente y aparté el cabello mojado de mi cara—. ¿Cómo pudiste mentirme tanto? ¿Cómo fuiste capaz de usarme como si fuera una simple colilla?

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando? Jamás en la vida se me ocurriría hacerte algo así.

Solté una risa amarga, y ella frunció el ceño, sin entender el por qué de mis palabras. Estuve a punto de abofetearla, de dejar salir toda la rabia que llevaba dentro, pero no estaba

segura de si merecía ni un poco de mi ira.

—Enhorabuena por tu boda con Carlos. Menuda jugada te has marcado, y yo, como una tonta, esperando meses a que me dieras un lugar que nunca tuve en tu vida.

—Eso no es cierto. —Vega se acercó y me tomó las manos. Vi un ápice de dolor en su mirada, pero no pude creerle—. Nunca te he usado. Sabes que yo te...

—¡No te atrevas a decirlo! —Solté mis manos y ya no pude contener las lágrimas—. ¿Todavía tienes el valor de presentarte aquí y decirme que me quieres? No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza. Doy gracias por haber roto contigo y dejar de vivir en una mentira. Está claro que me utilizaste a tu antojo. Ya has encontrado a tu alma gemela, espero que lo disfrutes —mascullé con un tono entre odio y dolor. Apreté los labios y recogí lo poco que quedaba de mis fuerzas—. Me voy de León. Ya no tendrás que cruzarte conmigo nunca más, podrás disfrutar de tu vida sin poner más excusas.

—Espera, yo no... —La vi al borde de las lágrimas mientras me sujetaba la muñeca.

Pero no quise quedarme ni un segundo más. La aparté con desprecio y me fui sin mirar atrás. Recorrí las calles de mi ciudad entre sollozos, y al llegar a casa, me derrumbé, prometiéndome a mí misma que nadie volvería a hacerme tanto daño.

Nunca más.

. . .

Mayo, 2024. Bilbao.

—Te prometo que no te van a comer. Intenta no estar tan nerviosa, ¿vale? Todo va a salir bien.

Vega sostiene mis manos y las acaricia, dándome la calma que necesito. Ha aparcado el coche un poco lejos de la casa de sus padres, lo que me da unos minutos para respirar y tratar de amenizar los temores que tengo sobre su posible rechazo. No quiero decirlo en voz alta, pero estoy segura de que lo ha notado; siempre ha sabido leerme bien. Me da un beso suave y entrelaza nuestros dedos.

—No quiero que tengas problemas con ellos, solo eso —comento e intento controlar mi voz—. Sé que son importantes para ti, y no estarías bien si esto no sale como esperas.

—La única que me importa eres tú —responde, deteniéndose para mirarme con total sinceridad—. Quiero que esto salga bien y que te quieran tanto como yo, pero si no es así, justo

delante de mí tengo lo único que deseo en este mundo, junto a Javier. No te preocupes, ¿vale?

—Lo intentaré, te lo prometo —le aclaro, besándola mientras acaricio su cuello.

El camino hacia la casa de sus padres se me hace eterno. Contemplo cada paso y los cuento, al compás del latido de mi corazón. Tengo ganas de cruzar esa puerta y dejar en la calle los miedos y la sensación de que algo podría salir mal.

Vega me dedica una última sonrisa antes de llamar al timbre, sin soltarme la mano. Cuando la puerta se abre, veo a su hermana. La recordaba mucho más joven, casi una adolescente. Es increíble lo mucho que se parecen ahora que han pasado los años.

—Ya estáis aquí, un segundo más y me tiro por la ventana —exagera, antes de abrazarme sin darme tiempo a reaccionar—. Bienvenida, Laura —añade, me dedica un guiño y pone las manos sobre mis hombros—. No sabes cuánto me alegré cuando mi hermana me contó que os habíais reencontrado. ¡El destino ha hablado!

Rompe a reír, y aligera tanto el ambiente que yo también lo hago.

—Todavía no me lo creo. Si soy sincera, a veces pienso que es un sueño del que me van a despertar en cualquier momento.

—Si eso pasa, quiero seguir a tu lado —comenta mi chica.

—Ay, dejad de ser tan cursis. Que yo estoy solterísima y me dais una envidia... —Se encoge de hombros y nos deja pasar—. Mamá está en la cocina.

—¿Y papá? —pregunta Vega. El semblante de su hermana se ensombrece un poco, y la hace carraspear antes de contestar—: Sigue molesto.

—Es testarudo, pero no le des demasiada importancia. Seguro que cuando te conozca se le pasa. Sabes que quería mucho a Carlos.

—Todo el mundo lo hacía, pero así son las cosas —responde Vega con un toque de frustración.

Le acaricio el brazo, y sonrío mientras niego. Ahora es ella quien parece nerviosa, y su gesto me parece tan adorable que me entran ganas de besarla hasta que se le pase. Pero cruzamos la puerta, y enseguida noto el olor a especias que proviene de la cocina. Dejamos las chaquetas, y sostengo la bolsa con los pastelitos que hemos traído.

En cuanto nos ve, su madre deja lo que está haciendo y se acerca amigable.

—¿Por qué no me has dicho que ya habían llegado? —le reclama a Sofía.

—Si no te metieras en tu burbuja cuando cocinas...

—Parece que su hija ha heredado eso de usted —comento, imaginando a Vega entre

fogones.

—Rosario, por favor, no me llames de usted —dice y me saluda con dos besos—. Qué alegría tenerte aquí, Laura, y ver lo feliz que haces a mi hija.

Vega se sorprende, y su hermana pone la misma expresión. Está claro que no esperaban una reacción tan cálida de su madre.

—Igual que ella a mí. La vida nos ha dado una segunda oportunidad y... no puedo negar que es maravilloso —respondo.

—Solo hay que ver la cara que pone cuando habla de ti para saber cuánto te quiere —añade Rosario, con emoción en la voz. Siento un cosquilleo en el estómago, y ella me acaricia el brazo —. En fin, termino con esto en un momento. Poneos cómodas, vamos a tomar un aperitivo antes de cenar.

—Vale, mamá.

Sofía le da un beso en la mejilla, y nos sentamos en el sofá. El nudo en el pecho empieza a deshacerse, pero cuando el padre de Vega aparece por el ventanal que da al jardín, no puedo evitar sentir una punzada de nervios, ni tragar saliva. Nos mira, y lo que veo en su expresión no me tranquiliza, incluso me incomoda. Sin embargo, se esfuerza y se acerca para dar un par de besos a sus hijas antes de ponerse frente a mí con una sonrisa forzada.

—Manuel, encantado de conocerte —dice, extiende su mano y se la estrecho en un saludo que me sabe muy frío, y sé que a Vega tampoco le ha gustado—. Qué coincidencia, ¿verdad? Después de que todos nos alejáramos de León, terminas de nuevo cerca de Vega.

—Sí, la verdad es que sí —respondo, mordiéndome el interior de las mejillas.

—Le decía a mamá que el destino había hablado —interviene Sofía, en un claro intento por romper la tensión.

Manuel asiente, y yo acaricio con los dedos el borde de mi blusa, en un intento por que la situación no se vuelva más incómoda, a pesar de que sé que no pondrá mucho de su parte. No quiero que Vega sufra por ello, por eso le sonrío y dejo una caricia sobre su muslo.

—Nunca pensé que volvería a encontrarla aquí —aclaro. Dejo que la felicidad asome en mi sonrisa, la misma que siento cada mañana cuando despierto y me doy cuenta de lo afortunada que soy—. Lo único que sé es que esta vez quiero que todo salga bien, y que voy a hacerla feliz todo el tiempo que pueda.

—¡Esto ya está listo! —Rosario entra con una bandeja de aperitivos, y la tensión se disuelve de golpe.

Manuel asiente, echándonos una última mirada antes de sentarse junto a Sofía, quien

empieza a hablar sobre su trabajo para aligerar el ambiente y distraer a su padre de nosotras.

Vega entrelaza sus dedos con los míos y me lanza una mirada que me tranquiliza. Sé que todo irá bien, pero no puedo evitar pensar que la relación con su padre se ha enfriado y complicado desde que se enteró de lo nuestro. Si antes me dolía no haber podido compartir con ellos una comida o un vino, ahora solo siento más amor y admiración por la mujer que tengo a mi lado. Su valor al enfrentar este reto y buscar encajarme en este puzle, donde todavía existen padres que no ven con buenos ojos una relación como la nuestra, hace que la quiera todavía más.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído.

—Mucho —respondo. Y aunque no es del todo cierto, sí sé que soy feliz, sobre todo porque las cosas entre nosotras han cambiado para mejor.

Es curioso esto del destino. Durante años levanté muros por miedo a no estar preparada para una relación verdadera, cuando lo único que necesitaba era retroceder y buscar a la única persona que siempre ha tenido un lugar en mi corazón.

Mientras la conversación fluye entre los demás y los aperitivos se reparten, mi mente regresa al pasado. Durante mucho tiempo creí que había sido víctima de una historia rota, que Vega no me había querido lo suficiente como para enfrentar sus miedos. Pero ahora, y después de todo lo que hemos vivido, me doy cuenta de que fui demasiado dura, que nunca le di el espacio para abrirse a su propio ritmo. Me alejé, cegada por mi propia inseguridad, sin esperar a que ella encontrara la valentía que hoy veo en cada uno de sus gestos.

Puede que el destino nos haya dado una segunda oportunidad, pero no ha sido este el que ha hecho que estemos aquí, sino ella y su decisión de luchar por nosotras, por este amor que ha crecido incluso cuando no estábamos cerca. Siento la presión de sus dedos entrelazados con los míos y, al mirarla, Vega me sonríe con esa ternura que lo dice todo. En sus ojos hay una calma que me inunda de tranquilidad, me inclino hacia ella, rozando su mejilla con mis labios en un gesto apenas perceptible, pero cargado de todo lo que no puedo expresar en ese momento.

Ella me devuelve el gesto y en ese pequeño instante de silencio compartido, sé con total seguridad que el amor que nos une ahora es más profundo que cualquier obstáculo. Lo que alguna vez creí imposible, se ha convertido en lo más importante que tengo en la vida.

32

VEGA

La casa está llena de trastos, y los juguetes de Javier siguen esparcidos por el salón, mientras él permanece inmerso en su mundo imaginario y creativo, ese que me hace sonreír con solo prestarle atención. Sin embargo, lo que realmente me saca una sonrisa tonta es ver a Laura tirada en el suelo junto a él, montando un circuito de carreras de Playmobil, listo para una competición que promete risas y gritos, sobre todo, muchos gritos.

Tengo casi lista su fruta de la merienda, pero me resisto a interrumpir ese momento entre ellos.

—Mi mamá sonríe mucho cuando estás aquí —suelta Javier de repente.

—¿Ah, sí? —responde Laura, sin levantar la mirada de lo que está haciendo—. ¿Y a ti, qué te parece eso?

—No sé... —El pequeño se encoge de hombros mientras le quita el coche de las manos—. Me gusta que siempre se ría y que esté contenta, porque me da más chuches.

—Eso sí que es una buena recompensa —contesta Laura, divertida.

—Pues este señorito no verá una chuche más si no se come la merienda ahora mismo y recoge este desastre —intervengo con tono firme, pero con una sonrisa en los labios.

—¡Pero mamá! ¡Laura y yo íbamos a jugar a las carreras! —protesta él, poniéndose en pie y cruzando los brazos, claramente molesto.

Levanto las cejas al verle fruncir el ceño. Estoy a punto de ceder a sus encantos, pero me mantengo firme y dejo el plato y un vaso de leche sobre la mesa de centro.

—A las carreras se juega después de terminar los deberes y hacer caso a mamá. Me prometiste que no discutirías estas cosas, ¿lo recuerdas?

—Vaaaaale... —responde Javier, dejándose caer en el sofá como si cargara con el peso del mundo. Laura apenas puede contener la risa.

«Ojalá mis preocupaciones fueran tan simples como las de él», pienso mientras enciendo la televisión y pongo uno de sus programas favoritos, Mientras merienda, aprovecho para empezar a recoger el desastre entre suspiros.

—¿A qué viene esa cara? Desde la otra noche te noto un poco... dispersa —pregunta Laura, inclinándose para ayudarme con los juguetes.

—No lo sé, creo que lo de mi padre me tiene un poco afectada. No pensé que a estas alturas se comportaría de manera tan fría —murmuro, encogiéndome de hombros.

Por suerte, Javier está más concentrado en la fruta y el programa de televisión que en la conversación. Es igual de intuitivo que su padre, y no quiero que empiece a hacer preguntas también.

Laura sigue ayudándome y guardamos todo en las cajas que llevamos al dormitorio de mi hijo, donde agradezco que no haya el mismo caos que en el salón. Una pequeña sonrisa se me escapa al ver que ha recogido sus deberes, aunque ha dejado un dibujo fuera. Al verlo, me quedo sin palabras: es un retrato de él, Laura y yo, agarrados de la mano y sonrientes. La caja tiembla en mis manos mientras las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

—¿Ves? No todo el mundo piensa que lo nuestro es horrible —comenta ella y acaricia el papel donde Javier nos ha pintado—. De hecho, creo que solo debería importarte su opinión. Y por lo que he visto, empiezo a caerle bien —añade, orgullosa.

—Me parece que no solo le caes bien... —musito, ahogada por la emoción—. Hacía mucho que no lo veía tan contento.

—Eso es porque su mamá es feliz. Y tendrías que quedarte con eso. —Me quita la caja de las manos, la deja en su sitio y se acerca a mí—. Llegará el momento en que Manuel nos vea con la misma sonrisa que Javier. Estoy segura, solo tienes que darle tiempo. A veces a los padres les cuesta ver la realidad, porque han creado su propio mundo imaginario. Pero te quiere, lo vi en sus ojos.

—¿Y qué pasa contigo? —pregunto.

—¿Qué va a pasar? Yo estoy enamorada de ti y no necesito más que eso. Bueno, y el cariño de un niño al que estoy empezando a querer un montón —añade con naturalidad.

La facilidad con la que disipa mi malestar siempre me sorprende. Con ella, no necesito palabras para expresar lo que siento, me basta con abrazarla y quedarme unos segundos sintiendo su corazón latir cerca del mío. Jamás imaginé que la tendría de nuevo a mi lado, y mucho menos ser la mujer que ocupa cada uno de sus pensamientos.

Mirarla y ver mi reflejo en ellos es un regalo que me hace soñar despierta e imaginar un futuro juntas cada noche.

—Me encanta que estés aquí, y también que sonrías cada vez que Javier te convence para jugar un rato más con él —confieso con una sonrisa sincera.

—Es imposible decirle que no con esa mirada de gatito que tiene. Es un gesto que ha heredado de ti, por si no lo sabías —responde, entre risas.

—¿De mí? No creo...

—¡Cómo que no! —exclama fingiendo sorpresa y se cruza de brazos en un gesto teatral.

Lo que veo va más allá de una simple broma. Es un desafío, uno de esos juegos que empezamos desde el primer día que nos conocimos en aquel restaurante de León. Al principio finjo que no tengo idea de qué habla, pero enseguida me acerco a ella con una sonrisa traviesa, lista para aceptar el reto.

Nuestros labios apenas se rozan, y su perfume me envuelve, tal y como me gusta.

—No sabes lo mucho que me atraes —murmuro, casi en un susurro.

—Creo que me hago una idea —me recuerda, con una sonrisa pícara.

—¡Mamá, ya he terminado! —grita Javier desde el salón.

A pesar de romper nuestra burbuja, no lo hace con el encanto del momento, porque hasta las risas que provoca forman parte de un recuerdo que pienso atesorar toda la vida, y también, traer de vuelta a mi cabeza cada vez que la eche de menos y no la tenga en casa.

Regresamos al salón y comprobamos que, efectivamente, se ha comido toda la fruta y recogido algunos libros que tenía tirados por ahí. Nos mira fijamente, en silencio, como si intentara descifrar qué estábamos haciendo mientras él no estaba.

Esa curiosidad no desaparece cuando llega la hora de acostarlo, y me pregunta varias veces si Laura va a quedarse a cenar o si volverá otro día para jugar más a las carreras. Cada una de mis respuestas dibuja una nueva sonrisa en su rostro y me da un nuevo ingrediente de felicidad que añadir a los que ya se han reunido en mi corazón. El miedo se apodera de mí por unos segundos cuando le doy un beso de buenas noches y salgo del dormitorio. Todo lo que vivo a diario es tan maravilloso que temo que la burbuja estalle en cualquier momento. Pero ese temor se disipa pronto, sobre todo al encontrarme de nuevo con la sonrisa de Laura, que me espera en el sofá, sin apartar la mirada de mí.

—Hoy no te ha costado tanto que se fuera a dormir.

—Eso es porque está contento —respondo, acercándome a ella para besarla—, y creo que tú tienes la culpa.

—Más bien las dos —replica. Coloca las manos en mi cintura y me atrae hacia su cuerpo —. Javier tiene una madre maravillosa y yo... una novia que me quita el aliento.

Mi cuerpo se estremece al escucharla, y cuando estoy a punto de responder, sus labios atrapan los míos en un beso que me hace temblar de pies a cabeza.

—Puedo decir lo mismo... —musito sin separarme de ella ni un solo centímetro. Verme de

nuevo en su mirada me deja claro cuánto deseo esto—. ¿Ibas a cocinar tú?

Niega con la cabeza, sonriendo.

—En realidad, tenía otra cosa en mente.

El mundo parece detenerse. Esa conexión que siempre hemos tenido, ese vínculo que nunca se rompió a pesar de todo lo que pasamos, está presente, tan fuerte como siempre, y lo siento solo con mirarla. Miro mi propio reflejo y me doy cuenta de lo mucho que me sigue volviendo loca.

—¿Entonces quieres que pidamos algo de cenar? —pregunto en voz baja.

Ella me mira con una sonrisa que ilumina todo su rostro y me hace sentir que estoy en casa, por primera vez en mucho tiempo.

—No, no tengo ese tipo de hambre —responde con voz suave y no tarda en acariciar mi cuello con sus dedos.

Hay cierto brillo en sus ojos, un deseo que refleja el mío. Me siento a su lado, tan cerca que nuestras piernas se tocan, y el simple roce de su piel contra la mía envía una oleada de calor a través de todo mi cuerpo. Me inclino hacia ella, y antes de que pueda decir algo, sus manos están en mis mejillas, suaves pero firmes, como si necesitara asegurarse de que esto es real.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso lento, uno que comienza con una ternura que me derrite por dentro. Pero, a medida que nuestras bocas se encuentran, el beso se vuelve más profundo, más apasionado, y puedo sentir cómo su deseo se refleja en cada movimiento. Mis manos comienzan a explorar su cuerpo, cada curva, cada rincón que he aprendido a conocer tan bien, pero esta vez como si necesitara memorizarla de nuevo, como si necesitara grabar su presencia en mi piel.

Laura se recuesta en el sofá, atrayéndome hacia ella, y nuestros cuerpos se acomodan en un ritmo familiar, uno que habíamos olvidado, pero que ahora vuelve a nosotras con una facilidad que me sorprende. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras nuestras respiraciones se mezclan y la ropa desaparece, creando una sinfonía íntima solo para nosotras. Deslizo mis dedos por su cuello, bajándolos lentamente por su clavícula mientras siento la suavidad de su piel bajo mi tacto, y cuando ella suspira, el sonido se convierte en un eco que recorre mi alma y se instala en lo más profundo de mi ser.

Mi boca sigue el camino que mis manos han marcado. Beso su cuello, su hombro, cada parte de su cuerpo que puedo alcanzar. Siento cómo Laura tiembla bajo mi toque, cómo su piel se eriza con cada caricia, y eso solo hace que mi deseo crezca aún más. No hay prisa en nuestros movimientos, solo una necesidad profunda de estar juntas, de sentirnos, de recordar lo que es

compartirnos desde que nos conocimos.

—Cuánto te he echado de menos estos días —murmuro contra su piel.

Mis labios rozan su oído y después dejo un mordisco en su barbilla.

—Yo también... —responde con la voz cargada de deseo—. No sabía cuánto te necesitaba hasta que volviste a mi vida.

Sus palabras me llegan al corazón, y siento una punzada de amor tan fuerte que casi duele. Quiero decirle lo que siento, todo lo que he guardado dentro durante tanto tiempo, pero en lugar de palabras, le ofrezco mis caricias, mis besos, y dejo que mi cuerpo hable por mí. Mis manos recorren su espalda, sintiendo cada músculo, cada reacción, y las suyas hacen lo mismo conmigo. Exploran cada curva de mi cuerpo como si quisiera guardarlo en su memoria para siempre, y cuando sus dedos se enredan en mi pelo, tirando suavemente, siento cómo me estremezco de placer.

Nuestros labios se encuentran una y otra vez, cada beso es más profundo, más hambriento que el anterior. Me pierdo en ella, en la manera en que su interior responde a mi encuentro, en la forma en que sus suspiros me envuelven como un abrazo cálido. Atrapo uno de sus pechos en mi boca y marco círculos con la lengua mientras entro y salgo de ella a placer. Quiero explorar cada centímetro de su piel, hacerla gritar de placer, y que sepa, sin ninguna duda, cuánto la amo.

Laura arquea la espalda cuando mis labios llegan a la curva de su cadera, y su reacción me confirma que esto es real, que no es un sueño. Porque cada caricia reafirma lo que somos, lo que hemos sido y lo que seremos en el futuro.

—Eres tan hermosa —susurro, levantando la vista para encontrarme con sus ojos.

Ella me mira con una intensidad que me deja sin aliento, y en ese momento, lo único que me importa es hacer que su corazón explote. Nuestros cuerpos se mueven juntos, como si estuvieran hechos para encajar de esta manera, como si el destino hubiera planeado este momento desde el principio. No hay espacio entre nosotras, ni físico ni emocional, y mientras sus manos recorren mi espalda y sus labios se posan en mi cuello, siento que cada parte de mí está siendo tocada, amada, adorada y poseída hasta el punto de que ya ha escrito su nombre por todas partes.

—Te he necesitado tanto que, por un segundo, pensé que me volvería loca si no te volvía a tener —confiesa Laura con la voz temblorosa por la emoción.

—No pienso dejar que te olvides de mí, jamás —respondo entre susurros.

Nos tocamos, nos sentimos, y mientras nos movemos, el mundo desaparece, dejando solo el amor que compartimos. Cada beso, cada susurro, cada roce es el reflejo de lo que siempre

hemos sentido, de lo que queremos, de todo lo que somos; y mientras nuestros cuerpos se enredan, me doy cuenta de que siempre la elegiré a ella. El orgasmo nos invade con la piel perlada en sudor y una satisfacción que late en mi corazón. Nos abrazamos con fuerza, y en ese abrazo me reencuentro a mí misma, con lo que llevo necesitando desde años.

—Dime que no volveremos a separarnos —le susurro, emocionada.

Laura levanta la cabeza, me mira y traza pequeños círculos en mi brazo con sus dedos.

—Lo prometo —responde, con esa sinceridad que solo veo en ella.

Y así, nos quedamos en nuestro pequeño mundo, sabiendo que, después de todo, hemos encontrado el camino de vuelta la una a la otra.

33

LAURA

Lo primero que hago al despertar es acariciar el lado vacío de la cama. Me desperezo, enredo los dedos en las sábanas y me giro para recibir el aroma del perfume de Vega, esas notas que ya forman parte de mi piel. Escucho una puerta cerrarse y, al ver la hora en el reloj, me incorporo de golpe al recordar qué día es.

—¿Ya te has despertado? —pregunta Vega, que aparece por la puerta. Se queda apoyada en el marco, con los brazos cruzados y sin apartar la mirada de mí—. Carlos se acaba de llevar a Javier, así que tenemos un rato a solas antes de prepararnos.

Hoy es el día del evento y, al pensarlo, los nervios se apoderan de mí y borran la tranquilidad que he sentido al despertar. Ella parece darse cuenta, se acerca y se desliza por la cama hasta quedar cerca de mí. Pasa una de sus piernas por encima de las mías, y el roce de sus labios con los míos me arranca un suspiro, disipando los nervios que laten en mi pecho. Su cercanía me devuelve al recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo, sus labios besando cada centímetro de mi piel, nuestros susurros y la forma en la que nos abrazamos al caer rendidas.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila —comento, intentando contener el temblor en mi voz.

—Porque sé cómo funcionan estas cosas. Si algo tiene que salir mal, lo hará, y ni tú, ni yo, ni nadie, podrá evitarlo.

—Pues con esa esperanza que me das...

—Va a salir bien, tanto que el señor Gutiérrez querrá que le organices la próxima presentación y todas las que vengan después —afirma con convicción.

Podría estar hablando por hablar, pero lo que veo en los ojos de Vega es otra cosa: verdad, orgullo y el deseo por ver cómo saldrá todo.

—No sé qué haría sin ti, siempre logras animarme, incluso cuando dudo de mis propias capacidades —comento, y dejo escapar un suspiro de alivio.

—Con la experiencia que tienes, ya deberías confiar un poco más en ti. ¿No crees? —Vega sonríe de esa manera que me roba el sentido, mientras me acaricia el hombro con los dedos, trazando pequeños círculos con delicadeza, y a la vez, con esa picardía que ya sé reconocer en ella—. Será un éxito, y más vale que te quites ese miedo de la cabeza, porque ahora mismo solo

quiero hacer una cosa.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo no saber a qué se refiere.

Ella sonríe y se mete entre las sábanas. Sus manos buscan las mías y atrapa mis muñecas mientras me besa, acelerando mi corazón. Cierro los ojos y la imagino sobre mí, entre caricias, sumando suspiros de placer con cada beso que me entrega en sus lugares favoritos, como si marcara un recorrido diseñado solo para ella. Disfrutar de este momento a solas justo hoy le da sentido a todos esos días difíciles, a las dudas que casi me hicieron rendirme. Pero ahora tengo todo con lo que alguna vez soñé, y pienso disfrutar este evento como si fuera el último de mi carrera.

. . .

Salimos a regañadientes del piso, con la ropa para esta tarde guardada en un par de bolsas y un poco de prisa en nuestros pasos. Llevamos unos minutos de retraso y ya tengo el teléfono lleno de mensajes de Marta, que parece haber despertado más nerviosa de lo habitual. Álvaro también me ha escrito: las cosas ya están llegando a SILO, y seguro que Marcos ya se ha puesto manos a la obra.

Sé que todo el equipo iba a estar allí desde primera hora de la mañana, así que me mantengo bastante tranquila. Miro a Vega, que sonríe mientras conduce, y me detengo un segundo a disfrutar de este instante. Me imagino siendo capaz de detener el tiempo, atrapada en su mirada brillante, en el gesto que dibuja, que hace que me enamore un poco más de ella y de lo que hemos vivido. Incluso llegué a pensar que era imposible quererla más, hasta que me demostró lo contrario cada vez que he despertado a su lado, o cuando me encontraba con mi desayuno favorito esperándome en la cocina. Odio haber perdido tantos años lejos de ella, y un regusto amargo se instala en mi pecho. Pero el malestar se desvanece al sentir su caricia mientras el semáforo se pone en verde.

—Todo va a salir bien, ya verás. —Me guiña un ojo y se concentra de nuevo en la carretera.

El trayecto dura un poco más de lo esperado por culpa del tráfico, y al llegar, nos encontramos a Marta esperando en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de impaciencia. Al verla, sé que algo no va bien. Me despido de Vega con un beso rápido y me quito el cinturón.

—Voy a ver qué pasa. ¿Llevas los trajes adentro?

—Sí —responde ella, mientras baja del coche con las bolsas.

Respiro hondo y me preparo para enfrentar lo que sea.

—¿Se puede saber dónde estabas? Dijiste que estarías aquí temprano —me recrimina Marta, dándose golpes en su propio brazo con el dedo índice—. ¡Esto es un desastre, un completo desastre! Sabía que algo tenía que salir mal.

—Primero, respira —le sugiero y apoyo con calma una mano en su hombro—. Y segundo, el tráfico estaba imposible, además, tuvimos que esperar a que Carlos se llevara a Javier.

Marta mira por encima de mi hombro y ve a Vega caminar hacia nosotras con los trajes en las manos. Al instante, su expresión cambia, y el rubor sube a sus mejillas. Carraspea y se lleva una mano a la frente.

—Los camarones no van a llegar. Han tenido problemas con el proveedor y no podrán abastecernos. ¿Puedes creerlo? Hasta ese nivel de poca profesionalidad llegamos. ¡Y por si fuera poco, las flores también están mal! Porque se han equivocado con los colores… ¡Va a ser un desastre! —exclama, casi al borde del pánico. En lugar de preocuparme, sonrío—. ¿De verdad te lo tomas así de normal? —añade, sorprendida.

—¿Cómo quieres que me lo tome? —respondo tranquila. Pongo las manos sobre sus hombros, echo un vistazo al interior y veo a Vega darse un par de besos con Marcos—. Estamos todos aquí, y no es el fin del mundo que no tengamos camarones. Nuestro chef es un hacha en la cocina, seguro que encontrará una solución.

—¿Y las flores?

—Lo importante es destacar el elemento central del evento, y eso es lo que haremos. Para eso hemos venido temprano y estaremos aquí todo el día, ¿recuerdas?

Marta exhala y enseguida relaja los hombros.

—Ahora entiendo por qué la gente se pelea por trabajar contigo. —Suelta una carcajada nerviosa. Echa la cabeza hacia atrás y tira todo el aire que tiene en los pulmones —. Creo que después de esto, Marcos no va a querer saber nada de mí. Se habrá pensado que soy una histérica.

—¡Anda ya! Sabes que esta faceta tuya forma parte de tu encanto —bromeo y recibo un manotazo—. Sabes que es verdad —aclaro. Ella rompe a reír y asiente, seguro que recuerda las veces que se puso así cuando trabajábamos juntas en Madrid, aunque yo tampoco manejaba bien la improvisación en aquellos tiempos—. Vamos adentro y nos ponemos manos a la obra, que el tiempo pasa muy rápido y a veces, ni nos damos cuenta —sugiero, mientras ella me sigue con una sonrisa.

—Creo que sé precisamente por qué me lo dices.

. . .

Horas después, el ambiente está en su punto y es exquisito. Los invitados empiezan a llegar, y el lugar se llena de murmullos, risas y el ir y venir del personal que trabaja esta tarde-noche. El tsunami inicial se ha convertido en una suave corriente de éxito y después de que Marcos se pusiera manos a la obra, ha superado las expectativas hasta el punto en que la *jambalaya* está incluso mejor que en las pruebas anteriores.

Me encuentro en el aseo, retocando mi maquillaje, que combina perfectamente con el vestido negro que he elegido y mi pelo suelto. El ruido del evento me llega desde fuera, y estoy segura de que pronto empezará lo mejor de la presentación.

Guardo el maquillaje en mi bolso y me miro en el espejo dedicándome una sonrisa antes de salir. El local está lleno de vida. Los camareros sirven canapés en las mesas que decidimos incluir, con taburetes que acogen a los invitados mientras conversan y disfrutan de sus cócteles. El ambiente no puede ser mejor y siento un cosquilleo delicioso en el estómago, señal de que todo ha salido bien.

En el fondo, el escenario está listo para que el señor Gutiérrez dé su discurso y presente la nueva línea de productos de *Lungo*, y admito que estoy deseando ver el anuncio final.

—Lo has conseguido. La gente está fascinada con la comida, los cócteles… por no hablar de la decoración, y la música. —La voz de Amanda me toma por sorpresa, y al girarme, la veo con vestido rojo espectacular—. Desde el primer momento supe que me sorprenderías, pero no esperaba tanto nivel.

— Llevo años en esto, sería delito no hacerlo —comento con humildad. No quiero darme tanta importancia porque esto ha sido un trabajo en conjunto, pero también debo reconocer cada una de mis virtudes —. Aunque sin este lugar, no habría sido lo mismo.

—Eso también es verdad. —Amanda sonríe, acaricia mi cuello y aparta un mechón de mi cabello, en un gesto me incomoda un poco—. Es una lástima que lo nuestro no llegara a buen puerto —comenta con una sonrisa—, desde el primer momento me pareciste una mujer muy interesante.

—Ya, sobre eso... lamento si te di la impresión equivocada, pero ni yo sabía lo que quería en ese momento —respondo, buscando a Vega con la mirada.

La veo en la cocina, a pesar de que Marcos le pidió expresamente que no se perdiera ni un

segundo del evento. La veo morderse el labio inferior y después se ríe cuando él la fulmina con la mirada.

—No te preocupes, si te ayudé a poner en orden tus sentimientos, no tengo nada que lamentar. Me alegra ver que estáis juntas otra vez, lo noté desde el principio —comenta mientras sujeta mi mano.

Nos abrazamos, y ella se despide con un beso en la comisura de mis labios. Me quedo sola por un momento, disfruto del ambiente, y decido ir a buscar unas copas para compartir con Vega. Pero antes de poder avanzar, alguien se interpone en mi camino.

—Parece que en Bilbao has hecho buenas migas con mucha gente —comenta Clara, con una sonrisa sarcástica que me hace poner los ojos en blanco.

—No estoy para tus tonterías, ¿qué haces aquí?

—Tengo invitación. Unos amigos son socios de Gutiérrez y me hicieron el favor. No quería perderme el trabajo de Vega.

—Ya… —Sus palabras me irritan, pero no caigo en su juego. Me guardo un mechón tras la oreja y doy un paso, dispuesta a disfrutar del evento, pero ella se pone delante—. Clara, en serio no estoy para tonterías, por si no lo sabes, algunas trabajamos de verdad.

—Vaya, qué pronto sacas el carácter. Se acerca a mí y susurra—: Es una lástima que no te hayas dado cuenta de los jueguecitos que se trae Vega, por segunda vez. Que te haya presentado a sus padres no significa nada. Ya me lo agradecerás cuando te deje de lado por sus propios intereses, como hizo conmigo.

Se despide con un guiño y me deja clavada en el sitio. Sé por dónde van los tiros de su comentario, y aunque no quiero darle importancia, no puedo evitar un pequeño malestar al recordar cómo fueron las cosas la primera vez que estuvimos juntas. Todo ha pasado tan rápido que todavía no lo he digerido y, de repente, recuerdo que ella tuvo la suerte de conocerlos y acabar sola.

El señor Gutiérrez sube al escenario y llama la atención de los invitados al golpear el micrófono con un dedo. Trago saliva y aparto los pensamientos de Clara de mi mente. Vega sale de la cocina y nuestras miradas se encuentran. El ámbar de sus ojos me recorre, y no puedo evitar sentirme cautivada por el movimiento de sus piernas y el brillo de su piel en ese vestido verde. Se acerca, me besa y entrelaza sus dedos con los míos, guiándome hacia donde están Álvaro y Marta, preparados para disfrutar del final de esta gloriosa noche tras semanas de esfuerzo.

Las palabras de Clara se quedan dando vueltas en mi cabeza, como un eco molesto que no puedo ignorar. Aunque sé que su intención es herirme, no puedo evitar sentir cómo esa pequeña

semilla de duda se planta en mí, en lo más profundo de mi mente, en ese rincón que ni siquiera yo quiero mirar.

La conozco. Sé perfectamente que su comentario está lleno de veneno, que intenta desestabilizarme. Pero, una parte de mí no puede evitar preguntarse si en el fondo tendrá razón. ¿Y si Vega se cansa de mí, como supuestamente lo hizo con ella? Me esfuerzo por ahuyentar esos pensamientos, pero no es fácil. Las inseguridades son traicioneras, aparecen en los momentos más inesperados, y se quedan ahí, susurrando, haciendo que cuestiones incluso lo que más te importa.

Miro a Vega, que sonríe despreocupada mientras el señor Gutiérrez habla. Se ve tan feliz, tan segura de todo. La primera vez que estuvimos juntas, todo se rompió de una forma tan abrupta que me dejó marcada. Y ahora, hay días en los que todavía tengo miedo de que vuelva a suceder. No quiero perderla. No otra vez.

«Estoy contigo», me repito en silencio, mientras me aferro un poco más a su mano. «Y eso es lo único que importa.»

Sus dedos siguen entrelazados con los míos, y la calidez de su mano me ancla al presente. De vez en cuando, Vega me mira, dedicándome esas sonrisas que rompe cualquier barrera que intente levantar. Y aunque las dudas aparezcan, aunque en los momentos más oscuros me asalten los miedos, sé que lo único que realmente importa es precisamente esto. Porque, por más que las palabras de Clara intenten hacerme tambalear, el amor que tenemos me va a sostener para siempre.

34

VEGA

Los agradecimientos no se hacen esperar, y los aplausos llenan el salón antes de que el anuncio aparezca en pantalla, haciéndonos viajar al maravilloso universo del café durante unos segundos. Miro a los invitados y veo la felicidad reflejada en sus expresiones. Esa imagen me llena el espíritu y me hace sentir especial, con la energía suficiente para enfrentar el próximo reto; un proyecto que aún no he compartido con Laura porque quería tenerlo todo bien atado antes de poder decírselo.

El secreto mejor guardado de Sentidos está a punto de ver la luz, y mañana Marcos y yo firmaremos la compra-venta del local de al lado para su ampliación. Solo pensarlo me provoca un vuelco en el estómago y hace que mi corazón vibre de emoción, tanto que estoy a punto de romper la promesa que le hice a mi compañero al recibir la mirada de Laura.

—Lo hemos conseguido —susurra cerca de mi oído.

—Ha sido el mejor evento en el que he trabajado.

Los aplausos vuelven a sonar al final del anuncio, y los camareros, con movimientos elegantes, empiezan a servir los diferentes cafés de la nueva línea presentada. El aroma lo inunda todo, y siento la tentación de probar cada uno de ellos, aunque debo contenerme cuando reclaman la atención de Laura.

—No te muevas de aquí —me dice, dedicándome la mejor de sus sonrisas.

La he visto algo nerviosa durante la presentación, como si todo el rato tuviera miedo de que algo fuera a salir mal, pero ahora que veo su felicidad, no puedo evitar contagiarme del gran logro que hemos conseguido.

La sigo con la mirada, con la esperanza de que se gire y vuelva a mirarme de esa forma tan especial. Cuando lo hace, suspiro, completamente enamorada y consciente de la burbuja en la que me encuentro, una de la que no quiero salir jamás. Los dedos me pican, mi pecho cosquillea y siento el latido acelerado de mi corazón. Me siento tan bien que imaginar un solo día sin ella ya me parece imposible.

Llevo la atención a la cocina y veo la silueta de Marcos, que no ha dejado de trabajar ni un segundo, y hace que me sienta un poco culpable por estar aquí afuera, y no echándole una mano. Aprieto los labios y voy con él a pesar de su insistencia en que me quede con los invitados.

Apenas me ve, alza una ceja en señal de desaprobación.

—Déjame, al menos, asegurarme de que lo tienes todo bajo control.

—La última tanda ya está lista, en cuanto la sirva podré disfrutar un poco de la velada —responde encantado—. Además, tú y Laura os merecéis disfrutar del éxito.

—¿Y tú qué? Marta estará deseando que vayas con ella.

—No tardaré mucho, prometido.

Levanto las manos, rindiéndome, y regreso al salón. Pierdo a Laura entre la multitud, segura de que está recibiendo felicitaciones de Gutiérrez y sus hijos, quienes han prometido trabajar con nosotros en el futuro. Me impregno unos segundos del maravilloso ambiente que se respira antes de buscar ese café para disfrutarlo con ella.

Cuando finalmente la encuentro, la veo hablando cariñosamente con Amanda, y siento una punzada en el estómago. La manera en que ella le acaricia el brazo me despierta una ola de celos que trato de esconder con un carraspeo justo cuando veo a Clara acercarse. La verdad es que no esperaba verla esta noche.

—Se nota que estuvieron saliendo. Tienen esa conexión que se ve desde lejos.

Nuestras miradas van hacia ellas. Niego con la cabeza e intento no prestar atención a sus tonterías.

—Deja de meterte donde no te llaman, Clara. No estoy para tus jueguecitos, creo que ya te dejé claras las cosas —mascullo.

—¿Jueguecitos? Yo no necesito inventarme nada. Lo raro es que Laura no te haya dicho nada, sobre todo porque Amanda estuvo en las oficinas de Astra varias veces para almorzar con ella. —Frunzo el ceño, y continúa antes de que pueda preguntar—. ¿Cómo lo sé? Este mundo es un pañuelo, y las buenas noticias llegan a todas partes.

Me dedica un guiño antes de marcharse. La conozco bien y sé que a menudo lanza veneno por puro interés personal, pero al buscar de nuevo a Laura, no puedo evitar ver lo que insinúa: esa conexión existe. Lo noto en sus ojos, en su sonrisa al hablar con Amanda. Sé reconocer esa cercanía cómplice, porque es la misma que yo tuve desde el principio con ella. El malestar inicial se transforma otra vez en celos. Mi mente se inunda de preguntas y mi corazón se acelera al recordar el pasado. ¿Será por eso que ha estado tan rara? ¿Porque no quería que me cruzara con Amanda y lo supiera?

Decido acercarme sin pensarlo dos veces.

—Vega, ¿sabes si Marcos va a tardar mucho? —Marta se cruza en mi camino.

—Ahora no —respondo de forma cortante y avanzo hacia Laura, que se gira al oírme carraspear—. ¿Podemos hablar un momento? —le pido con el corazón en la garganta.

—Claro —responde con gesto de preocupación.

Amanda se despide y desaparece de nuestra vista. Me llevo a Laura a un rincón más apartado mientras noto cómo los nervios me invaden al intentar encontrar las palabras adecuadas. Me paso una mano por el pelo, sin saber bien por dónde empezar sin sonar injusta. La imagen de ellas hablando, tan cercanas, golpea mi mente y lo que me ha dicho Clara resuena en mi cabeza, como un torbellino que ya no puedo detener.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Mi voz suena más agresiva de lo que pretendía.

—¿Decirte qué? —Laura me mira desconcertada.

—¡No te hagas la tonta! —espeto. Ella mira a nuestro alrededor y después repara en mí. Por más que intento respirar y decir las cosas con calma, no puedo evitar mezclar las cosas—. ¿Salías con ella mientras tonteabas y querías volver conmigo?

Se queda boquiabierta, claramente sorprendida por mi acusación e intenta acercarse, pero retrocedo.

—Jamás te haría algo así. Sabes que no juego a dos bandas.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? —Cruzo los brazos, sintiendo las miradas de Marta y Marcos sobre nosotras a lo lejos—. Es evidente que le gustas.

—Salimos un par de veces, sí —admite y se lleva una mano a la frente—. Pero le dejé muy claro que no quería nada serio. Cuando vi que buscaba algo más, decidí que lo mejor era dejar de verla.

—Pues no parece que ella lo tenga tan claro —suspiro, agachando la vista—. Sé lo que he visto. Además, nadie almuerza en el trabajo de otra persona si no está realmente interesada.

—¿Y qué más da lo que ella hiciera o sienta? Aquí lo que cuenta soy yo, y sé muy bien lo que quiero. ¿No te ha quedado claro? — Mi silencio le hace abrir la boca. Su respuesta me golpea más de lo que esperaba. Sé que tiene razón, pero los celos y esa ola de miedos que me atrapa de vez en cuando me consume. No es que desconfíe de ella, pero la idea de perderla, de que sienta algo por otra persona… me aterra—. Después de todo lo que hemos pasado… —habla otra vez—. ¿De verdad te vas a poner así por una tontería cuando eres tú la que…?

—La que siempre lo estropea, ¿no es así? —la interrumpo, alzando la voz—. Claro que sí… —Levanto las manos—. Yo soy la que ocultó nuestra relación por miedo a mis padres. La que mintió y se casó con un hombre. Y da igual lo que haga, porque siempre voy a ser la que tiene la culpa. Esto es increíble, ¿cuánto tiempo más me lo vas a echar en cara?

—Eso lo acabas de decir tú, no yo. ¿Por qué te pones histérica por una gilipollez que no tiene importancia? Deja de llevarte las cosas a tu terreno —espeta.

Laura aprieta los labios visiblemente afectada y sujeta una de mis manos. Sabe que se ha pasado, porque parece como si yo no hubiera intentado que las cosas sean diferentes, como si por aquel entonces hubiera querido hacerle daño solo porque sí. El dolor del pasado regresa, niego y suelto su mano. Siento que el control se me escapa, y el vacío que deja me asusta.

—No quiero hablar contigo ahora —digo con voz temblorosa.

—Vega, no puedes dejarme así.

—Lo siento… necesito aire. —Muerdo mi labio inferior y le doy la espalda.

Me odio por la forma en la que Clara ha logrado poner ideas tontas en mi cabeza, pero sobre todo por no poder controlar mis propios miedos convirtiéndose en mi talón de Aquiles. Esos mismos temores son los que me hicieron sentir, una y otra vez, que no era suficiente en nuestra relación, ni siquiera para mis padres. Y ahora, de nuevo, me siento pequeña, perdida, como aquella mujer que aceptó casarse sin estar convencida, aferrándose solo al cariño que sentía por Carlos, creyendo que con eso bastaría.

Salgo a la calle en busca de un poco de paz, el aire fresco me golpea el rostro, pero no consigue calmarme del todo.

Quizá merezca cada cosa mala que me pase por haber jugado con los sentimientos de Laura en el pasado, por no haber tenido el valor de aceptar quién soy ni lo que realmente quiero. Me merezco esta angustia, el temor de que nuestra relación sea como la arena en un reloj que ya se ha agotado. El pánico ha tomado el control, y por eso he acabado pagándolo con la única persona que realmente me ha entendido y amado de verdad. Sin importar mis inseguridades o las mil y una batallas que llevo en mi interior.

—Estás aquí. —La voz de Marcos me saca de mis pensamientos. Me mira con el ceño fruncido y preocupado mientras se coloca a mi lado.

Tiene el cabello alborotado, pero su presencia siempre consigue calmarme un poco.

—Solo necesitaba aire —digo, sin mirarlo directamente.

—Siempre has tenido un problema con Clara —comenta, girándose para mirarme de frente —. Te dejas llevar por las tonterías que suelta por su boca, cuando lo único que busca es hacerte daño.

—Pues sí que te lo ha contado pronto —respondo refiriéndome a Laura.

—Ella no ha sido —replica con firmeza y cierto enfado—, pero tú me acabas de confirmar que te has comportado como una tonta.

Su comentario me hace hervir la sangre, y el impulso de dar media vuelta e irme aumenta, aunque al final me contengo.

—¿Como una tonta? ¿Sabes que salió con Amanda? —exploto—. Justo antes de que nosotras volviéramos o quizá fue mientras intentaba acercarse a mí… —Me encojo de hombros —. No sé si me ha estado tomando el pelo o qué.

Marcos me mira con una mezcla de enfado y decepción, como si no pudiera creer lo que acabo de decir.

—A veces me dan ganas de cerrarte esa bocaza que tienes. —Me zarandea y el cabreo que veo en sus ojos me sorprende. Pocas veces lo veo así—. ¡Espabila de una vez! Nadie te quiere hacer daño, salvo la puñetera de Clara. Más tarde tendré una charla con ella, porque me tiene harto.

—Tú no vas a hacer nada, ¿te queda claro? —le advierto.

—¿Y tú? ¿Te vas a quedar aquí, enfurruñada y de brazos cruzados, mientras Laura cree que ha sido ella quien te ha hecho daño? Porque, hasta donde sé, lo de Amanda pasó cuando ni os podíais mirar a la cara, y ni siquiera fue algo serio.

—Había olvidado lo bien que te llevas con ella —respondo con sarcasmo y chasqueo la lengua. Marcos me fulmina con la mirada, si sigo por este camino acabaré metiendo la pata hasta el fondo, así que trato de calmarme, respiro hondo y asiento—. No quería ponerme así, ¿vale? No es que no confíe en Laura, pero tengo miedo y también me hubiera gustado que me lo dijera…

—¿Miedo de qué? ¿A que te deje? —me interrumpe con un tono más suave—. Eso no va a pasar, sé reconocer cuando alguien se enamora y Laura está hasta las trancas. ¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

—¿Cagarla otra vez? —admito, casi riendo de lo absurdo que es todo lo que acabo de hacer y desvío la mirada hacia el suelo—. Me siento tan bien con ella que a veces creo que esto es un sueño, y no quiero que nadie me despierte. No quiero que mis viejos temores lo arruinen todo otra vez.

—Pues parece que es justo lo que haces —me responde con una sonrisa cómplice, dándome un suave empujón.

Marcos me envuelve en un abrazo, y yo me aferro a su espalda como si temiera caer al vacío. Estoy tan arrepentida de cómo le he hablado a Laura que me resulta insoportable la idea de tener que regresar al salón y enfrentarme a esa mirada herida que vi antes de irme. Odio profundamente viajar entre estos contrastes, poder tocar la felicidad con las manos y después

caer en ese hoyo donde creo que las cosas pueden salir mal, cuando lo único que tendría que hacer es disfrutar, creer en nosotras, ser consciente de que el destino nos ha dado una segunda oportunidad por algo.

—Necesito hablar con ella —digo y apoyo las manos en su pecho—. Gracias por estar siempre a mi lado y ayudarme a ponerme en mi sitio. No sé qué haría sin ti.

—Ni yo tampoco —bromea, dándome un beso en la frente.

Me separo de él con una pequeña sonrisa y me dirijo de nuevo hacia el salón, decidida a enfrentar lo que sea que venga. Aunque mi corazón late con fuerza, sé que no puedo dejar que los fantasmas del pasado dicten otra vez mis pasos. No puedo desperdiciar lo más bonito que tengo.

Esta vez, nada ni nadie me hará dudar de lo que siento y mucho menos, de lo que realmente quiero.

35

LAURA

Junio, 2024. Bilbao.

La ciudad sigue su ritmo mientras espero a Marcos en la cafetería del mercado. Hace un rato me he dado un paseo por el interior, disfrutando de un espacio lleno de vida donde los sonidos y el bullicio de los puestos se mezclan con el aroma del mar y especias desde primera hora de la mañana. No he podido evitar detenerme en varios puestos llenos de frutas y verduras frescas. La atención se me ha ido al embutido y el marisco expuesto sobre el hielo tan característico de la gastronomía vasca. Caminar por estos pasillos y disfrutar del ajetreo de los comerciantes y clientes, que llenan el ambiente de conversaciones en euskera y castellano, me ha permitido, por un momento, olvidarme de las preocupaciones que rondan mi mente. Tras la discusión que tuve con Vega el día del evento, nuestras conversaciones han estado cubiertas por un velo de frialdad que me ha quitado el sueño.

Poco después de aquello, vino a buscarme para pedirme perdón y hablar, pero tengo la sensación de que no ha servido de mucho.

Pido dos cafés al camarero al mismo tiempo que la puerta se abre y veo entrar a mi cita antes de ir al trabajo. Las vistas del río y el puente son impresionantes, y me pierdo un segundo observando los colores a través de las ventanas, antes de centrarme en su sonrisa y en la calidez de esta cafetería que invita a quedarse, a no trabajar y disfrutar de la buena compañía.

—Perdona por llegar tarde, el tráfico no ha estado de mi parte.

—No te preocupes, tampoco he esperado mucho. Me di una vuelta por el mercado antes de entrar. Este sitio tiene algo que...

—Que te atrapa —confirma, se quita la chaqueta y la deja en el respaldo de la silla de al lado—. No es que esté a un paso de Sentidos, pero venir aquí a comprar es un placer que no se vive todos los días.

—Creo que esta ciudad me conquistó desde que puse un pie en ella, y cada vez que descubro un lugar nuevo, Bilbao me lo reafirma —aclaro. Me guardo un mechón detrás de mi oreja e intento sonreír—. Siento molestarte con esto, pero es que necesito hablar con alguien. Si se lo cuento a mi madre, se presentará en mi casa al día siguiente y no quiero alarmarla.

—Es de esas madres protectoras, ¿eh? —comenta con una sonrisa cómplice—. La mía

también se preocupa de más. No es la primera vez que quiere venir a echar una mano en el cáterin. Según ella, trabajo demasiado.

—Es que lo haces, no lo puedes negar —le reprocho con dulzura—. Aunque yo tampoco soy el mejor ejemplo que digamos.

—Ninguno—añade él—. Marta me contó que ya estáis preparando otro gran evento.

—Sí —respondo, echando la cabeza hacia atrás un momento—. No hemos tenido ni una semana de descanso y ya volvemos a la carga. Pero no me quejo, este trabajo es mi vida.

—Y que Vega esté aquí lo hace aún mejor, ¿no?

Su rostro refleja la felicidad que siente por las dos. Me encantaría sonreír también, pero me centro en mis manos, que descansan sobre mi regazo, con cierta sensación de miedo recorriéndome, emociones de un pasado que creía haber superado.

—No es que lo haga mejor, es que lo hace perfecto —admito, y sé que mi sinceridad se refleja en mis ojos. El camarero nos trae los cafés, y le agradezco con una sonrisa—. ¿Quieres algo para acompañar?

—¿Una tostada con jamón y tomate? —propone Marcos, y asiento—. Que sea para los dos —añade. Una vez solos de nuevo, apoya los codos en la mesa y deja caer la barbilla sobre las manos—. No deberíais haberle dado importancia a lo que dijo Clara. Solo busca meter cizaña para llevar las cosas a su terreno. Parece que quiere vengarse de Vega por lo que pasó entre ellas.

—No me ha contado nada de esos años. Lo único que sé es que presentarle a sus padres no sirvió de mucho, porque, según ella, Vega no ha cambiado.

—¿Y de verdad la crees? —inquiere, niega con la cabeza y se echa hacia atrás en la silla—. Sé que a Vega le costó mucho dar ese paso. Es cierto que, cuando la presentó a sus padres, evitó un poco hablar de la seriedad de la relación, pero ya sabes por qué. Nosotros no estamos en sus zapatos, no sabemos los debates internos que ha tenido a lo largo de su vida para salir del armario.

—Lo sé. Yo tuve mucha suerte con mis padres. Desde el principio lo supieron y me apoyaron en todas mis relaciones. Incluso invitaban a mis ligues a casa para desayunar los domingos.

—Vega no tuvo nada de eso, más bien lo contrario. Sufre mucho con el tema del rechazo, y no quiere hacer daño a las personas que más quiere. —Marcos suspira mientras echa azúcar en su café, lo remueve y le da un sorbo—. Ese ha sido su dilema constante: entre buscar su propia felicidad o no herir a su familia. Sabe que eso puede afectar vuestra relación, pero sé que nunca lo ha hecho a propósito.

—¿Y con Clara? ¿Qué pasó entre ellas?

Un atisbo de celos me atraviesa al imaginarlas juntas, y esa imagen me hace darme cuenta de lo importante que fue nuestra discusión y del error que cometí al no contarle lo de Amanda.

—Clara es de esas personas que necesitan llamar la atención. Es muy manipuladora. Siempre tejía alguna artimaña para poner a Vega contra las cuerdas: con sus padres, con Carlos, incluso llegó a utilizar a Javier en su contra. —Miro a Marcos con incredulidad, y él asiente encogiéndose de hombros—. Es un bicho venenoso que no soportó que Vega le dejara las cosas claras y cortara con ella, y parece que ha esperado el momento perfecto para volver a hacerle daño.

—Lo que no entiendo es cómo se enteró de que yo estaba en Bilbao y que lo nuestro...

—¿No te has fijado en las publicaciones de Sentidos? —Ante mi perplejidad, Marcos busca su teléfono y me muestra el Instagram del cáterin—. Vega compartió una foto de tu visita a las cocinas. Y créeme, eso no lo habría hecho si no estuviera orgullosa de tu trabajo y, además, enamorada de ti.

Le quito el teléfono y paso las imágenes. Recuerdo perfectamente ese momento, mi frialdad al tratar con ella, y luego el placer de probar los *arancini*, junto a los primeros platos que habíamos pensado para el evento. A pesar de mi reticencia, yo ya sabía lo que sentía cada vez que la miraba, y por eso intenté poner una barrera entre nosotras.

—Aquí está el motivo por el que le pidió trabajo... —murmuro, devolviéndole el teléfono —. Menuda sanguijuela.

—Te lo dije, solo quería sembrar discordia. Lo que me jode es que siempre consiga lo que quiere.

—En realidad, no solo quiso sembrar la duda en Vega. Hubo algo más, y creo que eso es lo que ha hecho que se sienta más insegura que antes —suspiro centrada en el café. Lo bebo despacio, ya frío, y aunque la tostada llega, no puedo echarle aceite ni darle un mordisco hasta que lo admito todo—. Yo estuve viéndome con Amanda. No fue nada serio, quedamos unas cuantas veces y nos gustábamos, pero ahora creo que solo lo hice para negar lo que de verdad sentía.

—Puede ser, no te lo voy a negar —dice él, rascándose la barbilla—. Cuando fuimos a la prueba de cocinas, noté enseguida esa química, aunque yo ya sabía que no te habías olvidado de mi querida jefa. —Se encoge de hombros—. ¿Quién soy yo para juzgar? Cada persona se merece recorrer su propio camino —añade y busca mi mano para acariciarla—. Quizá lo justo habría sido que se lo contaras, pero me da que los propios miedos de Vega hablan por ella. No quiere que os volváis a hacer daño, y es de esas personas que se autosabotean. Yo iría a por todas y le

dejaría claro que se equivoca.

—Si es que realmente lo está...

—¿Ahora vas a ser tú quien piense que las cosas pueden ir mal?

—No sería la primera vez, Marcos. Quizá nuestra historia estaba destinada a terminar, no a tener un nuevo comienzo. —Él abre la boca, pero niega con la cabeza. En lugar de soltarme algún reproche, da un mordisco a la tostada y empieza a comer, lo que me hace levantar las manos, consciente de la tontería que acabo de decir—. Encontraré la manera de hablar con ella y que no tenga escapatoria, te lo prometo.

—Eso es lo que quería oír, ahora eres la Laura que conocí y que me robó el corazón.

Se lleva una mano al pecho, dramatizando como un enamorado en una película, y consigue hacerme reír. Terminamos el desayuno y salimos a dar una vuelta por los puestos del mercado. Estaba claro que no pensaba volver a Sentidos sin llevarse algo para crear magia en la cocina.

El exterior es una fusión de tradición y modernidad que me arranca una sonrisa. . Me encanta la combinación del vidrio, la piedra y el hierro, así como el ajetreo que se observa a través de los ventanales, no puedo dejar de mirar cada detalle de lo que nos rodea. Marcos va cargado con unas cuantas bolsas, y yo, no paro de pensar en la sorpresa que quiero darle a Vega, pero antes, echo un vistazo a mi espalda, donde rojo y el beige de la estructura contrastan con el azul del cielo, y aunque me encantaría pasar la mañana contemplando las vistas del Casco Viejo, me conformo con este pequeño paseo.

—Gracias por escucharme —comento, acariciándole el hombro.

—Sois mis mejores amigas, ya de la familia, y no quiero invitaros por separado a la próxima barbacoa, así que ya sabes... ponte las pilas.

Me dedica un guiño y yo le respondo con una sonrisa. Acabo agarrada a su brazo mientras paseamos juntos por la ciudad, de camino a nuestros coches. La brisa me acaricia el pelo y las mejillas. Cierro los ojos un par de segundos y disfruto del ambiente, de los aromas que me llenan por dentro, de esas emociones que me encogen el corazón como si una vez que los abriera fuera mi primer día aquí y estuviera a punto de abrir la puerta de la sala de reuniones de Astra para reencontrarme con el amor de mi vida.

36

VEGA

Tengo el teléfono repleto de mensajes de Marcos, echándome la bronca y diciéndome que mueva el culo y hable con Laura cuanto antes. Quiero hacerlo, pero la vergüenza ha conseguido enterrar mis ganas, por no hablar de lo ocupados que hemos estado con el tema de la venta y la ampliación de Sentidos. El resto del tiempo lo he dedicado a Javier, que está a punto de terminar las clases. Está ilusionado con ir al campamento de verano que su padre y yo reservamos hace unos meses, aunque lo voy a echar mucho de menos, sé que es el momento perfecto para dejar que se divierta, porque, de lo contrario, no podré concentrarme en las obras y en todo lo que tenemos que hacer.

Hace nada que lo he dejado en el colegio y, tal como le prometí a Marcos, me he tomado la mañana libre, un merecido descanso que debería de aprovechar para ir a Astra y enfrentar mis miedos de una vez por todas.

Laura y yo hemos hablado varias veces y también nos hemos mandado mensajes, pero me duele pensar que hemos regresado a esa frialdad que vivimos en los últimos días de nuestra relación anterior, o cuando ella llegó aquí y comenzamos a trabajar juntas. Niego con la cabeza y voy a la cocina; necesito prepararme un café si quiero espabilar mis sentidos. Enciendo la cafetera y me cruzo de brazos, apoyada en la encimera. El enjambre de pensamientos que revolotea en mi cabeza hace que esta me dé vueltas, y no soy capaz de llegar a ninguna conclusión, aunque sé perfectamente qué es lo que me asusta.

—Ojalá algún día llegue a entenderlo —musito, pensando en mi padre y en el daño que le hice al contarle la verdad cuando debería de pensar en mí y no preocuparme por eso.

El timbre suena, y al abrir, descubro a Sofía y nuestra madre. A veces me asombra la forma en que el destino maneja las cosas. Solo espero que no vengan a darme una mala noticia o a hacer que me sienta aún peor.

—Qué bien huele —dice Sofía en cuanto salen del ascensor.

—Es de la nueva línea de *Lungo*. ¿Queréis una taza?

—Eso ni se pregunta —aclara mi madre, dándome dos besos en las mejillas.

Sonrío por su entusiasmo y me aparto para dejarlas entrar, debería de estar enfadada con ellas por no haber asistido al evento, pero sé por qué lo hicieron: querían dejarme sonreír sin que

la felicidad se empañara por lo que pasó en casa. Ambas se quitan las chaquetas y las cuelgan. A pesar de estar a punto de cambiar de estación, el frío persiste, algo que me enamoró de Bilbao desde el primer momento.

Las dejo en el salón mientras voy a preparar el café, atenta a lo que hablan, temiendo que estén a punto de soltar una bomba que termine de desmoronarme.

No quiero ser negativa, pero que estén aquí no es una casualidad, lo tengo claro. Me armo de valor y, con las tazas servidas, las coloco en una bandeja junto a los pocos cruasanes que Javier no se ha comido. Les dejo el café sobre la mesa de centro y me siento, con los nervios en el estómago. Si tienen algo malo que decirme, prefiero que lo digan ya, antes de que me relaje y me pillen desprevenida.

—Es raro veros por aquí entre semana —comento, incapaz de contenerme por más tiempo. Sofía está a punto de reírse por mi desesperación—. ¿Venís a joderme la mañana, verdad?

—¿Quién te ha enseñado a ser tan mal hablada? —arremete mi madre y me fulmina con la mirada, como hacía cuando éramos pequeñas—. ¿No podemos venir a visitarte sin más?

—Es que casi nunca lo hacéis, salvo cuando Javier está en casa y no tiene colegio. Perdonadme por ser tan desconfiada.

—Mamá no quería quedarse en casa, y yo no tengo guardia, solo queríamos venir a tomar un café —aclara Sofía, aunque su gesto deja entrever algo más.

—Así que, papá sigue decepcionado conmigo...

La tristeza cruza mi rostro y suspiro. No esperaba otra cosa, pero no por ello deja de doler. Me dejo caer en el sofá y me tapo la cara, necesito unos segundos para procesar por qué sigue comportándose así, aunque no es difícil entenderlo. Yo misma experimenté ese miedo a ser quien soy durante la adolescencia, hasta el punto de negarme a amar como realmente quería. Nacer en una familia tradicional y algo chapada a la antigua no ha sido fácil, aunque siempre haya recibido mucho cariño. Cuando miro a mi madre, puedo ver el gran esfuerzo que hace por comprenderme y, sobre todo, por quererme tal como soy.

—Cariño, tienes que entender que para él no es algo fácil de asimilar —dice, como si leyera mis pensamientos—. Nuestra vida fue muy distinta a la tuya. No nos criaron tan abiertamente y con la libertad con la que tú puedes hacerlo con Javier. Y sé que suena cruel lo que te voy a decir, pero en parte, me alegra que tus abuelos no estén vivos para ser testigos de esto.

—¡Mamá! ¿Y tú querías apoyarla? —le recrimina Sofía.

El rubor sube a las mejillas de mi madre, que intenta ocultar su vergüenza tras la taza de

café.

—No pasa nada —respondo, niego con la cabeza y sonrío—. La verdad es que yo también lo creo, porque saber la verdad los habría destrozado al ser como eran. Y al menos se fueron sintiéndose orgullosos de mí. —No puedo creer lo que acabo de decir, y aprieto los labios al sentir una oleada de decepción hacia mí misma—. Eran otros tiempos, no todos tenían una mentalidad tan abierta como para aceptar a alguien como yo. Verlos sonreír antes de morir es un regalo que guardaré en mi corazón hasta mi último día, pero no es lo que quiero para nosotros. Si papá no puede aceptarme...

—Lo hará, solo necesita tiempo.

—¿Y si no lo hace? ¿Crees que podré ir a vuestra casa sin más, que podré vivir tranquila debatiéndome entre lo que quiero y lo que debo hacer? Porque si tengo que elegir, mamá, escogeré a Laura una y otra vez.

Mi sinceridad la hiere, pero no tarda en asentir y en coger uno de los cruasanes del plato. Sofía nos mira una y otra vez sin saber qué decir o cómo ayudarme. Supongo que yo estaría igual en su lugar; meterse solo podría complicar las cosas, aunque sé cuánto me apoya. Lo peor es que ni mis hermanos mayores están al tanto de esto, a menos que ellos se lo hayan contado.

Es difícil encontrarme de nuevo en esta encrucijada cuando creía haberla superado. A veces siento que he retrocedido y, por más que lo intento, no soy capaz de avanzar con la valentía que dicen que me ha caracterizado en los últimos años.

—Ya veremos qué pasa —responde mamá al fin, con esfuerzo—. No quiero pensar que tu padre será tan injusto como para rechazarte y no querer que vayas a casa. Sabes que tiene buen corazón, solo necesita tiempo para aceptar que amas a Laura. Y quiero que sepas que siempre contarás con nuestro apoyo.

Su sonrisa es sincera, y eso me provoca hacer lo mismo.

—De todas formas, creo que ya la he cagado, precisamente por mis miedos absurdos.

—Dime que no la has dejado —advierte Sofía, deja la taza en la mesa de centro y se acerca a mi lado—. ¿Vega?

—No, no es eso —aclaro rápidamente—, pero hemos discutido, o algo parecido. Clara vino al evento el otro día y consiguió meter cizaña entre las dos. Ni siquiera sé cómo se lo permití.

—Pero, hija... —Las dos abren la boca, sorprendidas, y se miran. Es mamá quien se levanta, viene a mi lado y sujeta una de mis manos —. ¿Qué dijo esa desgraciada para que acabaras discutiendo con Laura? Esa mujer es una...

—¿No acabas de decirme que cuide mi lengua? A ver si ahora vas a ser tú la que me enseñó a ser una mal hablada —bromeo. Ella entorna los ojos y nos reímos, unos segundos que me saben a gloria antes de regresar a la realidad—. Me habló de Amanda, la dueña del local donde hicimos el evento. Laura y ella se estuvieron viendo antes de estar conmigo, pero no fue nada serio, me lo dejó claro.

—Y entonces, ¿por qué te enfadaste?

—Entré en un bucle. Recordé que terminamos la primera vez por no haber sido sinceras, y me dolió que no me lo hubiera contado. Pero fui yo la que se tomó las cosas demasiado a la tremenda.

—Sabes que nunca exageras sin motivo —comenta mi madre con sinceridad, dando justo en el clavo. Luego me abraza fuerte y me toma la cara entre las manos cuando nos separamos—. ¿Qué te pasa realmente?

—Eso, ¿qué te preocupa? —añade Sofía.

Me separo y coloco las manos sobre mis muslos. Bajo la vista, acariciando mi pantalón. Siento una tormenta dentro de mí, una maraña de emociones que se enredan más y más, y por más que intento tirar del hilo correcto, no puedo deshacerme de ellas ni de la sensación que me embarga cuando pienso en lo que fue, en lugar de lo que podría ser.

Las miro y me encojo de hombros, mientras sonrío de forma tonta. Ni siquiera sé cómo he llegado a sentirme tan débil, tan pequeña, cuando lo tengo todo al alcance de la mano: un trabajo que amo, un hijo maravilloso y una mujer que ha vuelto a mí tras tantos años.

Y ahí está el meollo del asunto.

—¿Qué pasa si no estamos hechas para estar juntas? ¿Y si volvemos a hacernos daño? ¿Qué ocurre si no puedo aceptar que papá no me quiera por estar con Laura? Me destrozaría que Javier perdiera a su abuelo, y no puedo permitir que algo así suceda.

—Para empezar, eso no va a pasar —promete mamá y aprieta mis manos con fuerza—. Estás sacando conclusiones precipitadas. Ya te he dicho que tu padre lo entenderá y ni de broma lo pagaría con su nieto.

Levanto una ceja, sorprendida.

—Madre mía, cómo estás hoy... —murmura Sofía, negando con la cabeza.

La situación tiene un toque cómico, lo admito.

—Tu padre no ha dejado de quererte, ni lo hará jamás. Eres su hija, Vega, y te adora con todo su corazón —me asegura mamá, besándome la frente con una sonrisa—. ¿Has pensado en lo que perderías si te dejas llevar por estos miedos? Estamos hablando del amor de tu vida, y no

te atrevas a negármelo.

Me sorprende la dulzura y sinceridad con la que lo dice. Vuelvo a negar y ahora soy yo la que la abraza.

—A veces olvido cuánto me conoces, aunque haya intentado ocultar las cosas —aclaro. Pensar en Laura hace que las mariposas revoloteen en mi estómago y soy incapaz de negar la felicidad que eso me provoca—. La quiero tanto que hasta me duele despertar y no encontrarla al otro lado de la cama.

—Deja de pensar que no estáis echas la una para la otra, porque el tiempo siempre pone todo en su lugar, y creo que ha obrado de la mejor manera para que os unáis cuando tenía que ser.

—Yo estoy de acuerdo —interviene Sofía—. Creo que en aquel entonces no estabas lista, y que, a pesar del daño que os hicisteis, necesitabais todos estos años para daros cuenta de que no podéis vivir la una sin la otra.

—Así que, por favor, deja de ser tan cabezota y arregla las cosas, porque quiero ser testigo de vuestro «Sí, quiero» pronto.

—¡No te pases! Aún no puedo pensar en eso, ni siquiera vivimos juntas. Además, también tengo que pensar en Javier.

—Como si él no la adorara ya... —comenta mamá, con toda la razón.

Porque cuando los veo juntos, Laura me parece una madre para él, una luz que llena su vida de felicidad, orgullo y tantos sentimientos que nunca podré agradecerle lo suficiente.

—Gracias por haber venido. No sé cómo he podido ser tan tonta.

Sofía se levanta y se une a mamá para abrazarme.

—A veces solo necesitamos que alguien nos guíe un poco para encontrar el rumbo —aclara nuestra madre. Y me reconforta saber que ahora es ella quien lo hace.

Cuando mi madre y Sofía se marchan, la casa se sumerge en un silencio que me abraza de inmediato. Me quedo unos minutos en el sofá, con otra taza de café entre las manos, mientras siento cómo el alivio me invade. Sus palabras me han dado consuelo, pero aún queda ese nudo en el pecho que me recuerda que tengo que solucionar las cosas. Suspiro y miro hacia la ventana, dándome cuenta de cómo el sol pinta el cielo de tonos vivos. Mi mente sigue atrapada en lo que han dicho, en la posibilidad de perder algo que sé, en el fondo, nunca he dejado de tener: el amor de Laura.

Me levanto despacio y camino hacia el mueble del salón, donde guardo algunos álbumes de fotos. Mis dedos recorren los lomos de los libros hasta que encuentro el que busco. Es uno de

esos viejos álbumes de hojas gruesas, en las que pegábamos fotos con cuidado, antes de que el mundo digital lo cambiara todo. Lo abro con delicadeza, temiendo que el paso del tiempo haya hecho estragos, y ahí está: la imagen de nosotras dos, jóvenes, felices, juntas en la playa con el mar de fondo. Muestras sonrisas despreocupadas lo dicen todo.

Me quedo observándola un rato y acaricio el borde de la foto con la yema de los dedos. En sus ojos observo esa chispa que desde un inicio me hizo sentir en casa. Me doy cuenta de que, aunque el miedo y los errores hayan intentado apartarnos, Laura siempre ha sido el amor de mi vida. No hay otra forma de describirlo. Nunca he sentido algo así por nadie más, y ahora lo veo con una claridad que me asusta y me da fuerzas a la vez.

—Te amo, y no pienso alejarme de ti, nunca más —susurro, como si ella pudiera escucharme.

Cierro el álbum con un suave golpe. Ya no puedo dejar que el miedo me paralice. Laura merece más que eso, y yo también.

37

LAURA

Antes de salir de casa, reviso una vez más que llevo todo en las bolsas de tela donde he guardado los ingredientes con los que espero sorprender a Vega. Después de la charla con Marcos, he llegado a la conclusión de que no podemos seguir perdiendo el tiempo en suposiciones, y que esta oportunidad es digna de ser atrapada con fuerza, como el amor que ya se ha instalado en mi corazón. En estos últimos días; con una carga de trabajo descomunal y varias reuniones que me han dejado agotada, hemos intercambiado algunos mensajes. El tono ha cambiado, me ha arrancado más de una sonrisa y aunque en el fondo sé que sigue luchando contra sus miedos, muero por liberarla de ellos de una vez por todas.

No es que yo sea de piedra y no tema que las cosas puedan salir mal, pero así es la vida. Nadie nos asegura nada al cien por cien, y ahí radica la virtud de los valientes: meter los miedos detrás de una puerta, cerrarla con llave y disfrutar de la felicidad del presente sin dejar que la oscuridad se cuele por las rendijas.

Vega ha intentado pedirme perdón a su manera, con palabras entre líneas que dejan ver lo arrepentida que está por lo sucedido en el evento. Debería haberle contado lo de Amanda antes de que lo hiciera su ex, a quien, sinceramente, espero no cruzarme de nuevo en la ciudad, porque de ser así, le dejaré unas cuantas cosas claras.

A pesar de que nuestras casas están a unos treinta minutos de distancia andando, decido tomarme ese tiempo para reflexionar sobre lo que quiero decirle y lo que hemos vivido juntas hasta ahora. Pensar en nosotras me convence de algo que siempre he sabido: ninguna otra mujer ha ocupado mi corazón, ni nunca lo hará. Desde el mismo instante en que nos separamos, aunque quisiera odiarla durante años, deseé reencontrarme con ella. Su sonrisa se ha quedado grabada en mí, anclada a mi ser; es el motor de mis acciones, de mis pensamientos, del latido acelerado que siento cada vez que está cerca. Es la fuerza que me empuja en las situaciones que se me escapan de las manos, el timón que me guía cuando me siento perdida en mares revueltos.

Es curioso, porque, a pesar de la distancia y el tiempo que pasé sin ella, he terminado caminando por el sendero que debía recorrer para regresar a la línea de salida, en una nueva carrera que esta vez no pienso perder.

—Ojalá le guste la sorpresa... —murmuro para mí misma.

Me detengo un segundo frente a su puerta y dejo las bolsas en el suelo queriendo evitar que

las vea en cuanto abra. Aprovecho esos segundos de soledad para arreglarme el pelo antes de pulsar el timbre y poner mi mejor sonrisa.

—¿Laura? ¿Qué haces aquí? —pregunta nada más descolgar el telefonillo.

—¿Tú qué crees? Vengo a cenar contigo.

Le dedico un guiño y ella abre la puerta. Apenas doy un paso y los nervios empiezan a recorrer mi cuerpo con una deliciosa mezcla de emoción y ansiedad, una sensación que quiero guardar en mi interior para siempre.

Sé que estará esperándome cuando salga del ascensor, así que levanto las bolsas y muevo las cejas con entusiasmo cuando nuestras miradas se encuentran.

—Qué calladito te lo tenías —bromea, fingiendo disgusto mientras se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta—. ¿Y si ya tengo algo preparado?

—Pues lo guardas, y ya nos lo comeremos otro día. Hoy quiero recordarte algo muy importante.

Frunce el ceño, me encojo de hombros y paso a su lado sin besarla. Entro en la cocina e invado el espacio con las bolsas, que dejo sobre la encimera. Me alegra comprobar que no tenía nada listo. «Seguro que pensaba pedir algo», pienso, conociéndola tan bien que no me sorprendería, por mucho que Marcos la regañe cada vez que encarga algo de comer del Burger King.

—¿Vas a decirme qué traes ahí? —pregunta impaciente, justo detrás de mí.

—¿Te acuerdas de nuestra primera cena en casa? —Empiezo a sacar los ingredientes de las bolsas mientras la miro—. He pensado que sería buena idea recordar lo felices que fuimos esa noche.

—No habrás traído...

—¿Roquefort para la salsa de pollo con champiñones? Pues sí —confirmo. Vega se lleva las manos a la boca y yo me echo a reír—. Me quedó malísima, pero te prometo que esta vez no lo estropearé.

—Dejaste que el queso se deshiciera y, en vez de salsa, parecía un caldo cuando añadiste la nata y lo arreglaste con agua... ¡agua! —recuerda, y ahora es ella quien se carcajea—. Jamás había visto algo igual.

—Te recuerdo que la experta eras tú. —Me encojo de hombros y busco la tabla de cortar —. Bueno, ¿me ayudas o qué?

—Primero tendrás que quitarte la chaqueta, digo yo —apunta, y me doy cuenta de que aún

la llevo puesta.

Me ayuda a quitármela y la deja en el respaldo del sofá. La sigo con la mirada, disfrutando de cada uno de sus movimientos, de su sonrisa mágica y de la felicidad que le ilumina el rostro. Esa expresión le crea unas pequeñas arrugas en la comisura de los labios que me parecen perfectas, casi mágicas. Vega carraspea al volver a la cocina y se quita el jersey, quedándose en manga corta. Cuando la veo tragar saliva, siento la tentación de dejar todo y besarla, pero prefiero aprovechar este momento porque sé que lo necesitamos. Me hago a un lado mientras ella saca los cuchillos y los coloca en la encimera.

—Tú mandas —dice, y me sorprende con un beso.

—Mmm, vale, empieza limpiando los champiñones y luego córtalos. Yo me encargo del pollo y la cebolla.

Carraspeo y me giro para no sucumbir a la tentación de besarla de nuevo y atraparla entre mis brazos. Me encanta su especiero, organizado con tanto cuidado junto a la cafetera. Disfruto seleccionando cada frasco, tomándome mi tiempo, sin pensar en nada más que en el momento, porque al volver a su lado, me recibe con una caricia en la mano que me revoluciona por dentro. Y ese gesto me hace desear quedarme así para siempre.

Durante unos minutos trabajamos en silencio. La observo manejar el cuchillo con destreza, y ella me da algunas indicaciones cuando ve que estoy a punto de cortar mal. Su tono de voz es una delicia, y su forma de acercarse a mi espalda y dirigir mis manos me hace sentir que me lee la mente, sabiendo exactamente lo que necesito en cada momento. En cuanto enciendo los fuegos y ponemos las sartenes, nos compenetramos como nunca antes lo habíamos hecho cuando vivíamos juntas.

Quizá en aquel entonces no estábamos preparadas, como yo tampoco supe apoyarla cuando se perdía en sus propios miedos. Pero ahora, vernos así, me hace pensar en lo maravilloso que sería tener esto todos los días, cada vez que caiga el sol.

Los aromas se mezclan y, esta vez, consigo que todo quede ligado en una salsa perfecta, que disfrutaremos con unos nidos de pasta, los favoritos de Vega.

—Hasta te has acordado de eso —comenta, apoyada de lado en la encimera.

—Solo me han faltado traer las cervezas. Sabía que algo se me olvidaría —me quejo y suspiro.

—Eso tiene fácil arreglo.

Me dedica un guiño y se dirige al frigorífico, de donde saca un par de latas, las mismas que solíamos tomar en León. Abro la boca, y ella se encoge de hombros, como si mantener las

costumbres del pasado fuera poca cosa.

Aparto la salsa del fuego y dejo que el agua hierva antes de echar la pasta, ya no puedo aguantar estar lejos de ella. Me acerco y rodeo su cuello con los brazos, besándola como había deseado hacer desde hace días. Ella suspira cuando apoyo mi frente en la suya, y nos quedamos unos segundos con los ojos cerrados, disfrutando de un momento que sabe a todos los buenos recuerdos que una vez compartimos. Y aunque quiero quedarme así, sé que debo romper el silencio.

—Siento mucho no haberte contado lo de Amanda —susurro—. Debería habértelo dicho yo, no soporto que te hayas enterado por Clara.

—Ella sabe muy bien cómo jugar sus cartas —responde, apartándose un poco para mirarme—. Desde que la conocí, supo cómo actuar con malicia y llevar las cosas a su terreno. Quizá deberías habermelo dicho, pero no debí reaccionar así. Solo me dejé llevar por mis...

—Temores —completo—. Y no es malo, Vega, es imposible no pensar que esto puede acabar como la última vez. —Veo cómo la tristeza invade su expresión e intento disiparla con un beso en la punta de su nariz—. Pero, ¿sabes algo?

—¿Qué?

—No quiero que nos dejemos llevar por ellos. Ya no estamos en aquel punto, ni en ese momento. Ahora vivimos un presente muy distinto, y tener una segunda oportunidad no es algo que se conceda a todo el mundo. —Sus ojos se llenan de lágrimas y brillan con esa luz tan característica suya. Las limpio antes de que caigan por sus mejillas y sonrío—. Aunque ahora no lo creas, sé que tu padre me aceptará —digo, y su expresión me confirma que he dado en el clavo —, y que podremos sentarnos juntos a la mesa.

—¿Y si no es así? —pregunta, con la voz temblorosa—. Te parecerá egoísta, pero no quiero perderle.

—No lo perderás, ni a mí tampoco. Encontraremos la forma. Y si algo saliera mal... quiero que sepas que estaré contigo, apoyándote como no lo hice antes —confieso con un nudo en la garganta. No me gusta verla así, pero sé que esto es parte del proceso—. Has tenido la valentía de enfrentar tus miedos y elegir ser feliz, eso solo demuestra lo maravillosa mujer que eres y de la fuerza que tienes al escoger ser tú misma y, también, estar conmigo.

—No puedo creer la suerte que tengo de tenerte —susurra—. Siento tanto el daño que te hice... jamás me lo perdonaré, no seré capaz de verme igual después de dejarte escapar así.

—Tienes que olvidarte de eso, ¿no me acabas de oír? El pasado se queda atrás —recuerdo —. Lo único que importa es el ahora, estar aquí contigo, pensar en el futuro, en nuestros

proyectos juntas. Porque, cuando Javier esté preparado, quiero haceros el desayuno todos los días antes de irnos a trabajar —confieso, con los nervios revoloteándome en el estómago.

Nuevas lágrimas corren por sus mejillas, pero esta vez no las seco. Me encanta ver cómo se ve el ámbar de su mirada bañado en felicidad, en promesas que sé que vamos a cumplir cueste lo que cueste.

—Ahora me doy cuenta de que estando contigo, soy capaz de cualquier cosa —dice, limpiándose la cara, para luego buscar mis manos—. Quizá tengas razón, y necesitábamos todo esto para encontrarnos de nuevo y aprender a querernos de verdad, sobre todo a mí misma. Ha sido un viaje de locos en el que muchas veces sentí que perdía más de lo que ganaba, pero ahora me doy cuenta de que he estado reuniendo pequeños trozos de valentía, de tesón, de amor, y los he unido para ser yo, por fin.

—La mujer más increíble que he conocido — añado sin ocultar ni un segundo lo que siento —. La mujer que cambió mi vida para siempre una noche cualquiera, cuando se atrevió a sentarse en aquel banco y me sacó una primera sonrisa de muchas.

Recuerdo a la perfección ese instante. Puedo cerrar los ojos y ver a Vega a mi lado, con la misma sonrisa que ahora me dedica, y ese brillo en su mirada que nunca he podido borrar de mi memoria, ni de mi corazón. El escenario es diferente, pero yo me siento igual que entonces, cuando el sonido de su voz atravesó todas las barreras que nos separaban y llenó de luz mi vida.

La beso dejándole saber todo lo que siento sin necesidad de palabras. La beso y nos transporto a ese inicio, el mismo que revivimos cuando entré en aquella sala de reuniones y la vi frente a mí, con ese brillo en sus ojos y el temblor en sus labios por decir mi nombre. Los años que pasé lejos de ella se sintieron vacíos, pero ahora entiendo que fueron una pausa, un paréntesis que nos permitió conocernos más a nosotras mismas y despojarnos de miedos e inseguridades, hasta llegar al núcleo de nuestra fuerza. Y, sobre todo, de nuestro amor.

—Te quiero, y estoy deseando tenerte aquí todos los días, aunque eso signifique tener más juguetes esparcidos por el salón —comenta y se echa a reír.

—Bueno, estaré preparada para tus regaños —confieso, también entre risas.

Acaricia mi cuello con los dedos y me pierdo un momento en su mirada. Veo el reflejo de mi propia sonrisa, de la felicidad que se expande por mi pecho. Regreso a sus labios y me olvido del agua que hierve, del aroma que nos rodea y de la cena que hemos preparado. No quiero perder ni un segundo más lejos de ella, porque la espera me ha dejado vacía. Y tal vez, sí quiera recuperar un poquito de ese tiempo perdido, y llenar los espacios que quedaron vacíos, agradeciendo al destino por volver a juntarnos.

Saboreando cada segundo de esta segunda oportunidad.

EPÍLOGO

VEGA

Tres meses después. Septiembre, 2024. Bilbao.

—Dime que esta vez no nos hemos quedado sin ingredientes. —Marcos alza una ceja y está a punto de reírse en mi cara, parece que mi súplica le resulta divertida, y solo me dan ganas de matarlo—. ¿Vas a contestar o qué?

—¡Qué humor derrochas, justo el día más importante de nuestra carrera! —Mi mejor amigo y compañero de aventuras se acerca, pone las manos sobre mis hombros y niega con la cabeza—. Todo va bien. ¿De verdad crees que, aunque no haya cocinado yo, no he supervisado todo? Que no somos novatos.

—Ya… solo estoy nerviosa, ¿vale?

—Pues sacúdete esos nervios y ve con Laura, que la has dejado sola en la tienda nueva.

Abro la boca, miro el reloj y él me regaña con la mirada. Casi corro tras darle un beso en la mejilla, dejándolo solo mientras me dirijo a un universo diferente, pero a la vez conectado de una forma mágica con nuestra esencia. La nueva versión de Sentidos es el doble de grande, con una cocina más equipada y una tienda que ofrece una mayor variedad de productos gourmet. También cuenta con una barra más amplia para disfrutar de un buen vino, atendida por un equipo más numeroso, del que estoy segura, dará su máximo esfuerzo en este nuevo comienzo.

Las reservas ya están a tope y, en las próximas semanas, tenemos una gran cantidad de eventos que cubrir. Son mis primeras veces como chef junto a Marcos, y probablemente esa sea la razón de mis nervios. Laura está de espaldas, con una carpeta en las manos donde hace anotaciones. Por su gesto tranquilo y la sonrisa que dibuja, diría que todo está en orden. No puedo evitar agradecerle con un beso en el cuello mientras la rodeo con los brazos. El perfume de su piel queda impregnado en mis labios, y disfruto del aroma. Cierro los ojos, permitiéndome saborear el momento, hasta que ella se gira y me sonríe con esa mirada tan suya, tan nuestra, tan de las dos. Ver el amor que siente por mí cada vez que estamos juntas me eleva al séptimo cielo, aunque lo mejor es saber que puedo caminar a su lado cuando aterrizo de nuevo.

—Antes de que preguntes, no ha fallado nada —aclara, haciéndome sonreír. Desde luego, estos dos me conocen de maravilla—. En quince minutos abrimos y empezamos a recibir a la gente que ya se agolpa fuera. ¿Has visto la cola que hay?

—Prefiero no mirar, así no me pongo tan nerviosa.

—Pues deberías, porque ha venido alguien especial, y digo yo que no querrás perdértelo. —Me besa y recoge un mechón de mi cabello, colocándolo tras mi oreja—. Marta está a punto de llegar con el equipo de fotografía, ve a saludarles.

Me da una palmada en el culo, y me dirijo a la puerta. Acaricio el pomo con los dedos, me detengo un segundo, respiro profundo, llenando mis pulmones y me doy ánimos antes de abrir. Al salir, veo a la gente charlar entre ellos mientras forman una fila interminable, lo que me provoca un maravilloso cosquilleo en el pecho. Sin embargo, lo que de verdad me deja sin palabras es encontrarme con la mirada de una persona que no esperaba ver aquí después de todo lo sucedido en los últimos meses.

Mi padre camina de la mano con Javier, quien prácticamente lo arrastra para que acelere el paso. No puedo evitar reírme al verlos y me agacho, esperando el abrazo y la lluvia de besos que aseguran mi sonrisa.

—¡El abuelo me ha dicho que tenéis chocolate! —grita con entusiasmo.

—Puede ser… —respondo y alzo una ceja—. Pero ya sabes que hay que portarse bien, ¿vale?

Detrás de ellos aparecen Carlos, Sofía, nuestra madre y... «No puede ser», me digo al ver a mis hermanos mayores, acompañados de mis cuñadas y sobrinos. Joaquín se encoge de hombros y me dedica un guiño. La emoción me invade al saludarlos y verlos aquí. Todos son abrazos y lágrimas mezcladas con palabras de ánimo y orgullo. Si antes estaba alterada por cómo iría todo, ahora lo estoy por el hecho de tener a mi familia completa aquí, viendo una parte de mi mundo, un mundo donde el amor que siento por Laura lo gobierna todo.

—Tendrás que presentarnos a nuestra cuñada, ¿no? —bromea Gonzalo con alegría y me deja con la boca abierta.

—Ya va siendo hora de que mi nuera sepa lo orgulloso que me siento por lo que habéis conseguido. —Cuando mi padre habla, siento que estoy en mitad de un sueño, pero enseguida me doy cuenta de que es real, y no puedo evitar que las lágrimas broten—. Cariño… ven aquí. —Me abraza con fuerza y me acuna el rostro en su pecho—. Estoy muy feliz por ti y por la mujer en la que te has convertido.

—Todos lo estamos —aclara Joaquín, acariciándome la mejilla para limpiar mis lágrimas. Después me mira y estira el cuello para intentar ver el interior del local—. ¿Nos enseñas cómo ha quedado todo o qué?

—Claro que sí…

Muerdo mi labio inferior, necesito un segundo para serenarme, y después entramos juntos en el local, donde Laura nos espera con una preciosa sonrisa. No puedo contener la emoción al darme cuenta de que ella ha tenido mucho que ver en esto, en que toda mi familia esté aquí. Se lo agradezco acercándome a ella, aunque Javier me gana la carrera y se lanza a sus brazos sin pensarlo.

—Pero bueno, ¿y este niño tan simpático quién es?

—¡Ya lo sabes! —le reprocha él, haciendo un puchero que nos arranca una carcajada a todos.

Laura lo llena de besos antes de saludar a los demás, mientras Javier se aferra a su cuello como un pulpo. Parece que será difícil que se suelte, y la escena es tan tierna que quiero que siempre estén así.

—Esto ha quedado impresionante —comenta Joaquín, mientras recorre con la mirada cada rincón del local. El brillo en sus ojos no es solo de admiración, sino de orgullo sincero.

Laura sonríe, aunque parece un poco abrumada por el cumplido.

—Gracias, hemos puesto todo nuestro corazón para que todo quede perfecto. No ha sido fácil, pero ha merecido la pena.

—Se nota —añade él mientras asiente—. Marcos y Vega han hecho un trabajo excelente, pero la verdad es que tú le has dado ese toque especial. —Joaquín se detiene un momento, mirándola con una expresión más seria, pero cálida—. Y no te lo digo solo por el negocio, sino por cómo está mi hermana desde que volvisteis a estar juntas, se nota que estáis hechas la una para la otra.

Ojalá esta conversación se hubiera dado hace muchos años.

—Es mutuo. No sabes lo feliz que me siento de tenerla a mi lado de nuevo.

—Se nota a kilómetros. —Joaquín le da un golpecito amistoso en el brazo—. Todos estamos muy contentos por vosotras, de verdad.

—Significa mucho oírlo. Estoy muy agradecida de que nos hayáis recibido con los brazos abiertos.

Joaquín le sonríe y, tras un último vistazo al local, se encoge de hombros con una expresión divertida, parece que todos están deseando cómo va a ir todo.

El tiempo vuela, y a las seis en punto, Marcos y yo damos la vuelta al cartel de «Cerrado» y abrimos Sentidos al público. Los camareros comienzan a repartir copas de vino y los canapés que se han cocinado durante toda la mañana. El servicio es impecable, y Marta y Álvaro dirigen al equipo de fotografía con precisión. No son los únicos que han venido: también está Cruz, junto

con el señor Gutiérrez y sus hijos, quienes nos han enviado generosamente cafés de la línea que ha triunfado en España y buena parte de Europa.

El orgullo que siento por la familia que hemos formado es comparable a la felicidad que palpita en mi pecho mientras disfruto de este momento profesional con la gente que más quiero.

—La gente se lo está pasando de maravilla. —Laura aparece a mi lado y busca mi mano—. Me encanta haber compartido esto contigo.

—Y a mí que estés aquí. Seguro que no habría ido tan bien sin ti.

—Qué va, Marcos y tú hacéis un equipo increíble.

—Siempre que estás tú —aclaro con una sonrisa—. Y también los demás.

—Jamás se me habría ocurrido algo mejor que trabajar contigo y con ellos. Nunca imaginé que sería tan feliz con mi trabajo, y cada día doy gracias por haber volado hasta aquí.

—Porque tenías que volver a encontrarte conmigo —susurro, acercándome a sus labios antes de besarla y abrazarla—. Me tienes loca, y quiero que sea así todos los días de nuestras vidas.

—¿Sabes lo que me ha dicho Javier? —Niego mientras me separo ligeramente y la veo sonreír de oreja a oreja—. Que quiere mis tortitas para desayunar todos los días. —Alza una ceja con diversión, y sus ojos expresan un claro deseo sin la necesidad de decirlo.

Le acaricio el cuello y entrelazo nuestras manos. Siento un latido intenso en el pecho, una felicidad que recorre mis venas con la misma fuerza que lo hace cada vez que nos miramos. Ver a mi familia en la distancia, observándonos con orgullo y alegría, me confirma que he seguido el camino correcto, que cada lucha ha valido la pena, incluso en las batallas perdidas.

Beso el dorso de su mano y camino con ella hacia donde está Javier.

—Ya tienes tu hueco en el armario —le digo, y cuando nos ve, mi hijo se lanza a mis brazos y nos abraza a las dos, dejando claro que él también quiere vivir esto todos los días.

AGRADECIMIENTOS

A mi mujer, por darme el apoyo continuo que tanto necesito. Gracias por guiarme, aconsejarme, revisar mis novelas y poner siempre el toque de magia en sus portadas. A los personajes de esta historia, porque han conseguido que madure y sane viejas heridas que siguen en mi corazón.

A ti, porque eres tan valiente como Vega y decidida como Laura.

Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. Hacéis este camino mucho más fácil.

A vosotras, porque estáis a mi lado cada segundo.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*
Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en ***Amazon***.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA